

ARMADA ESPAÑOLA



ARMADA ESPAÑOLA

DESDE LA UNIÓN DE LOS

REINOS DE CASTILLA Y DE ARAGÓN

POR

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

DE LAS REALES ACADEMIAS
DE LA HISTORIA Y DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

TOMO III

MADRID

EST. TIPOGRÁFICO «SUCESOSES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, núm. 20

—
1897

ARABIA
1814

DEPARTMENT OF THE ARMY

OFFICE OF THE ADJUTANT GENERAL

ADJUTANT GENERAL
OFFICE OF THE ADJUTANT GENERAL
WASHINGTON, D. C.



R.104640

I.

RECAPITULACIÓN DE CARGOS CONTRA INGLATERRA.

1569-1588.

Correspondencia de los Embajadores.—Aconsejan al Rey la declaración de guerra.—Lo resiste.—Alianza con el papa Sixto V.—Preparativos.—Drake entra en Cádiz.—Destruye el convoy.—Aprisa la carraca de la India.—Corre la costa.—El Marqués de Santa Cruz encargado de ir á su encuentro.—Regresa con la escuadra malparada de los temporales.—La rehace en Lisboa.—Reconviénele injustamente el Rey.—Ocurre su fallecimiento.—Es nombrado sucesor el Duque de Medina Sidonia.—Presentimientos y avisos de Alejandro Farnesio.

DE la guerra que entre D. Felipe de España é Isabel de Inglaterra estalló en 1588 publiqué estudio especial, procurando suplir el silencio de los historiadores de aquellos reinados, reunir documentos de prueba y rectificar ideas erróneas acerca de una jornada digna de seria consideración por muchos conceptos. Posteriormente he podido acopiar caudal mayor de datos esparcidos, y no me parece ocioso utilizarlos, sin repetir lo escrito ¹, en lo que amplían el conocimiento de las ocurrencias y de las personas, aunque no alteren ni modifiquen el juicio principal. Además, si con razón celebró la nación inglesa el centenario tercero del desastre acaecido á la grande armada dispuesta para invadir su territorio; si con patriótico entusiasmo ha erigido un monumento que per-

¹ *La Armada Invencible*, Madrid, 1884, dos tomos, con documentos inéditos y amplia referencia de autores que han tratado del suceso. Véase, en el presente volumen, el apéndice núm. I.

petuamente ofrezca á la memoria de los vivos el suceso en que, estando á la vuelta de un dado su perdición, por favor de la Providencia se vió libre ¹ y empezó la era de prosperidad que goza, razón habrá también para que los descendientes de los presuntos invasores conmemoren tristemente, que pocas empresas se premeditaron más tiempo, pocas se dispusieron con mayor aparato, y ninguna por ventura se ejecutó con más infelicidad. Tan engañosos son de ordinario los designios entre los mortales ².

En los aprestos militares, instrucciones y comienzo de navegación de la armada, eran las noticias publicadas suficientes al conocimiento de la gran máquina y de los efectos calculados; ahora, la correspondencia epistolar del rey Don Felipe con el Duque de Parma; con el Conde de Olivares, su embajador en Roma; con D. Bernardino de Mendoza, que lo era en Francia, y mantenía agentes en Inglaterra, Escocia é Irlanda, descubren los secretos de la política á que obedecía el pensamiento principal; aclaran pormenores de la travesía y combates; la suerte adversa de algunos bajeles cuyo paradero se ignoraba; el fin oculto de personas de cuenta.

Sirve mucho también á la apreciación de los orígenes de la guerra, á que contra su voluntad fué provocado el Rey de España, la estampación reciente de despachos de sus Embajadores en Inglaterra ³. Comparada con obra semejante dada á luz en Londres ⁴, esclarece lo que en breves conceptos hubo de servir de preliminar á la historia de la jornada ⁵.

Inglaterra era nido de piratas formado por la Reina, como participe en las presas y en las ganancias obtenidas en feria pública de los objetos robados ⁶. A ejemplo de la Soberana

¹ Watson: *The History of Philip the Second*.—Dargaud: *Histoire d'Élisabeth d'Angleterre*.

² Bentivoglio: *Guerras de Flandes*.

³ *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. LXXXIX y XC.

⁴ *Calendar of State papers*, repetidamente citado en el tomo anterior á éste.

⁵ *La Armada Invencible*, t. I.

⁶ Froud: *History of England*.—*Calendar*.

espumaban la mar los grandes señores ¹, puesto el norte de la aspiración en la riqueza, sin reparo en los medios de adquirirla, que todos parecían buenos por aquellos tiempos en la corte inmoral y pervertida de Isabel, la Virgen ², y cualquiera de esos señores, John Hawkins, hábil en el empleo del soborno, la astucia ó la fuerza para trocar por oro en las Indias á los negros de Guinea; lo mismo que el afortunado Stuckle; al igual del caballeroso Raleigh, amante de Isabel, cantor de sus atractivos sexagenarios, no sentían empacho en aspirar á las liberalidades del Rey Católico ³.

Discurriendo D. Felipe los medios de corregir desmanes, consultando en el particular al Embajador en Londres, ya desde 1569, catorce años antes que lo hiciera el insigne don Alvaro de Bazán, le informaba D. Guerau de Espés que el remedio consistía en armar bajeles que destruyeran el comercio y marina naciente de los ingleses, en dominar la mar y, en caso de querer extremar el castigo, enviando á la isla una buena armada, en la inteligencia de que sin gran dificultad

¹ Dargaud: *Histoire d'Élisabeth d'Angleterre*.—Campbell: *Lives of the British admirals*.

²

«Vierge, non; femme, peut-être;
reine, et grande reine, assurément.»

CATALINA II.

³ El referido *Calendar*, en Abril de 1585 y en Diciembre de 1587, registra las personas que en Inglaterra, Escocia é Irlanda recibían pensión del rey D. Felipe II. Mr. Dargaud (*Histoire d'Élisabeth*) bosqueja la corte de Inglaterra diciendo: «Era un tiempo desordenado aquel en que no tenía fijeza la moral. La Reina exterminaba á su heredera, reina también, y se asociaba con piratas; los Ministros hacían tráfico del poder; el genio iba en busca del dinero. Era tiempo primitivo, oscuro y luminoso á la vez, ardiente sobre todo; tiempo en que la juventud rebosaba, la ciencia se mantenía envuelta en el caos, el amor rayaba en frenesí; el deseo no conocía freno, el heroísmo retaba á la muerte, la curiosidad quería penetrar en el cielo y en el infierno. El impulso era incalculable, el movimiento convulsivo, la voluntad inflexible, el odio implacable, la ambición sanguinaria. Tiempo en que el alma, rompiendo la prisión intelectual, se apoderaba del mundo por la imaginación, por la acción, por la filosofía, por la hechicería, por todas las facultades verdaderas ó quiméricas de nuestra naturaleza. Shakspeare era el poeta impetuoso ó soñador; Bacon, el metafísico infamado mientras en el género humano haya fibra para castigar al genio envilecido; Raleigh, el soldado, el historiador, el explorador de lo desconocido y el cantor de la vejez cortesana; Drake, el almirante y el corsario en una pieza; Hawkins el negrero; Essex el adulador; Antonio Pérez el parricida, perverso, infatigable, intrigante siempre y en todas partes.»

la rendiría, falta como se hallaba de gente de guerra y discorde entre sí el vecindario ¹.

El Marqués de Santa Cruz, sin asomo de jactancia, antes con sólido razonamiento, se ofrecía «á hacerle señor de aquel reino», teniendo en cuenta la corta población, su pobreza, la carencia de plazas fuertes, de soldados, de artillería, de armas; la división de los partidos por creencias religiosas, la endeblez de los barcos, que no con el valor de los capitanes sino por el descuido de los españoles hacían estragos en Ultramar; por último, la consideración de que la guerra, en el sentido económico, había de serle menos costosa que el armamento de tantas flotas y escuadras á que le obligaba la defensiva de las Indias.

Tal era, con escasa diferencia de apreciaciones, el parecer del maese de campo D. Juan del Águila, pensando que, en vez de gastar tanto en los años que duraba la guerra de Flandes, «debía gastallo en dos y hacerse señor de la mar y tomar pie en Inglaterra» ²; lo mismo aconsejado por D. García de Toledo, por el Duque de Alba, D. Luis de Requesens, Juan Andrea Doria, el coronel escocés Semple, y más que todos por el secretario de Estado Antonio Pérez, que, andando el tiempo, había de ejercitar contra su señor y su patria el medio no acogido por el Rey ³.

Sufría D. Felipe agravio sobre agravio de la mujer que se había hecho cabeza de la herejía, satisfaciéndole en apariencia las protestas de su cordialidad y la explicación de que los auxilios que enviaba por cargo de conciencia á los de su religión, en modo alguno habían de estimarse actos de hostilidad, ni tampoco las fechorías de corsarios que tenía entregados á la acción de la justicia; desdeñaba el proceder de los Reyes de la dinastía enriqueña que, sin los elementos con que él contaba, tuvieron en constante guerra y quebranto á las islas Británicas, siendo su tolerancia y la impunidad en que dejaba las ofensas, causa para que los ingleses ganaran repu-

¹ Colección de documentos inéditos para la Historia de España, t. xc, pág. 237.

² Archivo de Simancas. Estado: Flandes. Leg. 591, fol. 46.

³ Antonio Pérez: *Relaciones y Norte de Principes*.

tación, y enriqueciéndose á sus expensas fomentaran las industrias marítimas que no tenían; acogieran á los flamencos laboriosos que en número crecido buscaron allí refugio; establecieran astilleros, fundiciones, fábricas; sacaran á sus construcciones navales de la inferioridad en que estaban y se hicieran marineros.

Hasta el año de 1586 no le ocurrió consultar con el Duque de Parma las propuestas de los otros Consejeros. Farnesio respondió como todos: que convenía hacer la jornada de Inglaterra, guardando tal reserva en los despachos que no llegaran á penetrar el contenido los más próximos á la real persona, si bien le parecía haber pasado la oportunidad que tuviera tres años antes. Consideraba que en la empresa estribaba el único remedio de Flandes; pero también que no debía intentarse sin la seguridad de tener revueltos á los franceses, y de guardar absoluto secreto, evitando alianzas, sobre todo con Roma, en cuya corte, decía, el secreto no cabe. Pretextando intenciones de ganar las islas de Holanda, se había de enviar golpe de gente á los Países Bajos, pasar el canal en diez horas con naves chatas que pusieran en tierra 30.000 infantes y 500 jinetes, sin caballos, cerca de Londres. Á todo evento, y la mira en las Indias, sería prudente hacer una buena armada en España, que en caso necesario acudiría á guardar el paso de la escuadrilla. Si el Rey se inclinaba á las alianzas, no queriendo acometer solo la empresa, había de ser la armada de tal pujanza que no encontrara quien la resistiera ¹. Repetía adelante su discurso, agregando que por ser el dinero alma del suceso, sin aprontar y reunir de antemano suma capaz de cubrir con exceso las necesidades, no había que pensar en el asunto. Una diversión en Irlanda serviría, á su juicio, más para dificultar que favorecer el objeto principal ².

Discurrir y ejecutar son cosas distintas. Sin duda quisiera el Rey juntar con presteza y secreto tesoro, ejército y arma-

¹ Archivo de Simancas. Estado, Flandes. Leg. 590, fol. 124.

² Idem íd. Estado, Flandes. Leg. 592, fol. 135.



da, sin desatender las necesidades de su grande Imperio; la cuestión consistía en conciliar con la voluntad los recursos; y como no alcanzaran éstos al inmenso gasto que la jornada exigía, no es maravilla que la idea de un auxilio eficaz le inclinara á sacrificar la libertad de acción.

Empresa encaminada á herir en la cabeza al luteranismo, no podía menos de encontrar en el Pontífice romano aprobación y ayuda material. Las cajas del papa Sixto V rebosaban, por efecto de la severidad con que recaudaba tributos y de la parsimonia política con que los empleaba, por sendas apartadas de la munificencia de sus antecesores en la Santa Sede. Máxima suya ejercitada era, que para gobernar son necesarios vigor y dinero.

Espantado de los progresos del protestantismo á favor del impulso de una mujer, cuyas dotes admiraba tanto como aborrecía—aparte las absurdas fábulas de Leti ¹,—el mismo Sixto insinuó al Rey Católico la precisión de que, en su calidad de brazo y paladín de la fe, acudiera á poner coto á los males que en el Norte se amasaban. Don Felipe no dejó pasar la oportunidad que la indicación le ofrecía, planteando negociaciones que favorecieran al pensamiento acariciado.

Era embajador en Roma D. Juan Enríquez de Guzmán, conde de Olivares, noble, acaudalado, enérgico. Había servido en los ejércitos del emperador Carlos V, quedando cojo por resultas de herida que recibió en San Quintín; había visitado las más de las cortes de Europa y conocía á Roma. Una escuadra de galeras le transportó con su casa, desde Barcelona, á Civitavechia en 1582; desembarcó con grandes honores; verificó la entrada solemne en Roma con pompa extraordinaria, ocupando aún el solio pontificio Gregorio XIII; se alojó en el Corso, ocupando el palacio Urbino, y á poco, frío, desdeñoso, diplomático de primer orden, tuvo puesto culminante entre los delegados extranjeros, habiendo sabido ganarse á la mayoría de los cardenales.

En manos de tal ministro puso el Rey el negocio de la

¹ Gregorio Leti: *La vie d'Élisabeth d'Angleterre, traduit de l'Italien*. Londres, 1743.

expedición con instrucciones encaminadas á obtener para la infanta Isabel Clara Eugenia la investidura de la corona de Inglaterra, y el empréstito de un millón, sobre el que por donativo gracioso estaba ya convenido ¹. Firmóse el compromiso secreto el 14 de Marzo de 1587, exigiendo el Papa la salida de las naves sin pérdida de tiempo ².

Llegando á poco nueva del lastimoso fin de la reina de Escocia, se exacerbó la impaciencia de Sixto V, dictándole censuras contra la inacción de D. Felipe, no obstante las legítimas razones con que el Embajador de España la excusaba. Ni la necesidad de acudir al reparo de los daños causados por Drake en las Indias, ni las ventajas conseguidas en Flandes, ni la certeza de la actividad con que los aprestos se llevaban en España, Portugal, Nápoles, Sicilia y Milán, calmaban la irascibilidad del anciano Papa, insufrible en tales momentos ³.

A la verdad, la tardanza de los preparativos, y sobre todo la de la remesa de dinero que para los de su ejército era preciso, traía también angustiado al Duque de Parma, persuadiéndole de la imposibilidad de compensar el tiempo perdido y de obviar las consecuencias de los rumores, que obligaban forzosamente al aumento de las fuerzas de desembarco primitivamente calculadas y, sobre todo, á las de la armada, ahora necesariamente fuerte para afrontar juntas á las de Inglaterra, Holanda y Zelanda. Complaciale, no obstante, la idea de dirigir la empresa, correspondiendo á la confianza que en él depositaba el Soberano, y confiaba en el buen suceso siempre que, según estaba convenido, quedara á cargo de la armada franquearle el paso del canal.

Contrariedad mayor que las pasadas había de acarrear funestas consecuencias.

Con fecha 19 de Abril tenía avisada D. Bernardino de Mendoza la reunión en la isla de Wight de escuadras considerables regidas por Drake y Winter. Decíase estaban destina-

¹ Instrucciones del Rey al Conde de Olivares, con fecha 11 de Febrero de 1587. Archivo de Simancas. Estado, Roma. Leg. 949.

² Idem id., el mismo legajo.

³ Carta del Conde de Olivares. Archivo de Simancas, Estado, Roma. Leg. 950.

das al ataque de las flotas de Indias. Dos días después daba cuenta el mismo D. Bernardino de la salida de 34 velas con pormenores de su fuerza, advirtiéndole que si hallaban comodidad procurarían entrar en Cádiz, destruir las naves surtas y apoderarse del puente de Tierra Firme (Suazo), creyendo encontrar desprevenidos á los de la ciudad ¹.

Por distinto conducto fué á manos del Rey carta de confidente inglés, en que con toda claridad se explicaba el plan concebido por Drake de dar sobre Cádiz, incendiar la ciudad y las naves, correr luego la costa hacia el Norte y repetir el golpe en Lisboa y otros puertos, acabando la campaña con el ataque de las flotas de Indias. ¿Llegaron á tiempo los avisos? ¿Se desatendieron?

Lo cierto es que ninguna prevención se hizo en el puerto ni en la ciudad aludida, y que, conforme á lo proyectado, apareció el almirante inglés en la bahía y ejecutó por completo su propósito, logrando con la osadía victoriosa la cima de la reputación sentada en las empresas anteriores. El 29 de Abril entró por sorpresa, quemó 18 naves grandes que allí se aprestaban; apresó otras seis; corrió la costa de Algarve, haciendo desembarcos, quemando el monasterio del cabo de San Vicente y asaltando los castillos de Sagres, Valiere y Udiche; se presentó á la boca del Tajo, en insulto á la armada del Marqués de Santa Cruz, y retrocediendo al cabo de San Vicente se mantuvo en crucero todo el mes de Junio, así por impedir la reunión de los galeones españoles, diseminados en los puertos, como en espera de las flotas, que ordinariamente recalaban al dicho cabo ².

Hay de esta acometida pormenores que no es ocioso recoger. Negó siempre la reina Isabel que su Almirante recibiera órdenes para otra cosa que observar los armamentos que se hacían en España: las instrucciones ostensibles publicadas oportunamente ³ le vedaban, en efecto, entrar en puerto al-

¹ Parls. Archivo Nacional, K, 1565 y 1566.

² *Relación de los navios que Drake quemó y echó á fondo y se llevó en la bahía de Cádiz, y en lo que todo se estima. La Armada Invencible*, t. 1, págs. 29 y 334.

³ *Calendar o State papers*, 9 de Abril de 1587.

guno, así como intentar acto de hostilidad en tierra, debiendo limitar las operaciones á la captura de buques en la mar. Aun más: desaprobó la Reina su conducta, ofreciendo castigarle y satisfaciendo al Duque de Parma con declaración de que, acto verificado contra su voluntad, no había de influir en las negociaciones seguidas por los comisarios de Inglaterra¹; documentos y ofertas de valor entendido en la hipócrita pauta de la política que seguía. El golpe estaba hábilmente calculado, y con mayor habilidad, fortuna y fuerza puesto en el blanco del deseo.

Drake llevó 30 velas, las mayores de 400 á 600 toneladas y 40 á 50 cañones: llegado á la boca de la bahía reunió consejo de capitanes, y el segundo jefe de la escuadra, Borroughs, fué de opinión contraria al ataque. Decidiólo, no obstante, Drake, acreditando ser algo más que corsario ó pirata; hombre capaz de pelear con otros más alentados que los colonos americanos: con los soldados de D. Felipe en su propia casa. Si en verdad le estaba prohibida la hostilidad, tanto más realza el acto la desobediencia á las órdenes de su Soberana.

Como se dirigiera sin vacilar al galeón único de guerra que se hallaba en el surgidero, y éste rompiera el fuego, acertando sus balas al *Lión*, donde iba la insignia de Borroughs, acobardado éste se salió á la mar², mientras las demás naves atacaban simultáneamente al galeón, echándolo á fondo. Las galeras, que se encontraban en las inmediaciones, se retiraron por los caños á los primeros disparos; las tripulaciones de los transportes huyeron á tierra, abandonándolos, y quedaron los ingleses dueños de la bahía y del gran convoy de provisiones preparadas para la armada de Lisboa sin resistencia apenas. En la ciudad ninguna se hizo, y aun se susurraba que el General de las galeras de España envió á Drake refrescos y dulces³.

¹ Carta de 11 de Marzo remitida al Rey. Archivo de Simancas. Estado, Roma. Leg. 949.

² Froud: *History of England*.

³ Carta de D. Bernardino de Mendoza al Rey. París, Archivo Nacional, K, 1565 y 1566.

Embarcaron los ingleses la vitualla; quemaron la que no podían llevarse, así como las naves, causando grandísimo daño, no sin recibirlo en la salud de la gente por el abuso del vino de las presas, que desarrolló, con el calor de la estación, epidemia en la escuadra.

Concluídas tranquilamente las operaciones del transbordo, salió Drake de Cádiz á últimos de Abril, barajando la costa de Portugal. En Faro hizo desembarco y asaltó los fuertes, con protesta del almirante Borroughs, que extremó la disidencia entre ambos jefes en términos de separarse y marchar á Inglaterra éste ¹. En Cintra y en la Coruña incendió el primero las embarcaciones, presentándose luego á la vista de Lisboa en reto al Marqués de Santa Cruz ². Se mantuvo á seguida sobre el cabo de San Vicente, pretendiendo canje de prisioneros; y como se le dijera no haberlos ingleses, determinó que todo español que se tomara fuera vendido á los moros y empleado el producto en la redención de cautivos ingleses ³. Desde entonces empezó el martirio de los prisioneros, tratados, en verdad, mucho más cruelmente que por los mahometanos berberiscos.

La fortuna deparó á poco á la escuadra inglesa el encuentro sobre las Azores de la carraca portuguesa *San Felipe*, en camino desde la India Oriental con rico cargamento de aquellas regiones. Sola, atacada por nueve naos, hubo de rendirla el capitán Juan Trigueros tras defensa honrosa de la bandera ⁴.

El efecto moral de esta campaña excedió con mucho á su importancia efectiva. Exagerados los daños y los beneficios, no menos que las entradas por la costa, causaba general admiración la osadía con que se acometió.

La reina de Francia, María de Médicis, expresaba, sin di-

¹ Froud le califica de cobarde y traidor, afirmando que Drake le depuso del cargo y le arrestó. El capitán Fenner escribió relación del desembarco en Cabo de San Vicente.

² Al decir del mismo Froud y de otros historiadores, envió reto formal al Marqués; no hay dato que lo acredite, y no era Drake hombre que callara estas cosas.

³ Froud, Historia citada.

⁴ Costa Quintella: *Annaes da marinha portugueza*.

simulo de alegría, que era patente ser ficticia y sólo de reputación la fuerza del Rey de España ¹.

No dejaba por su parte el papa Sixto V de censurar á don Felipe, atribuyendo el suceso á la tardanza de los armamentos, y aun en Flandes, y en España misma, produjo el golpe doloroso asombro. Las consecuencias fueron maravillosas en Inglaterra; al respeto temeroso en que se tenían los galeones españoles sucedió la lisonjera confianza de sobrepujarlos, sirviendo las riquezas de la carraca indiana de cebo para buscar otras y de ideal en hacer la guerra con dinero ajeno. Sin el arrojó de Drake; sin la campaña de Cádiz, los ministros de la Gran Bretaña hubiéranse acomodado á la paz, sacrificando á los Países Bajos ²; tras ella todo cambió. Con razón asientan los historiadores que no hay en los anales de Inglaterra expedición comparable, pues que sirvió de alma y origen á las sucesivas.

Tarde, no obstante los estímulos que pueden imaginarse, salió de Lisboa el Marqués de Santa Cruz con poderosa escuadra en persecución de la inglesa y amparo de las flotas de Indias que por momentos se aguardaban ³; pero sirvieron en junto las ocurrencias para acabar con las vacilaciones del Rey, haciéndole adoptar definitivamente los planes de Alejandro Farnesio, según manifiesta cédula suscrita en El Escorial á 4 de Septiembre ⁴.

Así que llegara de vuelta D. Álvaro de Bazán al cabo de San Vicente y entregara las flotas á la guarda de las galeras, según prevención que allí encontraría, recogiendo en Lisboa los refuerzos disponibles, iría derecho al Canal de Inglaterra hasta fondear sobre cabo Margat; cubriría el paso de la escuadrilla ligera, conductora del ejército de Flandes, y puesto en tierra, haría cada jefe, por su parte, lo conducente al logro de la empresa, procediendo de acuerdo. Recomendaba, en consecuencia, al Duque de Parma lo tuviera todo preve-

¹ Carta de D. Bernardino de Mendoza.

² Froud, Historia citada.

³ *La Armada Invencible*, t. I. pág. 30.

⁴ Archivo de Simancas. Estado, Flandes. Leg. 594, fol. 5.

nido y en orden, importando no hubiera la menor dilación y se hiciera la jornada en el año, á fin de no perder lo gastado y errarlo todo.

El Duque respondió prestamente ofreciendo diligencia no obstante el atraso en que tenía la preparación por no haberle enviado dinero. Indicó entonces por vez primera la pretensión de que el jefe de la escuadra le estuviera subordinado.

«Mucho será menester mirar lo que en esto se habrá de ordenar y hacer, que lo veo mal encaminado», escribió el Rey de su mano al margen del despacho ¹. Era realmente asunto espinoso que había de traer graves consecuencias. Por lo demás, ofrecía Farnesio hacer cuanto cupiera en su entendimiento, gratitud y obligación siempre que se le diera plazo hasta fines de Noviembre, demorando hasta entonces el arribo de la escuadra. Por más que el secreto se hubiera divulgado, y era de esperar que la Reina de Inglaterra estaría prevenida, confiaba en la victoria, así tuviera que aventurar la vida.

En cumplimiento de la oferta y prueba de buen deseo, fomentó en Flandes la actividad por mar y tierra, avanzando prodigiosamente la fábrica de bajeles, organización de tropas y acopio de toda especie de municiones ². El 24 de Diciembre, algo después del término presupuesto, anunciaba estar listas, entre Dunquerque y Newport, 74 embarcaciones de mar, 150 pleytas y 70 huyas de ribera, bastantes en conjunto al transporte del ejército y pertrechos ³. Únicamente la llegada de la escuadra hacía falta para romper la marcha ⁴.

Sin la contrariedad de los temporales que destrozaron á la armada de D. Álvaro de Bazán durante el crucero sobre las Azores, el plan se hubiera realizado, y acaso con resultado distinto del que más adelante tuvo. La entidad de las fuerzas; la pericia, prestigio y autoridad del caudillo de mar; la buena disposición de Alejandro Farnesio, formados á su gusto los

¹ Archivo de Simancas. Estado, Flandes. Leg. 592, fol. 117.

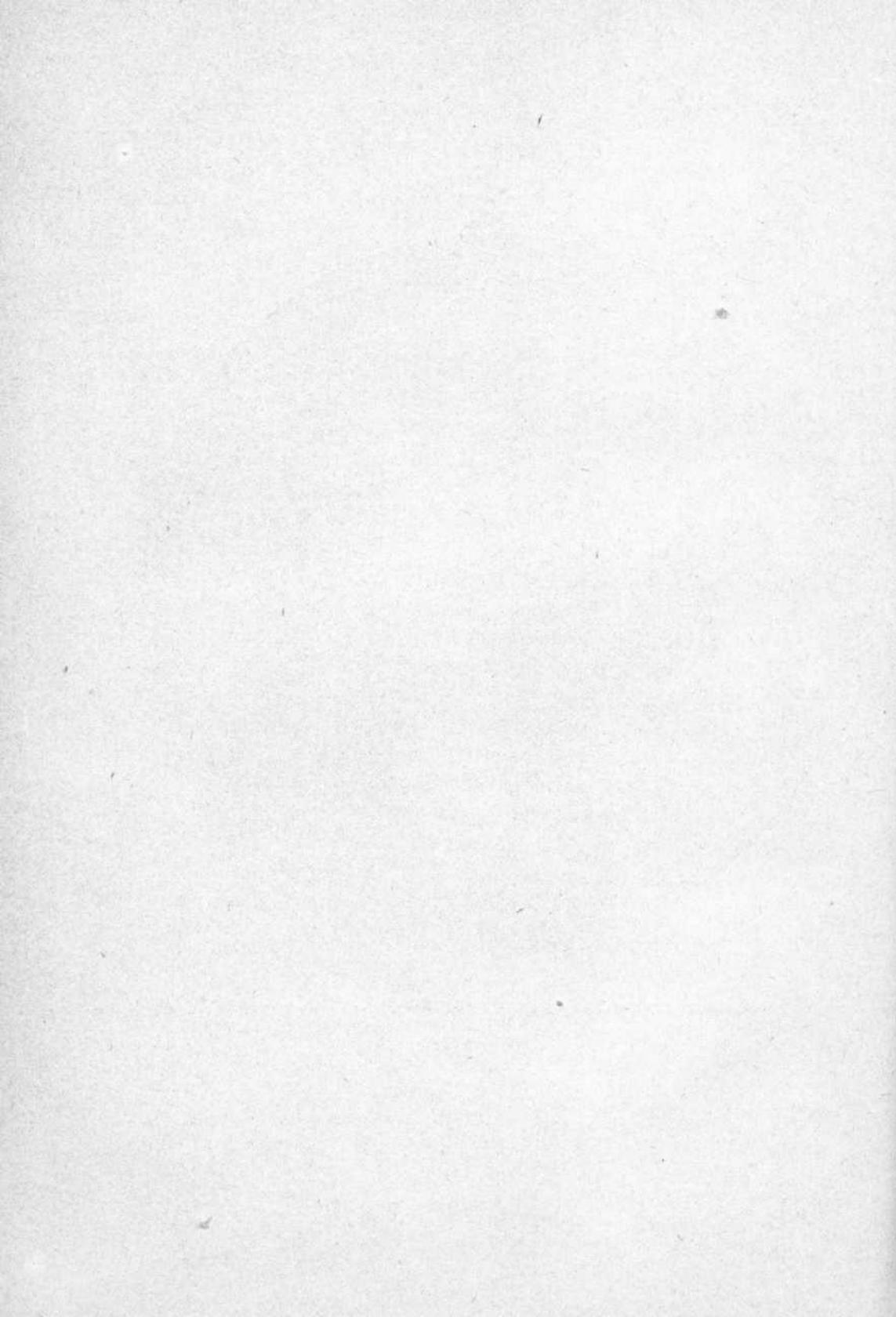
² *La Armada Invencible*, t. 1, pág. 35.

³ Archivo de Simancas. Estado, Flandes. Leg. 592.

⁴ *Idem*, id. Folios 141, 149 y 152.



Medalla conmemorativa del tercer centenario de D. Álvaro de Bazán.



elementos de invasión, y el temor y escasez de recursos defensivos con que contaba la Reina de Inglaterra, tuvieron en gravísimo peligro su corona.

Habíase cambiado en D. Felipe la parsimonia, la vacilación con que estuvo considerando el negocio durante diez y ocho años, en impaciencia que no toleraba demora de minuto, y al volver á Lisboa el Marqués de Santa Cruz hubo de sufrir los efectos juntos con los de la malevolencia de envidiosos de la Corte ¹, y los de las indicaciones de primacía en el mando, hechas por el Duque de Parma, contrastando el proceder del Rey relativamente á capitán á quien debía tantas victorias, con el que le mereció, á poco, otro jefe sin historia y sin merecimientos, así por los despachos apremiantes, la fiscalización injustificada de los actos, las intimaciones mortificantes por segunda mano, como por la prevención final enviada al Cardenal Archiduque, á la par de las instrucciones de la jornada, expresando: «Que, entendida la desgracia con que tomó el Marqués la forma de la traza á la hora que vió la parte que de ella había de caber al Duque de Parma, no le admitiera modificación ni aun observación, haciéndole saber no era ya tiempo para otra cosa que declarar *si quería ir de aquella manera ó quedarse, porque también en este caso había orden de proveer lo conveniente*» ².

Este documento, que no ha llegado á noticia de los biógrafos de D. Álvaro, acredita el rumor que corrió de haberle causado la muerte más bien el disgusto y puntillo de la honra que los efectos de enfermedad natural ³, y persuade que no estimó el sesudo Soberano la magnitud de la pérdida de tal caudillo, aunque universalmente se comprendiera por entonces, como se ha juzgado por la posteridad ⁴.

¹ *La Armada Invencible*, t. 1, pág. 36.

² Archivo de Simancas. Estado, Flandes. Leg. 594, fol. 3.

³ *La Armada Invencible*, t. 1, págs. 37 y 160.

⁴ Froud.—Reinhold Baumstark.—El año 1888 se solemnizó en Madrid el tercer centenario de la muerte del insigne marino, uno de los más brillantes modelos de la Armada española. Acordóse entonces la erección en la plazuela de la Villa de estatua á su memoria, que inauguró S. M. la Reina Regente, y se fundió medallón artístico de cobre de 0^m,12, presentando en el anverso la figura sobre fondo de

Consintiendo al Duque de Medina Sidonia dilaciones censuradas á su antecesor, estuvo parada la máquina desde Febrero á Junio de 1588, primero, y casi hasta Agosto luego, en cuyo tiempo, consumidas las provisiones y el dinero del ejército de Flandes, mermadas las tropas por la desertión y las enfermedades ocasionadas por acampar en playas; desilusionado el capitán organizador, cambió de medio á medio la perspectiva risueña de la expedición.

La primera y más natural consecuencia de la tardanza, despejado el misterio de los armamentos, fué la prevención defensiva que con verdadera actividad se comenzó á la vez en Inglaterra y Holanda. Por otro lado, la mutación en las disposiciones del papa Sixto V, arrepentido ó pesaroso de haberse mezclado en asunto que pudiera aumentar el prestigio y autoridad del Rey de España. Servíale la demora de la armada de pretexto para mortificar al Conde de Olivares, embajador que le merecía tan significativa aversión como antipatía su amo ¹, tratando sin rebozo con otros representantes de materias que no tardaban ellos en dar á los vientos de la publicidad. Ya, en conversación con el enviado de Venecia, Gritti, se dejaba decir que las naves españolas no servían para nada, y que en Flandes, patente la cólera divina, por una plaza ganada se perdían dos ². Ya, más expansivo, declaraba estar haciéndose ridículo Felipe con su famosa armada, mientras una mujer movía á los príncipes de Ale-

mar con bajeles y leyenda: III CENTENARIO DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MUELA.—INAUGURADO MDCCCXCI. Se premió en concurso público un *Estudio histórico-biográfico* escrito por D. Ángel de Altolaquirre, con copia de documentos y apéndice de la *Bibliografía del Centenario de D. Álvaro de Bazán*, comprensiva de sesenta y seis publicaciones en prosa y verso. Entre las primeras ofrece permanente interés la descripción del *Palacio del Marqués de Santa Cruz, en el Viso*, hecha por D. Pelayo Alcalá Galiano con reproducción de los retratos allí pintados, y de los fanales y otros trofeos conservados por la familia. Copia también el libro, de los frescos de las paredes, los combates navales del cabo de Aguer, Navarino, Terceras, Ceuta, Marbella y Túnez. El testamento de D. Álvaro, otorgado en Lisboa á 8 de Febrero de 1588, dió á luz D. Cristóbal Pérez Pastor en el *Boletín de la Academia de la Historia*, año 1896, t. XXVIII, págs. 5-27.

¹ El barón Hübnér: *Sixte Quint.* París, 1882.—Carta del Conde de Olivares al Rey. Archivo de Simancas. Estado, Roma. Leg. 950.

² El barón Hübnér, obra citada.

mania y al Rey de Navarra, encontrando recursos para poner en el mundo lo de arriba abajo ¹.

En ocasiones, de mal humor, decía al Embajador de Francia que en la escuadra de Lisboa habían muerto más de 20.000 hombres y dado al través 28 naves por mala dirección; que los italianos enviados á Flandes habían desaparecido. Elogiaba sin tasa la condiciones de la reina Isabel; desprestigiaba las de Felipe; lamentábase del dinero que había ofrecido sin soltarlo, y anticipaba tener malos presentimientos de la jornada por no haberse empezado en Septiembre de 1587, acabando con el juicio, no desacertado, de tener al Duque de Medina Sidonia por hombre sin experiencia y sin ventura ².

Un despacho fechado en Gante á 20 de Marzo ³ hace patente el cambio de impresiones en Farnesio. Vista la publicidad que tenía el negocio, pensaba acertado impulsar las negociaciones de paz con Inglaterra en el concepto de aprovechar el temor que producía el ser de la armada, sin arriesgarla á un desastre, y conseguir el fin de las miserias y calamidades de Flandes con el afianzamiento de la religión católica y antiguo dominio. Determinábase, decía, á comunicarlo á S. M., creyendo convenir á su servicio, no menos que la apreciación de ser ya aventurado el desembarco en Inglaterra.

No habiendo surtido efecto las consideraciones en el ánimo de D. Felipe, volvió á advertirle el Duque que no reparara en gastos, previniéndose para un descalabro ⁴. Seguía, por su parte, dispuesto á cumplir las órdenes, si bien repitiendo siempre, con motivo de los avisos que le enviaba el Duque de Medina Sidonia, que la armada había de desembarazar el canal antes de que él saliera de los puertos con la escuadrilla de las tropas ⁵.

¹ El barón Hübner, obra citada.

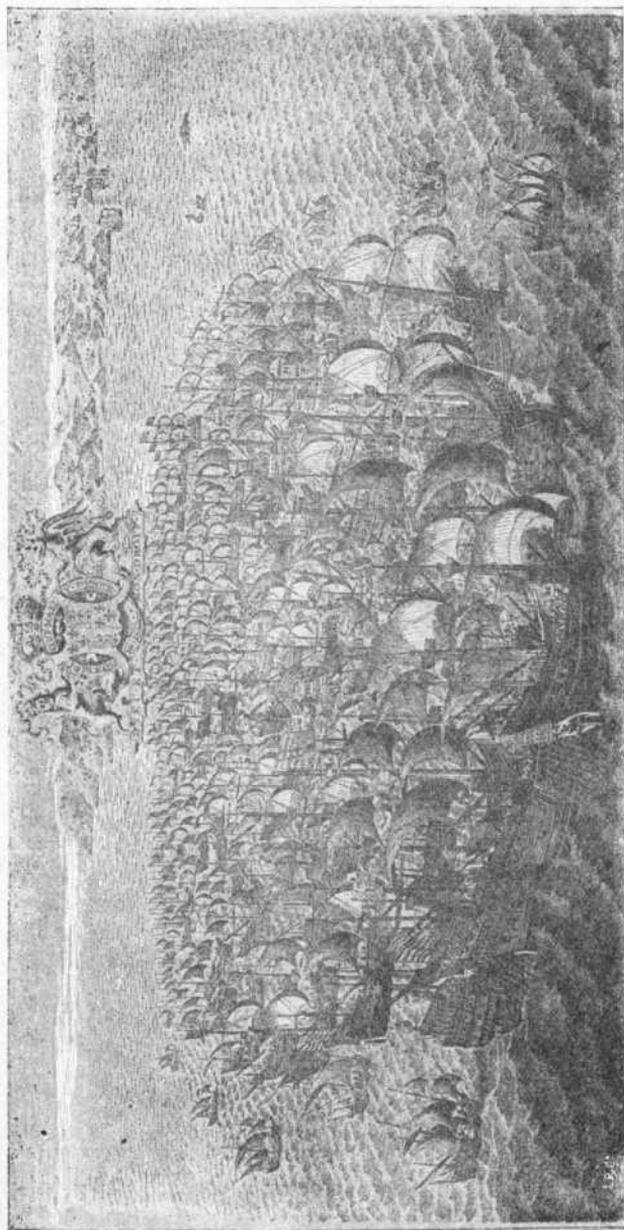
² Ídem, id.

³ Archivo de Simancas. Estado, Flandes. Leg. 594, folios 27 y 28.

⁴ Ídem, id., id., fol. 51.

⁵ Ídem, id., id., fol. 79.

Ya era tarde para retroceder; ni las razonadas indicaciones de un capitán de tan alto concepto, ni el cambio de actitud de Isabel de Inglaterra, arrepentida de haber levantado la tempestad rugiente, ni las pruebas de irresolución y de incapacidad suministradas por el de Medina Sidonia en la travesía desde Lisboa á la Coruña, alteraron en un ápice la resolución meditada en la celda de El Escorial.



La grande Armada al embocar el Canal de Inglaterra.

II.

LA GRANDE ARMADA.

1588-1889.

Apellídala el vulgo La Invencible.—Sale de la Coruña.—Orden de marcha.—Encuentro con la escuadra inglesa.—Desacierto.—Desorden.—Abandono de naves.—Llegada á Cales.—Naves incendiarias.—Combate en los bancos de Flandes.—Navega por el Norte de Escocia.—Naufragios en la costa de Irlanda.—Conformidad del Rey.—Ineptitud del Duque de Medina Sidonia.—Efectos del desastre.—Episodios.



OR fin salió del Tajo la armada más potente que hubiera pesado sobre el Océano, componiéndola 130 naves que median 57.868 toneladas, con 2.431 piezas de artillería y más de 30.000 hombres de mar y guerra. El vulgo la apellidó *La Invencible*, entendiéndose en referir en prosa y verso su composición, y en especificar los nombres ilustres de capitanes, caballeros ó simples voluntarios que conducía ¹. Detenida en la Coruña por la contrariedad de los tiempos, volvió á salir definitivamente el 22 de Julio de 1588, enderezando el rumbo á la costa de Inglaterra con viento próspero. El orden de marcha, no encontrado hasta ahora entre los documentos oficiales, se conoce por relación de un escritor italiano ², y era así:

¹ En *La Armada Invencible*, obra citada, constan las relaciones, órdenes, diarios, etc.

² *Discorso di Filippo Pigafetta sopra l'ordinanza dell'armata cattolica. All'illustrissimo et reverendis. signore il Cardinale di Consenza.* In Roma. Apresso il Santi. Con licenza de 'superiori, 1588. 7 fojas, 4.º

Dos millas por delante habían de ir las naves ligeras para descubrir y tomar lengua, comunicando las noticias, de día, por medio de ahumadas y cañonazos; de noche, con cañonazos y faroles.

A distancia de las dos millas seguía la vanguardia, compuesta de 12 naos en tres divisiones; en la primera, á la banda derecha, iba la nao *Rata* con D. Alonso de Leyva y el Príncipe de Ascoli, y á la banda izquierda la *Ragazzona*. Esta vanguardia navegaba en fila de frente, conservando entre nao y nao la distancia necesaria para otras dos, ó sea unos 42 pasos.

Detrás, á media milla, marchaban las cuatro galeazas mandadas por D. Hugo de Moncada, con proporcionada distancia de una á otra.

Seguía el tercer cuerpo, galeones de Portugal, llevando el *San Martín* la persona é insignia del Duque de Medina Sidonia. En la marcha ocupaba este galeón el segundo puesto, empezando por la derecha; entre galeón y galeón la distancia antedicha, y en caso de combate formaban los tres cuerpos una sola fila de frente con el General en el centro.

El cuerno derecho constaba de dos partes: la una de 15 naos gruesas mezcladas con galeones; la otra de 13 naos menores, en todo 28. La primera tenía por cabeza al galeón *San Juan*, que marchaba á la derecha, y el jefe del cuerno era el almirante general Juan Martínez de Recalde. Cien pasos por la popa marchaban siete zabras ó pataches; detrás seis urcas con otros cuatro pataches, constituyendo una reserva que regía Juan Gómez de Medina.

La segunda parte del cuerno derecho, distante cien pasos de la primera, llevaba por cabeza al galeón del Gran Duque de Toscana, del cual era capitán Gaspar de Sosa: componíase de 12 naos, llevando seis en cada flanco, y á retaguardia cinco zabras. Debía de ocupar este cuerno un espacio calculado de 1.068 pasos; esto es, una milla y 68 pasos.

El cuerpo de batalla iba, después del cuerno derecho, á 300 pasos, constando de 30 naos, en tres divisiones: la primera de 18, que ocupaban 1.002 pasos, con el galeón *San*

Mateo en el centro; á la derecha de éste la capitana de Berrendona, y el último, á la izquierda, el galeón *San Luis*. Por la popa, á distancia conveniente, las cuatro galeras del capitán Medrano, siguiendo ocho galeones grandes del cargo de D. Pedro de Valdés. En esta forma era el cuerpo de batalla muy fuerte, y aun llevaba por la popa 20 carabelas para avisos y socorros.

El cuerno izquierdo, gobernado por el galeón *San Marcos*, en que iba D. Francisco de Bobadilla, se sujetaba á un orden semejante al del otro; su segunda parte tenía por jefe á Hurtado de Mendoza, general de los pataches, y en la reserva iban seis urcas y nueve zabras ¹.

Por los despachos de D. Bernardino de Mendoza ² vienen á conocerse asimismo algunos pormenores de la armada inglesa. El Embajador de esta nación publicó en París relaciones, acaso un tanto abultadas, como lo eran las españolas, pero con el importante dato de la artillería que no contienen las otras conocidas ³. El ilustre historiador Froude ha recogido muchas especies interesantes de construcción, costo, forta-

¹ El autor del discurso citado, Pigafetta, expone consideraciones propias suyas acerca de los órdenes de marcha y combate, comparándolos con los de la táctica de los griegos y con los movimientos de Jerjes y Temistocles en la batalla de Salamina; describe las condiciones hidrográficas del canal y costas de Inglaterra; indica las prevenciones comunicadas para el caso de tener que fondear, y por resultado del examen crítico que hace de las disposiciones adoptadas opina que el Rey Católico, mediando el favor divino, alcanzaría felicísima victoria sobre los herejes. El *Discurso* parece confirmar las presunciones que tengo explanadas (en *La Armada Invencible*, t. I, pág. 50-53) de haber salido de Italia, y no de España, ese dictado de *Invencible*, por el que se hicieron á nuestra nación cargos de vanidad y de arrogancia. Por fin, entre las noticias varias del opúsculo hay la siguiente acerca de las banderas, que también conforman con las mías (en dicha obra, t. I, pág. 45, y t. II, páginas 41, 220 y 374): «En los estandartes, banderas, flámulas y gallardetes no va otra figura que el crucifijo con el mote *Domine discerne causas tuam*, para poder poner el estandarte en la iglesia, sobre el altar, donde no há mucho fué bendecido, y la imagen de la Virgen, madre de Dios, con leyenda *Demonstra te esse Matrem.*»

² Como los anteriormente citados, se hallan en el Archivo Nacional de París procedentes de los legajos sustraídos del de Simancas durante la invasión francesa de principios del siglo. Estos tienen signatura K, 1588, B. 61, pieza 83, y K, 1567, B. 60, piezas 21 y 22.

³ Pueden verse en *La Armada Invencible*, t. I, págs. 55, 70 y 77, y t. II, páginas 479 y 486.

leza, sueldos de la gente, raciones, etc. Juzga que tenía que luchar la armada española con el gravísimo inconveniente de hablarse en ella seis lenguas, con el no pequeño del antagonismo entre castellanos y portugueses, sin contar con las exigencias de los ingleses y escoceses católicos. Reconoce que, no habiendo podido procurarse los españoles suficiente número de pilotos prácticos del Canal, era comprometida la situación de las naves, escasas además de víveres y municiones; y apartándose del camino seguido por otros de su nación, no tiene inconveniente en reconocer que las barras, grillos, instrumentos inquisitoriales de que tanto partido se sacó para levantar el espíritu del pueblo ¹, eran sencillamente los hierros ordinarios usados para la seguridad de los forzados remeros de galeras y galeazas ².

No es de omitir una referencia del Presidente francés De Thou ³, por más que aparezca entre muchas procedentes de la invención disparatada de Gregorio Leti ⁴, acaso origen de las noticias propaladas en la época, de contar la armada con una escuadra de mujeres. El hecho fué, sin duda, que, habiéndose cumplido con rigor la prohibición de embarco en las naos, las cortesanas fletaron por su cuenta barcas que seguían á la expedición, y algunas fueron á parar á las costas de Francia.

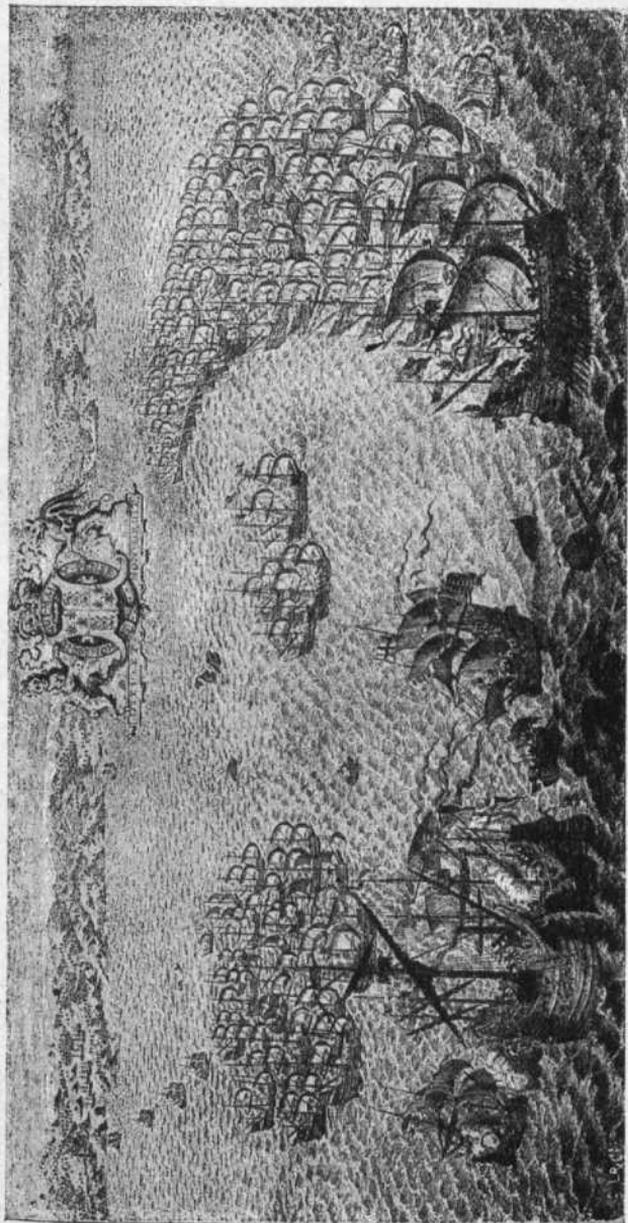
Desde el momento en que la vanguardia llegó á la altura del puerto de Plymouth y empezaron á verse á larga distancia velas inglesas, al parecer recelosas, en actitud de marchar en la misma dirección, pudieron advertir, desde el primero al último, en aquel conjunto asombroso para la gente de las islas, que no era D. Alonso Pérez de Guzmán hombre capaz de gobernarlo. Mayor desacierto, desorden mayor, decisión más clara de evitar la pelea navegando á toda vela sin cui-

¹ *La Armada Invencible*, t. 1, pág. 54.

² Con gusto aprovecho la oportunidad de la cita para dar testimonio público de gratitud y consideración á este escritor, Mr. James Anthony Froude, por los juicios que ha emitido de mi obra en la suya, *The Spanish story of the Armada*. London, 1891.

³ *Histoire universelle, traduite sur l'édition latine de Londres*. Londres, 1734.

⁴ *La Armada Invencible*, t. 1, pág. 71 y 191.



Abandono del galeón Nuestra Señora del Rosario.

darse de rezagados, no cabía concebir, ni podía encubrirse á los enemigos, atemorizados en un principio. Toda nave que por entorpecimiento ó averfá quedaba atrás, era abandonada, como si nada importara entregarla voluntariamente á aquellos á quienes iba á combatir. Primero tocó esta suerte á las galeas que no podían soportar la mar gruesa del canal, y hubieron de arribar á la costa de Francia donde una se salvó, aportando á Blavet, en Bretaña, sin más quebranto que las provisiones, arrojadas al agua para aligerarse; en las otras se alzaron los remeros y pasaron á cuchillo á los oficiales y soldados, embarrancando los vasos en las inmediaciones de Bayona ¹.

A este siniestro siguió la pérdida del galeón *Nuestra Señora del Rosario*, desarbolado en choque con otro de los compañeros, el 31 de Julio. Rodeándolo los ingleses, sacáronle á toda priesa la pólvora para repartirla entre sus naves, muy escasas de este elemento de guerra, y lo mismo hicieron con los nombrados *Nuestra Señora de la Rosa* y *San Salvador*, abandonados sucesivamente por el Duque, llevándolos á los puertos de Portland, Weymouth y Darmouth ².

El pío pío del de Medina Sidonia, aturrullado, llegando á sus oídos las censuras é inculpaciones de que sus propios criados no se recataban, por no atacar á las naves inglesas, que por su parte esquivaban el encuentro con los invasores, era que el Duque de Parma saliese á la mar á librarle de aquella situación, ó le mandara por lo menos 40 ó 50 buques ligeros, pólvora y balas, pareciéndole poco lo que tenía á su

¹ Mr. de Thou, obra citada. D. Bernardino de Mendoza, en despachos de 10, 12 y 20 de Agosto, confirmó la noticia de la pérdida, añadiendo haber obtenido del Rey de Francia órdenes para la entrega de artillería y pertrechos que se hubieran salvado. París, Archivo Nacional, K, 1567, B. 60, pieza 121, especialmente.

² El reparto de los cuarenta mil ducados del tesoro real que llevaba á bordo la nao de D. Pedro de Valdés originó habilllas contra la buena fama de Drake, que, al decir de su compañero Frobisher, saqueó en su provecho. (*Calendar of State papers*, 10 de Agosto.) En el primer momento trataron los ingleses de desembarazarse de los prisioneros que no ofrecían rescate y que de manera tan impensada habian hecho; prevaleció después la decisión de presentarlos al pueblo como demostración de victoria en aquellos momentos de expectación temerosa, y los conservaron en larga tortura suministrándoles de las raciones de sus propios galeones las que estaban podridas. (Despachos de D. Bernardino de Mendoza de 20 y 29 de Agosto. París. Archivo Nacional, K, 1568.)

disposición, y para lograrlo enviaba uno tras otro los pataches ¹. Cuando la armada llegó á fondear en Calés en 6 de Agosto insistió en las peticiones, sin más idea que estimular al general del ejército á que sacara en su ayuda la escuadrilla de transporte no dispuesta para combatir; empeño obstinado que resistía naturalmente Farnesio.

Pero si había inquietud en el estado mayor de nuestra armada, no reinaba la tranquilidad, ni mucho menos, en el de la inglesa. Dos pilotos flamencos se les desertaron, pasándose á nuestros barcos; cinco de los suyos garraron, abordándose, aunque sin gruesa avería; los generales se reunieron en consejo, acordando preparar naves incendiarias para lanzarlas á favor de la marea de la noche, sin gran confianza en obtener resultado. ¿Cómo habían de presumir que mandara el Duque picar los cables, y ocasionara en el aturdimiento y el pánico un daño mil veces mayor que los efectos del recurso?

Pereció de resultas D. Hugo de Moncada con la galeaza capitana, el más hermoso bajel de la Armada ². Habiendo tocado en la barra de Calés, inclinándose sobre un costado, la atacaron inmediatamente las embarcaciones menores inglesas, sin impedírsele Mr. Gurdain, gobernador de la plaza, atento sólo á participar en el despojo. La artillería, palos y pertrechos se entregaron adelante por reclamación de don Bernardino de Mendoza; no así los remeros, declarados libres por alegar el Rey de Francia el tratado de amistad y liga que tenía suscrito con Turquía ³.

Piensa Mr. Froud que no merece nombre de batalla, sino más bien de escaramuza, la que siguió sobre los bancos de Flandes. Así es; desmoralizados los españoles como no podía menos de suceder teniendo por caudillo á hombre dispuesto á irse en un batel á la tierra próxima y abandonarlos, pelearon aisladamente mal impresionados y mal dispuestos, rene-

¹ Archivo de Simancas. Estado, Flandes. Leg. 594, fols. 113, 117, 118, 122 y 123.

² *La Invencible*, t. 1, pág. 101.

³ Despachos de D. Jorge Manrique, de D. Bernardino de Mendoza y del Duque de Parma. Simancas. Estado, Flandes. Leg. 594, fols. 123 y 177.—París. Archivo Nacional. K, 1567, B. 60, piezas 115, 117 y 121.

gando de quien en aquella situación los había colocado. Pudo observarse, y ésta es la enseñanza principal que la jornada suministra, que mientras nuestra gente continuaba apegada á las prácticas del batallar en galeras, desdeñando el empleo de la artillería, confiada en el esfuerzo personal mano á mano, los ingleses, habiendo tomado lección de los rebeldes en las guerras de Flandes, se habían aplicado á manejar rápidamente los cañones y evitaban el abordaje, manteniéndose á competente distancia. No solamente lo consignan los escritores extranjeros; dicenlo los que, entre los nuestros, eran expertos en milicia, como el capitán Alonso Vázquez ¹, al observar que los enemigos disparaban su artillería con tanta rapidez como los nuestros sus mosquetes; como el almirante Juan de Escalante, notando que nunca como en esta ocasión se hizo peor en las naos, desperdiciando con mucho ruido las balas, al paso que los ingleses las aprovechaban. Es bueno transcribir, de un memorial dirigido al Rey encareciendo la necesidad de corregir lo dañado, el consejo de aplicar atención á la artillería, «imitando á nuestros enemigos, que con ella ejecutan y hacen lo principal de la guerra marítima, batiendo de fuera sin arrimarse al contrario ni abordar hasta haberle rendido á fuerza de fuego y pelotas. Bien lo dió á entender (dice) el infiel discreto y gran marinero Francisco Drake, porque no se hallará que jamás haya hecho cosa por fuerza de armas, sino con valor, mañas é industria, y así, con todo cuanto ha hecho en el mar del Sur, ni antes en Tierra Firme, ni después en el robo de Santo Domingo, ni en el de Cartagena, ni en la entrada de Cádiz, ni en ninguna otra suerte de las que sabemos que ha tenido, su nao ni armada haya abordado con otra, ni hecho fuerza de armas, sino arredrádose sin se allegar hasta después de rendidos con golpes de pelotas, ni sabemos que haya hecho instancia donde haya hallado verdadera resistencia..... Muy casualmente se han visto en el mar dos armadas contrarias de alto bordo revolverse la una con la otra sino son conformes en el acometerse, y así lo vimos por expe-

¹ En *Los sucesos de Flandes del tiempo de Farnesio*.

riencia en la jornada del Duque de Medina, que nunca pudo obligar á la enemiga á batalla aborlada.»

No hay, sin embargo, quien no reconozca la heroica bizarria con que singularmente combatieron los españoles, sin dirección ni cabeza. Los ingleses no pudieron rendir ni apresar uno sola nave entre tantas.

Cuando el galeón *San Felipe* se sumergia, un oficial enemigo pasó á su bordo, y cumplimentando á D. Francisco de Toledo en lengua castellana, propuso salvar las vidas de tan valiente tripulación si se entregaba honrosamente: *¡Largo, gallinas luteranas!*, respondieron ¹.

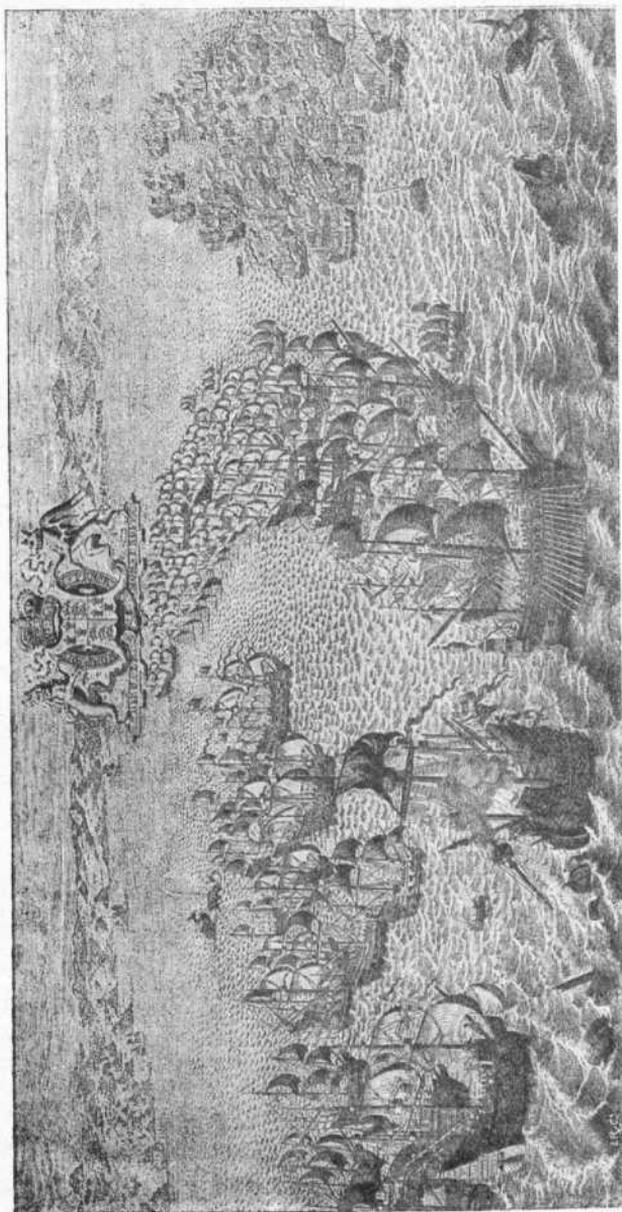
La defensa de D. Diego Pimentel en el *San Mateo* contra 30 naves holandesas, causó admiración, demostrada en las honras que se hicieron á los jefes prisioneros ². Todos los otros bajeles, maltrechos cual estaban, desaparecieron de la vista por el Norte de Escocia, en la navegación desatinada, pero homérica, á que el Duque de Medina Sidonia los llevó, entrándose en la región polar avanzado el mes de Septiembre, sin víveres, sin cartas, por no volver á encontrarse con los enemigos, dejando todavía por mucho tiempo en zozobra á Inglaterra y en expectación á Europa.

El Duque de Parma comunicó al Rey la mala nueva del desastre con fecha 10 de Agosto ³; mas las cartas que el mismo día y seguidos despachó desde París D. Bernardino de Mendoza hubieron de llegar antes, dando origen á una ilusión que hiciera más amargo el desengaño. Publicáronse en España relaciones de la victoria, por la que hubo fiestas y luminarias, sin que por ello quepa culpar de ligereza al Embajador en Francia. Él recibió la noticia por diferentes conductos, al parecer autorizados, y lo mismo que en Madrid, en París, en Roma, en Venecia, en Tolosa, circuló impresa una carta de Dieppe asegurando el triunfo. En Inglaterra

¹ Froud, obra citada. *La Armada Invencible*, t. I, pág. 100.

² Despachos de D. Bernardino de Mendoza de 30 de Agosto. Mr. de Thou dice que los holandeses enviaron la bandera á la catedral de Leyde, y era tan grande que desde la bóveda llegaba al pavimento.

³ Archivo de Simancas. Estado, Flandes. Leg. 594, fol. 123.



Abandono del galeón San Salvador.

misma corrieron especies siniestras mientras no llegó á saberse la verdad ¹. No tardó en extenderse ésta por sucesivas informaciones, agravadas, en contraste, por la ignorancia en que mucho tiempo se estuvo del paradero de la Armada.

Admíranse la sangre fría y la conformidad del Rey, aun cuando hay quien dice que no pudo disimular el dolor, con ser tan disimulado, pues se encerró con el confesor, hizo nuevo testamento y jamás se repuso ni recobró la salud ²; un papel nuevo acredita que no por ello desatendió á los dolientes ni dejó de cuidarse de la reorganización de la flota, encomendándola muy especialmente á D. Juan de Cardona, mayordomo mayor del Príncipe ³.

El efecto que las noticias produjeron en Roma se sabe por las cartas del embajador Conde de Olivares. Habiendo comunicado al Papa los despachos recibidos de Francia y pedídole el millón que por compromiso debía, encareciendo los sacrificios hechos por D. Felipe, se encolerizó, afirmando ser hombre de palabra, pero necesitar datos ciertos de la Armada para consultar con ellos al Sacro Colegio. «Lo encuentro tibio en manifestar satisfacción cuando hay buenas nuevas (escribía), y no le afligen poco ni mucho las malas. La envidia por la grandeza de V. M., y el pesar que siente en soltar el dinero, pesan más en él que el bien de la Iglesia ó el celo por exterminar la herejía. Ahora que los negocios van mal, se hacen insoportables su orgullo y arrogancia: me pone el cuchillo en la garganta, y no quiere comprender que el daño de V. M. va de rechazo á la Santa Sede y á la causa de Dios. Su mal natural ha estallado más de una vez: no obstante, me mantengo firme..... El sacar el dinero es cosa tan de las entrañas de Su Santidad, que no aprovecha nada.»

Más grande juzga á D. Felipe un escritor ⁴ por estas contrariedades, conocida la forma en que las afrontó, que por el

¹ Despacho del Duque de Parma de 29 de Agosto. Archivo de Simancas. Legajo 594, fol. 130, y de D. Bernardino de Mendoza. París, K, 1567.

² El barón Hübner, *Sixte Quint*.

³ Real cédula dada á 29 de Octubre. Academia de la Historia, Ms. *Colección Salazar*, E. 80, fol. 1.

⁴ Dumesnil: *Histoire de Philippe II*.

sufrimiento de la adversidad. Hizo saber á Sixto V que la desgracia debía de ser sensible á la Iglesia, cuya seguridad tenía por objeto la empresa, y que él se consolaba considerando que la pérdida de una Armada que había combatido gloriosamente por la fe en nada comprometía á la integridad de sus estados. Con esto y con no volver á hablar de los subsidios ofrecidos, manifestó su indiferencia á las proposiciones posteriores de alianza.

Habían transcurrido catorce meses desde que la Armada salió de la Coruña, al aparecer en Laredo, Santander, San Sebastián y algunos otros puertos del Cantábrico el resto de las naves que seguían al General, habiendo sufrido en el rodeo de las islas Británicas, en la costa occidental de Irlanda, sobre todo, hambre, peste, naufragio entre salvajes, borrascas continuas, trabajos increíbles. Hechas cuentas, faltaban 63 naves y de ocho á nueve mil hombres, de ellos muchos nobles y caballeros principales. Mayor desastre naval no se conocía, porque si bien en las cifras y aun en la causa vergonzosa era comparable con el de los Gelves en 1560, allí contribuyó la acometida valerosa de los turcos, y aquí no había otro motivo que la pusilanimidad del capitán del Rey de España. Allí, cierto es, quedaban dueños de la mar los otomanos y entregadas á su estrago las costas de Italia y de España; acá se hundía la reputación, el prestigio, la confianza del soldado en sí mismo, todo aquello que en medio siglo habían levantado trabajosamente D. García de Toledo y D. Álvaro de Bazán. Lo de los Gelves pudo remediarse; lo de Inglaterra é Irlanda no tuvo remedio, siendo herida mortal de las que interiormente labran, aunque en apariencia se cicatricen ¹.

El pueblo español descargó el peso de su enojo sobre el Duque de Medina Sidonia. Disculpara en él la mala ventura, la incapacidad, la derrota: no podía perdonar la mancha que en el simple soldado es imperdonable. Algo participó de

¹ Perdióse la reputación de España porque quedamos hechos risa de nuestros enemigos viéndonos huir casi sin que nadie fuese tras nosotros. Sigüenza: *Historia de la Orden de San Jerónimo. La Armada Invencible*, t. I, pág. 117.

la impopularidad Alejandro Farnesio, suponiéndole malas disposiciones, no disimuladas en los despachos de D. Bernardino de Mendoza ¹; y tanto crecieron los rumores, que juzgó necesario el de Parma sincerarse con el Monarca ² y encargar al secretario D. Juan de Idiáquez la defensa de los actos puestos en tela de juicio ³, sin alcanzar, con todo, «que no quedara su crédito pendiente de opiniones» ⁴.

Don Felipe, á pesar de ello, se mostró acomodaticio, conservándole su estimación y confianza ⁵, dijeran lo que dijeran ⁶. Para el Duque de Medina Sidonia no fué tampoco el Soberano de proverbial severidad ⁷.

Los nuevos documentos registrados descubren la suerte de algunos bajeles, que apunto por complemento de lo dicho.

NAO SANTA ANA ⁸.—Desarbolada la capitana de Oquendo en el primer encuentro con los ingleses en el canal de la Mancha, habiendo pasado á otra nave el Almirante, quedó

¹ Censuró abiertamente su proceder en los de 12, 20 y 30 de Agosto. Paris. Archivo Nacional, K, 1567.

² Carta á S. M., de Bruselas, á 16 de Septiembre. Archivo de Simancas. Estado, Flandes. Leg. 594.

³ Carta cifrada, de Vergas, á 1.º de Octubre. Archivo de Simancas. Estado, Flandes. Leg. 594, fol. 146.

⁴ Bartolomé Leonardo de Argensola: *Conquista de las islas Molucas*, 1609, página 172.

⁵ Carta del Duque de Parma á D. Juan de Idiáquez, de Bruselas, á 30 de Diciembre, manifestándose complacido.

⁶ Á D. Martín de Idiáquez enviaron desde Paris una canción satírica escrita en términos náuticos, que empieza:

«Astrosa navecilla miserable,
á quien el tiempo tiene consumida,
y los luengos viajes tan cascada
que estás por las más partes toda hendida,
abierta en los costados, deleznable,
la tablazón y quilla quebrantada
de puro maltratada.

Por no ser de provecho te han varado,
habiéndote dejado
fuera del mar, tendida en el arena,
sin mástiles ni antena,
al agua descubierta, al sol, al viento,
sirviendo á la carcoma de alimento.»
.....

Paris. Archivo Nacional, K, 1569, B. 62, pieza 19.

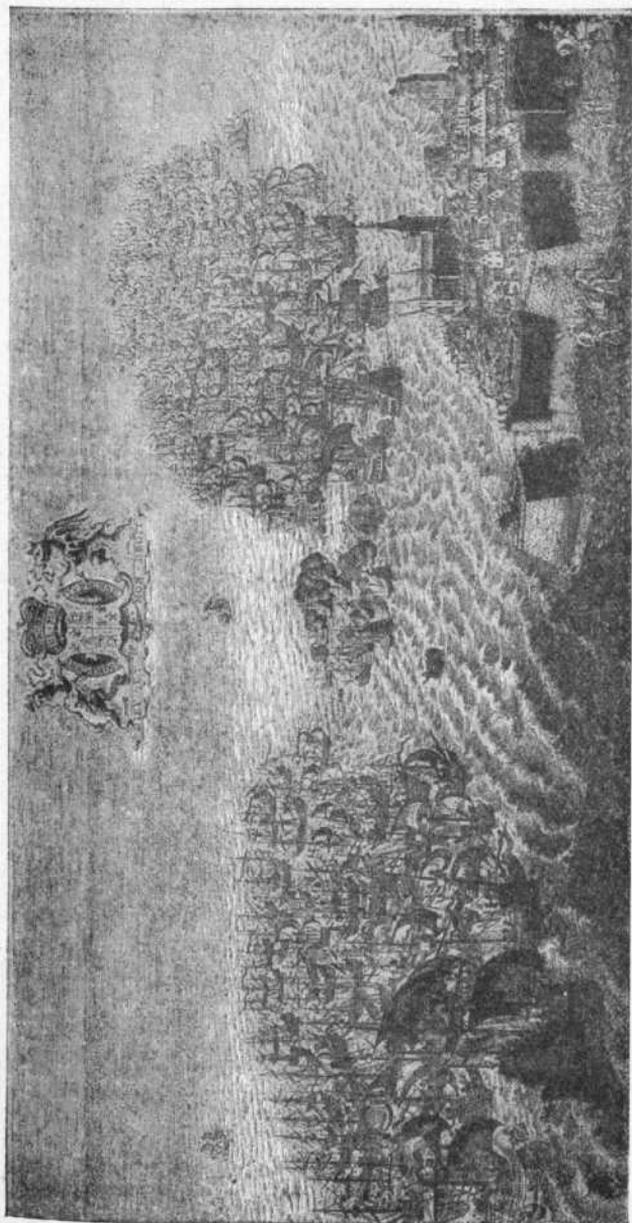
⁷ *La Armada Invencible*, t. I, págs. 135 y 219.

⁸ *La Armada Invencible*, t. I, pág. 170.

en la *Santa Ana* el maestre de campo Nicolás de Isla, gobernando la gente. Navegó sola veintidós días sin poder incorporarse á la Armada, y habiendo consumido la vitualla, sin quedarle más que pan, fondeó en la rada de la Hogue, escribiendo desde allí el Maese de Campo al Duque de Parma ¹; y como éste le ordenara regresar á España, tocó en el Havre de Gracia en busca de provisiones. Faltóle tiempo á Mr. de Montpensier, hugonote, que allí estaba, para dar aviso á Inglaterra, recomendando el envío de fuerzas que rindieran á la descalabrada nave; y sin esto, sabiendo que conducía una parte del tesoro de la Armada, se despertó la codicia de los franceses, discurriendo medios de embargar la suma. Acudió á impedirlo con representaciones el Embajador de España, consiguiendo del Rey la observación de los derechos de asilo y de neutralidad. La gestión fué oportunísima, porque el 9 de Septiembre se presentaron en la rada tres naves inglesas de 500 y 300 toneladas y un patache, que nada menos creyeron necesario para atacar á la española, á cañonazos. Requirióles el Gobernador francés de la plaza, sin que le atendieran, visto lo cual, mandó poner dos piezas de artillería en la playa y les hizo disparos, favoreciendo á la *Santa Ana*.

En ésta dió una bala inglesa en la driza de la verga mayor, y al venir abajo cogió al Maestre de Campo, que armado estaba al pie del árbol. Otra mató á cinco hombres, y una tercera cortó los cables, con lo cual la marea llevó la nao á varar en la playa. Procedióse en el acto á sacar la artillería y municiones y á meter el casco en la dársena librándole del enemigo, reforzado aquella noche con cuatro naos más. Nicolás de Isla fué conducido á tierra sin conocimiento, falleciendo á poco rato. Era buen soldado. La nao se entregó á su dueño descargada, y á pesar de las precauciones, dió en la costa con temporal; 31.000 escudos de oro se depositaron en manos seguras, sirviendo en parte para poner en camino de

¹ Carta á S. M., fecha á 29 de Agosto. Archivo de Simancas. Estado, Flandes. Legajo 594.



La armada en la rada de Calés.

Flandes á los soldados, y en el de España á los marineros. Trajeron consigo el estandarte real ¹.

GALEAZA ZÚÑIGA.—Siguió á la Armada por el Norte de Escocia y costa de Irlanda hasta el 11 de Agosto, en que rompió un macho del timón, quedando sin gobierno. El capitán, D. Juan de Saavedra, pidió al Duque de Medina-Sidonia auxilio, que dijo no poder darle, y se vió, por tanto, en la necesidad de arribar sobre la costa con recelo de perecer en ella. Tuvieron los tripulantes la fortuna de entrar en Puerto Tue, cerca de Cabo Clara, sin conocerlo; compusieron el timón y procuraron adquirir algunos víveres por haber reducido tanto las raciones, que habían muerto ya de privación 80 hombres. Los habitantes del país se las negaron, y á duras penas y fuerza de armas tomaron algunas. Con este solo refresco volvieron á la mar; sufrieron un temporal que les echó otra vez al Canal de la Mancha, si bien lograron fondear en el Havre de Gracia el 4 de Octubre. Varada en seco, se procedió á repararla con mil dificultades; escapó una parte de la chusma remera, y hubo hurtos y deserciones por falta de ropa y socorros á la gente. Reparada que estuvo, salió del puerto el 2 de Marzo de 1589, para volver de arribada el 4, amotinados los infantes y descomedidos los capitanes en actitud que obligó á D. Bernardino de Mendoza á disolver las compañías. Se hizo á la mar otra vez el 15 de Abril con tan mala estrella, que estuvo para perderse en la costa de Inglaterra. Con lo mucho que padeció, se abrieron las cubiertas y destrozó el aparejo; arrojaron al agua 12 piezas de artillería, los remos, el vino, con más objetos, dándose por satisfecha la gente con conservar las vidas y volver á los doce días al mismo puerto del Havre, con necesidad de nueva carena. A la tercera dió la vela el 3 de Agosto, dejando en tierra 30 soldados. Al resto puso nota de indómitos y desobedientes el Embajador, harto severo con hombres que habían pasado más de dos años peligros, trabajos y privaciones para contadas ².

¹ Despachos de D. Bernardino de Mendoza.

² Idem id.—París. Archivo Nacional.

URCA SAN PEDRO EL MENOR.—No se sabe cómo llegó al puerto de Morvian, en Bretaña, el 20 de Septiembre de 1588, por extravío del parte que daría sin duda el capitán D. Juan de Monsalve. Tenía el casco las costuras abiertas y hacía mucha agua. Una parte de la gente, agobiada por el trabajo, la abandonó, y el resto no pudo asegurarla. Dió en tierra, abriéndose más; se sacó la artillería y algunos pertrechos, sin poder impedir que los franceses hurtaran los más. Fle-tada una embarcación en Nantes, con la marinería y efectos salvados dió la vela para la Coruña el 27 de Noviembre ¹.

NAO TRINIDAD VALENCERA.—Las noticias suministradas por los náufragos son contradictorias. El Maestre, que llegó en salvamento á Escocia, creía hubieran tenido la misma fortuna casi todos los tripulantes, mientras, al parecer de algunos soldados, los más habían sido muertos. Juan de Novoa, uno de ellos, dió relación más amplia ², en algo conforme con la del fraile carmelita fray Angelo de San Pablo ³. La nao conducía á más de 500 soldados, por haber recogido 100 de la *Barca de Amburg* en los momentos de sumergirse cerca de Cabo Clara. El 14 de Septiembre, teniendo abierta la proa y con recelo de igual suerte, atracaron á la costa y desembarcaron, no dando tiempo el vaso á terminar la operación, que aun se llevó al fondo unos 40 hombres. No fué, por tanto, posible sacar víveres ni las armas que hubieran querido. Sabiendo el maestre de campo D. Alonso de Luzón que residía no lejos un obispo católico en el castillo de Duhort ⁴, se internó caminando tres días. En el camino encontró tropa de ingleses, que tendría 200 caballos y otros tantos infantes, con los que trabaron escaramuza, capitulando tras ella con honrosas condiciones, que no fueron cumplidas.

¹ Despachos de D. Bernardino de Mendoza. Paris. Archivo Nacional. K, 1567.

² Idem id. K, 1569. B. 62, pieza 40.

³ *Chronica de los Carmelitas descalzos, particular de Portugal*, por Fr. Belchor de Santa Ana. Lisboa, 1657.

⁴ El Obispo de Killaloc, según Froud; Juan de Noguera le nombra el obispo Cornelio.

Al contrario; los ingleses despojaron á los españoles, dejándolos desnudos y acuchillando á unos 300 ¹.

Escaparon del degüello á sangre fría otros 150 á través de un pantano, muchos de ellos heridos, y hallaron acogida del referido Obispo, que los curó y atendió en el castillo. Avisó, además, á un caballero católico irlandés, que se llamaba *Ocana* (O'Neil), é indignado éste con el salvajismo de los ingleses, sus enemigos, acopió mantenimientos, y con guía seguro encaminó á los náufragos á Escocia, desde donde pasaron á Flandes, no sin peligros y trabajos.

URCA SAN PEDRO EL MAYOR.—Dió al través el 6 de Noviembre en una playa llamada por los náufragos *Opá* (Hope Bay), donde gobernaba Sir William Curtiney, el cual pidió á la Reina aquella presa, y fuéronle concedidos 15 prisioneros á su elección. Reclamó por rescate 20.000 escudos, negociándolos con el Duque de Parma. La relación escrita por el capitán Francisco de Cuéllar, de lo que sufrió con los compañeros en este naufragio ², ha causado impresión en Inglaterra, siendo objeto de estudio y de comprobación, singularmente por el Lord Ducie y por Mr. M. Brophy. Juzgan estos investigadores que el siniestro ocurrió en una playa cercana á *Giant's causeway*, que aun se nombra en el país *Port-na Spagna*, en Erris Head; identificaron al protector de los desvalidos *Ruerque* con Bryan O'Rourke; en *Manglana* descubren al jefe Mac Glanahie; en el príncipe *Ocan* al magnate O'Cahan, que solía residir entre Lough Foyle y Bann. El castillo, defendido por Cuéllar, era, sin duda, Rossclougher Castle, situado en la isla Innishkeen, en Lough Melvín, de que existen ruinas, y el gran Gobernador que lo atacó con los *sasanas* (sajones), Sir William Fitzwilliam, lord Diputado de Irlanda. El Sr. Brophy ha estudiado, por su parte, el origen y vicisitudes de las familias nobles que dieron amparo á los españoles, y lo que por su humanidad tuvieron que sufrir, y considera que con la publicidad de esta relación del

¹ *La Armada Invencible*, t. I, pág. 123, y t. II, pág. 337.

² *Idem id.*, t. I, pág. 203.

capitán Cuéllar, se ha hecho servicio á la historia de su patria ¹.

NAO RATA, NAO SANTA ANA, GALEAZA GIRONA.—D. Alonso de Leyva, embarcado en la nao *Rata*, salvó á la gente de la *Santa Ana*, que se iba al fondo, y sirviéndole acaso de práctico Maurice Fitzgerald, que iba á bordo ², entró en Blacsod Bay en muy mal estado; no tenía más que un ancla, que faltó al fondearla, y amarraron á las peñas un calabrote, que también se partió, encallando la nave. Desembarcó entonces toda la gente, sacando el poco bastimento que tenían, una pieza de campaña y algunas municiones. Pusieron en estado de defensa un castillo antiguo que había en las inmediaciones, y allí murió Sir James Fitzgerald, el católico, constante enemigo de la Reina, que inspiró la expedición pontificia en 1579, y en ésta iba confiado de alcanzar la independencia de su patria. Ésta no le dió siquiera sepultura; los españoles encerraron su cadáver en caja de madera de ciprés y lo arrojaron con ceremonia al fondo del mar ³. Sabiendo que la galeaza *Girona* estaba más arriba fondeada, encamináronse á ella, llevando en silla á D. Alonso, que estaba herido en una pierna. Embarcaron, procurando remediar el timón averiado, y con apariencias de buen tiempo creyó el piloto la pondría en España en cuatro días. Dieron la vela, saliendo del paso peligroso de Rossan Point y Lough Foyle; mas cambiando el viento, con el mal gobierno del timón chocaron en la roca Dunluce, donde la galeaza se hizo pedazos. Las olas cubrieron la playa de cadáveres. De más de 1.500 hombres salvaronse 9, quedando en el fondo el más querido y popular entre los jefes de la gran Armada, D. Alonso de Leyva ⁴.

De otras naves hay noticias más concisas. La SAN JUAN BAUTISTA, en que iba D. Diego Manrique, entró en el puerto

¹ Michael Brophi: *Carlow Past and Present*. Carlow, 1888. «*Duro (dice) may have no knowledge of the historical importance of his discovery.*»

² Froud, obra citada.

³ Froud, obra citada.

⁴ Era alto, delgado, con el cabello largo; hablaba bien y en tono moderado; todos le respetaban, según declaración de uno de los que se salvaron. (Véase *La Armada Invencible*, t. 1, páginas 120 y 200.)

de Foermory de la isla Mull, en Escocia: los naturales la incendiaron sin que escaparan más de quince personas ¹. El Conde de Argyll, almirante de la costa occidental, que tenía por el cargo derecho de naufragio, hizo asiento el año 1640 con un sueco para reconocer el fondo del puerto con campanas de buzo; se ignora el resultado de las pesquisas. Se repitieron en 1680 con igual reserva, y por tercera vez en 1740. En esta última se extrajo un cañón de bronce de calibre de 18, que tenía esculpida por ornamento una F y una flor de lis, indicación de ser pieza francesa, tomada probablemente en las guerras de Carlos V con Francisco I. Se conserva en la casa de campo del Conde de Argyll. Al levar el ancla en el puerto de Foermory un buque noruego; el año 1873, sacó pegado al fango un escudo de oro español, que dió motivo á nuevos reconocimientos sin resultado ².

La NAO JULIANA zozobró en la mar á vista de otras, sin escapar persona. La BARCA DE AMBURG tuvo igual desdicha, si bien parte de los tripulantes transbordó. Una zabra con 24 hombres, entre los que iban dos criados del Duque de Medina-Sidonia, entró en Tralee falta de víveres y en situación desesperada; se entregaron ofreciendo rescate por las vidas que ni aun así preservaron.

Mr. Froud, en la historia repetidamente citada, refiere, por datos ingleses, que el galeón NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, de 1.000 toneladas, naufragó en Blasket Sand, salvándose un solo hombre, hijo del piloto ³. El 10 de Septiembre, agrega, aparecieron siete naves en la boca del Shanon, y enviaron, embarcación con bandera blanca á Kilrush solicitando agua; ofrecían por cada pipa otra de vino, ó dinero á discreción, y aun una de las naves. Se les negó la transacción, y la necesidad les obligó á desembarcar con armas para tomarla por fuerza. Abandonaron y quemaron una de las naves que no podía aguantar la mar; dieron la vela las otras seis, y á pocos

¹ Correspondencia de D. Bernardino de Mendoza. París. Archivo Nacional.

² Noticias que se ha servido comunicarme Lord Ducie en 3 de Diciembre de 1887.

³ La misma indicación hace el *Calendar of State papers*, pero el nombre de este galeón no se halla en la lista de los que salieron de la Coruña.

días naufragaron en las rocas de Clare. Unos 150 hombres salvados á nado se llevaron á Galway.

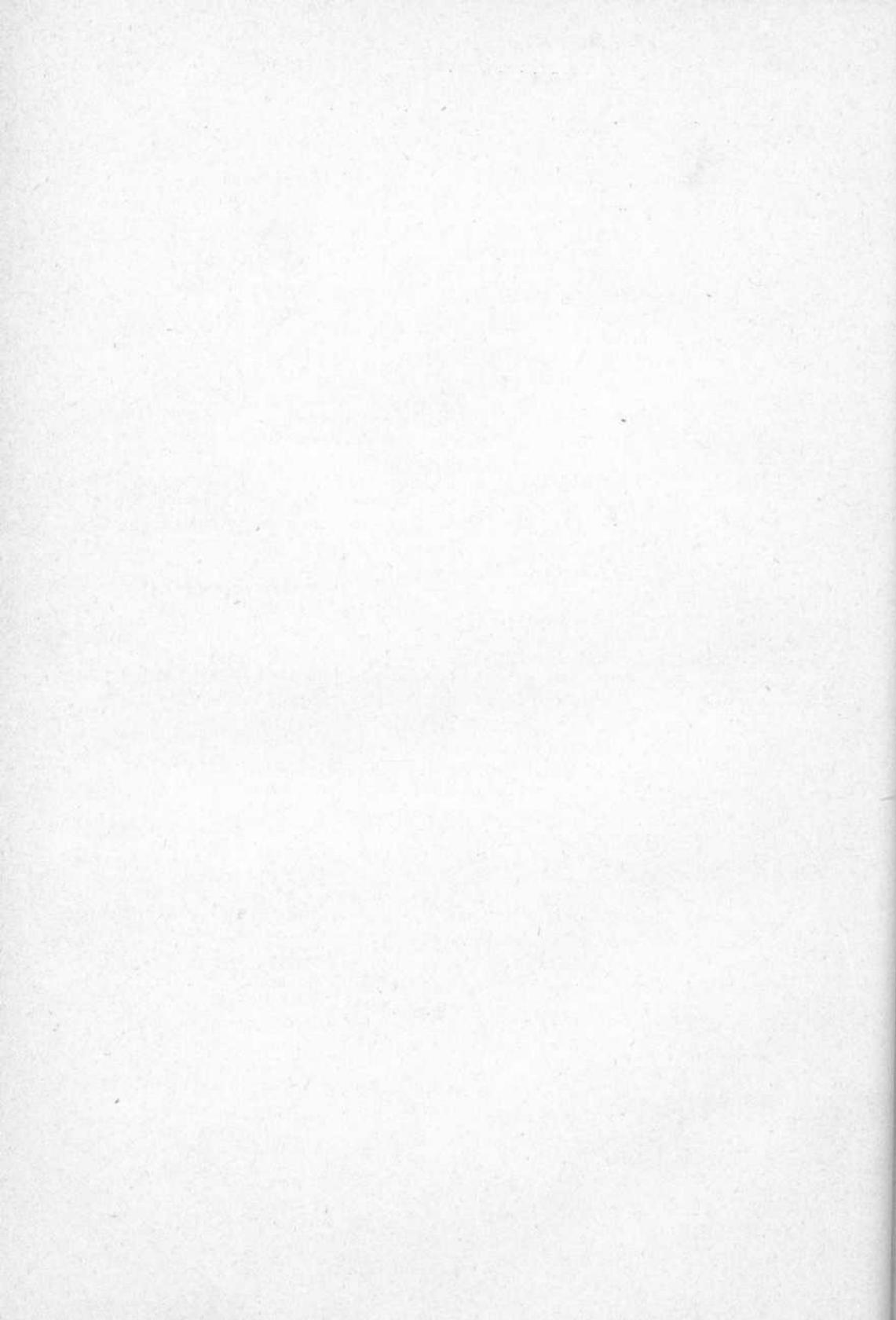
De dos galeones que se aproximaron á la isla de Arran, uno zozobró; el segundo, mandado por D. Luis de Córdova, fué sobre Galway y desembarcó gente armada; mas, falta de recursos, hubo de capitular con condiciones, no obstante las cuales sólo dejaron los ingleses al jefe vivo por ahorrarse el trabajo de custodiar los prisioneros.

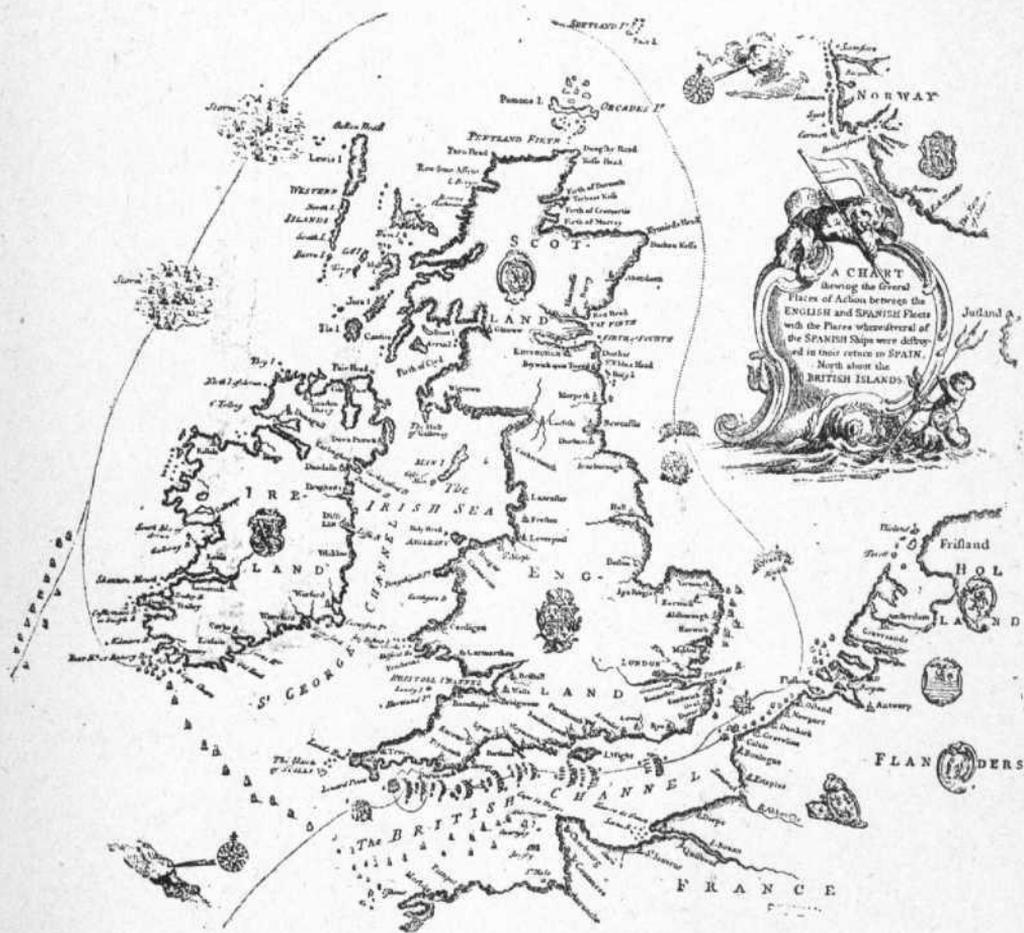
A Clew Bay arribó, anegándose, el galeón de D. Pedro de Mendoza, que pudo desembarcar en Clare Island cosa de 100 hombres. Éstos, lo mismo que los tripulantes de otra nave embarrancada en Burrishoole, y de las que se hicieron pedazos en la costa de Connaught, fueron degollados por orden del gobernador Mr. Richard Bingham. Aun los caballeros de calidad que en principio se reservaban para rescate, se sacrificaron por orden expresa enviada de Dublín. Hacían por allí subir los muertos á 11.000, cuenta un poco exagerada ¹.

¹ La celebración en Inglaterra del tercer Centenario de la Armada, solemnidad á que en un principio he aludido, sirvió para sacar á luz muchas Memorias olvidadas; porque la prensa, singularmente las revistas ilustradas, contribuyeron con su contingente, acopiando en los museos y colecciones particulares todo aquello que pudiera ofrecer curiosidad. Naturalmente, componen la mayor suma de recuerdos los relacionados con las naves y los capitanes de su nación, pero no dejan de interesar á los nuestros. Se ve, por ejemplo, que el *Ark Royal*, nave de la insignia del Almirante de Inglaterra, Lord Howard of Effingham, de porte de 800 toneladas, montaba cañones de á 60, de á 32 y de á 18, con 425 hombres de tripulación; de modo que era muy superior en artillería á los mayores galeones, y no inferior en el ornato de esculturas, escudos, banderas y pinturas en las velas. El puerto de Plymouth, como cuna de la marina inglesa, punto de partida de las expediciones de Drake, y desde el que éste y el gran Almirante salieron tras la *Babel flotante*, tomó la iniciativa de las fiestas, y allí se verificaron las más notables. El 19 de Julio de 1888, día en que se avistaron desde la costa las naos españolas, se colocó la piedra fundamental de un monumento conmemorativo, con asistencia de fuerzas y comisiones de mar y tierra, salvas, discursos, seguidos de procesión, banquete y todo aquello discurrido en semejantes casos. El proyecto del monumento, ideado por el arquitecto Mr. Herbert A. Gribble y elegido en concurso, consiste en un pedestal de 35 pies de altura que sostiene á la estatua de la Gran Bretaña, simbolizada por una matrona armada, sosteniendo la bandera nacional acoplada al tridente de Neptuno. En el pedestal un medallón con retratos de los principales capitanes, láureas y relieves en que se desarrolla el proceso de destrucción de la Armada. Por leyenda HE BLEW WITH HIS WIND AND THEY WERE SATTTERED, atribuyendo á Dios la liberación. Formó parte de los festejos una exposición de objetos exclusivamente de la marina de la época, y llegaron á reunirse 400; retratos con-

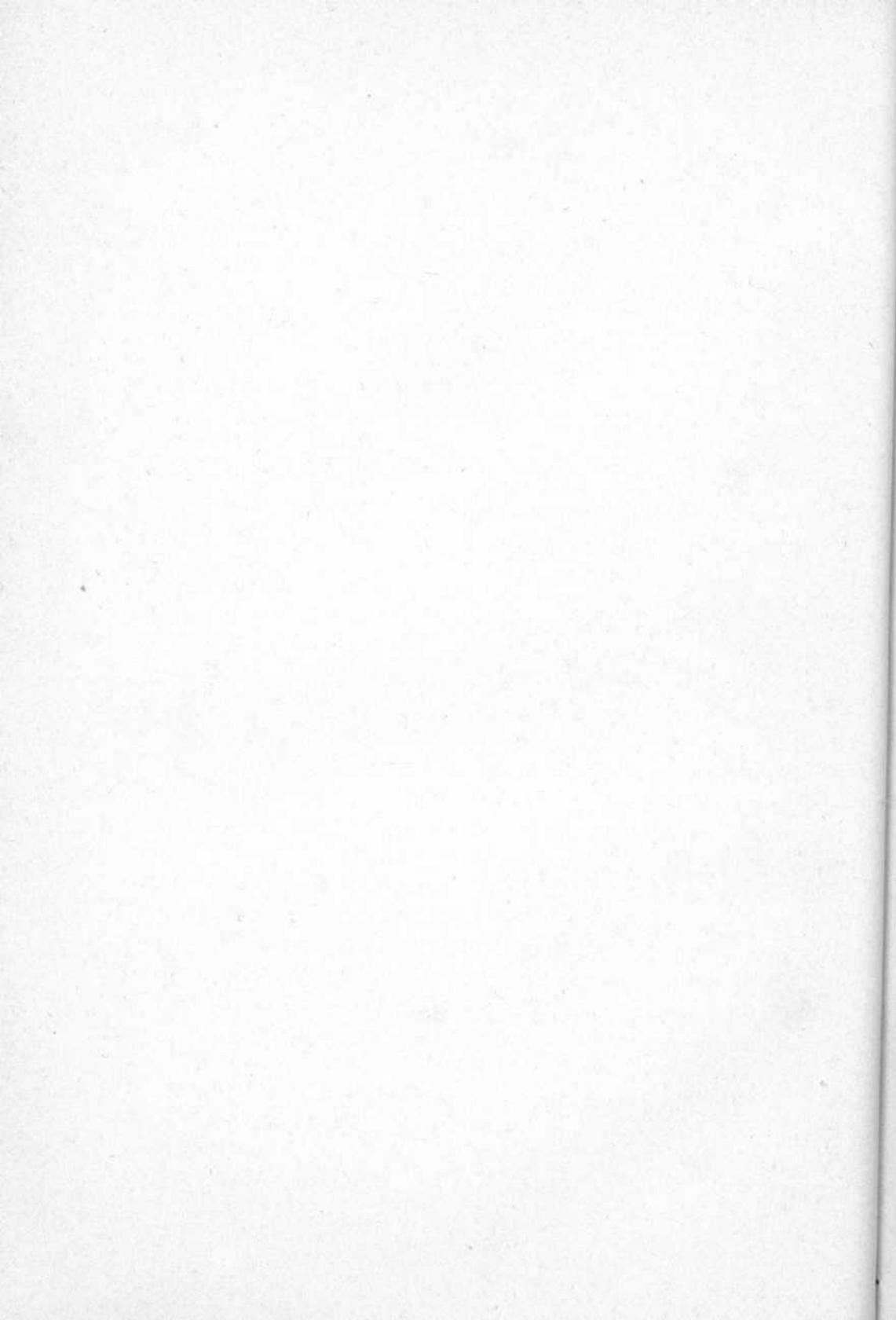
temporáneos, armas, instrumentos, cartas, manuscritos, medallas. Para nuestro aprecio ofrecían preferencia la caja de caudales del galeón de D. Pedro de Valdés, arcón de madera fuerte cruzada por todos lados con fleje de hierro, y cerrada con barras y candados, y una cuchara de plata de forma elegantísima, figurando hoja de árbol, extraída del fondo del mar en la costa de Irlanda, que hubo de pertenecer á alguno de los caballeros que allí finaron. Acaso por el mucho peso y dificultad consiguiente de transporte, dejaron de llevarse otros recuerdos: en Withe hall Yard hay un ancla extraída también en la costa de Donegal, que ha perdido ya la forma primitiva por desprendimiento sucesivo y desigual de capas de hierro, y en el castillo de Dublin se guarda un cañón, á más del que posee el conde de Argyll en Escocia. Se debe á la previsión del grabador Juan Pine recuerdo más estimable que todos éstos, por haberle ocurrido publicar el año 1739 una obra en que reprodujo fielmente retratos, cartas náuticas y medallas, con la colección de diez tapices, representando episodios de la Armada, que decoraban el palacio del Parlamento. Sábese que por encargo del almirante, Conde de Nottingham, dibujó los cartones para esta colección el pintor flamenco de marinas, Enrique Cornelio Vroom, por precio de 100 piezas de oro, y que los tejió Francisco Spiernig, recibiendo 1.628 libras. El Almirante los vendió al rey Jacobo I; fueron colocados en el palacio del Parlamento en 1650; y como el edificio se incendió el 16 de Octubre de 1834, no quedara idea de la tapicería sin la obra de Pine, que es muy rara, pero que ha proporcionado al Centenario excelente matriz. Se reprodujeron con tal ocasión:

1. Carta con la derrota de la Armada rodeando las islas Británicas.—
2. La Armada, vista por vez primera desde Cabo Lizard.—
3. Encuentro de la Armada con la escuadra inglesa.—
4. Captura del galeón de D. Pedro de Valdés.—
5. Captura de la nao de Oquendo.—
6. Combate sobre la isla de Wight.—
7. Efecto de las naves incendiarias en Cales. Lo que no ocurrió á los escritores ingleses fué la formación de bibliografía especial de la Armada, por lo que me ha sido difícil aumentar la que ensayé en *La Armada Invencible* con los títulos que ahora pongo en el apéndice número 1.





Navegación de la armada al rededor de las Islas Británicas.



III.

ATAQUES Á LA CORUÑA Y Á LISBOA.

1589.

Dispersa la grande Armada, toman los ingleses la ofensiva.—Preparan expedición con auxilio de holandeses.—Intentan restaurar á D. Antonio de Crato en Portugal mediante tratado oneroso.—Atacan á la Coruña.—Son rechazados.—Acometen á Lisboa.—Reciben segunda derrota.—Vuelven á Inglaterra con enorme pérdida.—Hácenles cargos.—Peste y descontento.—Tres expediciones al Magallanes fracasan.—Muere Cavendish.—Crucero de Cumberland en las Azores.—Ensayo comercial en el Mediterráneo.—Turcos y argelinos.—Presa hecha á éstos en los Alfaques.



UNMENSO júbilo embargaba á los protestantes de Inglaterra desde la hora en que tuvieron certeza de haberse alejado de sus mares la flota que tan temerosos los había tenido. Podían respirar libremente; el peligro de invasión había pasado; gozaban la satisfacción de haber visto huir, por vez primera, naves españolas, y con dificultad resistían á la tentación de creerse autores de tamaña ventura. La reina Isabel, más que todos ellos ensoberbecida, pero también más cauta y previsora, desechando las pretensiones de los rebeldes de Flandes instándola á utilizar las fuerzas que tenía reunidas y el efecto moral de las circunstancias para poner sitio y tomar la plaza de Dunquerque, pensó en evitar segunda acometida de las escuadras de España buscando á D. Felipe ocupación en sus Estados y alejando del propio país el teatro de la guerra, para lo cual servíale á maravilla D. Antonio, el prior de Crato,

pretendiente incansable, lleno de ilusiones, empezando por la de que bastaría ligero apoyo para que los portugueses á una voz se alzarán proclamándole.

Como no duelen prendas en el ofrecimiento de lo que no se tiene, se mostraba dispuesto á pagar á la Reina 5 millones de oro por gastos de la expedición que se dedicara á su servicio, dos meses después de hallarse asegurado en el solio; 3.000 ducados anuales á perpetuidad; tres pagas de gracia á las tropas, amén del saco de las poblaciones, sin exceptuar á la capital. Independientemente suscribiría tratados de alianza y comercio en Portugal y sus Indias; autorización para hacer armadas en Lisboa contra el Rey Católico, quedando en los fuertes de la ciudad y puerto guarnición inglesa á perpetuidad. Creábales, pues, en la península ibérica colonia, y á esto llamaba, y han llamado en otras épocas, independencia de su patria.

Al Gobierno inglés acomodaban las condiciones, aunque no se consiguiera por entero con la empresa la desmembración del territorio occidental, mal soldado todavía á la Corona de Castilla; lo esencial en aquel entonces era la diversión á que había de contribuir el rey de Fez con ataque por la costa de Andalucía.

Dispuesto lo necesario con actividad que contrastaba con la parsimonia de los armamentos castellanos, salió la expedición de Inglaterra, el 13 de Abril de 1589, con unas 150 velas y efectivo de 23.375 hombres, el mando de la escuadra confiado al almirante Drake y el del ejército al coronel John Norreys ó Norris. En la instrucción real se les encargaba destruir las naves que hallaran en los puertos y apoderarse de alguna de las islas Azores para interceptar los tesoros de las Indias que pasaban por ellas. En segundo término prestarían asistencia al de Crato para recobrar el reino de Portugal si la opinión pública le era favorable. Al efecto iban en la escuadra armas y monturas con que poner en pie de guerra á sus partidarios ¹.

¹ *Calendar of State papers.*

Don Antonio, poseído de su papel, escribió cartas á los soberanos, ofreciendo al de Francia concurso para sacarle de apuros, como si estuviera realmente en el caso de brindar protección ¹.

Dirigiéronse las naves á la Coruña en la creencia errónea de reunirse allí 200 naves con víveres, municiones, cables y pertrechos en preparación de segunda jornada á Inglaterra, y de guardarse en la plaza, mal prevenida, 5 millones en oro. Se había ordenado, con efecto, reconcentrar en aquel puerto vitualla, y había ya reunida cantidad de bizcocho con otros artículos; en todo lo demás no tenían visos de verdad los informes que los ingleses traían. La ciudad, defendida por antiguos muros, sin terraplén, reunió cinco compañías, que con los caballeros particulares y milicia de los pueblos vecinos llegarían á 1.500 hombres. En el puerto hacia papel el castillejo de San Antón; se hallaban al ancla el galeón *San José*, de Bertendona, la nao *San Bartolomé* y las dos galeras de Pantoja. Carenando y sin artillería, el galeón *San Bernardo*.

Entraron las naves inglesas en el puerto el 4 de Mayo, después de mediodía, cañoneándolas el castillo y los buques, y en el acto empezaron á desembarcar gente con 14 lanchones que al propósito llevaban prevenidos, poniéndola en escuadrones sobre los caminos de Betanzos y de Santiago, y las alturas contiguas, no sin escaramuzas.

El día 5 desembarcaron tres piezas gruesas de artillería á fin de batir á los galeones, que les hacían daño. Fué preciso entonces incendiar al *San Juan* y dar barreno al otro; las galeras se retiraron por la ría de Betanzos dejando en la ciudad los soldados que tenían. Durante la noche abrieron los ingleses trincheras, y acercaron las naves al fuerte de San Antonio, recibiendo de sus cañones averías bastantes para desistir del ataque por entonces y en todo el tiempo de su permanencia. En el barrio bajo de la Pescadería, extramuros, estuvieron más afortunados, ganándolo con muerte de unos 70 de los defensores y toma de la artillería del galeón *San*

¹ París. Archivo Nacional, K, 1569. B, 62, pieza 45.

Bernardo, tendida en el muelle por estar, como antes se ha dicho, tumbado, carenando.

Ganaron el día 6 el monasterio de Santo Domingo, también fuera de murallas; establecieron baterías á cubierto, y antes de romper el fuego enviaron parlamento al Marqués de Cerralbo, gobernador, diciendo «que los Generales pedían la ciudad para la reina de Inglaterra, y que entregándosela usarían de clemencia, *no mirando á la afrenta que el año pasado le había querido hacer nuestra armada; que no lo haciendo se usaría el rigor de la guerra, y que, aunque estuviese dentro todo el poder de España, la habían de tomar dentro de dos días.*» Contestóseles que hicieran lo que tuviesen por conveniente, respondiendo á la batería con las de la plaza y rechazando el primer asalto, dado por la punta llamada del Mercado.

El 12 volaron una mina, abriendo brecha considerable, y otra el 14, lanzándose de nuevo al asalto, repetido el 15 y el 16. Defendieronlos con los soldados las mujeres del pueblo, señalándose Mayor Fernández de la Cámara y Pita. Por último, el 18 se reembarcaron, dejando dos de sus naves perdidas, y salieron el día siguiente del puerto.

Existe un diario con pormenores del sitio y varias relaciones que difieren poco ¹; sin embargo, ni con ellas, ni menos con las de los enemigos, se forma juicio cabal del ataque, á que ni unos ni otros concedieron gran importancia. Entre los historiadores ingleses no hay dos que estén conformes en el plan, disposiciones, composición de las fuerzas de mar y tierra que salieron de Plymouth, y ni uno sólo que suministre datos de los que regresaron ni de las pérdidas sufridas en hombres y bajeles. Es penosa al orgullo nacional la confesión de las derrotas, y aun la simple indicación de error ó desacierto en los caudillos populares.

Mientras algunos de estos historiadores ² titulan *Gran ex-*

¹ Las he citado en el *Bosquejo encomiástico del Conde de Fuentes, Memorias de la Academia de la Historia*, t. x.

² Monson, Camdem, Stow, Speed, Harris, Hackluyt, Lediard, Echard, Colomna-rostrata.

pedición á la que había de invadir los estados de D. Felipe, pretenden otros rebajarla hasta el extremo de asegurar que nada tenían que ver con ella la Reina ni el Gobierno de Inglaterra, afirmando era empresa particular tolerada y dirigida al fin de embolsar escudos españoles. En la especificación de naves y soldados hay discrepancia mayor: quién limita las fuerzas á 4.000 soldados y otros tantos marineros; quién refiere que los estados de Holanda contribuyeron con bajeles y hombres, al paso que se ven afirmaciones de haberse hecho perdedizos los primeros sin pasar de Cabo Ushant; quién asegura, en fin, que á la flota salida de Inglaterra se fueron agregando el Conde Essex, Roger Williams, Felipe Butler y Eduardo Wingfield ¹.

Lediard, que como más moderno procuró concertar las noticias añejas, hace desembarcar en la Coruña 1.200 hombres, con la buena suerte de ocupar de seguida la parte baja

¹ Mr. Martin A. S. Hume ha publicado en Londres, en Septiembre de 1896, es decir, después de escrito el presente capítulo, un libro titulado *The year after the armada, and other historical studies*, habiendo examinado la correspondencia del Embajador de Venecia en Madrid y dos relaciones contemporáneas que yo no he visto; una castellana que posee D. Pascual de Gayangos, *Relación de lo subcedido del Armada enemiga del reyno de Inglaterra á este de Portugal, con la retirada á su tierra, este año de 1589*; otra portuguesa, existente en la Biblioteca Nacional de Lisboa, *Memoria do successo da vinda dos Ingreses a o reino de Portugal*. Registrados también los documentos ingleses y las historias de aquellos días, halla Mr. Hume que la expedición fué inspirada y propuesta á la reina Isabel por Sir John Norris, habiendo de formarse compañía que suscribiera capital de 40.000 libras esterlinas, por lo menos, con objeto de merodear en los dominios de España. En un principio resistió la Soberana á la instigación de abrir su bolsillo, mas al fin contribuyó con 20.000 libras y siete naves de las mejores de la Armada real. El Prior de Crato empleó el resto de sus recursos; poco á poco habían ido pasando de sus manos á las de los usureros, ó á las de personas de las cortes de Inglaterra y Francia, las joyas de la Corona de Portugal, que sustrajo al salir del reino; pero le quedaba todavía un diamante, el octavo en tamaño de los mayores del mundo, que actualmente adorna á la Corona Imperial de Rusia, y lo empeñó para levantar fondos. El resto necesario lo facilitaron mercaderes ó particulares persuadidos de que la empresa proporcionaría ganancias enormes.

Juntáronse con las siete naves dichas de la Reina otras veinte de guerra, las mayores de á 300 toneladas, y transportes menores hasta la suma de 200 velas. Embarcaron en ellas 16.000 soldados, 2.500 marineros y 1.200 nobles de aventura; pero en el Canal se desaparecieron sobre 20 embarcaciones con 3.000 hombres. El Conde de Essex, Williams y compañeros, salieron de Inglaterra posteriormente, con gran indignación de la Reina virgen, que se lo había prohibido.

de la ciudad, cogiendo prisionero al gobernador *D. Juan de Luna (sic)*, de incendiar gran cantidad de provisiones, degollando de paso 500 soldados. Mientras se atacaba la población alta tuvieron (dice) nueva de aproximarse *el Conde de Andrada* con ejército de 8.000 hombres apostados en puente del Burgo, debiendo reunirse con mayores fuerzas, capitaneadas por el Conde de Altamira, y á impedirlo salieron nueve regimientos, quedando otros cinco con Drake en guarda de la artillería de sitio.

Aquí se distrae un tanto el escritor, ó eran muy pequeños los tales regimientos, puesto que compone catorce con los 1.200 hombres desembarcados; pero suplían, por lo visto, el número con la habilidad, toda vez que deshicieron en el acto al ejército español, matando en la persecución 3.200 hombres, sin dar cuartel á los cuitados que se escondían en las viñas. Tomaron (sigue diciendo) de contado el estandarte real y el campamento, con muchas municiones, dinero y viatalla; incendiaron los pueblos, talando los campos dos leguas á la redonda, todo ello sin más pérdida que el capitán Eduardo Norris y *un soldado*. Más singular, verdaderamente asombroso, es que, dando vuelta á la Coruña la tropa victoriosa, con mucho ganado recogido al paso, juzgara oportuno el reembarque sin proseguir el sitio, y se hiciera «sin haber perdido un solo hombre». Murieron, sí, muchos soldados, mas fué de enfermedad, por abuso del vino de que estaban colmadas las bodegas. Historia convencional.

Continuando Drake la jornada llegó á Peniche, cuya guarnición abandonó la plaza; desembarcó, pues, sin dificultad 12.000 hombres y algunos caballos; y mientras Norris avanzaba á Torres Vedras, donde fué proclamado D. Antonio, se situó el Almirante en Cascaes sin determinarse á forzar la entrada del Tajo, defendida por D. Alonso de Bazán con 18 galeras. El primero caminó hasta los arrabales de Lisboa, retirándose ante él en escaramuza algunas compañías castellanas; Drake no juzgó necesario moverse, máxime habiéndosele rendido con engaño el castillo. Aquél tuvo en el primer ataque 300 muertos, pareciéndole desde entonces que la

entrada no era tan fácil como decía el Pretendiente. Hostigábale de continuo el Conde de Fuentes con la caballería; cañoneábale de flanco desde el río D. Alonso de Bazán, y cada día llegaban refuerzos por un lado ú otro á los españoles, habiéndolos introducido por el Tajo el adelantado mayor de Castilla, D. Martín de Padilla, con nueve galeras.

Á todo esto, si bien el clero regular y, por coincidencia notable, los hebreos en masa acudieron á recibir á D. Antonio, proveyeron de víveres al ejército inglés y cuidaron de sus comunicaciones prestando el servicio de espionaje, el país permanecía tranquilo, sin que las proclamas del Pretendiente hicieran efecto, y el Moro se estaba en su tierra; considerado lo cual, á pesar de los ruegos y protestas del de Crato, decidió Norris al tercer día volver á sus naves y marchar hacia Cascaes, abandonando los caballos y objetos de mayor embarazo, seguido por las tropas del Conde de Fuentes, que no le hostigó demasiado, ni llegó á ponerse bajo los fuegos de la escuadra, contentándose con verles tomar el *punte de plata*, como suele decirse, persuadido de no ser prudente arriesgar batalla, teniendo á sus órdenes solas cuatro compañías de españoles, entre 4.000 portugueses, mientras no vino á juntársele D. Francisco de Toledo con refuerzo. Anduvo, pues, conteniendo el ardor de las compañías de jinetes y de arcabuceros á caballo que picaban la retaguardia, y aun así fué tan apriesa y desordenado el rembarco, contribuyendo los clérigos y frailes comprometidos, con el afán de tomar los esquifes, que se dejaron olvidada una parte del equipaje de D. Antonio, y, lo que fué peor para ellos, las cartas y listas de personas que le favorecían.

La escuadra dió en seguida la vela, volviendo á Inglaterra con gran número de enfermos y de descontentos, prontos á propalar sus impresiones. Vanamente quisieron Drake y Norris prevenir la opinión con cartas satisfactorias; la Reina les significó desagrado por la falta de cumplimiento de sus instrucciones; por haber aventurado las fuerzas ante plaza sin importancia como la Coruña, sin destruir naves, sin hacer

nada en las Terceras; sin favorecer de veras la causa del Prior de Crato ¹.

Tuvieron ellos buenos abogados, diligentes en esparcir noticias de descargo, como, por ejemplo, la de que, si antes de volver hubieran saqueado los arrabales de Lisboa, se llevaran botín considerable, por estar los almacenes de los muelles llenos de mercancías; pero que D. Antonio miró por los intereses de sus vasallos (que así los llamaba) y privó á los británicos de la mayor ventaja de la expedición. Aseguraban haber destruido mucha vitualla preparada para otra expedición y obligado á los castellanos á quemar por su mano mayor cantidad. Que tomaron en Cascaes 15 naves con provisiones; apresaron después otras 60 de las ciudades anseáticas, que transportaban trigo «contra la prohibición de la Reina», y escarmentaron á 20 galeras que se atrevían á atacar la retaguardia. Por último, que habían quemado *la ciudad* de Vigo, talando su territorio y llevándose 150 cañones.

Todas estas especies copiaron los historiadores, insertando las relaciones de Drake y Norris ²; sin embargo, aunque no confesara ninguno que perdieron por enfermedades y combates al pie de 10.000 hombres, ó sea la mitad de la gente; dos navíos en la Coruña, cuatro que echó á fondo el Adelantado de Castilla, tres que incendió D. Alonso de Bazán en la persecución de la retaguardia, algunos más que tuvieron incidencias fortuitas, no faltó escritor, como Echard, sincero en expresar que si la expedición mortificó nuestro orgullo é hizo temibles á los ingleses, costóles muy cerca de 6.000 soldados ó marineros muertos, «no tanto por las manos de los enemigos, como por las enfermedades causadas por el clima, el vino y las frutas que comían»; concepto repetido por el holandés Larrey, historiador poco escrupuloso, como se sabe, y mucho más apasionado que los ingleses tratándose de España ó del Catolicismo, que para él venían á ser una misma cosa.

William Monson, menos condescendiente, estimó que si

¹ *Calendar of State papers.*

² Hakluyt, t. II, pág. 134.—Lodge, t. II, pág. 389.

las pérdidas sufridas por España en la jornada del año anterior, daban á entender á la Reina y al país que habían de hallarla indefensa, y que sería sencillo sentar el pie en la Península, haciéndose dueños de su comercio y del de las Indias, que éste era el objetivo de la expedición, poco diestros anduvieron los jefes en no ir derechos á Lisboa, en vez de exponerse al fracaso de la Coruña. Otras muchas faltas cometieron, á su juicio; y si omite la de no haberse atrevido Drake á forzar la boca del Tajo, que es á lo que otros atribuyen principalmente el mal suceso, no pretende excusarle por la falta de palabra que empeñó de hacerlo.

Los escritos españoles del tiempo no se recomiendan tampoco, en general, por la reflexión ó la templanza de apreciaciones, fijándose más en los incidentes que en el fondo de lo que la invasión significaba ¹.

¹ En el referido *Elogio del Conde de Fuentes* he recopilado las noticias, haciendo distinción de narraciones serias, cual las de Herrera, Cabrera de Córdoba y Bavia, y de las más movidas, que es útil, sin embargo, conocer. El portugués Faria y Sousa, cuya inclinación al Prior de Crato nunca ocultó, decía que por no haber entrado Drake por el Tajo «Norris y D. Antonio le llamaron abiertamente cobarde, y á la verdad (añadía), él en todas las acciones antecedentes por nuestras marinas, pudo conseguir nombre de valeroso, pues en las que salió pujante no fué resistido; en la Coruña, donde lo fué, salió avergonzado..... De las enfermedades contraídas por la falta de lo necesario para sustentarse fueron (los ingleses) arrojando muchos cadáveres al mar y perdiendo navios; y convertido el mal en pestilencia, la sembraron en Plemua, de donde se transmitió por toda Inglaterra con grave daño, en que se mantuvo largos días. Éstas fueron las ganancias llevadas de Portugal á aquel reino, que tan grande las esperaba, con que apareció agora más pena en aquella isla por haber enviado una armada á España, que en España antes por la que había enviado allí.» (*Europa portuguesa*, t. III, part. 1.^a, cap. IV, pág. 96.)

La peste y luto de Inglaterra mencionan de un modo parecido Juan de Arquellada (*Sumario de proezas y casos de guerra*), y Fr. Juan de Victoria (*Sucesos del reinado de Felipe II*) aumentando éste en su manuscrito los datos con el desembarco en Vigo, á la sazón pueblo de 150 vecinos, que despedido entregó Drake á las llamas, dando ocasión á que dijeran «iba hecho milano y no osaba acometer sino á lagartijas». Agrega que allí acudió D. Luis Sarmiento, señor de Salvatierra, mató al invasor 500 hombres y le hizo 200 prisioneros, y varios más las zabras que siguieron la retaguardia hasta la costa misma de Inglaterra, utilizando la desmoralización en que iba la escuadra.

En lo último no hay exageración: D. Bernardino de Mendoza dió cuenta al Rey de haberse amotinado en Londres la soldadesca, reclamando las pagas en tan mala forma que fué necesario hacer escarmiento ahorcando á cuatro de los alborotadores, y relativamente á enfermedades hacen fe las cartas de Tho. Fenner (*Calendar of State papers*, 14 Julio), expresando que casi toda la gente de la armada iba do-

No sin alguna razón se estimó en España, y fuera de ella, desquite del mal suceso en Inglaterra, y victoria doble la conseguida en Galicia y en Portugal ¹; nada lo prueba mejor

liente. En su navío, de 300 hombres de tripulación, sólo tres se libraron del contagio, y murieron 114; casi la mitad. Aun entre los historiadores ingleses, John Lingard no se muestra entusiasta ni panegirista. Drake y Norris, dice, eran diestros en el arte de componer despachos oficiales, mas como correctivo existen las cartas de lord Talbot á su padre, contando que al caer la muralla de la Coruña perecieron por torpeza 300 ingleses. «Hemos perdido más gente que ellos, escribía, sin otra ventaja que la de acostumar á los nuestros á las armas.» En Lisboa, sigue refiriendo, la persecución del Adelantado de Castilla hizo mucho daño á la armada, aunque eran muy escasas sus galeras. Fenner juzgó *acción miserable* á la resistencia que se las opuso. Don José de Santiago y Gómez, en la *Historia de Vigo y su comarca*, impresa en Madrid en 1896, da por averiguado que el 29 de Junio de 1589 entró Drake en el puerto con *doscientas trece velas*: desembarcó de 7 á 8.000 hombres, entró á saco en la villa, que contaba por entonces unas 600 casas; las incendió, así como también las de la villa de Bouzas y el convento de la isla de San Simón, costándole estos hechos pérdida de 700 hombres.

Mr. Hume, en *The year after the Armada*, libro anteriormente citado y el último que trata de la jornada, hace buena pintura del tristísimo papel desempeñado por el pretendiente D. Antonio, considerado entre los expedicionarios como mero instrumento, aunque hubiera extendido las ofertas y compromisos al reconocimiento de vasallaje á Inglaterra en caso de salir airoso. La situación de las autoridades españolas, dice, llegó á suma gravedad por la escasez de los soldados con que contaban y la actitud de los portugueses, que en gran masa miraban á los ingleses como libertadores. Disculpa el proceder de Drake con la disidencia de Norris: el primero quiso embocar el Tajo con toda la armada, cual iba; el Coronel prefirió el desembarco en Peniche; y como quedaran los navíos sin soldados, y aun sin gente bastante al servicio de la artillería, no creyó prudente el Almirante arriesgarse en estas condiciones.

Al salir de Cascaes de regreso, iban arrojando al agua por cientos los muertos de epidemia. Las galeras españolas atacaron la retaguardia; apresaron ó echaron á fondo tres naves y otra incendió su Comandante, viéndose reducido al extremo. Sin embargo, Drake entró en Vigo, incendió la población que estaba abandonada y sin defensa, taló los campos, hizo el mayor daño que pudo.

Á Inglaterra no volvieron más de 5.000 hombres de los que habían salido, y fueron licenciados, dándoles á razón de cinco chelines por persona, que no era poco, á juicio de los armadores, porque habían estado mantenidos todo el tiempo.

¹ He visto, como muestras de publicaciones de neutrales, estas dos:

Brief discours de tout ce qui c'est passé en l'armée d'Angleterre aux costez d'Espagne & Portugal depuis le quatriesme de May iusques a la desroute de la dicte Armee. Traduit d'italien en françois sur la coppie imprimée a Millan. A Lyon. Par Jehan Parras-son, 1589, 8.º, 7 fojas.

Avis de la victoire du Roy Catholique contre l'Anglois en Espagne. Contenant la deffaiete de quinze mil hommes & quarante Nauires des plus grandes. Suyuant les Memoires qu'en a receu l'Illustrissime Ambassadeur d'Espagne Don Bernardin Mendoza. A Paris. Chez Robert le Fizelier. Avec permission, 8.º, 7 fojas.

En la esencia difieren poco estas relaciones. Extremen los actos de impiedad

que las cartas de los católicos de las islas Británicas, especialmente la del Primado de Irlanda, suplicando, en nombre de la fe católica, al rey de España, que después de Dios era la única esperanza, enviara un socorro de 12 ó 14.000 hombres á la nobleza y al pueblo, que combatían ya contra los opresores¹; nada mejor que los temores de Isabel y la premura con que envió las fuerzas todas de que podía disponer, antes de que el fuego de la insurrección tomara incremento; mas si reflexivamente se comparan las dos acometidas, hay en favor de la inglesa resultados, moral y material, no conseguidos por el poderoso monarca católico; hollar el territorio enemigo, amenguar la reputación de su fortaleza, mostrarlo vulnerable, y esto con el vigor y la rapidez de quien tiene aprendidas las ventajas de la guerra ofensiva y allega elementos con que hacerla.

Con éstos procuraron diversiones al punto principal de sus planes, organizándolas, sobre todo, en las Indias, donde buscaban los recursos, restándolos al adversario. Un navío, encomendado al capitán Andrés Merik, salió de Portsmouth con idea de repetir en el mar del Sur las correrías de Drake y Cavendish, sólo que no lució para él tan limpia estrella; en el estrecho de Magallanes desaparejaron las borrascas al bajel y tuvo que retroceder á Inglaterra destrozado. Juan Chidley, que siguió la misma senda con escuadra, no logró que entrara en el peligroso pasaje más que una de las naves, y tras muchos contratiempos, dando vuelta también hacia Europa, naufragó en la costa de Normandía. El mismo Ca-

cometidos por los luteranos contra los objetos del culto católico en todas partes donde estuvieron, subiendo las pérdidas de los ingleses á 15.000 hombres y 40 navíos, por combates, temporales y hambre. El Adelantado de Castilla, picando la retaguardia de la escuadra, desfondó á los buques rezagados con 700 hombres, sin tener por su parte más que dos muertos y 10 heridos. Algo de esto se comprueba por los partes de D. Martín de Padilla (*Colección Sans de Barutell*) y de la acción terrestre por la información que hizo el capitán de caballos D. Sancho Bravo de Acuña, de haber cargado á los ingleses en Cascaes y tomado dos banderas que depositó en la capilla de su propiedad en la catedral de Sigüenza.

¹ Archivo de Simancas. Estado, Flandes. Leg. 596, fol. 106.—La carta, escrita en latín con fecha 27 de Diciembre, firma Milerus O'Huigin, Tuanensis, in Hibernia Archiepiscopus.

vendish les siguió con seis navíos sin tomar por agüero la pérdida de uno de los pataches al salir, ahogándose 42 hombres, principio de la serie de desdichas que diferenció este viaje del anterior. Tardó más de cuarenta días en llegar á la Línea; enfermó casi toda la gente, teniendo que detenerse en el Brasil porque convaleciera del cuerpo, sin sospecha de agravamiento en dolencias latentes del espíritu. Habiendo entrado en el estrecho y surgido en el puerto del Hambre, la padecieron todos, amén de los fríos y trabajos con que acabó de manifestarse el descontento, no sólo de los marineros, sino también de los capitanes, que se trataban entre sí, al decir de cronista suyo, *como judíos y turcos*. Esto no era más que preludio de la insubordinación y del motín abierto con que al fin obligaron al jefe á volver al Brasil. En esta travesía se perdieron dos barcos, y al llegar á San Vicente se desertó el que quedaba, dejando á Cavendish los heridos y enfermos y llevándose los cirujanos. Después de muchas aventuras, nuevos motines por insistencia en volver al estrecho contra la voluntad de la mayoría de la gente, escaramuzas con los portugueses, que mataron ó hicieron prisionera á la que desembarcó en la isla de San Sebastián á procurarse víveres. Todavía sin ellos, sin agua, sin los brazos necesarios á la maniobra, repugnaba tanto que le vieran llegar á Inglaterra en aquel estado, como á sus marineros continuar la jornada, cuyo fin se ignora. El recuerdo de la nao *Santa Ana*, de la sedería con que la otra vez forró las velas, y de los lingotes de oro estivados por lastre, amargarían el desdichado fin del aventurero entre las ondas ⁴.

Entre tantos desastres acarició el año 1589 á Jorge Clifford, conde de Cumberland, hasta entonces desgraciado en las empresas marítimas, con crucero fructuoso en las Azores, adonde fué con 13 naves, la capitana de 900 toneladas y 450

⁴ Vargas Ponce: *Relación del último viaje al estrecho de Magallanes*.—*The last and disastrous Voyage of that famous navigator Mr. Tho-Candish*.—*Navigantium at Itinerantium Bibliotheca*, t. 1, lib. v, cap. III.—Los tres últimos cantos del poema de Barco Centenera, *La Argentina*, están dedicados á la infeliz expedición de Cavendish.

hombres. Llegando el 6 de Septiembre á la isla de Fayal, apresó siete navíos surtos en el puerto, uno de ellos de la India, con riqueza. Volvió el día 14 contra la población, que saqueó, y se mantuvo por allí hasta principios de Octubre, haciendo otras adquisiciones de naves del Brasil y una de Nueva España, aunque le mataron 80 hombres ¹.

Señal de vitalidad y desarrollo de las industrias navales dieron además los ingleses, ensayando este año expediciones mercantiles al Mediterráneo con objeto de abrir camino al tráfico directo. Enviaron un grupo de 10 navíos armados, con prevención de pasar el estrecho de Gibraltar á la ida y vuelta con tiempos hechos, en que las galeras de España no pudieran aguantar la mar, y les salió muy bien la experiencia, hallando acogida en Génova y Venecia ². Verdad es que tuvieron en favor el entretenimiento de las dichas galeras, dispuestas á resistir á la armada turca que había hecho movimiento hacia Trípoli, gobernada por Asán Bajá, y á defender la costa de las continuas algaradas de argelinos, castigados en el mes de Abril con la presa de nueve fragatas y 246 moros y turcos, que se les hizo en los Alfaques ³.

¹ Carta do capitão Gaspar Gonçalvez Dutra a Lopo Gil Fagundes, em Lisboa sobre o que aconteceu na Ilha do Fayal. *Archivo dos Açores*, t. II, pág. 304.—Barrows: *Memoirs of the naval worthies.—Cumberland.*—Correspondencia de D. Bernardino de Mendoza. París. Archivo Nacional.

² Reales cédulas. *Colección Sans de Barutell*, art. 3.º, núm. 563.

³ Ídem id., art. 6.º, núm. 114.

IV.

ISLAS FILIPINAS

1573-1589.

Invasión de chinos en Manila.—Son rechazados.—Se fortifican en Pangasinán.—Sitianlos los españoles.—Escapan.—Establécense relaciones comerciales con China.—Progresos de la navegación.—Exploraciones.—Jornada á Borneo, Mindanao y Molucas.—Otra invasión de japoneses.—Abandonan su intento castigados.—Nueva expedición á las Molucas.—Fracaso.



FUERO de Lavazares, sucesor en el mando de las islas Filipinas al ocurrir la muerte de Legazpi, se ocupó con acierto en ensanchar el círculo de la dominación española con arreglo á los pocos elementos de que disponía, procurando preferentemente la sumisión de los habitantes de Luzón, cuya capital, Manila, pensó mudar á Cagayán como punto de más fácil acceso. La empresa interrumpió un suceso extraordinario, que estuvo para cambiar el curso de la obra comenzada.

Habíase alzado en China contra el Emperador un noble de genio guerrero, capaz de hacer frente á las considerables fuerzas enviadas contra él. Dueño de bastante número de embarcaciones y teniendo refugio en la isla Pe-hon, que había fortificado, corría las costas, ponía á contribución á las provincias y á los barcos que andaban por la mar, habiendo vencido más de una vez á las escuádras despachadas en su busca ó escapádose entre ellas usando de ingeniosos recursos. Llegó, no obstante, á persuadirse de que uno ú otro día ten-

dría que sucumbir, y procediendo con prudencia, ya que contaba con naves y gente decidida, determinó apartarse de la esfera de acción de su soberano y campar por sus respetos en cualquiera otra; en las islas Filipinas por principio, donde sabía se hallaban gentes de lejanas tierras, si valientes y diestras en el uso de las armas de fuego, pocas y repartidas en el archipiélago, de modo que en Manila, la capital, habría á lo más 20 españoles, bien descuidados.

En lo último no engañaron á Li-ma-hon (que así se llamaba el pirata chino) los compatriotas suyos que comerciaban en las islas; en el número algo mintieron, siendo en realidad unos 150 castellanos los que Lavazares tenía consigo. De todos modos, hacían poco bulto frente á la armada de 60 champanes bien artillados y á los 2.000 ó más hombres de guerra que pensaba poner en la playa ¹, dejando el grueso de sus fuerzas en la isla de Banzan.

Deparóle la suerte en la mar una galeota de guerra con 14 españoles, que puso á cuestión de tormento para conocer las entradas, fortificaciones, distribución de gente y cuanto podía serle de utilidad, tras lo cual los degolló, satisfaciendo á los instintos feroces que, como la generalidad de los aventureros de su especie y tiempo, tenía. Costeó la isla de Luzón, pasando á la vista de Vigán, donde se hallaba Juan de Salcedo con destacamento, y largó las anclas al abrigo de la isla de Mariveles, en la boca de la bahía de Manila, el 23 de Noviembre de 1574. Durante la noche embarcó en los bateses 600 hombres, despachándolos á la orden del capitán japonés Sioco con instrucción de sorprender y tomar la ciudad.

Faltos de práctico, efectuaron el desembarco en Parañaque engañados por el caserío: de modo que tuvieron que caminar por la playa, y era día claro cuando se acercaron; pero los soldados de guardia no dieron crédito á los indios que á la carrera llevaban nueva de la aparición de gente extraña,

¹ De 60 á 70 champanes de 150 á 200 toneladas, y de 2.000 á 4.000 hombres, cuentan con variedad los historiadores. Hay relación manuscrita del suceso en la *Colección Navarrete*, t. xvii.

ni quiso admitirla el maestre de campo Martín de Goyti al saltar de la cama, despertado por la gritería de los asaltantes, para pasar de esta vida á sus manos. Fueron, pues, sorprendidos los españoles y muertos ocho ó diez de la guardia; mas con el disparo de los arcabuces pusieron en arma al gobernador Lavazares, dándole tiempo de reunir á su gente y de atacar briosamente á los asaltantes, una parte de los cuales andaban ya desordenados robando é incendiando las casas, y así pudo obligarles á reembarcarse con bastante pérdida.

En esto iba entrando por la bahía la armada de Li-ma-hon, camino del puerto de Cavite, adonde acudió Sioco á darle cuenta del fracaso. Lo atribuía al cansancio de su tropa en la caminata nocturna, y prometía resarcirse en segundo asalto, decisivo tal vez si inmediatamente lo diera sin dejarlo para tercer día, porque en este respiro formó Lavazares atrinchamiento con pipas ó barriles, sacos y cajones, y llegó desde Vigán Juan de Salcedo, con refuerzo de 50 soldados, á los que fueron incorporándose algunos más de los dispersos en los pueblos inmediatos. Al presentarse la armada china estaban, pues, esperándola apercibidos, y la recibieron con disparo de artillería.

Desembarcaron esta vez 1.500 hombres, divididos en tres cuerpos: uno que entró por el mismo sitio de antes, ocupando las casas; los otros dos en ataque del fuerte por lados distintos y con igual empuje, yendo al asalto de seguida sin reparar en los claros que les hacían los cañones y arcabuces. La escena era horrorosa; ardían el caserío y el convento de madera, atrayendo á los indios y moros al merodeo, juntos con los chinos y en contra de los españoles, y éstos, como fieras acorraladas, hacían con el esfuerzo, del débil reparo de las barricadas, insuperable barrera. Por una punta llegaron á salvarla los chinos, pero ninguno quedó vivo dentro, siendo fuera los muertos tantos, que sin oír á sus capitanes, dieron á huir los supervivientes hacia la playa seguidos de los vendedores. Cayó el valiente japonés Sioco; muchos cayeron de los suyos, y más murieran á no acudir Li-ma-hon con 400 hombres de refresco, amagandó por modo que constriñó

á los españoles á encerrarse en las trincheras de nuevo; más, sin repetir el ataque, de noche se hizo á la mar, dejando convertidas en cenizas las casas de Manila y de los pueblos de la bahía, lo mismo que una galera y un navío que estaban en astillero.

El pirata, no con esto escarmentado, llegó en pocos días á un hermoso río de la provincia de Pangasinán, donde se instaló, fortificando cierta isla de buenas condiciones estratégicas. Dió á entender á los indios había vencido á los españoles, destruído su ciudad y muerto al Gobernador, con cuya relación, unida al aparato de fuerza, movió el ánimo de los que por allí habitaban, se hizo reconocer por rey y empezó la construcción de un pueblo cercado, con fortaleza capaz en que resguardarse.

Lavazares procedió á levantar en Manila otra que tuviera condiciones de defensa, mientras llegaban los encomenderos y soldados á reunirse, urgiéndole procurar remedio al mal chinesco antes que levantara contra él á los naturales, propensos á sacudir la dependencia en que habían caído, aceptando otra cualquiera; mas con ser mucha la actividad, hasta el mes de Marzo de 1575 no estuvo en disposición de marchar la expedición, componiéndola 250 españoles y 2.000 indios amigos, de forma que Li-ma-hon dispuso de cuatro meses para establecerse en el asiento de Pangasinán y hacer correrías por la costa.

Iba por cabeza de los españoles Juan de Salcedo, el nieto de Legazpi, á quien tanto debía ya la colonia desde su principio. Avanzó con precaución, sirviéndose de confidentes, consiguiendo sorprender á su vez al chino astuto, incendiarle casi todos los champanes, fondeados en el río sin guardia, y penetrar en el primer recinto del fuerte momentáneamente. De allí tuvo que retroceder bajo el fuego de más de mil arcabuces que, por fortuna, no hacían fina puntería, aplicándose á las operaciones de un sitio en regla, visto no ser el enemigo despreciable ni mucho menos, que bien podía aprenderse de Li-ma-hon en expedientes y recursos de guerra, como de capitán nada vulgar.

Cerrado el río con fuerte estacada; establecidas baterías y trincheras, cuidó Salcedo de estrechar el cerco, dejando hiciere el hambre lo que para las armas aparecía dudoso y arriesgado, contentándose con escaramuzar á diario, rechazando las salidas. El chino había construído, en tanto, hasta 33 embarcaciones dentro del fuerte, y abierto un canal disimulado por donde pudieran salir directamente al mar, lo cual verificó escapando con toda su tropa en la noche del 3 de Agosto, á los cuatro meses de cerco, dejando burlados á los españoles, aunque satisfechos de haberse sobrepuesto á la crisis ¹.

Durante el sitio había llegado á Pangasinán directamente, y de allí á Manila, un emisario del emperador de China con ofertas de amistad y petición de entrega del pirata, vivo ó muerto, dando á conocer el gran interés del monarca celeste por haberle á las manos. Recibido el Embajador con agasajo y deferencia, designó el gobernador Lavazares al padre fray Martín de Rada, con objeto de devolver el cumplido, llevando cartas de creencia para los virreyes de Fokien y Chíncheu, y con este motivo, y desde entonces, quedaron establecidas relaciones comerciales muy beneficiosas é influyentes en la regularidad de las comunicaciones de Nueva España ². El capitán Juan de la Isla quedó encargado de

¹ Desde entonces, en conmemoración del acontecimiento, se celebra anualmente en Manila, el día de San Andrés, 30 de Noviembre, una fiesta cívico-religiosa á que asisten las autoridades y personas más notables de la población.

² Fray Gaspar de San Agustín publicó las instrucciones y cartas de creencia, así como las que contestaron las autoridades de China, en sus *Conquistas de las islas Filipinas*, pág. 304, acompañando relación del viaje, escrita por Fr. Martín de Rada. De otras relaciones primitivas, manuscritas ó impresas, me parece de interés la noticia.

Manuscritas:

Relacion del reino de la China con las cosas más notables de allá, hechas por Miguel de Loarza, soldado, uno de los que fueron allá desde las islas de Luzon, que ahora llaman Filipinas, año 1575.—(Colección Navarrete, t. II, núm. 9.)

Relacion del viaje que hicieron á China Fr. Pedro de Alvaro y otros tres religiosos de San Francisco, el año 1579, escrita por Fr. Agustín de Tordesillas, seguida de otra relacion del alferéz Francisco Dueñas, que fué en el mismo viaje.—(Academia de la Historia, Colección Velázquez, t. XXXVI, est. 22, gr. 4, núm. 75.)

Relacion del viaje que hizo D. Juan de Mendoza desde la ciudad de Lima, en el Perú,

reconocer las costas asiáticas hasta los 60° de latitud Norte, así como de informar de las poblaciones, calidad y modo de vivir de la gente, costumbres, religión, gobierno, artículos de comercio, mantenimientos y armas, después de abrir pláticas corteses con las autoridades ¹.

A favor de las buenas relaciones se introdujeron misioneros en la misma China, en las islas del Japón ó *Platareas*, en la India, Java, Molucas, Borneo, aprovechando la experiencia de Gregorio González, vicario, que llevaba muchos años catequizando entre todos estos pueblos ², y la del almirante Juan Pablo de Carrión, instigador de la mayor actividad comercial en que, á su juicio, estribaba la prosperidad y la importancia de Manila ³.

à la de Manila en las Philipinas y à la China, año de 1583.—(Academia de la Historia. Colección Salazar, F. 18, fol. 88.)

Relacion del segundo viaje que el P. Alonso Sanchez hizo de las Filipinas à China el año 1584.—(Academia de la Historia. Colección de Jesuitas, t. IV, fol. 265.)

Memorial que en nombre de todos los estados de las islas Filipinas y como su procurador presentó à la majestad del rey Phelipe II, el P. Alonso Sanchez, de la Compañia de Jesús, que trata de..... comercio, navegacion, etc. Año de 1588.—(Dirección de Hidrografía. Colección Navarrete, t. XVIII, núm. 42.)

Discurso dirigido à S. M. sobre el estado del comercio de las islas Filipinas con la China y Nueva España, etc. Año de 1586.—(Colección Navarrete, t. XVIII, núm. 35.)

Consulta al Rey por el Consejo de las Indias en 2 de Julio de 1590, sobre el trato y comercio de las islas Filipinas con la China.—(Colección Navarrete, t. XVIII, núm. 47.)

Impresas:

Discurso de la navegacion que los portugueses hazen à los reynos y provincias de Oriente, y de la noticia que se tiene de las grandezas del reino de la China. Autor, Bernardino de Escalante. clérigo, Comisario del Santo Oficio de la Inquisicion del reino de Galicia y Beneficiado en la villa de Laredo. (Al fin): Fue impreso en Sevilla..... en casa de la binda de Alonso Escribano, que sancta gloria aya. Año de 1577, 8.º, 100 foj.

Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran reino de la China, sabidas así por los libros de los mesmos chinos, como por relacion de religiosos y otras personas que an estado en el dicho reino. Con el itinerario del Nuevo Mundo de Fray Martin Ignacio de Loyola, por Fray Juan Gonzalez de Mendoza.

Se imprimió por primera vez en Roma en 1585; después, varias en España y en Amberes.

En el presente que se envió al emperador de la China el año 1580, fueron cuatro pinturas de Alonso Sánchez, pintor del Rey, que costaron 400 ducados. Una de Nuestra Señora de la Concepción; un retrato del Emperador á caballo y otros dos retratos del Rey, uno á caballo y otro á pie; cinco relojes y otras cosas.

¹ Instrucción dada por el virrey de Méjico, D. Martín Enriquez, en 1.º de Febrero de 1572. Colección Navarrete, t. XVII.

² Relación del año 1573. Colección Navarrete, t. XVIII.

³ Memorial enviado al Rey el mismo año 1573. Colección Navarrete, t. XVIII, núm.

Por el lado opuesto se ensayaron derrotas bajando hasta Nueva Guinea, desde donde tuvieron que arribar las naves sin lograr el propósito, pereciendo en el empeño la nombrada *San Juanillo*, al mando de Juan de Rivera, de que nada ha vuelto á saberse. Era el siniestro contingencia probable en empresas tan arriesgadas, que se proseguían, sin embargo, en beneficio de los navegantes, procurando despejar incógnitas. A este mismo fin se dieron instrucciones al piloto mayor Francisco Gali y á su acompañante Jaime Juan, para que en la remontada exploraran la costa de Alta California ¹.

El doctor Francisco de Sande, gobernador letrado que sustituyó á Lavazares por nombramiento real, organizó una expedición importante á la isla de Borneo, cuyo dominio se disputaban los régulos del país en guerra intestina, marchando en persona con 30 embarcaciones de remo, 400 españoles y más de 1.500 indios flecheros, en el mes de Marzo de 1578. Deshecha fácilmente en combate naval la armada de los naturales, que intentó cerrar el paso, subió la nuestra por el río grande y se apoderó del pueblo y residencia real,

meros 5 y 7. Se titula el otro documento *Relacion del Vicario de la China, escrita á D. Juan de Borja, sobre el yerro de la navegacion que hacian los castellanos para las islas Platareas, y la forma cómo quedarían señores de muchos reinos y de la navegacion para la Nueva España y para la China haciéndolo por la isla de los Luzones, con otras muchas advertencias y noticias muy curiosas é interesantes. Año de 1573.*

¹ Colección Navarrete, t. XIX. El Marqués de Villamanrique, virrey de Nueva España, dando cuenta al Rey de haber enviado á Francisco Gali á descubrir tierra del Japón é islas del mar del Sur en el navío *San Juan*, con fecha 10 de Mayo de 1585, informaba ser el hombre más aventajado y de crédito que había en las Indias, y que en materia de cosmografía y arte de navegar podía competir con los escogidos. Reconoció, en efecto, varias islas desconocidas del mar del Sur (*Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, t. XI, pág. 9) y escribió en 1585: *Viaje, descubrimientos y observaciones desde Acapulco á Filipinas, desde Filipinas á Macao y desde Macao á Acapulco*, que dió á luz Linschot en Amsterdam el año 1638 (Beristain, *Biblioteca hispano-americana*). Jaime Juan, á más de los indicados viajes, hizo otro con dos fragatas construidas en Acapulco, y escribió relación que se conserva manuscrita en el Archivo de Indias. Propuso un instrumento para utilizar la variación de la aguja. (Beristain: *Biblioteca dicha*.) Sin nombre de autor se guardan manuscritos en la Academia de la Historia: *Fragmento de un viaje desde Acapulco á las islas Filipinas, con descripción de las de los Ladrones y otras, costumbres de los habitantes, etcétera.* (Colección Velázquez, «Papeles varios», t. XXXVI.) *Fragmento de un viaje á las islas Filipinas en el siglo XVI, con dos mapas de mano.* (Est. 22, gr. 4, núm. 75.)

de 30 embarcaciones, artillería y efectos, alzando el triunfo el prestigio de la bandera española. Sande, satisfecho con dar posesión del reino á un jefe que se reconocía dependiente y tributario, dejó apresuradamente aquella tierra en que las enfermedades castigaban á su gente, siendo uno de los que murieron, con pena general, el astrólogo Fr. Martín de Rada, compañero de Urdaneta, que tan buenos servicios había hecho á la instalación de Legazpi.

Se utilizó la armada en el viaje de regreso para someter á las islas de Joló y de Mindanao, en los puertos y residencias de principales, sin quedar ninguno de importancia que por de pronto no se reconociera vasallo del Rey de España, con lo cual se informó á éste que á los nueve años de empezada la conquista se acataba su autoridad en todo el Archipiélago, habiéndose impuesto más por la persuasión de los misioneros que por las armas de los soldados ¹.

Corriendo el año 1579 hizo asiento en la Corte D. Gonzalo Ronquillo, sobrino del famoso Alcalde de Casa y Corte, Alguacil mayor él de la Audiencia de Méjico, brindándose á llevar á Filipinas por su cuenta 600 hombres solteros ó casados, con las respectivas familias, que embarcó en Sanlúcar para hacer el viaje por la vía de Panamá. Llegó á Manila por Abril de 1580, encargándose al punto del gobierno con aplicación, en que no le faltaron entretenimientos, habiendo de

¹ El P. Francisco Colín: *Labor evangélica de la Compañía de Jesús en las islas Filipinas*. Madrid, 1663.

Hay además en la Dirección de Hidrografía papeles inéditos, á saber:

Relacion de las jornadas que los años pasados de 1578 y 79 se hicieron por mandado del gobernador Francisco de Sande á las islas de Burney, Soloc y Mindanao. (Colección Sans de Barutell. Simancas, art. 4, números 492, 498 y 550.)

Traçado de las islas Philipinas, en que se contiene todas las islas y poblaciones que están reducidas al servicio de S. M. Real del Rey D. Phelipe nuestro señor, y las poblaciones que están fundadas de españoles y la manera del gobierno de españoles y naturales, con algunas condiciones de los Indios y Moros de estas islas. Año de 1579. (Colección Navarrete, t. XVIII, núm. 16.)

Relacion del descubrimiento y conquista de Luzon y Mindoro, de las cosas más señaladas que en ellas sucedieron. Trátase sumariamente de la manera que se conquistó y ganó lo que hasta hoy está ganado y conquistado en la dicha isla: ansimismo de la calidad de la gente della, y su manera de vivir, y las armas que usan y tienen y fuertes que hacen para defenderse de los enemigos. (Colección Navarrete, t. XVII, núm. 43.)

cuidarse de las posesiones índicas de la Corona de Portugal incorporadas á la de Castilla.

En la colonia china de Macao encontró escasas dificultades aparentes; enviado el P. Alonso Sánchez, de la Compañía de Jesús, se reconoció y juró por Rey á D. Felipe, sin que la fórmula impidiera á los portugueses poner toda especie de obstáculos y entorpecimientos al comercio de los que, para ellos, no dejaban de ser émulos y rivales castellanos. En las Molucas era cosa distinta, porque andaban tan malparados y de capa caída que les venía bien el amparo, y lo solicitaban desde el momento de la incorporación como servicio debido.

El primer socorro enviado al capitán mayor portugués Diego de Azambuja condujo D. Juan Ronquillo, deudo del Gobernador, presentándose en la isla de Terrenate con tres galeones, y 50 caracoas que llevaban 300 españoles y 1.500 indios, fuerzas de consideración en aquellas tierras, que no consiguió satisfactorio resultado; á los pocos días se redujo en una tercera parte ¹ por causa de enfermedades y combates, y el resto regresó á Manila llamado para atenciones preferentes. Habíanse aparecido en la costa de Cagayán, parte septentrional de Luzón, embarcaciones extrañas, desembarcando gente dispuesta, al parecer, á establecerse de firme.

Tratábase, por lo que las indagaciones enseñaron, de otro pirata japonés nombrado Tayzufu ², hombre de energía y de condiciones parecidas á las del chino Li-ma-hon, sirviéndose de las cuales había infestado los mares del Japón, Corea, China, Camboja y Tonkin, y héchose poderoso y temido. En este estado no se satisfacía ya con la presa de las naves, ni con el robo de los pueblos marítimos, estimando tener disposición de soberano de alguna isla en que fundar dinastía, y ninguna le pareció tan á propósito como la de Luzón, donde pensaba se le juntarían muchos fugitivos de su país. Llegado al litoral con 27 juncos, que son embarcaciones grandes, eli-

¹ Fray Juan Ferrando: *Historia de los PP. Dominicos en las islas Filipinas*. Madrid, 1870.

² Tayzafu y Tayfusa, en variante.

gió puerto de buen abrigo y condiciones de defensa, procediendo desde luego á instalarse, como hiciera, sin la priesa con que D. Gonzalo Ronquillo despachó á impedirlo al capitán Juan Pablo de Carrión con una galera y 14 bergantines tripulados por 90 españoles, sin contar los indios, mientras por tierra caminaba otro cuerpo de menos fuerza.

Encontró la escuadrilla sobre el cabo Bojeador á uno de los juncos enemigos que merodeaba, y cañoneando con el acierto de partirle el árbol, le embistió la galera capitana, encontrando resistencia que asombró á los soldados tan distinta á la disposición de las gentes de Asia y Polinesia era la mostrada por los japoneses, fieros y diestros en el manejo de las armas, obstinados en el combate, que dudoso estuvo por largo rato. Con la experiencia adquirida se guardó muy bien Carrión de atacar á los que estaban en tierra, teniendo por prudente construir un fortín en las inmediaciones, artillado con piezas menudas y esperar la llegada de los compañeros, á que no dió tiempo la impetuosidad de los invasores, y fortuna fué llegaran cuando estaban los españoles en disposición de resistir los asaltos sucesivos en que los japoneses tuvieron pérdida enorme, vista la cual reembarcaron y se fueron, abandonando á sus heridos.

Acabada con felicidad la represión de los extraños, volvió á ocuparse la atención en las Molucas, respondiendo á las peticiones de Azambuja, apretado en la isla de Tidor por las de Terrenate con dirección de ingleses que se iban introduciendo desde que Drake visitó el Archipiélago. Por el mes de Febrero de 1584 se aprestó buena armada á cargo de Juan de Morones y Pedro Sarmiento ¹, juntando 300 españoles con tropa de indios auxiliares, que embarcaron en la nao *Santa Elena* y en 24 embarcaciones del país, llevando artillería de sitio y material de operaciones tales, que se perdió completamente en naufragio de la nao capitana. No obstante la desgracia, batieron las embarcaciones restantes á 40 caracoas de Terrenate, y pusieron cerco á la fortaleza prin-

¹ No ha de confundirse á este capitán, que prestó muy buenos servicios en Filipinas, con Pedro Sarmiento de Gamboa, el poblador del estrecho de Magallanes.

cial de la isla, sosteniéndolo con frecuentes escaramuzas y aun con batalla campal en que sirvió al amor propio la victoria, no al objetivo de la campaña, abandonada con regreso á Manila sin más ventajas que la vez anterior.

No merecen detención las jornadas que se repitieron á Borneo y Mindanao ¹, cubriendo atenciones perentorias ó procurando la seguridad de los presidios establecidos. Lo digno de observación es el crecimiento rápido de las poblaciones españolas y de su correspondencia con Nueva España, aunque ordinariamente hacían las naos un solo viaje anual de ida y vuelta á Acapulco, de donde llegaba el situado; es decir, el importe de los sueldos de funcionarios públicos, con el refuerzo continuo de pobladores y soldados.

Algún viaje directo se hizo al Perú con mercancías de China, sin que el éxito mercantil distrajera la atención del camino trillado.

Mucho progresó también la construcción naval, gracias á la abundancia de maderas de excelente calidad y á la habilidad de los indios en la carpintería. Hiciéronse en varios astilleros naves de la carrera del Pacífico, pero las más, de poco porte y construídas por los planos de las galeras y galeotas de España, se destinaban al servicio de las islas.

El año 1590, en que llegó á Manila Gómez Pérez Das Mariñas con mucho acompañamiento, se señaló por el naufragio de su nao almiranta sobre la isla de Marinduque, si bien no hubo que sentir desgracia personal por embarrancar el buque en escollo próximo á la playa.

¹ Se detallan en las historias particulares del Archipiélago, distinguiendo las de Esteban Rodríguez de Figueroa, capitán y piloto mayor, natural de Huelva, uno de los que acompañaron á Legazpi, que redujo la isla de Joló y prestó excelentes servicios en la de Mindanao, donde murió en 1596, habiendo hecho previamente asiento para someter la isla á sus expensas, con título de Gobernador. Ha dilucidado varios puntos de las expediciones D. Vicente Barrantes, *Estudios sobre la conquista de Filipinas. Revista de España*, año 1870, tomo xvii, pág. 397 y tomo xviii, página 73, y *Guerras piráticas de Filipinas contra mindanaos y joloanos*. Madrid, 1878.

V.

EN BRETAÑA.

1589-1592.

Convenio con el Duque de Mercoeur.—Auxilio á los católicos.—Expedición organizada en la Coruña.—Viaje y desembarco.—Miserable estado de la tropa.—Don Juan del Águila, su jefe.—Lucha contra la penuria.—Gallardía.—Levanta el fuerte de Blavet.—Cruceros.—Presas.—Llega D. Diego Brochero con galeas.—Combate con un convoy de Holanda.—Captura capitana y almiranta.—Cruceros.—Presas.—Combate de la isla de Flores.



PERMENTANDO en Francia las pasiones al tiempo en que España é Inglaterra rompían las hostilidades, el asesinato del Duque de Guisa, jefe de la Liga católica, seguido del de su hermano el Cardenal; el del rey Enrique III, ocurrido á poco sin dejar sucesor directo, perturbaron á la nación, pidiendo los calvinistas la corona para su jefe y cabeza Enrique de Navarra; poniendo enfrente los católicos, divididos, varios candidatos, aunque por principio encumbraran con nombre de Carlos X al cardenal de Borbón, anciano pacífico y manejable.

Aplicóse desde luego la política del rey de España á contrariar los planes del Hugonote, activísimo en procurarse auxilio de hombres y dinero de Isabel de Inglaterra, alianza con los príncipes alemanes, amistad del turco Amurates y de la República de Venecia, y hasta buenas palabras y ofertas del papa Sixto V; aplicóse, digo, D. Felipe, poniendo en movimiento hacia Francia al ejército de Flandes, con protesta

de no ir guiado por espíritu de hostilidad ni miras ulteriores, sino por el sostén sólo de la fe católica.

A las observaciones del Duque de Parma, razonando la inconveniencia de abandonar lo propio por atender á lo ajeno, cuando sometidas las provincias rebeldes de Flandes sólo faltaba hacerlo con las islas, se sobrepusieron las opiniones de los consejeros de Estado, y aun las de los que no estaban obligados á manifestarlas ¹, haciéndose eco de la del Rey, ó respondiendo á la idea persistente del Monarca de buscar digna situación á *la niña de sus ojos*, la infanta Isabel Clara Eugenia ².

Independientemente se entendió con Felipe Manuel de Lorena, duque de Mercoeur, ó de *Mercurio*, como nuestras historias por mala pronunciación le nombran, jefe de la Liga católica en el Mediodía de Francia, gobernador de Bretaña por Enrique III; pues si bien alegaba los derechos de su mujer, María de Luxemburgo, al ducado, y los pretendía D. Felipe á beneficio de la referida Infanta, habían convenido en emprender unidos la conquista á reserva de dilucidar más tarde la preferencia.

Concilióse también el Rey católico con el Duque de Savoya para guerrear por el Languedoc, ayudándole con el ejército italiano desde Milán, con el cuerpo de 5.000 alemanes del Conde de Lodrón desde el Rosellón, y con las galeras de don Diego Brochero, el marqués de Torrilla, D. Pedro Cardona, D. Pedro de Acuña y D. García de Toledo, es decir, con las de España, Génova, Nápoles y Sicilia, en número de más de cuarenta.

A Bretaña iría un cuerpo de 4 á 5.000 hombres, á condi-

¹ Don Ginés de Rocamora, procurador en Cortes por Murcia, pidió ante el reino se continuase con gran rigor y á toda costa la guerra de Francia en amparo de los católicos, pues colocando en el vecino solio un rey amigo se facilitaría grandemente la conquista de aquel perverso seminario de herejías, reino de Inglaterra y Escocia, y destrucción de la llamada Reina virgen, papisa y maligna.—*Actas de las Cortes de Castilla*, t. XII, pág. 462.

² Instrucciones á Juan Bautista Tasis y á D. Bernardino de Mendoza. Archivo de Simancas. Estado, Flandes, leg. 2.220. Según carta del Conde de Olivares, ofrecía Mayenne (Humena) á España, en caso de ser elegido, las provincias de Borgoña, Provenza, Delfinado y Bretaña. Idem. Estado, Roma, leg. 955.

ción de poner en su posesión el puerto de Blavet (Port Louis) para abrigo de la escuadra auxiliar, debiendo remitir Don Felipe desde luego 20.000 escudos y 200 quintales de pólvora¹.

Ordenados los aprestos de la expedición á D. Alonso de Bazán, que en Ferrol cuidaba de reorganizar las reliquias de la armada vuelta de Inglaterra, agregando las naves recientemente construidas en los astilleros de Cantabria, procedía con la calma tradicional censurada por Sixto V, agria, pero razonadamente², de modo que hasta Septiembre de 1590 no dió cuenta de tener á punto la escuadra mandada por Sancho Pardo Osorio, compuesta de siete naos, cuatro galeazas, dos galeras, 27 pataches y zabras con 1.812 hombres de mar y 4.578 de guerra; en total, 37 naves y 6.470 individuos³, y todavía, habiendo salido de la Coruña á principios del mes y arribado dos veces por vientos contrarios, no enderezó el rumbo hasta Octubre entrado.

Las instrucciones del general de mar⁴ ordenaban embarcar el tercio de D. Juan del Aguila, conducirlo sin pérdida de hora al puerto de Blavet, rompiendo á la escuadra inglesa si se interponía, como era de presumir por las noticias de los exploradores, y verificado el desembarco de tropa y municiones, dejando en el puerto dos galeazas, tres galeras y algunos bajeles ligeros, á cargo del capitán Perucho Morán, volver con la escuadra.

Don Juan del Aguila, jefe designado, maestre de campo de buena reputación, ahora capitán general de tierra y mar, era natural de Barraco ó Berraco, en la provincia de Avila, sol-

¹ He consultado, principalmente para lo que atañe á la campaña, los documentos oficiales que fueron de Simancas y están actualmente en el Archivo Nacional de París, K, 1569 y K, 1572, amén de las obras cuyos títulos anoto en el Apéndice número 2.

² Recordándole el Conde de Olivares la oferta de ayuda monetaria, escribió al Rey: «El Embajador de V. M. me ha propuesto anticipar la paga, y respondí que no, porque V. M. consume tanto tiempo en consultar sus empresas, que cuando llega la hora de ejecutarlas se ha pasado el tiempo y consumido el dinero.» Cabrera de Córdoba, t. III, pág. 356.

³ Dirección de Hidrografía. *Colección Sans de Barutell*, art. 4.º, núm. 1.065.

⁴ Dirección de Hidrografía, *idem*, art. 3.º, núm. 599.

dado viejo de los anfibios formados en la escuela de D. García de Toledo. Hallóse en las jornadas del Peñón, Córcega y Malta; pasó á Flandes como capitán de arcabuceros y gobernador de varias plazas; en la batalla de Maestrich sorprendió al enemigo de noche; en el Vilborde, ya maese de campo, derrotó á Mansfelt é hizo maravillas en los sitios de Amberes y de la Esclusa. Vuelto á España, acudió al socorro de la Coruña cuando la atacaron los ingleses, y hallábase en Galicia al recibir la comisión.

El capitán de mar Perucho (Perochio) Morán, puesto á sus órdenes, era napolitano, estuvo con D. Alvaro de Sande en el fuerte de los Gelves mientras se sostuvo, y militó después á las órdenes de D. García de Toledo y D. Juan de Austria hasta la ruina de la Goleta.

Tuvieron navegación muy trabajosa, sufriendo de las borrascas y mucho más de las raciones, malas y escasas, por llevarlas contadas para veinte días, sin tener en cambio que recelar de enemigos, toda vez que la avanzada de siete naves inglesas que salió á su encuentro retrocedió hacia las islas á toda vela, dejando franco el paso. Desde el fuerte de Belle Isle les cañonearon, contestando la capitana, que por acercarse encalló, aunque sin consecuencias; volvió á ponerse á flote con la marea. Se hallaba el puerto de Blavet, de su destino, fortificado por los hugonotes, de forma que hubieron de dirigirse á Saint-Nazaire con objeto de tomar lengua y atenerse á las determinaciones del Duque de Mercoeur, poniendo en tierra á la infantería ¹.

La manera con que llegaba á guerrear lejos de su patria á título de ejército auxiliar, y á la vista, por tanto, de los católicos de Francia, uno de los tercios de la milicia española, con representación unida de su marina, merece indicación antes de condensar las de los hechos, no inferiores á los realizados en todo el mundo con idénticos elementos.

«No cabe positiva y duradera grandeza militar y nacional

¹ Relación manuscrita de la Academia de la Historia. *Colección de Jesuitas*, t. 116. folio 20.—Correspondencia de D. Juan del Águila y de D. Diego Maldonado. Paris, Archivo Nacional, K, 1572, y B, 65.

(ha dicho un profundo hombre de Estado) ¹ donde hay pobreza é impotencia económica. Toda la historia de España está en este hecho al parecer insignificante..... Los soldados que el Gran Capitán llevó de Málaga para conquistar á Nápoles iban ya descalzos y hambrientos.....»

Página lastimosa de esa historia, la de Bretaña, empieza con la impresión de los que, esperando un cuerpo lucido y numeroso que les librara de la dependencia de los reyes franceses, sintieron, al ver de cerca hambrientos, descalzos y pocos á los soldados de fama universal que tan distintos se figuraban. Comunicábala al Rey D. Diego Maldonado, Comisario que hacía veces de Embajador en Nantes, al mismo tiempo que D. Juan del Aguila daba cuenta del arribo y despedida de la escuadra conductora. En la muestra aparecieron 2.100 hombres sanos, ó que lo aparentaban; 600 enfermos, que á los pocos días aumentaron en un tercio, desnudos todos, armados con espadas sin vaina, acreedores á seis pagas de atraso, tan rotos, flacos y demacrados, que, excitada la caridad de las damas bretonas al verlos desembarcar en brazos, concurrieron á una con camisas, jergones y alimentos en su alivio. El Maestre de Campo pedía desde el momento á su señor socorro con que pudieran siquiera comprarse zapatos, pólvora y cuerda, raciones para las dos galeazas y cuatro pataches que allí quedaban en tan mal estado como todo lo demás; y no obstante, á renglón seguido, indicaba la conveniencia de apoderarse de los puertos principales de Normandía, sobre todo del de Brest, á fin de «dar en Inglaterra y en Flandes».

Sin un día de descanso al mareo, tomaron aquellos hombres la herramienta, trabajando día y noche para atrincherarse, mientras las galeazas, acudiendo al puerto ofrecido de Blavet, desalojaron á los hugonotes y se acomodaron en aquel lugar excelente como base de operaciones.

El Príncipe de Dombes, jefe de los calvinistas por Enrique IV, tenía puesto sitio á Dola, y con 300 caballos y 1.800

¹ Don Antonio Cánovas del Castillo: *El Solitario y su tiempo*, t. II, pág. 128.

infantes hizo reconocimiento, sabedor de la llegada de los españoles, ofreciendo á éstos la primera ocasión de darse á conocer en el país; pues con tal presteza y desenfado escuadraron marchando á su encuentro, que de todo punto cambió el juicio en la población, admirada de sus condiciones.

De resultas levantaron los hugonotes el sitio de la referida plaza y se apartaron de la ribera, consintiendo al Duque de Mercoeur la unión con sus auxiliares y el comienzo de la acción común iniciada con el sitio de Hennebont, adonde los nuestros arrastraron seis cañones gruesos de las galeazas, abriendo brecha suficiente para obligar á capitulación á los cercados, entregando la plaza con 20.000 escudos de talla por la ciudad, con que algo se remediaron las necesidades.

Antes de concluir el año 1590 se había trocado la situación del país, sobreponiéndose el partido católico, hasta entonces deprimido. Aguila cuidó de restaurar las fortificaciones de la plaza ganada; guarneció la de Vannes, redujo á la villa de Crevique y se aplicó preferentemente á resguardar á Blavet, no sin sentimiento de los naturales y oposición del Duque, que, pensando tener en D. Juan del Aguila un instrumento sumiso, descubrfa iniciativas contrarias á su autoridad y aun á su amor propio. De todos modos no pasaron muchos días sin cerrar el ámbito con trinchera y traveses que aseguraban el cuartel, dando abrigo para construir las defensas permanentes con despacio.

¿Quieren significar estos adelantos que las gentes supieran hacer milagros por aquel entonces?

Comparando las operaciones y los recursos con los de las guerras modernas, cualquiera lo diría; porque es de advertir que, si todo escaseaba en Bretaña, de armonía no se hacía cosecha; descontento el Duque de Mercoeur y contemporiando por no exceder sus fuerzas propias de 1.700 caballos y 2.000 infantes; mal avenido además D. Juan del Aguila con D. Mendo Rodríguez de Ledesma, enviado con carácter diplomático; con el jefe de Marina, cuyas atribuciones coar-

taba; con los capitanes y soldados de su tercio, con todo el mundo lastimado de la dureza, de la severidad, del despotismo con que gobernaba sin tolerar asomo de licencia. Él mismo andaba poco satisfecho, y muchas veces envió al Rey la petición de relevo, angustiado de la miseria de la tropa más que de las dificultades y complicaciones.

Por efecto de las instancias repetidas fué recibiendo de vez en vez algún socorro de dinero, vestidos, artillería de campaña, lanzas de ristre con que organizar una compañía de caballos, y al fin, en Abril de 1591, refuerzo de 2.000 hombres para llenar los claros causados por las enfermedades y deserciones; relleno oportuno, en razón á que Enrique de Bearne, para quien era cuestión vital atajar los progresos de los españoles en región tan considerable, pidió á Isabel de Inglaterra auxilios defensivos, acordados con su cuenta y razón, ó sea á condición de ocupar el puerto de Brest, que en sus manos había de crear nuevos obstáculos al implacable enemigo católico. Así, después de aparentes vacilaciones y de asegurar como entendida negociante el cobro de los servicios, despachó un cuerpo de 3.000 hombres á las órdenes de John Norris, el jefe en la expugnación de la Coruña y de Lisboa, que desembarcó 500 en Dieppe y el resto en Paimpol para guerrear á una con las tropas del Príncipe de Dombes.

Con el último refuerzo de españoles llegó á Blavet el ingeniero Cristóbal de Rojas, encargado de las obras que se pusieron en ejecución inmediatamente, fabricando dos fuertes reales á la entrada del puerto con fosos abiertos en la peña y toda especie de defensas por la parte de tierra, sin olvidar la prevención de contraminas, y todo ello sin perjuicio de la ciudadela ó fortaleza principal, emprendida sin gasto de un real por el Erario. Los trabajos se hacían por los soldados y marineros, relevándose; los materiales se tomaban donde los hubiera ¹; pero aun á principios de Julio, cuando llegó noti-

¹ Trabajó en esta obra más de dos años, asistiendo á las runciones de guerra, y ganando, por confesión propia, honra y provecho, el autor de *El viaje entretenido*,

cia del desembarco de ingleses, estaba en forma en que no lo tomara nadie sino por hambre ¹.

En esta disposición, artillado con piezas gruesas de las galeazas, constituía el puerto refugio seguro, no sólo para la escuadra, sino también para los buques ligeros despachados con buen acuerdo, como desde un principio debió hacerse, á inquietar las costas de Inglaterra y Escocia y destruir el comercio.

Andaban en el ejercicio, destacados desde los puertos cantábricos, varios capitanes prácticos del Canal de la Mancha, entre los que se distinguieron por la osadía de los ataques y desembarcos, aun en la inmediación de los puertos principales, Marcial de Arriaga, Juan y Miguel Escalante, Juan de Mérida, Martín de Oleaga, Joanes de Villaviciosa, y más que todos, Pedro de Zubiaur, cabo ó jefe de la escuadra de pataches y zabras que mantenía las comunicaciones de Bretaña con la Península y conducía los socorros. Todos ellos utilizaban la situación intermedia de Blavet, y conducían allí las presas, que hicieron muchas, burlando la persecución de los buques mayores de guerra, al paso que destruían los de cabotaje.

No dejaba D. Juan del Águila, por el avance de los trabajos, de escaramuzar con los enemigos, ya hacia el interior, donde se habían juntado alemanes, franceses, bretones y normandos, ya hacia la costa, donde los ingleses pretendían asentar. Con ataques rápidos tomó á Rosbiene, al castillo de

Agustín de Rojas Villandrando, que, habiéndose alistado en Castilleja y embarcado en Sanlúcar, pasó con el refuerzo á Bretaña,

Por su gusto y ser soldado,
Porque sin él no lo hiciera.

Don Cayetano Alberto de la Barrera, *Catálogo del Teatro antiguo español*, Madrid, 1860, pág. 336.

¹ Despacho de D. Juan del Águila. París. Archivo Nacional, K, 1576. Decía al mismo tiempo no tener con qué proveerlo ni tampoco de raciones á la armada, ni de pagas, y todos estaban desnudos y descalzos; la gente se iba por no tener con qué sustentarla. Enviaba al capitán Francisco de Chavarri á dar cuenta de todo á S. M.; y escrito lo que conviene á su real servicio, «si se sirve enviar otra persona que pueda cumplir en todo con más asistencia, D. Juan del Águila quedará muy complacido».

Brotera y al más importante de Blain, situado á siete leguas de Nantes ¹; entró en Saint-Malo, lamentando no tener fuerzas para ocuparlo ni para emprender acción alguna de importancia. Su pesadilla seguía siendo el puerto de Brest, á pesar de la necesidad extrema en que estaban los soldados, y de la escasa voluntad con que el Duque de Mercœur y su tropa concurrían á cualquiera acción que él propusiera ².

Hacia este tiempo vinieron á España las galeazas del cargo de Perucho Morán, por ser bajeles de poco servicio en la costa, reemplazándolas cuatro galeras gobernadas por don Diego Brochero, hombre de resolución é iniciativa.

Natural de Salamanca, caballero de San Juan de Jerusalén, navegaba en las galeras de Malta el año 1570 al ocurrir el desastroso combate sobre la costa de Sicilia, en que Uluch Alí apresó la nombrada *Santa Ana*, con muerte ó heridas de casi todos los defensores ³. Brochero fué puesto al remo, sufriendo las durezas del cautiverio mucho tiempo. Habiéndose rescatado, propuso al Gran Maestre de la religión hacer el corso con un galeón de su propiedad, ayudándole con artillería y otras cosas que le faltaban; y saliendo á la mar con 100 hombres voluntarios, fué á cruzar el golfo de Salónica, donde hizo capturas afortunadas, aunque le costaron la pérdida de la mitad de sus tripulantes. Tuvo que arribar forzosamente á Cérigo, donde siete galeras venecianas le hallaron fondeado con las presas, y como violador de la neutralidad del puerto le prendieron, sometiéndole á proceso. Reclamó

¹ El sitio duró siete días y valió á los españoles cien mil escudos, según dice Mr. Moreau.

² Descargando su mal humor, envió á D. Mendo R. de Ledesma autógrafo curioso, conservado entre su correspondencia (París. K, 1577, pieza 119), que á la letra dice:

«Por q. Por hotras escrito largo a V. m. no lo hare aoras mas den dezir que lleuel diablo El hombre de a pie ni de cauallo frances le qda al duq si no es qual o qual i nosotros tanpoco nosaumentamos. dios lo remedie todo y a V. m. le de mucha vida. a diº maldonado de V. m. mis besamanos. de jugoa i agosto 23, 1591. Don juº del aguila.»

Al pie, de mano del rey D. Felipe, se lee: «Esta se quedó acá, y creo que se debió de caer, porque la he hallado agora en el bufete.»

³ Véase t. II, cap. VIII, pág. 121.

en Venecia su muerte el Embajador de Turquía, y mostrábase dispuesto á complacerle el Senado, como lo hiciera, á no intervenir el Embajador de España, dando tiempo á que el Rey, el Papa y el Maestre de San Juan interpusieran su respectiva influencia. Recobró por ellas la libertad, sin conseguir la restitución de la nave ni de su gente por más que protestó de la injusticia. De regreso en Malta recibió nombramiento de Teniente general de las galeras, que cuadraba con su intención de satisfacerse del agravio, y lo hizo con la primera galera veneciana con que tropezó en la mar, batiéndola y llevándosela á Malta, con escándalo y ruido que amenazaba tomar proporciones. Mediaron, como antes, el Pontífice y el Conde de Olivares, llegando á un arreglo, por el que quedó estipulada la entrega recíproca de la galera y el galeón, empezando los venecianos por soltar la gente; mas no lo hicieron con la nave ni la hacienda, faltando en lo ofrecido; y como de seguir Brochero rigiendo las galeras había de buscar otra ocasión, diéronle licencia para venir á España, y tuvo destino en las escuadras de Italia. Hallábase auxiliando á las operaciones de la Liga católica en la costa de Provenza al ser designado para igual comisión en Bretaña, adonde llegó en Agosto.

Tardó muy poco en imponerse de la situación de las cosas y de las condiciones de D. Juan del Aguila, con el cual entabló cuestiones de competencia, empezando por resistir los trabajos de la fortificación de Blavet, á que el jefe quería destinar á los marineros y forzados, razonando tener empleo mejor en la mar, que les dió efectivamente.

A la boca del río Salazar rindió á dos corsarios de la Rochela, espumadores de la costa, y á tres naves inglesas comerciantes. Desembarcó en Morlaix 200 hombres, corriendo y saqueando lugares enemigos; reconoció el puerto de Brest, tomando traza el ingeniero Rojas; por último, avistando sobre Conquet un convoy de 24 naves holandesas, atacó con las cuatro galeras, abordando resueltamente á la *Capitana* y *Almiranta*, naves grandes y bien armadas. Por el resultado del encuentro, en que tuvo 50 muertos, 150 heridos y un ba-

lazo á flor de agua en su galera, cabe juzgar de la importancia de la pelea y del triunfo conseguido con la captura de siete navíos, no ascendiendo á más por falta de gente con que marinarlos ¹.

Pero esto emprendía mientras duró la buena estación, en que todo ayudaba; entrado el invierno, las cartas de Brochero, al unísono con las de D. Juan del Aguila, no contenían más que lástimas de ver morir de frío y de miseria á los esclavos de la disciplina, sin vestidos, sin zapatos, atenedos á mermada ración de mazamorra, sin vino ni otra cosa, cual si estuvieran en prolongado viaje á Filipinas. Cosa dolorosísima era contemplar cómo, perdido el ánimo, dejaban los mosquetes los soldados y huían de sus banderas, obligados por la necesidad, cayendo en la tentación de los hugonotes, que les brindaban con comodidades, vestido á [su gusto y cien escudos en mano. «Jamás, escribía D. Diego, me he visto en necesidad parecida ².»

Así habremos de dejar por el momento á los expedicionarios, mientras indagamos lo que por otras partes ocurría.

Andaba preocupado el rey D. Felipe con el incremento de la marina británica, no atendida ya sólo á la rapiña, sino procurándose recursos naturales con el envío de convoyes comerciales al Mediterráneo. Desde que tuvo aviso del primero, ordenó al príncipe Doria, como Capitán general de aquel mar, acudiera con empeño á interceptarlos, lo cual no fué posible por la táctica astuta que adoptaron, de pasar el estrecho de Gibraltar con temporales de uno ú otro lado, que imposibilitaban á las galeras. El intento se repitió en Mayo de 1590, saliendo del puerto D. Pedro de Acuña con 12 galeras, sin hacer presa, aunque cañoneó á lo largo á las naves que iban hacia Poniente ³; mas en la siguiente travesía, durante el mes

¹ Colección Sans de Barutell, art. 4.º núm. 1.123. (Correspondencia citada de don Juan del Águila.)

² París. Archivo Nacional, K, 1581, pieza 29. (Colección Sans de Barutell, art. 4.º, número 1.118.)

³ De aquí sin duda han deducido autores ingleses, copiados por Mr. Jurien de La Gravière, que Juan Andrea Doria sufrió derrota en el Estrecho de mercaderes britanos.

de Agosto, tomó una y voló otra ¹, poniéndolas más sobre aviso de lo que estaban, sin embargo de lo cual tres más y 20 holandesas cayeron en poder del Adelantado de Castilla en aguas de Almería, cuando regresaban de Venecia con efectos de Oriente de mucho valor ².

Cambiábase el régimen de los transportes, hechos hasta entonces por las embarcaciones italianas ó españolas, viniendo las del Norte enumeradas y las alemanas y dinamarquesas á buscar directamente los cambios, en tan presurosa concurrencia, que hubo día de contarse desde los vigías 125 embarcaciones, asemejando armada.

Don Martín de Padilla, herido en la cara de astillazo en la refriega, tuvo la suerte de limpiar también la costa de tres fustas corsarias con 85 moros, contribuyendo en algún modo á la presentación en Barcelona de Muley Faxad, renegado genovés, que por despecho entregó las dos galeras argelinas de su mando, con 400 esclavos cristianos y 200.000 ducados del sultán, muertos 300 turcos de la custodia ³.

No cuentan los escritores sucesos de más importancia en el mar interior, por entonces, separado el del viaje del Duque de Saboya, que desde Barcelona también volvió á sus estados en la escuadra de galeras de Génova, gobernando la Real el Marqués de Torrilla, hijo de Juan Andrea Doria, que por cierto interceptó un cargamento de armas destinado á los hugonotes de Provenza ⁴.

En el Atlántico se significaron los moros con un golpe de mano á la villa de Lepe (Agosto de 1590), al hacer los cruceros acostumbrados sobre el cabo de San Vicente, menos productivos cada vez gracias á la vigilancia de las escuadras de la guarda.

Tampoco lo fueron para los ingleses este año los de las Azores é Indias: Hawkins y Frobisher, llevando cinco naves cada uno, perdieron su tiempo, volviendo á Inglaterra con

¹ Colección Sans de Barutell, art. 4.º, núm. 1.060.

² Idem, art. 4.º, números 1.103 y 1.104.

³ Cabrera de Córdoba, t. III, pág. 447.

⁴ Colección Sans de Barutell, art. 4.º París. Archivo Nacional.

las manos vacías; uno de los corsarios sueltos, de obscuro nombre, fué preso; Greenville sufrió en Virginia considerable pérdida de gente, y siete navíos escoterros cayeron en poder de la escuadrilla de Zubiaur hacia el cabo de Finisterre ¹.

Por rareza, en verdad, se vió mayor actividad en nuestros puertos, tratando de reparar las pérdidas de la jornada de Inglaterra. Construíanse por extraordinario galeones en Santander; se carenaban en Ferrol los necesitados de reparo; se juntaban en la Coruña, Lisboa, Cádiz, Sevilla, Pasajes los expeditos, en diez escuadras, denominadas: de la Capitana general; de galeones de Castilla; de Guipúzcoa; de Vizcaya; de Sancho Pardo; de Bartolomé de Villavicencio; de felipotes de Pedro de Zubiaur; de felipotes de Garibay; de pataches y zabras de Avendaño, y de zabras, sumando 100 navés con 48.200 toneladas y 981 piezas de artillería ². De estas escuadras eran independientes las flotas y armadas de Indias, así como los barcos sueltos destinados al aviso, y las galeras, una de las cuales se envió á Bretaña, como se ha visto, y otra á las islas de Barlovento.

Al apuntar la primavera de 1591 se presentó la escuadra inglesa del Conde de Cumberland en acecho de las flotas de Indias, cuya llegada protegía en el cabo de San Vicente con cinco galeras el general D. Francisco Coloma. Encontrando á los descubridores sobre las islas Berlingas, rindió una nave con 14 piezas y 150 hombres, una zabra grande y una carabela, sin tener de su parte más que dos muertos ³.

Peor librado escapó de las Azores Tomás Howard, conde de Suffolk, habiéndole dado vista D. Alonso de Bazán con fuerzas muy superiores, pues llevaba las escuadras de Marcos de Aramburu, Antonio de Urquiola, Sancho Pardo, Martín de Bertendona, con suma de 55 navíos y 7.200 hombres de mar y guerra, y á última hora se le incorporó D. Luis

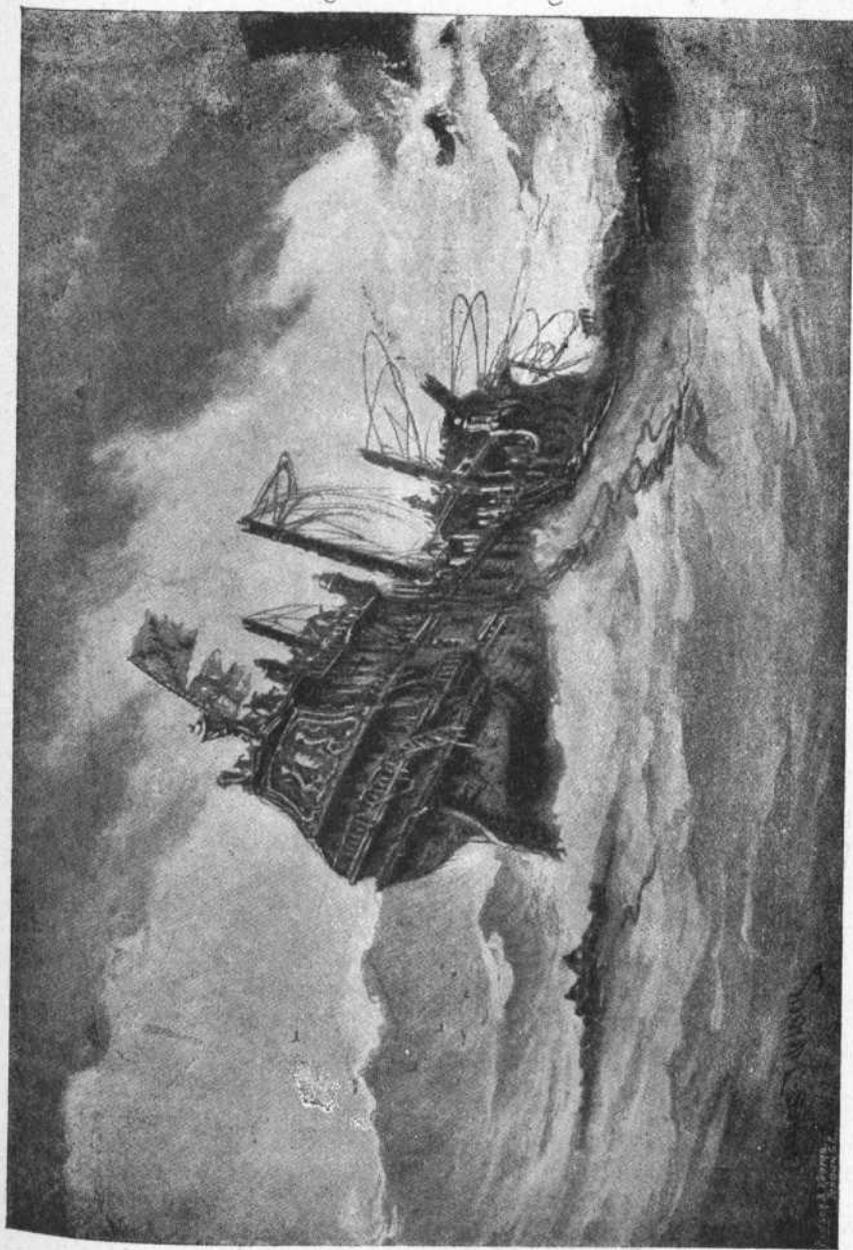
¹ Colección Sans de Barutell, art. 6.º, núm. 134.

² Faltábanles 1.539 para el completo armamento, por no haberlas.— Colección Sans de Barutell, art. 4.º, números 988, 990 y 1.058.

³ Colección Sans de Barutell, art. 4.º, núm. 1.110.

Coutiño, con ocho felipotes de Portugal ¹. Los ingleses no reunían más que 22 navíos, de ellos seis galeones grandes, estando apostados entre las islas Cuervo y Flores, canal por donde las flotas habían de venir. Bazán trató de sorprenderlos al ancla, calculando la marcha, á fin de recalar de amanecida; pero ocurrió contingencia de desarboló del bauprés en la capitana de Sancho Pardo y algunas más semejantes: retardóse, por tanto, la marcha, no llegando á reconocerse hasta las cinco de la tarde, hora en que, prevenido Howard, estaba á la vela con su escuadra, procurando situarse á barlovento de la enemiga. Empezó el tiroteo por ambas, manobrando los ingleses como de costumbre con cuidado de evitar el abordaje, sin más excepción que la almiranta, bajel de los mejores de la armada británica, llamado *Revenge*. Era el mismo que llevó Drake á la expedición de Indias, y luego á la de la Coruña, armado con 43 piezas de bronce; las 20 de la cubierta baja, de 40 á 60 quintales de peso; las demás de 30 y de 20; mandábala Ricardo Greenville (Campoverde), el cual, gallardeando, avanzó, bien ajeno de que sus compañeros le abandonaran, huyendo en dispersión á toda vela, en espera de la obscuridad próxima. La nave de D. Claudio de Beamonte aferró la primera á la inglesa, con la desgracia de que se le rompiera el arpeo cuando habían saltado 10 hombres. Atracó seguidamente Bertendona, y por la popa lo hizo Aramburu cuando ya anochecía, tomando á los ingleses la bandera y entrando en la cubierta hasta el palo mayor; pero se retiraron, tanto obligados por las descargas de mosquetería que les hacían desde el interior del castillo, como por haberse deshecho la proa hasta el agua y tener que acudir á lo más urgente. Nada se perdió por ello; D. Antonio Manrique y D. Luis Coutiño atacaron á la vez, siendo, por tanto, cinco navíos los que sucesivamente, y dos y tres á la vez, hostigaron al de Greenville, que admiró por la bizarra defensa, prolongada con la artillería, mosquetería y artificios de

¹ Colección Sans de Barutell, art. 3.º, núm. 621, y art. 4.º, números 1.066, 1.112 y 1.121.



El navío inglés Revenge, rendido sobre la isla de Flores.

fuego bien entrada la noche, hasta que, herido gravemente, deshecho el casco del navio, sin árboles, con 150 hombres fuera de combate, se rindió. Greenville fué llevado á la capitana de Bazán, honrándole como su valor merecía; mas la herida, que era de arcabuz, en la cabeza, le causó la muerte.

No se supo qué daño recibieron los fugitivos, conjeturando debió de ser mucho, porque estando á sotavento, con el que soplabra fresco, *descubrian los navíos el sebo*, es decir, mostraban fuera del agua los fondos, y en ellos recibieron balas á corta distancia. Por nuestra parte, se pagó la victoria algo cara, habiéndose dañado las naves de Manrique y de Coutiño, que abordaron juntas, con el choque, en extremo de irse á fondo durante la noche, con lo que entre muertos y ahogados llegaron á 100 las bajas.

Fué de todos modos importante y de oportunidad el combate, por venir las flotas divididas y maltratadas de un huracán, en que había perecido el general Diego de la Rivera. Antonio Navarro, que lo era de la de Nueva España, traía 11 naves; Aparicio de Arteaga 48, y difícilmente hubieran podido resistir á los enemigos en tan mal estado, por el cual, pocos días después, en otra borrasca, fondeadas en la isla Tercera, se perdieron 16, salvándose la gente y efectos.

Entre los ingleses no se estimó batalla (que en realidad no lo fué) la de la isla de Flores: haciendo caso omiso de Howard ó sincerando el proceder, pintáronla como combate de una nave suya contra 50 españolas. Walter Raleigh publicó á propósito una descripción á su manera, sin escasear baladronadas ó frases de dudoso gusto, que otros escritores imitaron ¹, lo que no es de extrañar, viéndolas estampadas en España contra D. Alonso de Bazán por no haber destruido á Howard sin que un solo navío se escapase, teniendo tantos á sus órdenes ². Gracias á que recibiera aplauso en Portugal

¹ Edward Wright: *A Report of the truth of fight about the isles of Açores, this last summer, bet wist the RAVENGE, one of her magesties shippes, and an armada of the king of Spaine.* London, 1591.—El poeta Tennyson se inspiró en el asunto, cantándolo en balada.

² Cabrera de Córdoba, t. III, pág. 502. «No de todos se tuvo por victoria, sino por vituperio, el no haber tomado toda la armada enemiga, como pudiera....»

por la parte señalada que en la acción tuvo el jefe de la escuadra de felipotes D. Luis Coutiño ¹.

Volvieron al crucero de las islas el año 1592 nada menos que cuatro escuadras, gobernadas por Walter Raleigh, Hawkins, Frobisher y el Conde de Cumberland; tanto acariciaban á la plata de las Indias. Raleigh sufrió un temporal sobre el cabo Finisterre que dispersó los navíos, de los cuales rindió y aprehendió seis Pedro de Zubiaur; los otros almirantes, con sir John Burgh, se mantuvieron en la mar, consiguiendo compensación á los trabajos con el apresamiento de la nao portuguesa, capitana de la India, nombrada *Madre de Dios*, que después de incendiada se llevaron, habiéndola defendido un día y una noche el capitán Fernando de Mendoza contra toda la escuadra ². Estimóse la carga en medio millón de libras esterlinas, siendo, por tanto, la presa de más valor hecha hasta entonces, y la tuvo el utilitario pueblo inglés por mejor lograda que cualquier victoria ³.

¹ Andrés Falcón de Resende escribió en Lisboa un soneto y un romance á don Alonso, y una oda á su mujer, D.^a María de Figueroa, poesías que estuvieron ignoradas en el archivo de la Universidad de Coimbra hasta el año 1885, en que el señor D. Domingo García Pérez las envió al *Archivo dos Açores*, donde se publicaron, haciéndose tirada aparte de 36 ejemplares. El romance descubre los incidentes del combate y naufragio, dándose el autor por presente. El soneto empieza:

Columna firme y sólida Bazana,
De antigua casa estable fundamento,
No sólo del muy firme y fiel sustento,
Mas de la universal Armada hispana.

² Carta de Manoel de Gonoca al Rey. *Archivo dos Açores*, t. II, pág. 311.

³ Campbell-Barrow-St. John-Frazer. Obras citadas.

VI.

CONTINÚA LA GUERRA EN BRETAÑA.

1592-1595.

Cruceros y presas.—Batalla de Craon.—Socorro á Blaye.—Combate en el Gironda.—Gallardía de Zubiaur y Villaviciosa.—Salvan á la plaza sitiada.—Llegada de D. Juan del Aguila á Brest.—Construye el fuerte del León.—Lo sitian los calvinistas.—Defensa heroica.—Sucumbe.—Elogio de los enemigos.—Carlos de Amezola en Cornuailles.—Incendio de pueblos ingleses.



EN ser óbice la miserable situación de los buques y de los soldados en Bretaña, de tarde en tarde socorridos gracias á las lamentaciones incesantes de D. Juan del Aguila y D. Diego Brochero, ellos dominaban el país, supliendo á las dotes escasas del Duque de Mercoeur, ocupado en descubrir por las veletas de dónde soplaría el viento de su conveniencia, inclinandose unas veces á Enrique y otras á Felipe, ó lo que es lo mismo, á sus ministros y generales, huéspedes molestos y enojosos de todos modos.

Se remediaban los expedicionarios de las necesidades teniendo en constante crucero navíos pequeños que hacían muchas presas en los del comercio, franceses, ingleses, flamencos y corsarios de la Rochela, no sin las naturales consecuencias, entre las que fué una el alzamiento de la galera patrona, donde se habían concentrado los prisioneros, y otra peor, la mala voluntad con que iban siendo mirados los in-

fantes, por permitirles ir á la *pecorea* á falta de otro medio de alimentarlos.

El Maestre de Campo alcanzó, no sin trabajo mucho, que Mercoeur acudiera con él al socorro de Craon, plaza sitiada por los Príncipes de Dombes y de Conti y por Norris con toda la nobleza y los ejércitos auxiliares inglés y alemán, sumando 6.500 infantes, 1.000 caballos y 12 piezas de artillería, mientras que de parte de los católicos no había más que 2.000 españoles, 800 caballos y menos de 500 bretones de á pie. Sin embargo, sirvió tanto la experiencia de D. Juan del Aguila con la bizarría de sus mosqueteros, que, traídos á batalla los enemigos, se alcanzó victoria señaladísima, haciéndoles 1.500 muertos, muchos prisioneros, entre ellos 200 caballeros de rescate, tomando la artillería completa, carros de munición, banderas, equipajes y provisiones, y esto sin tener más de 12 muertos y otros tantos heridos españoles. No fué mayor la mortandad por estar muy altos los centenos y ocultarse en ellos los fugitivos, buscados con gana por nuestros soldados, principalmente los ingleses, á los que no daban cuartel en represalia de la inhumanidad que tuvieron con los náufragos de la *Armada Invencible* en Irlanda, y así lo decían al matarlos.

Rara vez se había visto pánico y dispersión semejante á la del ejército hugonote, del que no quedó grupo de consideración unido, teniendo la victoria tanta resonancia que estuvo para entregarse la ciudad de Rennes, siguiendo el ejemplo del castillo de Rostrenen, que lo había hecho en seguida con otras villas menos fuertes ⁴.

Conocida la ventaja, decidió el Rey la ocupación de Brest, sueño de los jefes de tierra y mar, enviando con las naves de Pedro de Zubiaur un refuerzo de 2.000 hombres, corto para la empresa por haberse apresurado Isabel de Inglaterra á poner otros 3.000 á la defensa por tierra, con 12 navíos por la mar, á tiempo que se voló la galera capitana de Brochero, y

⁴ El ingeniero Cristóbal de Rojas envió al Rey descripción y plano de la batalla de Craon, que originales se hallan en París, Archivo Nacional, K, 1575, y K, 1576, pieza 9. El parte de D. Juan del Aguila, K, 1583, pieza 121.

pereció en naufragio la nao almiranta, tratando de socorrer á los católicos de Burdeos (Enero de 1593).

Esta función independiente, emprendida con arrojo en perjuicio de la principal, se verificó por orden expresa del rey D. Felipe, solicitado por emisarios eficaces. Hacía tiempo que Mr. de Lussaut había ganado á los hugonotes por sorpresa el castillo de Blaye, y se mantenía en la ciudad molestando á la navegación del Gironda con daño de Burdeos. Monsieur de Matignon, gobernador de la región por el de Bearn, bloqueaba á aquélla por tierra y agua, auxiliado por seis navíos ingleses, que eran á los que más convenía tener expedito el acceso, y hallábanse ya apretados los defensores cuando llegaron desde Pasajes Pedro de Zubiaur y Joanes de Villaviciosa con 16 filipotes y zabras á la ligera. Entrando río arriba de noche, desembarcaron las compañías de socorro, y al día siguiente (19 de Mayo), porque no pareciera que se volvían á España sin dar alguna muestra de energía, acometieron á los ingleses bloqueadores. Villaviciosa abordó á uno de los grandes; Zubiaur lo hizo con la capitana, que se incendió, abrasándose casi todos sus tripulantes. Huyeron los demás ingleses con bastante pérdida, quemándose dos de nuestros filipotes, cuya gente pudo recogerse á excepción de Adrián Brancaccio, valiente capitán italiano que cayó al agua y se ahogó por el peso de las armas.

Al ruido de la artillería bajaron de Burdeos 19 navíos con otros menores de Broage, que llegaban en suma á 60 velas, tratando de cerrar el paso y envolver á los españoles, para lo que mucho hicieron seis galeazas de la Rochela apoyando al capitán Lallmiraille, jefe superior. Hubo, por tanto, segundo y desigual encuentro, en que tuvieron los filipotes muchos heridos de la mosquetería; se sostuvieron, no obstante, hasta la hora de la bajamar, con cuya fuerza y la del viento rompieron la línea enemiga saliendo á la mar, y se volvieron á España, apresando en la navegación de ida y vuelta á siete naves mercantes inglesas.

El 14 de Julio volvió á salir de Castro-Urdiales Villaviciosa, con seis pinazas y 120 soldados á cargo del capitán don

Antonio Manrique de Vargas. La compañía con la gente de mar hacía 300 hombres. Aguardaron á la noche para acercarse á Blaye, habiendo enviado aviso á Mr. de Lussaut del propósito que realizaron, desembarcando á espaldas del ejército sitiador al tiempo mismo que la guarnición verificaba una salida. Acometieron entonces los españoles á las trincheras por cinco partes con éxito felicísimo, aturridos los hugonotes en la creencia de estar cortados y vendidos. En el campo dejaron 800 muertos y muchos heridos, huyendo el resto desbandado.

Con esta brillantísima acción se levantó el sitio, que duraba ya siete meses, quedando las pinazas al abrigo de los cañones del fuerte hasta el 4 de Agosto en la noche, aprovechada por Villaviciosa para dar otro golpe audaz. Subió hasta Burdeos, embistió de sorpresa á una de las galeotas de guerra de la ciudad, y con muerte de los que la guardaban se la llevó sin recibir daño, dejando al pueblo en gran alboroto al venirse con la presa á España ¹.

Al empezar el año 1594, viéndose D. Juan del Aguila con más fuerza y recursos que nunca, por haberle llevado las escuadras ligeras de Bertendona, Zubiaur y Villaviciosa hasta

¹ Herrera: *Tercera parte de la historia general del mundo*, Madrid, 1612.—*Histoire curieuse et remarquable de la ville et province de Bordeaux*. A Bruxelles, 1760.—«Carta del capitán Pedro Saravia al Rey», París, Archivo Nacional, K, 1586, piezas 81, 85, 115.—Martínez de Isasti, *Historial de Guipúzcoa*, San Sebastián, 1850, pág. 432, escribió noticia del suceso en estos términos:

«Pedro de Zubiaurre, general de dos escuadras de navios del mar Océano por S. M., alcanzó muchas victorias de los enemigos, y una muy señalada en compañía de Joanes de Villaviciosa Lizarza, en el río de Burdeos, cuando el socorro de Blaya, que con 15 felipotes peleó contra 83 bajeles de Francia é Inglaterra, y con solo pérdida de uno se defendió y venció á muchos dellos por milagro del Santísimo Crucifijo de Lezo, á quien se encomendaron con una misa solemne y una lámpara de plata, que fueron á cumplirlo con hacimiento de gracias: dijose la misa con mucho regocijo y salva de los tiros de arcabuces y mosquetes, y colgaron la lámpara de plata con su letreiro abajo con la memoria de este notable hecho. Á toda esta fiesta me hallé presente en Lezo el año 1593, y por diligencia que hicimos ante el obispo Fr. D. Pedro de Burgos, se calificó por milagro y lo pusimos pintado en un lienzo. Este capitán vizcaíno fué terror de los enemigos y muy nombrado en su tiempo por las victorias y buenos sucesos. Fué casado en la villa de Rentería.»

Hay en término de Cestona antigua casa solariega de Zubiaurre, palabra compuesta de las vascuencas *Zubi*, puente, y *aurre*, delante, adelante. El marino firmaba *Pedro de Çubiaur*, y era natural de Irún.

el completo de 5.500 hombres, dejando en buena disposición el fuerte de Blavet, nombrado ya *del Águila*, escaramuzó con las tropas del mariscal d'Aumont, sucesor del Príncipe de Dombes en el mando de los hugonotes, avanzando por la costa, expugnando puntos fortificados ó haciendo contramarchas con que disimular el objetivo de Brest, no sólo á los enemigos, que el Duque de Mercoeur con aviesa conducta y en secreta negociación con el Príncipe de Bearne lo contrariaba, muy disgustado con el acrecentamiento del ejército español y la influencia que iba ganando en el país ¹. A pesar de todo ocupó la península de Kélern; es decir, la punta que forma el *goulet* ó entrada del puerto, y en la extremidad oriental de esta península, que es de roca acantilada, comenzó con prodigiosa actividad las obras de un fuerte trazado por el ingeniero Rojas. La tierra, la fagina y el césped ó tepe tenían que llevar los soldados de lejos, alternando las compañías en esta faena, en la de aserrar madera, forjar clavos y construir barracones, con el servicio de guardia y el de buscar que comer en la tierra enemiga. En los primeros días sólo les hostilizaban los vecinos de Brest; mas no tardaron en ir llegando tropas, que los hallaron atrincherados y ya en disposición de defensa, utilizando un cañón enterrado en la arena, que afortunadamente descubrieron, lo mismo que un manantial ignorado de los del país. La llegada de Zubiaur con 12 filipotes conduciendo material consintió la celeridad de la fábrica en la parte en que la península se une con la tierra firme, levantando en veintiséis días dos medios baluartes de tierra en forma de tenaza, y en medio de ellos la puerta con puente levadizo ².

En cuanto lo supo el Duque de Mercoeur escribió enojado, mandando deshacer la fortificación, á lo que opuso Águila observaciones fundadas en la presencia de las naves inglesas que habían acudido, si bien tarde, teniendo ya mon-

¹ Correspondencia de D. Juan del Águila y de D. Mendo de Ledesma. París, Archivo Nacional.

² Cartas de D. Juan del Águila y de Cristóbal de Rojas, con inclusión del plano. París, Archivo Nacional, K, 1591, piezas 56 á 60.

tadas el fuerte del *León* dos culebrinas de á 18 y dos de 6, facilitadas por las escuadras de Bertendona y de Zubiaur, con la dotación correspondiente de municiones.

Don Juan volvió á Blavet, dejando por gobernador del fuerte nuevo al capitán Tomé Paredes ¹ con su compañía, y las de Diego de Aller y Pedro Ortiz Dogaleño, que reunían 300 hombres, con encargo de proseguir la fortificación. Si les hubieran dejado terminarla montando baterías en la parte opuesta, que cerraran la boca del puerto, según proyectaban, hubiera sido la península de Kélern el Gibraltar del Océano, según pensó andando el tiempo Vauban, autoridad en la materia ²; pero mientras D. Juan del Aguila andaba por Rosporden, Concarneau, Eliant y Beuzec viviendo sobre el país y desavenido con Mercoeur, dejaba á los hugonotes tomar la plaza de Morlaix, sitiada. Aprovechando d'Aumont las disensiones, se presentó ante el fuerte del León con 3.000 franceses, al mando del Barón de Molac, otros tantos ingleses de Norris, 300 arcabuceros á caballo, 400 caballeros voluntarios, á los que se unieron René de Rieux, señor de Sourdeac, gobernador de Brest, con la gente del país y la artillería del castillo.

Abrió las trincheras el 11 de Octubre, apoyado desde la mar por los marinos de Inglaterra y Holanda, que disparaban sin intermisión; mas teniendo que hacer uso de gaviones, mientras los rellenaban sufrieron gran mortandad por el fuego de la artillería menuda, y las salidas que hacían los españoles, ya de un baluarte, ya de otro, de día ó de noche, mientras no estuvo formalizado el ataque y puestas en batería doce piezas gruesas. Cuando el fuego continuo de éstas rompió las faginas y empezó á desmoronarse la tierra contenida por ellas, llenando el foso, dió el barón de Molac el primer asalto con los franceses al baluarte de la derecha,

¹ Enrico Caterino Davila, su traductor el P. Varen, y por ellos algunos escritores españoles, nombran al gobernador Tomás Prassede ó Pujades: los de Francia escriben Tomás Praxede ó Parade; hace fe el nombramiento expedido por D. Juan del Aguila y sus cartas.

² *Histoire de la ville et du port de Brest*, par P. Levot. Brest, 1864-1866.

haciéndolo los ingleses al opuesto, en competencia impetuosa que duró tres horas, acabando iguales, con enorme pérdida, aumentada al retirarse por habérseles incendiado el depósito de pólvora de la batería.

Hubieron de esperar á que llegara otro convoy de Brest, dando á los sitiados pausa, durante la que hicieron paliada y la rellenaron, restaurando los baluartes. Con esto causaron mayor pérdida á los calvinistas en el segundo asalto; saliendo tras ellos con furia hasta la batería, clavaron tres piezas, y antes que el Barón de Molac se repusiera volvieron al foso, sin haber perdido más que 11 hombres.

Fué, por consiguiente, desde entonces la batería más lenta, tratando de suplirla las naves, con poco efecto, por las condiciones de la roca hacia la parte del mar; no obstante, empezando á escasear en el fuerte la pólvora y plomo, enviaron emisarios con petición de socorro, que de buena gana les diera D. Juan del Aguila á no estorbárselo Mercoeur, enemigo secreto, más peligroso que los del campo opuesto, deseoso de ver por el suelo el padastro de Brest, y obstáculo para entretener al Maese de Campo, que, sin caballería ni raciones, no podía prudentemente meterse solo en abierta campaña. Arrostrando, no obstante, por todo antes que dejar perder á su gente, avanzó con 4.000 infantes y dos piezas de campaña; y como le cerrara el paso M. de Membarotte con toda la caballería enemiga, tuvo que dar un gran rodeo, en que consistió la suerte de la fortaleza.

El 18 de Noviembre volvió á ser asaltada desde el alba hasta la puesta del sol, relevándose las columnas, entre las que actuaba una de marineros ingleses dirigida por el almirante Frobisher. Hallábase D. Juan á cuatro leguas de distancia; un día más pondría á los sitiadores entre dos fuegos, no siendo entonces dudoso lo que sucedería; así, procuraron el supremo esfuerzo con tres nuevos asaltos, en el último de los cuales una bala de cañón mató á Paredes, que en la brecha estaba con una pica en la mano. Todavía los repitieron, volando una mina que les allanó el acceso, cuando empezaba á anochecer, el 19 de Noviembre.

Mejor que por las relaciones de los españoles es de apreciar la heroica defensa del fuerte del León por las que escribieron los enemigos, admirados de que la sostuvieran tan pocos hombres, sin tener al final balas que disparar con los cañones ni arcabuces ¹, y eso que no cuentan que más que su valor acabó de vencerlos la estratagema de una bandera de parlamento con que consiguieron aproximarse después de la anohecida al baluarte, donde estaba un Alférez, único oficial vivo ². Los ingleses, primeros en la entrada, pasaron á cuchillo á cuantos hallaron dentro, habiendo tantas mujeres y niños como soldados ³, sin salvarse más que nueve de éstos que se tendieron entre los muertos, y cuatro descolgándose por las rocas hacia la mar.

Enfermedades causadas por las aguas y fríos causaron á los sitiadores más de 3.000 bajas, independientemente de las ocurridas en los asaltos, que por confesión irrecusable fueron otras tantas ⁴.

Los ingleses perdieron al célebre almirante Frobisher, á Walter y á Daudels; los franceses al mariscal de campo señor de Liscoet y al Sr. de Romégon, muerto en la brecha al lado de Paredes; á los capitanes Lesurau, de Kerdunau y Lestregat, saliendo heridos varios caballeros principales.

Refiere Mr. Moreau, contemporáneo, en la obra indicada, que queriendo el mariscal d'Aumont honrar al valor, ordenó que el cuerpo del capitán español Paredes fuera enterrado en la iglesia de Brest en el mismo sepulcro que el Sr. de Romégon, haciendo á ambos honras militares pomposas y poniéndoles epitafios que copia ⁵.

¹ Mr. Moreau: *Histoire de ce qui s'est passé en Bretagne durante les guerres de la Ligue*.—De Freminville: *Antiquités de la Bretagne*.—Levot: *Histoire de la ville de Brest*.—Enrico Caterino Davila: *Storia delle guerre civili di Francia*.

² Carta de D. Juan del Águila al Rey. París, Archivo Nacional, K, 1591, pieza 152. Herrera: *Historia de los sucesos de Francia desde que comenzó la Liga católica*.—Ídem, *Tercera parte de la Historia del Mundo*.—Cabrera de Córdoba: *Felipe II*, t. IV, página 106.

³ Mr. Moreau, obra citada.

⁴ Mr. Levot, obra citada.

⁵

Praxède, enjoys-toi, mourant de voir mourir
Romégon enterré sur le haut de ta brèche.

Dice más: que los ingleses degollaban á los prisioneros á cuenta de la derrota de Craon, y que á los pocos que se libraron despachó el Mariscal con carta para D. Juan del Aguila testimoniando lo que habían hecho. El Maestre de Campo había dejado la artillería en el camino para marchar con más rapidez, y hallábase á distancia de dos leguas cuando se rindió el fuerte; los de la carta llegaron por tanto á incorporarse muy pronto, y al verlos llegar preguntó: «¿De dónde venís, miserables?»—«De entre los muertos», contestó uno. —«Con ellos debisteis quedar, replicó, que esa orden teníais;» y quiso ahorcarlos incontinenti.

Importa el juicio de otro escritor militar ¹, al decir que la resistencia de los españoles rayó en lo prodigioso, dando motivo en el fuerte del Leon á que se manifestaran los rasgos característicos de cada nación. «El español frío, paciente, intrépido y testarudo; el inglés de valor brutal, abusando de la victoria con crueldad; el francés impetuoso, bravo, generoso con el enemigo vencido, cuyo valor admira y cuyo infortunio honra.»

Don Juan del Aguila manifestaba al Rey, al darle cuenta del suceso, que no era de monta para apesadumbrarse, reducida la pérdida á 300 hombres, y que con soldados y dinero

Paris éternisa par Achille sa flèche;
 Par Romégon tu vis ton honneur refleurr.
 Romégon ne veut point, ô Praxède, souffrir
 Que ton nom soi éteint dans les lis de la France,
 Praxède, avise-toi, et fais en récompense
 Que Romégon ne puisse en Castille mourir,
 Troie vante son Hector, la Grèce son Achille,
 La France Romégon, son Praxède Castille:
 Moi, dans mes tristes vers, de ces deux cavaliers
 Je chanterai le los, l'honneur et la victoire,
 Un autre les peindra au temple de mémoire,
 Donnant à Romégon les myrtes, les lauriers.

El fuerte fué arrasado porque pretendían los ingleses guarnecerlo; mas desde entonces se llama en Brest, al lugar en que estuvo, *Punta de los españoles*, y en el lenguaje bretón se ha conservado la palabra *real* para designar á las monedas pequeñas, por haberlas disparado los defensores á falta de plomo, así como clavos, pedernal y otros cuerpos duros, de que hicieron uso. Dícelo el mismo autor.

¹ Le chevalier de Fremenville, capitaine des frégates du Roi.

volvería á hacer el fuerte, acabándolo de manera que dañaría que pensar en Inglaterra y en Holanda, poniéndole complemento en Saint-Nazaire, con la cual haría S. M. lo que quisiere; pero otras atenciones preferentes lo impedirían.

Aunque el de Mercoeur hizo reconocimiento jurado de los derechos de la infanta Isabel á suceder en el ducado, conservarlo y defenderlo ¹, desde la función de Brest decayó el interés de la guerra en Bretaña, manteniéndolo únicamente en la mar las naves estacionadas en el puerto de Blavet á las órdenes de D. Diego Brochero y Pedro de Zubiaur.

Tenia el primero cuatro galeras, de poca utilidad en los rigores del invierno por lo que sufrían los remeros sin abrigo; Zubiaur gobernaba seis filibotes y cuatro zabras con 680 hombres de mar y guerra ²; Villaviciosa y Bertendona regían escuadrillas ligeras semejantes, atendiendo á la comunicación del ejército con la Península y al crucero, en que consiguieron muchas presas, atacando á los convoyes de ingleses y holandeses ³. Pareciendo poco todo esto á D. Diego, lo mismo que los daños que hacían los buques sueltos ⁴, propuso la organización de galeras y filibotes combinados para estragar las costas de Inglaterra, razonando que, pues en el reino de Nápoles con tanta infantería, caballería, galeras y torres vigías no se podían impedir las correrías de los berberiscos, menos lo harían con las nuestras en tierra donde no había ninguna prevención.

Hizo ensayo autorizado el capitán Carlos de Amézola, saliendo de Blavet con cuatro galeras reforzadas en Julio de 1595, y después de proveerse de víveres y dinero en Normandía á costa de los pueblos de hugonotes, atravesó el Canal abordando á la ribera de Cornuaille, en término de Mouse-Hole. Puestos en tierra 400 arcabuceros con algunas

¹ Hállase el acta entre los papeles mencionados. Paris, Archivo Nacional, K, 1596, piezas 83 á 86.

² *Colección Sans de Barutell*, art. 4.º, núm. 1.147.

³ Ídem, id., números 1.173 á 1.183.

⁴ *Relación de las presas que han hecho las zabras despachadas al canal de Inglaterra por mandado de S. M. y de lo que han valido*.—*Colección Sans de Barutell*, art. 4.º, número 1.250.

picas, incendiaron el pueblo, abandonado por los vecinos, talando los alrededores. Repitieron la obra destructora en las villas mayores de Pensans y Newlin, aunque hicieron demostración de defenderlas unos 1.200 hombres. Tomóse el fuerte que tenían en la marina, con una pieza de artillería y tres naves cargadas. Al regreso atacaron las galeras á una flota de 46 naves holandesas, que se defendieron bien, dejando afondar á dos antes que entregarlas y causando á los asaltantes baja de 20 muertos y algunos heridos, amén de avería en la arboladura de la capitana ¹.

La incursión escoció mucho en Inglaterra, temiendo la repitieran y volvieran los tiempos en que Pero Niño y Fernande de Tovar tenían en alarma perpetua á sus puertos ².

¹ *Relación de lo subcedido en el viaje que por orden de V. M. ha hecho el capitán Carlos de Amézola con las cuatro galeras de su cargo en la costa del reino de Inglaterra.*—Colección Sans de Barutell, art. 4.º, núm. 1.242.—Larrey: *Historia de Inglaterra.*—John Payne, *The naval history of Great Britain*, atribuye el hecho á D. Diego Brochero, y lo mismo el autor de la *Histoire des descentes qui ont eu lieu en Angleterre*, Paris, 1798, que lo cuenta equivocadamente el año 1594.

² *Relación del desembarco que hizo en Inglaterra el capitán Martin de Oleaga, y buques que incendió con los dos pataches de su cargo.*—Colección Sans de Barutell, art. 6.º, número 142.

VII.

EXPEDICIONES Á ULTRAMAR.

1593.—1596.

Cruceros ingleses en las Azores.—Argelinos en Fuerteventura.—Entra en el mar del Sur Ricardo Hawkins.—Le combate y rinde D. Beltrán de Castro.—Incidentes de su prisión.—Más rebusca en las Terceras.—Encuentros.—La ilusión del Dorado.—Persiguela Walter Raleigh.—Incendia á Santiago de Caracas.—Escribe un libro fantástico.—Consecuencias.—Expedición de Drake.—Es derrotado en Canarias, en Puerto Rico y en el istmo de Panamá.—Muere de pesadumbre después de su compañero Juan Hawkins.—Desastre de su Armada.—Persiguela D. Bernardino de Avellaneda.

A del Norte es ciertamente fortuna de neblías y lance de gerifaltes; es fecunda aquella región de aves de rapiña», según parecer del P. Fr. José Torrubia, emitido al considerar los armamentos hechos en Inglaterra, no con fines de hostilidad, que naturales habían de considerarse una vez declarada la guerra, sino con el de enriquecerse los particulares, prosiguiendo las asechanzas á los lingotes de la plata de Indias, que en guerra ó en paz consideraban lícitas, ya que solían serles provechosas ¹. No siempre les favorecía la dicha, sin embargo, como se vió en las empresas del año 1593, por varios lugares intentadas.

El incansable Conde de Cumberland dirigió en persona la sexta de las suyas á las islas Azores, llevando doce naves

¹ *Chronica de la Seraphica religion.* Novena parte. Roma, 1756.

que cruzaron infructuosamente, y por no volverse á Inglaterra con todas de vacío, despachó á las Antillas tres, no más afortunadas; tomaron algunas embarcaciones de la pesca de perlas en la Margarita; bloquearon á Santo Domingo sin intentar el desembarco; entretuvieron el año, acabando por perder en naufragio una de las mayores, armada con 31 piezas de artillería de que los isleños se apoderaron en gran parte ¹.

Con mayor fracaso tropezó otro, de instinto y educación corsario, que queriendo imitar á Drake y á Cavendish en viaje de circunnavegación, proporcionó á nuestros poetas asunto para hablar de la mar complacientes ².

Ricardo Hawkins, hijo del vencido por Luján en Veracruz, y adiestrado en sus campañas, aprestó en Plymouth tres naves, de 250 á 300 toneladas la mayor y capitana *Dainty*, armada con 20 piezas de artillería, de 100 la almiranta con ocho cañones, y de 60 un patache nombrado *Fantasia*, llevando entre todos 200 hombres. Dió la vela el 22 de Junio con rumbo á Canarias, experimentando malos tiempos que no le consintieron arrimarse á las islas, y fué suerte de éstas, castigadas el mismo año 1593 por el arráez argelino Xavan que pilló en Fuerteventura, quemando y destruyendo cuanto quiso después de derrotar á un cuerpo de 200 hombres enviado desde la Gran Canaria ³.

Hawkins luchó cuatro meses con las contrariedades en las

¹ Mr. Barrow refiere haber batido dos de ellas á siete españolas en la costa de Honduras, con el resultado de incendiar á seis y llevarse á la restante. De tal acción no hay constancia en nuestros documentos, siendo de pensar que no ocurriera, ó que contaron como enemigos vencidos á los negros pescadores. Del bloqueo de Santo Domingo y naufragio dió cuenta al Rey Lope de Vega Portocarrero con fecha 30 de Enero de 1594. Hállase la carta en la *Colección Navarrete*, t. 25, núm. 63.

² Lope de Vega dedicó á esta expedición los cantos II, III y IV de su poema *Dragontea*, sin apartarse de la verdad histórica; Oviedo y Herrera, Conde de la Granja, la narró con alguna fantasía en el canto X de la *Vida de Santa Rosa de Lima*, impresa en Madrid en 1711, y en Méjico en 1729, y con la amplitud que consentía la consulta de documentos oficiales, el Dr. Suárez de Figueroa en los *Hechos del Marqués de Cañete*. Madrid, 1613.

³ Galindo y de Vera.

islas de Cabo Verde y costa de Guinea, antes de llegar á la del Brasil, con la mayor parte de su gente atacada de escorbuto. Faltábanle brazos con que reemplazar los de los muertos, por lo que se deshizo de la almiranta después de transbordar los pertrechos, y se encaminó hacia el Magallanes con las otras dos naves. La *Fantasia* le abandonó antes de llegar al estrecho, desapareciendo. Con la *Dainty* sola embocó, resistiendo á las borrascas, perdiendo anclas y cables, estando á punto de perecer entre las peñas; mas saliendo por fin al mar del Sur, se apareció de sorpresa en el puerto de Valparaíso, donde se hallaban surtas cinco naves costeras con bastimentos. Cuatro puso á rescate, por empezar el botín con cosa de veinticinco mil ducados sacados al pueblo, desacierto que pagó caro, porque una de aquellas naves, mandada por Juan Martínez de Leyva, con rapidísimo viaje de quince días, llevó nueva de la presencia del enemigo al Virrey del Perú, adelantándosele. La quinta retuvo Hawkins llevándola consigo, así como al piloto Alonso Pérez Bueno.

El Perú contaba por entonces con cuatro galeones de Su Majestad, bastante descuidados y de no buenas condiciones, y con dos galeras desarmadas y sin remeros; pero había en el Callao cien soldados de presidio y no faltaban armas.

Desde que D. García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, se encargó del virreinato, se había aplicado á ordenar la hacienda y la milicia; de modo que, sabida la noticia de Valparaíso, despachando en el acto pataches que la circularan por la costa hasta Panamá, con orden de aperebirse en todas partes, mandó levantar compañías y aprestar los galeones, lo que se hizo en término de ocho días, con actividad sin ejemplo anterior.

Fueron tres los navíos: capitana y almiranta, armadas con 60 piezas entre las dos, y galeón *San Juan* con 14; se tripularon con 300 hombres puestos á las órdenes de D. Beltrán de Castro y de la Cueva, hijo del Conde de Lemos, cuñado del Virrey, que había militado en Milán como general. Puestos á la vela cruzaron á la espera del inglés, que había remontado sin atreverse á desembarcar en ningún surgidero vista la dis-

posición en que todos estaban. Ni en los navíos pudo hacer presa, salvo alguna barca de pescadores ó de caboteros, hasta llegar á la altura de Chíncha, donde descubrió á la armada de D. Beltrán en su demanda. Reconocida la fuerza, barloventeó, saliendo fácilmente de su alcance con ayuda del viento frescachón reinante y la escasa práctica marinera de los persecutores: en breve espacio rompieron palos, vergas ó velas los tres galeones, viéndose en la necesidad de volver al puerto del Callao, mientras Hawkins, burlándose de la aventura, continuaba su rumbo.

Recibieron en Lima á los derrotados por el temporal con grita y vayas, en que se significaron principalmente las mujeres con la vehemencia á que suele conducir las cualquiera impresión; mas sirvió el contratiempo para que luciera la previsión del Virrey, por haber alistado después de la marcha de los galeones una galizabra, bajel pequeño, pero fuerte y ligero, y un bergantín á propósito para reconocer calas y bajos fondos. Aprovechados estos elementos, relegada la capitana de D. Beltrán y cambiadas las vergas de la almiranta, con ésta, la galizabra y el bergantín se hizo á la mar de nuevo al tercer día, llevando por almirante á Lorenzo de Heredia, y á Miguel Filipón por piloto mayor.

Iban con precaución mirando en las calas y recodos con recelo de que en alguno de éstos se les escondiera, y en la tarde del 1.º de Julio descubrieron la bahía de Atacames, en el reino de Quito, donde Hawkins se encontraba al ancla en compañía de una lancha capturada. Creyendo fueran de mercantes las dos velas avistándolas de lejos, destacó esta lancha armada, que no tardó en retroceder, avisándole del peligro.

Picó entonces el cable, tratando de ponerse á barlovento con todas sus velas, sin conseguirlo; la nave de D. Beltrán le disparó andanada, segundando la galizabra con acierto de echarle abajo la vela de mesana. Heredia fué entonces resueltamente al abordaje, sucediéndole mal por llevarle una bala el palo mayor y 14 hombres, quedando apartado, mientras con furia se cañoneaban su General y Hawkins en lo que duró el día.

En la obscuridad atendieron á los heridos y remediaron las averías, cuidando mucho de que el inglés no se escurriera con los cambios de dirección y velamen que ensayaba. Renovaron al amanecer la pelea, padeciendo la nao de Castro de los certeros tiros con que los enemigos le partieron el espolón y el bauprés, hasta ponerse bordo á bordo ejercitando los mosquetes y armas blancas. Entonces fué muy obstinada la refriega, defendiendo los ingleses palmo á palmo la cubierta y atrincherándose en la cámara de popa por último recurso.

Escribió Hawkins que, estando malamente herido, el barco destrozado y sin esperanza de remedio, se rindió á condición de que serían respetadas las vidas por los vencedores, y que D. Beltrán de Castro, caballero de noble condición, lo otorgó, dándole en prenda un guante. Varios escritores del tiempo lo confirman ¹, ocupándose de esta brillante acción militar en que se mostraron los contendientes dignos unos de otros.

Eran los ingleses superiores en el manejo de su nave como artilleros y marineros ejercitados; tenían los españoles en su favor el número, rebajado por la inexperiencia del mar y por la falta de cohesión, embarcados, como fueron, la víspera, viniendo cada cual de su casa. Tuvieron aquéllos 27 muertos, 17 heridos y 93 prisioneros; de nuestra parte 28 de los primeros y 22 heridos ó chamuscados con las alcancías y harpones

¹ Los ya citados Suárez de Figueroa y Oviedo y Herrera, conde de la Granja. Antonio de Herrera, *Tercera parte de la historia general del mundo*, que relató con extensión lo ocurrido en la navegación y combate. De éste se publicó en Lima una *Relación de lo sucedido desde el día 17 de Mayo de 1594, que el Marqués de Cañete tuvo aviso de haber embocado por el estrecho y entrado por esta mar del Sur Richarte Aquines, etc.* En la *Colección Navarrete*, t. xxvi, núm. 36, se guarda manuscrita *Confesión del general inglés Richarte Aquines, que le fué tomada en 10 de Julio de 1594, de la navegación que hizo.* En la de Jesuitas de la Academia de la Historia, manuscrito igualmente, *Traslado de una carta de Richardo Haughines, escripta en el puerto de Perico en 6 de Agosto de 1594, para enviar á su padre Jhoa Hauquines á Londres; Traducida de lengua inglesa en la nuestra é enviada del dicho puerto al Cardenal de Sevilla, D. Rodrigo de Castro.* La publicó con notas aclaratorias D. Marcos Jiménez de la Espada y por sus noticias, Peralta, en *Lima fundada*, expone que, habiendo sentenciado á muerte la Audiencia á Hawkins, apeló al Consejo Supremo, que hizo buena la palabra de D. Beltrán y envió al prisionero libre á Inglaterra.

de fuego que arrojaron. El buque *Dainty* estaba destrozado, inútiles los palos, bombas, obras muertas y con 14 balazos bajo la línea de flotación. En Panamá, adonde le llevaron, hubo que darle lado, ponerle árboles nuevos, carenarlo de firme, con todo lo cual se conservó, prestando largos servicios en la Armada con nombre de *La Inglesa*¹, por ser bajel fuerte adornado con gusto, teniendo en la popa esculpida una negra con guarnición dorada².

Los prisioneros dieron origen á cuestiones complicadas y enojosas por la ingerencia de la Inquisición y su empeño en juzgarlos, alegando jurisdicción y debatiendo si debía ó no respetarse palabra dada en la guerra, y por la entereza con que D. Beltrán de la Cueva mantuvo el cumplimiento de la suya acudiendo al Rey, poco deseoso de inclinarse á uno ú otro lado³. Casi todos se destinaron á las galeras de Cartagena, dejando 13, por manera de transacción, entregados al Santo Oficio de Lima. Ricardo Hawkins tuvo alojamiento en casa de D. Beltrán de Castro, que le hizo curar y asistir con esmero, recibiendo en la ciudad las marcas de simpatía merecida por su juventud, valor y comportamiento⁴.

¹ El P. Rosales: *Historia de Chile*, t. 1, pág. 49.

² Sin duda por las armas que adoptó John Hawkins al ser armado caballero por la reina Isabel.

³ Real cédula dada en Madrid á 17 de Diciembre de 1595, publicada por Suárez de Figueroa, pág. 220.

⁴ Pedro de Oña, en el canto XVIII de su poema *Arauco domado*, escribía entonces:

«Richarte el pirata se decía,
Y Aquines por blasón, de clara gente.
Mozo gallardo, próspero, valiente,
De proceder hidalgo en cuanto hacía,
Y acá, según moral filosofía
(Dejando lo que allá su ley consiente),
Afable, generoso, noble, humano,
No siendo riguroso ni tirano.»

D. J. T. Medina, en la *Historia de la Inquisición en Chile*, ha dado á luz documentos del proceso. En la Biblioteca Nacional existen manuscritas dos relaciones del combate: una, P. 33, pág. 203, titulada *Relación de cómo se derrotó en el mar del Sur al pirata inglés Richarte Aquines, año 1594*; otra, *Victoria naval peruntina que consiguió contra los ingleses en el golfo de la Gorgona D. Beltrán de Castro*, M. 1.—En la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. CLV, fol. 44: *Alegación por Ricardo Aquines, inglés, pidiendo la libertad, en el pleito que tenia con el fiscal de S. M.* Impresa en dos hojas.

Así mostró gratitud al escribir la relación de su viaje, aunque sin referir los pormenores de la prisión, por no alcanzarle la vida al término de la obra ¹.

Antes, con mucho, que llegaran á Europa noticias de aquellas lejanas tierras, en el verano de 1594, enviando el Conde de Cumberland el acostumbrado crucero á las Azores, dió con la nao portuguesa de la India, *Cinco Chagas*, y la combatió con tres de las suyas, dejándola que se quemara y perecieran los tripulantes, colérico el jefe por la bizarra defensa que hicieron, matándole al almirante William Anthony, al vicealmirante Jorge Cave, con 90 hombres más y 150 heridos. A los pocos portugueses que, nadando, pedían misericordia, echaban los britanos al fondo, sin recoger más que á 13, por tomarles las cadenas de oro que se habían puesto al cuello visiblemente. Mandaba la nao Francisco de Melo, que hizo proezas, lo mismo que D. Rodrigo de Córdoba, español, á quien llevó una bala las dos piernas ².

Acometieron después al galeón *San Felipe*, intimándole la rendición, y contestó su comandante, D. Luis Coutiño, que no era hombre dispuesto á entregarse sin probar primero las armas, como podrían saber por su navío *Revenge*, el de Grenville. Probándolas, maltrató á los arrogantes de manera que tuvieron que retirarse ³.

Amargado con los desengaños, acudió en persona el año siguiente, 1595, sin hallar otra cosa que tempestades en la Naturaleza y á sus capitanes disgustados. William Monson se le separó con objeto de corsear por su cuenta; Laughton, el que había bloqueado á Santo Domingo en 1593, se adelantó hacia el Oeste, encontrando á la almiranta española separada de la flota por su mal, pues recibió en el ataque escarmiento ⁴. Desastre sobre desastre, iban preparando á los marinos ingle-

¹ *The Observations of Sir R. Hawkins Kinght, in his voiage into the South Sea*, 1593, London, 1692.

² Costa Quintella: *Annaes da marinha portuguesa*.—Barrow, refiriendo el combate (*Memoirs of naval worthies*), reconoce que en esta ocasión no son los comentarios favorables á la humanidad inglesa.

³ El mismo Barrow y Costa Quintella.

⁴ Barrow, obra citada.

ses para sufrir el más doloroso, antes del cual acariciaron esperanzas de resarcirse abundantemente.

En origen se las inspiró D. Antonio de Berrio y Oruña ¹, soldado viejö curtido en las guerras de Italia, Africa, Alemania y Flandes, que, por estar casado con la sobrina del Adelantado, conquistador de Nueva Granada, D. Gonzalo Jiménez de Quesada, se vió, sin pensarlo, heredero de sus bienes. Pasó á las Indias, con este motivo, en 1580; organizó á su costa una expedición desdichadísima, vagando diez y siete meses por pantanos, entre los ríos Orinoco y Marañón; hizo una segunda que duró dos años, consumiendo su caudal, mas no sus bríos: antes bien acometió la tercera, empeñándose; reconoció los grandes afluentes del Orinoco, pobló en la isla Trinidad, fundando la ciudad de San José de Oruña con otra nombrada Santo Tomé, en Guayana, y echando á volar la fama del Dorado, un tanto olvidada después de las desventuras de Orellana, escribió relaciones, solicitó licencias, puso andantes en corte y ganchos en Andalucía, abriendo el apetito de riquezas con las muestras del oro exhibidas ².

En Inglaterra excitaron el de Walter Raleigh, de suyo excelente, animándole al envío del capitán Jacob Whiddon en un navío, con el fin de procurar informaciones que distaban mucho de las que corrían entre el vulgo, pero que no le convencieron, alucinado como estaba con las fábulas del Rey de Manoa. Justamente se encontraba por entonces en situación crítica, habiendo perdido el favor de la Reina: nada como una aventura de mar extraordinaria, donde se habían estrellado, uno en pos de otro, los capitanes españoles tentándolas, contribuiría á elevarle sobre sus rivales y á reconquistar las deferencias de la soberana y de la mujer desdeñosa. Pensó guardara el sino para su persona el en-

¹ Berrio, casa ilustre, cuyo solar está en el Señorío de Vizcaya. Tratan de ella: Argote de Molina, *Nobleza de Andalucía*; Fernández de Mendoza, *Libro de blasones*; Téllez de Meneses, *Lucero de nobleza*; Morales, *Historia de Córdoba*; Salazar y Castro, *Catálogo genealógico de los Condes de Fernán-Núñez*; Ocaríz, *Genealogías del nuevo reino de Granada*.

² Tres relaciones y cartas manuscritas comprende la *Colección Navarrete*, t. XIII, números 25, 28 y 29 del año 1593.

cuentro del indio rebozado con los polvos de oro deslumbradores del deseo, sintiendo la fascinación del pajarillo que revolotea alrededor de la serpiente.

Del puerto de Plymouth salió en Febrero de 1595 con cinco navios y otras tantas pinazas, llegando á la isla de la Trinidad á principios de Abril. Antonio de Berrio, el gobernador, avisado de la presencia de los bajeles en el puerto de España, envió á su sobrino Rodrigo de la Hoz con ocho soldados desde San José, y acudiendo á las playas un batel con bandera blanca, le rogaron pasara á la capitana á tratar sobre provisión de refrescos, que pagarían, presentándose como contrabandistas de los que hacían negocios. A los soldados, que se negaron á embarcar, obsequiaron con comida en tierra, lo mismo que á otros ocho que Berrio, impaciente, destacó después, y estando descuidados los mataron á todos, entrando en tierra 120 ingleses. Desde Puerto España cayeron al cuarto del alba sobre San José, que dista tres leguas, donde Berrio tenía 25 castellanos; huyeron 17 de ellos con un fraile y algunas mujeres al bosque, defendiéndose hasta morir el resto, con lo que el pueblo, el gobernador y el capitán Antonio Jorge quedaron en poder de los asaltantes el breve tiempo necesitado para registrar las barracas é incendiarlas. Trasladándose á la punta del Gallo, cortaron madera para un fortín, en que pusieron tres piezas como preparación á la entrada por el Orinoco con las embarcaciones menores. Para ello amenazaron de muerte á Berrio, preguntándole los secretos de la tierra y obligándole á servir de guía sin consideración á su ancianidad ¹.

Dentro del río atraía Raleigh á los jefes caribes, presentándose como servidor de una reina virgen, que contaba más súbditos que allí había hojas en los árboles, y que, odiando á los castellanos por su tiranía y opresión, había ya libertado de sus manos á los habitantes del Norte del mundo, y le enviaba para libertarlos también y defenderlos ². Los indios, á cambio de caricias y regalos, justa recompensa á los trabajos

¹ Contaba entonces más de setenta años.

² Fraser Tytler: *Lyfe of sir Walter Raleigh*.

de remóntada, le mostraron una mina, de la que mandó arrancar piedra, aurífera al parecer, en cantidad suficiente para cargar los bateles. Con esto y haber hecho tratados de amistad con los caciques referidos, conviniendo en que les dejaría dos ingleses ¹ para aprender la lengua é irían con él dos muchachos guayanos, regresó á la isla de la Trinidad muy fatigado, subidas más de cien leguas hasta oír el rumor de los raudales, reconocido un afluente que nombraron *Red Cross*, una montaña de cristal y muchas otras cosas peregrinas.

Sir Walter se dirigió seguidamente á la isla Margarita, reconociéndola por dos puntos en que estaba la gente apercebida; pasó, por tanto, de largo, hasta Cabo la Vela, donde le hicieron tres prisioneros; torció á Cumaná y le mataron siete hombres; en todas partes había noticia de próxima llegada de ingleses y los esperaban armados. Allí puso en tierra á Antonio de Berrio, pensando acabar la expedición, como lo hiciera, á no encontrar en un mulato de nombre Villalpando guía inesperada.

Hallábase en el puerto de Guaicamacuto, media legua á barlovento del de la Guaira, donde sin ninguna dificultad desembarcó, abandonado el pueblo por los indios que lo habitaban Sabido el caso en Santiago de Caracas, salió toda la gente de armas, atrincherándose en posición fuerte del camino de la

¹ Antonio de Herrera refiere la expedición en su *Historia del Mundo*, con noticia de que uno de los ingleses dejados en Guayana fué entregado por los indios y traído á las cárceles de Madrid; del otro dijeron los indígenas había sido comido por los tigres; pero se sospechó que hubiera servido en algún festín de los de la tierra, con cuyo motivo recordó el P. Torrubia el pensamiento de Góngora, diciendo quedó

«Donde la crueldad y el vicio
del bárbaro caribano,
sacrificó el cuerpo humano
y se comió el sacrificio.»

Saint John, biógrafo de Walter Raleigh, escribió á propósito de la jornada del Orinoco: «La narración de lo que hizo y sufrió entristece, por no faltarle más que el éxito. Esto emprendía Raleigh, agrega, mientras, á ejemplo de la Reina, la más cínica inmoralidad distinguía á los de su corte; eran los hombres amarrados á la picota, cortándoles las orejas ó metiéndolos en sacos; los nobles se acuchillaban en las calles; los sacerdotes pendían de la horca, y los católicos eran cazados por los celosos protestantes con la buena intención de heredarlos.»

marina, donde seguramente hubiera castigado al invasor; mas éste, bien porque amenazara á Villalpando, ó porque el mulato por maldad lo hiciera (que ambas especies corren), condujo á Raleigh con 500 soldados por una vereda oculta, ó por mejor decir, trocha mal formada, que subía desde la misma población de Guaicamacuto hasta encumbrar la serranía, y de allí bajaba al valle. Halló, pues, á la ciudad desocupada; sólo un anciano, Alonso Andrea de Ledesma, porque no se olvide su memoria, montó á caballo y se dejó matar alanceando al enemigo.

Sir Walter envió parlamento á los vecinos, pidiendo rescate de los edificios, á que los propietarios se sentían inclinados; no lo consintió el gobernador Garci González de Silva, y los ingleses pusieron fuego á todos, retirándose á los navíos sin ganancia, pero no sin dejar colgado de un árbol á Villalpando para ejemplar de iscaríotes ¹.

El caudillo de la expedición, á fuer de historiador y poeta, escribió á su regreso en Inglaterra un libro de hazañas y maravillas que hizo mucho ruido en el mundo ²; en España mismo andaba la gente espantada con la lectura, por no haber sabido antes las cosas estupendas no vistas por ninguno de los exploradores, empezando por Ordax y Sedeño, aviándose con ello los agentes de Berrio, de forma que se aprestó en Sanlúcar otra expedición de 400 familias, y con el maese de campo Domingo de Vera fueron á perecer por hambre, enfermedades y flechas de caribes, al mismo tiempo que el fundador de Santo Tomé de Guayana ³.

Poca cosa merece contarse de Annias Preston, que anduvo

¹ Herrera: *Historia del Mundo*.—Oviedo y Baños, en su *Historia de la conquista y población de Venezuela*, t. II, lib. VII, cap. X, atribuye á Drake la acometida de Raleigh á Santiago de Caracas, y hay quien asegura que tampoco fué él, sino el capitán Annias Preston, que se le había separado, el que realizó la sorpresa. Véase *Histoire de l'isle de La Trinidad, par M. Pierre-Gustave-Louis Borde*. París, 1876.

² Alcanzando la honra de ser comentado por Falstaff en *The Merry Wives of Windsor*.—En opinión de Hume, *History of England*, la relación del viaje al Orinoco está plagada de groseros embustes.

³ Fray José Torrubia: *Crónica citada*.—Fray Antonio Caulin: *Historia de la nueva Andalucía, provincias de Cumaná, Guayana y Vertientes del río Orinoco*, año 1779.—*Colección Navarrete*, t. XII, año 1596.

el mismo año 1595 por las costas del Brasil, y de Anthony Shirly, destacado en la de Jamaica ¹, sin distraer la atención reconcentrada en el gran armamento, en la expedición real puesta por Isabel á cargo de los capitanes más populares de la Gran Bretaña, Drake y Hawkins, por su razón de Estado, para buscar en las costas y flotas de las Indias con qué guerrear á costa de D. Felipe.

Esta vez no iba *el Draque* (él mismo lo hizo saber á su gente) «como ladrón de noche, sino como general de día, con desembarcación pomposa, al que habían de ofrecerse rendidos los españoles, reconociéndole por señor, y pidiendo merced de las vidas, que tal decoro se debía guardar á la armada de su Reina y señora, y en las casas de la Audiencia había de levantar un trono y hacer actos de soberanía, poner sus armas y su efigie por eterno blasón y padrón á los venideros» ². Esta vez gobernaba naves y soldados tan superiores á los de la flota con que saqueó á Santo Domingo y á Cartagena, que ni pueblos, ni barcos, ni nada podría resistir á su voluntad. ¡Soberbia presunción humana, desde Jerges acá tantas veces desengañada!

Era el 6 de Octubre cuando se avistaron desde la ciudad de las Palmas, en Gran Canaria, 28 naves en marcado ademán de hostilidad. Quince se situaron frente al castillo de Santa Catalina; las restantes batieron al fuerte de Santa Ana, protegiendo unas y otras el desembarco de gente, iniciado con 47 lanchas grandes. A impedirlo acudieron con el gobernador Alonso de Alvarado los hombres de armas, sin excepción del Obispo y clerecía. Manejaban seis piezas pequeñas de campo, con que maltrataron á cuatro de las embarcaciones, y ante su actitud ordenó la retirada Drake, no siendo su propósito el de reñir allí batalla sin tener ganancia que la justificara. Se corrió á la rada de Arganequin á rellenar la aguada, y halló también resistencia inesperada, por la que no insistió, continuando el viaje ³.

¹ Payne: *The naval history of Great Britain*.

² Cabrera de Córdoba: *Felipe II*, t. IV, pág. 152.

³ Carta de Próspero Casola al Rey, *Colección Sans de Barutell*, art. 6.º; núm. 163.

Lo más importante de la acción, celebrada como victoria que libraba á las islas de la calamidad amenazadora, fué la ocasión que ofreció para enviar aviso anticipado á las Antillas, y de éstas á toda la Tierra Firme, de la proximidad de flota enemiga rechazada; aviso doblemente útil á la prevención y á la moral de los pueblos indianos, sobre todo al de San Juan de Puerto Rico, custodio en el momento de un tesoro llamativo.

Habiendo salido de la Habana, á principios de Marzo, las flotas de Nueva España y de Tierra Firme juntas, desembocado el canal de Bahama, tuvieron que aguantar temporal, durante el que perdió el timón y los árboles la nao capitana de Sancho Pardo, quedando sola por haber ocurrido de noche la avería, sin advertirla los demás navíos. Imposibilitada para continuar el viaje, tratando el General de asegurar, no tan sólo la vida á los 300 hombres de la tripulación, sino la carga de tres millones de pesos perteneciente por mitad al Rey y á particulares, preparando alguna vela, con cables por la popa para gobernar, llegó con dificultad á Puerto Rico y puso la plata en la fortaleza antes de proceder á la carena del bajel. Dió cuenta de la ocurrencia á España ¹; y como el Gobierno tuviera noticia de los armamentos que en Inglaterra se hacían, despachó con urgencia cinco fragatas ligeras al mando de D. Pedro Tello de Guzmán, ordenándole embarcase en ellas al general Sancho Pardo y al tesoro, y sin pérdida de día diera la vuelta.

El jefe de las fragatas recaló sobre la isla de Guadalupe, y descubriendo hasta nueve velas en crucero, las dió caza, consiguiendo apresar una con 25 tripulantes ingleses, por los que averiguó hallarse la armada suya en puerto de la isla. Drake tenía noticia de la arribada de Sancho Pardo á Puerto Rico; y considerando la suma de los tres millones aliciente que valiera la pena, había decidido el ataque del puerto, y

—Viera y Clavijo: *Historia de Canarias*.—Lope de Vega: *Dragontea*.—Parécenme exageradas las bajas que suponen en la armada inglesa. No excedieron de treinta muertos.

¹ Carta fecha 22 de Mayo, *Colección Navarrete*, t. XII, núm. 98.

para ello estaba armando las lanchas grandes, conducidas en piezas á bordo de sus navíos. Con la nueva forzó de vela Tello de Guzmán, llegando á comunicarla el 13 de Noviembre, en la seguridad que daban las instrucciones tomadas al capitán inglés.

Deliberaron las autoridades lo que más conviniera determinar, que fué por unánime opinión la defensa, ya que, á los 700 hombres que figuraban en el alarde de la población, sumaba la casualidad 800 de la capitana de Tierra Firme, y las cinco fragatas, la artillería de todos estos buques, y la experiencia de sus generales y capitanes.

El coronel Pedro Juárez, gobernador, utilizó estos elementos, estableciendo baterías en la boca del puerto y lugares culminantes; los marinos echaron á fondo en el canal la referida capitana y otra nave mercantil, á fin de que no pudiera forzarlo la escuadra enemiga de golpe; situaron á las fragatas, en línea, detrás, destacaron compañías en las caletas y playas accesibles al desembarco, y esperaron confiados la acometida, recibiendo segundo aviso por un barco que había visto á las velas enemigas en las cercanías de la isla de San Martín.

Miércoles 22 del mes aparecieron 23 navés grandes en grupo, precedidas de una carabela y 40 lanchas, de las que algunas se arrimaron al puerto con bandera blanca. Disparando contra ellas desde el Morrillo y el Boquerón, se alejaron hechos sus reconocimientos; la armada, por consecuencia, se dirigió á la caleta del Cabrón, donde dejó caer las anclas, sin saber hubiera allí montada una batería, que la obligó á ponerse otra vez á la vela y á mantenerse de una y otra vuelta.

Varias relaciones españolas aseguran que una de las balas de cañón dió muerte á Hawkins; las de los ingleses sostienen haber ocurrido el fallecimiento por enfermedad natural, sin negar que la armada perdiera con él uno de los jefes de prestigio.

Como quiera que fuese, empleada la noche por las lanchas en sondar y reconocer, el día 23, á las ocho de la mañana, fondearon los navíos al socaire de un islote próximo al puerto, siéndoles el tiempo favorable con bonanza, y desde allí

continuaron registrando las calas y playas donde se pudiera desembarcar, distrayendo á los defensores y haciéndoles marchar de uno á otro de los sitios amagados. A las diez de la noche entraron por el puerto 25 lanchas, metiéndose bajo la plataforma del Morro para no ser ofendidas de la artillería, y acometieron á las fragatas aplicando artificios de fuego, de que iban provistas. En tres de ellas se extinguió el incendio sin daño; en la nombrada *Magdalena* tomó incremento avasallador; y como las llamas iluminaron el espacio, se dirigió la puntería de cañones y mosquetes á las embarcaciones, durando una hora la refriega, antes que se retiraran con pérdida de nueve ó diez de las lanchas, echadas á fondo, y unos 400 hombres en ellas. En las fragatas hubo 40 muertos ó quemados, y varios heridos, portándose con bizarría todos.

El 24 volvió á darse á la vela la armada, bordejeando para ponerse á barlovento del puerto, maniobra que dió á sospechar quisiera forzarlo, por lo que se acabaron de cerrar los pasos del canal, echando á pique otras dos naos, y se levantaron más trincheras, trabajando el vecindario sin descanso. Las fragatas se retiraron al fondo del puerto después de anochecer para que no vieran los enemigos el cambio de surgidero; pero no repitieron el ataque. Aguardaron al ancla el día 25; pasaron éste en amagos, y desaparecieron por la noche, yendo hacia San Germán, á la otra banda de la isla, donde desembarcaron para tomar ganado, agua y leña. Drake puso en libertad á cinco prisioneros que tenía, enviando con ellos atenta carta dirigida al Gobernador, pidiendo tuviera igual consideración con los ingleses.

Algunos días más estuvieron con recelo en la ciudad, por si la Armada volvía, hasta que, despachando un pataje, se adquirió certeza de haberse alejado con rumbo al Sur. Entonces aderezaron las fragatas, y con ellas, embarcados los tres millones de pesos, vino á España en salvamento Sancho Pardo ¹.

¹ Sancho Pardo Osorio escribió á D. Juan de Idiáquez, en 1590, rogándole intercediera con el Rey para que le fuera concedido el hábito de Santiago; alegaba haber servido treinta y siete años sin recibir ninguna merced; que dos hermanos que tuvo murieron sirviendo honradamente, y de tres hijos, uno servía en Italia y dos

Drake se dirigió desde Puerto Rico á la costa firme, y dió fondo en Río del Hacha, pueblo abierto, dedicado á la pesquería de perlas. Los vecinos le abandonaron, acogiéndose al monte con el gobernador Francisco Manso de Contreras, persona de mucho entendimiento, que, no pudiendo resistir la entrada, propuso conferencias para tratar del rescate del pueblo, con objeto de entretener á los invasores y dar tiempo á que llegaran los avisos enviados por la costa. Prolongó con habilidad los tratos quince días, siendo objeto el más ó el menos que habían de pagar por las casas, y pasado el término manifestó á Drake que los propietarios no querían desprenderse de sus perlas, con lo cual, despechado el inglés, quemó las casas y rancherías, y lo mismo en Santa Marta, llevándose las canoas y negros que pudo.

Continuó navegando hasta el puerto de Cartagena, que hizo reconocer sin acercarse, informado de las defensas prevenidas por el gobernador D. Pedro de Acuña, más imponentes que las de Puerto Rico, y llegó á vista de Nombre de Dios el 6 de Enero de 1586. Era este puerto el objetivo real de la expedición; lo conocía desde la mocedad por inteligencias con los negros cimarrones, cuando interceptó la recua del tesoro Real, y siempre abrigó la idea de saltar en aquel lugar desguarnecido, apoderarse de Panamá, y, señoreado del istmo, dominar en ambos mares del Norte y del Sur, cerrando el camino á los ingresos de Felipe II.

Viéndole llegar, se retiró la gente como en los ataques anteriores, no habiendo en el lugar manera de hacer frente al enemigo, replegándose hacia la venta de la Quebrada, camino de Panamá, donde estaba acordada la resistencia por decisión de D. Alonso de Sotomayor, capitán general que había sido de Chile, enviado desde el Perú por el Marqués

con él en la Armada, el mayor de los cuales cayó prisionero en Inglaterra con don Pedro de Valdés, y lo estuvo más de cinco años. Sancho Pardo mandó la escuadra de transportes, que fué en pos de la llamada Invencible, el año 1588. Condujo á la primera expedición de Bretaña, en 1590, y rigió después flotas de Indias. En las inmediaciones de la isla de Cuba descubrió un escollo que conserva su nombre. Fué gobernador de la Habana en 1572.

de Cañete, con seis piezas de artillería, pólvora y arcabuces. A su lado estaba el ingeniero Antonelli ¹, al cual encomendó la fortificación del río Chagre, con reducto y trincheras en la vuelta de Tornabellaco. Lo natural parecía que entraran los ingleses por aquella vía, estando, como estaban, provistos de lanchas y barcas chatas, según los avisos recibidos; sin embargo, para el caso en que eligieran el camino más penoso de tierra, hicieron en la loma de Capiquilla un fortín de madera, con foso, encomendando la guarda al capitán Juan Enriquez, con 70 arcabuceros.

Por las dos rutas calculadas proyectaba atacar el almirante inglés, enviando por la de tierra á la infantería real, con su coronel, y guiando en persona las lanchas por el Chagre. Aquél avanzó primero guiado por un mulato del país, donde la semilla de la traición fué siempre fructifera; llegó sin tropiezo hasta el fortín por atajos del arcabuco, y habiendo pasado la noche al raso, al amanecer el día 8 asaltó con furia á la estacada. Como los nuestros estaban á cubierto, y no desperdiciaban tiro, les causaron muchas bajas, resistiendo el empuje hasta mediodía, hora en que unos y otros estaban fatigados.

Con aviso del ataque llegado á las ventas de Chagre, donde Sotomayor se hallaba, marchó de refuerzo á la ligera el capitán Hernando de Liermo Agüero con 50 soldados, y se aproximó sonando trompetas y clarines, que hicieron creer á los ingleses viniera sobre ellos cuerpo numeroso, decidiéndolos á retirarse á Nombre de Dios con apresuramiento, que pagaron caro por irlos siguiendo negros, que se cebaban en los rezagados para despojarlos. Posible es que haya alguna exageración en las relaciones, como de ordinario; acusan destrozo de más de 500 ingleses entre muertos y heridos en los asaltos, y despeñados en la retirada. Lo cierto de todo punto es que, estando embarcada la tropa de Drake en las lanchas, al recibir noticia del suceso, la hizo desembarcar y acudir al

¹ Bautista Antonelli. Fué en la expedición de Flores de Valdés encargado de la construcción de los fuertes del Magallanes, y pasó después á Indias. Tiene extenso artículo en la Biblioteca marítima de Navarrete, t. 1, pág. 222.

socorro de la primera columna, amparándola hasta volver juntas á la playa, y que en aquel punto desistió de la subida por el río, al menos en apariencia, incendiando las casas de Nombre de Dios, en señal de despedida, al hacerse á la mar el 15 de Enero.

En todo el resto del mes no se supo nada de su paradero, y se mantuvieron los puestos militares recelando fuera el alejamiento estudiado con intención de volver de improviso; después, por prisioneros tomados de las lanchas, pudo averiguarse que estaban las naves en el Escudo de Veragua, apenado el caudillo y mohina su gente. Los vecinos de Santiago del Príncipe le mataron en el río Fator 37 hombres en el acto de proveerse de agua; los de las estancias y caseríos alanceaban á cuantos descendían á tierra en busca de ganado ó refresco, perdido el temor de un enemigo derrotado, idea que, con la de las censuras de la Reina y del pueblo, que le pondrían la culpa sin memoria de los sucesos pasados, afectó el ánimo de Drake, produciéndole fiebre maligna, de que vino á morir, recibiendo sepultura en la mar, donde se decía haber nacido.

Primero en honrar sus merecimientos fué D. Alonso de Sotomayor, el custodio del istmo, proclamándole «uno de los señalados hombres que ha habido en el mundo de su profesión; cortés y discreto con los vencidos, afable con los adversarios, virtudes que no pueden dejar de ser loadas, aunque sea en los enemigos ¹»; dando á conocer por las frases, tanto como por las disposiciones de pelea contra sus ataques, la razón del Conde de la Granja al escribir :

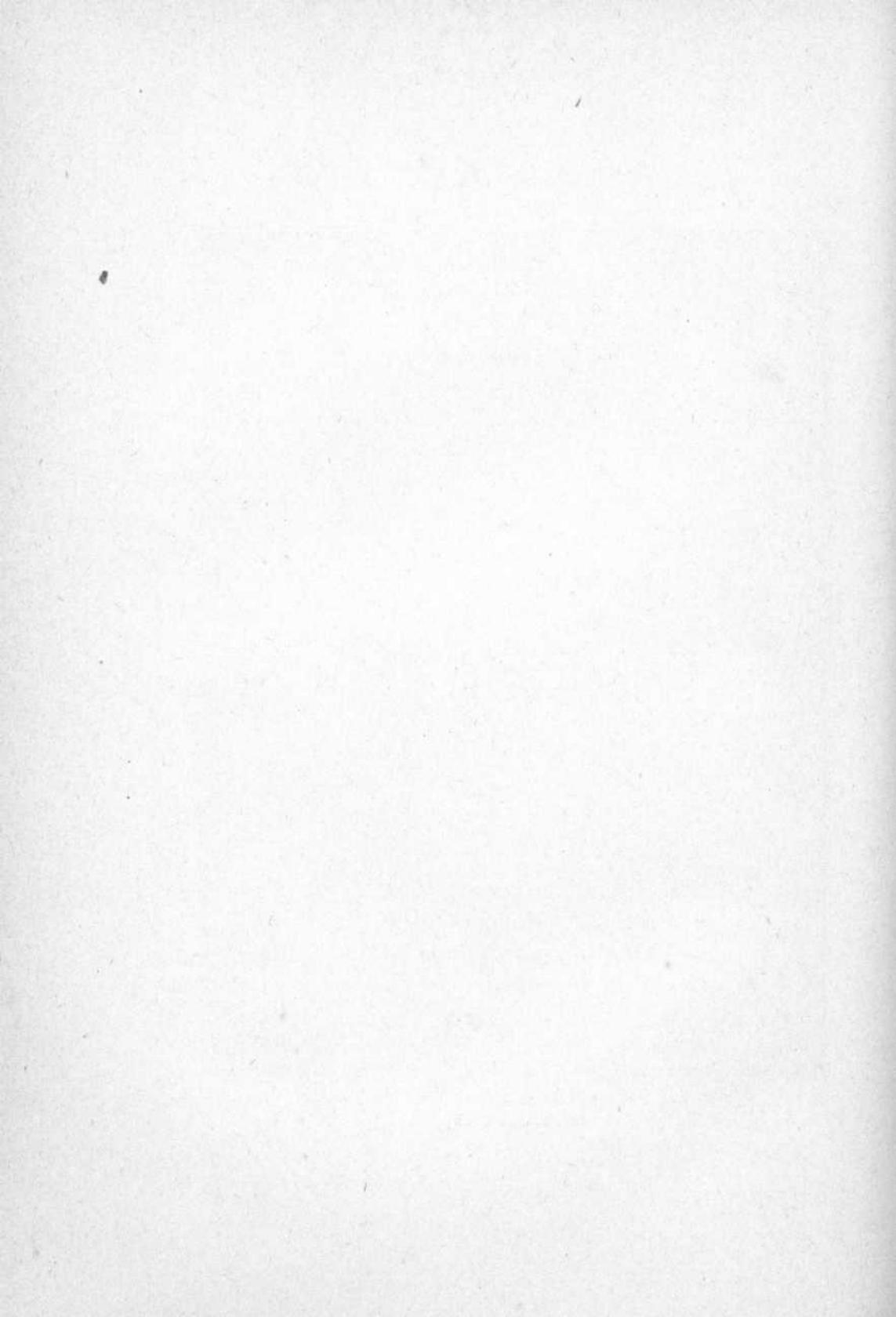
«Era Sotomayor un gran soldado».

Á Drake pertenecen, sin género de duda, la iniciativa, el ejemplo, el espíritu con que empezó á formarse y se desarrolló rápidamente la marina inglesa. Excelente marinero, de penetrante reflexión, osado cual ninguno, fundó la carrera de

¹ El Ldo. Francisco Caro de Torres, *Relación de los servicios de Sotomayor*. Madrid, 1620. El autor, testigo de vista, vino á Madrid á dar cuenta al Rey.



Sir Francis Drake.



sus empresas venturosas en el conocimiento adquirido del abandono y descuido integrantes en el carácter español, así como de los puntos vulnerables que necesariamente había de tener un Imperio tan vasto. Siempre se valió de la sorpresa más que de la fuerza, y así se le vió dar la vuelta al mundo con un navío mediano y menos de cien hombres; henchir la bodega de oro, incendiar bajeles, saquear poblaciones, sin disparar un arcabuz. Viósele embarcar en Santo Domingo, en Cartagena, en la Florida, doscientos cañones, en prueba de tenerlos por adorno aquellas ciudades, gobernadas en paz y tranquilidad por licenciados y bachilleres. En el ataque de Cádiz, la más atrevida de todas sus acciones, alcanzó el lauro la penetración con que adquirió seguridades de no hallar resistencia donde la opinión universal sólo veía el nombre y reputación del rey D. Felipe. Eran todas ellas empresas de corsario inteligentísimo y de salteador afortunado; mas desde el punto en que la declaración de guerra puso en guardia á los pueblos y á las naves, se eclipsaron las buenas condiciones de marino, apareciendo la flaqueza de las de soldado. Tímido é irresoluto anduvo en el Canal de la Mancha y en los bancos de Flandes, sin atreverse á poner el costado de su capitana frente al de los galeones, tan desacertadamente regidos por el Duque de Medina-Sidonia; débil, dejándose llevar de la tentación de sitiar plaza de tan corta importancia como la Coruña; equívoco de proceder no forzando la barra de Lisboa, defendida de pocas galeras, y consintiendo que éstas le cañonearan en la retirada, tanto como arrogante y presuntuoso en las cartas con que pretendía disimular sus fracasos. Cabeza de la flota poderosa de 28 naves y 4.000 hombres, en Canarias, en Puerto Rico, en las Cruces, pocos defensores, resguardados en trincheras de momento, le detuvieron y escarmentaron, haciendo evidente por qué pasó de largo por la Habana y Cartagena sabiendo que le esperaban. Empleó fuerza de tanto empeño en quemar pueblos abiertos con casas de madera, como eran los de Río del Hacha, Santa Marta y Madre de Dios; y, por último, se dejó abatir, porque no le entregaran su riqueza los templos y las audiencias,

como lo hicieron sobrecogidos en tiempo de paz. Pirata, ó corsario, si se prefiere la palabra con la significación que en su época tenía, eminente fué; almirante y general, no es de aquéllos que envanezcan á Inglaterra.

Acaso mayor fama se le adjudicó en España que en el propio país ¹.

Hubo en la armada contradicciones y disputas antes de reconocer por jefe al hermano del difunto, Juan Drake, que se entró en Portobelo con objeto de carenar los navíos y reorganizar la gente, desanimada con la pérdida de los dos generales, 15 capitanes y 22 oficiales. Las naves redujo á 18, quemando ó destruyendo las peores, á fin de hacer sin tanto cuidado el viaje de vuelta á las islas Británicas.

Durante el desarrollo de los sucesos referidos, así que en España se tuvo noticia del ataque de Gran Canaria y marcha hacia las Indias, se aprestaron ocho galeones con 13 naves, y hacia allá navegaron con 3.000 hombres de mar y guerra, guiados por D. Bernardino de Avellaneda, capitán general ², llevando por almirante á Juan Gutiérrez de Garibay y al bravo Joanes de Villaviciosa por capitán de bandera. Esta escuadra recaló á Cartagena muy quebrantada por un temporal; la capitana había quedado de resultas abierta como canasta; mas como tuvo noticia circunstanciada de ocurrencias, no quiso el General detenerse una hora, sino caminar, funcionando las bombas, hacia la isla de Cuba, que podría estar en peligro. Llegando el 11 de Marzo á vista de la isla de Pinos, descubrió á los navíos ingleses haciendo aguada, y los siguió sin consideración del número, arbolando banderas y

¹ Es mucho lo que se ha escrito de Drake en esta nación enemiga, como expuesto queda en el tomo II.

² Don Bernardino Delgadillo de Avellaneda, caballero de Calatrava, señor de Castrillo y Valverde, natural de Sevilla, se halló en 1563 en el socorro de Orán; asistió á la jornada del Peñón, con su tío D. Sancho de Leyva, como capitán de la galera patrona; sirvió en las de Nápoles con el cargo de teniente general; recibió dos heridas en la guerra de los moriscos de Granada, quedando estropeado en el asalto del fuerte de Galera. Pasó cuatralvo á Portugal; tuvo el mando de las galeazas; concurrió á la primera expedición de Bretaña, y fué designado capitán general de la armada de la guarda de Indias, con instrucción para defenderlas del ataque de los ingleses.

disparando cañonazos de reto; mas los derrotados en Panamá no se mostraron dispuestos á aceptarlo; antes bien, abandonando las lanchas que llevaban á remolque, arrojando al agua impedimentos y mojando sin cesar las velas, huyeron, tratando de montar el cabo de San Antonio; y acabados de carenar, con los fondos limpios como iban, ganaron á los otros. Solamente la almiranta de Garibay se metió entre ellos intentando detenerlos, y sufrió los disparos de todos, contestando á los suyos. Uno de los navíos grandes, rezagado, con 300 hombres, y un patache con 25, quedaron en poder de los españoles, á costa de uno de los suyos, volado en la escaramuza, y de 80 muertos ó heridos. La caza continuó hasta el canal de Bahama, abandonándola allí Avellaneda para entrar en la Habana; y por sarcasmo de la suerte, á poco de entrar en los puertos de Inglaterra ocho de los 28 navíos que salieron, lo hacía en Sanlúcar la flota española, conduciendo 20 millones, una de las mayores remesas que de Indias vinieron.

VIII

TOMA Y SAURO DE CÁDIZ

1596

Incita á la comisi3n el despecho de Antonio P3rez.—La acelera la conquista de Cal3s.—Armada anglo-holandesa.—Sus jefes.—Manifiesto publicado.—Reconocen la boca del Tajo.—Siguen á la bahía de Cádiz.—Disposiciones defensivas.—Ausencia de los generales de marina.—Indecisi3n.—Ataque.—Incendian á la armada y á la flota.—Pánico y abandono en la ciudad.—Entran los ingleses sin resistencia.—Horrores del saco.—Márchanse dejando reducida á cenizas la poblaci3n.—El Duque de Medina-Sidonia.—Desembarcan en Faro.—Episodio curioso.—Se presentan ante la Coruña.—Alarma.—Proceso y sentencia de los encargados de la defensa de Cádiz.—Llegada de las flotas.—Armada contra Inglaterra.—Gobi3rnala D. Mart3n de Padilla.—Terrible temporal la destruye.—Holandeses.—Su rápido crecimiento naval.—Petici3n de las Cortes en apoyo del corso.



ANDABA expatriado, de Londres á París y de París á Londres, viviendo á costa de humillaciones y bajezas, el vanidoso secretario que fué del rey de España Felipe II, el revolverdor de Aragón, Antonio P3rez, en maquinaci3n perpetua, entretenido el amor propio más aun que la maligna inteligencia, por suscitar desagradados á su anterior amo y se3or, así padecieran, con tal de procurárselos, personas de todo punto ajenas á la raz3n del resentimiento, intereses sagrados, la patria misma, confundida por el perverso encono vengativo con la entidad que la regía.

Poseedor de los secretos de Estado, se complacía en des-

cubrirlos á los enemigos del catolicismo y de la preponderancia española, incitándoles á destruirla y acabarla, minándola por el lado del mar en razón á ser el más descuidado del Monarca, que tenía sin defensa los puertos, flacas y necesitadas las armadas, desatendidos los marineros, incapaces, por el número, de cubrir el vasto imperio de las Indias Orientales y Occidentales, y de asegurar la venida de los tesoros, en que consistía el secreto de su poder. El día que esos tesoros faltaran (decía á los ministros de Inglaterra) faltaría necesariamente el nervio de la guerra; pues aun con ellos, el Erario estaba en situación próxima á la bancarrota, pagando intereses de intereses de la deuda ¹. Á impedir la llegada de las flotas había de dirigirse, por consiguiente, el cálculo del enemigo inteligente y activo ².

Ni Bacón, ni Cecil, ni el Conde de Essex, principales confidentes del emigrado, ignoraban del todo estas cosas; mas su penetración no llegara nunca al conocimiento cabal de los números, ni de los lugares endebles, sin la declaración oficial que eternamente pesará sobre su memoria ³. Por medios tales, solamente podrían divulgarse documentos como la cédula Real que sigue, dictada con objeto de obtener mayores recursos de las colonias:

«Considerando los grandes daños que, de algunos años á esta parte, han hecho y hacen los enemigos y cosarios en el mar Océano, y particularmente en la carrera de las Indias, no sólo robando lo que se lleva y trae dellas con navíos y personas, pero infestando algunos de sus puertos, y junto saqueando las ciudades y quemando los templos, y que si esto no se ataja y previene con muy eficaz remedio se podrían temer los mismos y otros mayores inconvenientes; como quiera que de mi parte he hecho el esfuerzo posible para tener

¹ Se pagaba á Juan Andrea Doria, y á otros, 15 por 100 de los atrasos de asiento de galeras.

² Fernández Duro: *Antonio Pérez en Inglaterra y Francia. Colección de escritores castellanos*, t. LXXXIV. Madrid, 1890.

³ Juzgándolo Mr. Dargaud, en su *Histoire d'Elisabeth d'Angleterre*, escribió: «Antonio Pérez, tenaz, perverso, infatigable, intrigante, dando á conocer los puntos vulnerables de su patria, hizo en la historia el papel del parricida.»

segura la mar; como mi hacienda está tan empeñada y consumida con los grandes gastos que he hecho los años pasados y éste sustentando ejércitos y armadas tan gruesas, y las ocasiones presentes sean tantas, y tan precisas, y tan forzoso acudir á ellas, por estar á mi cargo la defensa de toda la Cristiandad demás de la de mis reinos, en ninguna manera se ha podido sustentar una gruesa armada, que conviene ande de ordinario navegando; para obviar los dichos daños y conseguir otros muy grandes efectos que de su conservación pueden resultar, serán principalmente interesados los vecinos y naturales de las Indias, á los cuales siempre he procurado relevar de la contribución de semejantes gastos.....¹»

Á pesar de todo, no salieron afortunadas, ya se ha visto, las empresas de Drake y Hawkins en las Indias, ni las encaminadas á poner el pie en cualquiera de las Azores, siguiendo el consejo é instrucción de Antonio Pérez, por lo cual perdiera tal vez el crédito, á no ocurrir impensado suceso, de importancia bastante para cambiar el curso de la política inglesa. El 16 de Abril de 1596 escalaron los españoles los muros de Calés tras un sitio de corta duración, en que suplieron, como antaño en Flandes, la falta de embarcaciones con que contrarrestar las muchas de los enemigos *. Ganaban para su Rey el puerto que tanto había deseado, á pocas millas de los de Isabel. ¿Qué no osaría Felipe teniéndolo?

La consideración alarmante inclinó desde luego á los consejeros circunspectos á ceder el campo á los partidarios de la guerra activa, en estrecha alianza con Francia, ya que no con Marruecos también, como el español renegado insinuaba á su gran amigo y protector el Conde de Essex, favorito á la sazón de la Reina y sin superior en la influencia.

¹ Suárez de Figueroa: *Hechos del Marqués de Cañete*, pág. 160.

² Á propósito escribía Cabrera de Córdoba (*Felipe II*, t. IV, pág. 185): «Las barcas vinieron al alba á reconocer; y vistos los españoles en el agua, se volvieron al mar temerosos y espantados; y comenzando á menguar se retiraron, hecha una memorable hazaña, en la determinación de sufrir el frío, el batir de las olas, el estar mojados y azotados todo el tiempo que duró el creciente, esperando pelear con navíos, hechos navíos también ellos: hecho animoso de españoles, siempre de admirar, siempre de loar, inmemorable siempre.»

Joven, animoso, ávido de distinciones, dió oídos al discurso con que el poseedor de los secretos de gabinete le incitaba á un golpe dirigido contra la reputación de poderío del Rey Católico, golpe que resultaría tanto más sensible y ruidoso cuanto más cerca se diera de su residencia; no en Flandes, no en las Indias; en cualquiera de las ciudades de la Península. Don Felipe había erigido y restaurado fortificaciones imponentes, formando plazas de primer orden en Italia y en los Países Bajos, enlazadas con vías y canales militares; para España no las había estimado indispensables, aunque otra cosa le informaran los consejeros, singularmente D. García de Toledo, insistente en proponer que, cuando menos, tuviera en Cádiz, en Gibraltar y en Cartagena defensas con que detener á cualquier enemigo ¹. Ni muelles, ni caminos, ni cuarteles había. En Flandes, en Italia, en los estados lejanos, se hallaba la gente de guerra; la famosa infantería, de todo el mundo respetada; en España sólo se contaba con milicia forzosa, sin armas, sin organización, sin jefes, ni paga. El secreto de la debilidad de la Península, sospechado tras las jornadas de Drake, descubría por entero el emigrado Secretario, asegurando con datos seguros ser temidos los españoles por no conocerlos ².

Cádiz, ciudad situada en una isla que forma con el continente espaciosa bahía, y que por la inmediación á la entrada del Mediterráneo, y por sus condiciones naturales defensivas, tiene inapreciable valor, ya se considere bajo el punto de vista militar, ya por el de las facilidades que ofrece al comercio marítimo de ambos mundos, servía de demostración á la verdad del adagio: «lo que se posee no se estima»; en tal descuido y abandono estaba.

Allí, por gobernador y capitán general, como plaza incluida en la costa de Andalucía, tenía el Rey, con general maravilla, al jefe inepto de «la Armada invencible», al Duque de Medina-Sidonia, tras los testimonios de incapacidad espontá-

¹ Correspondencia de D. García de Toledo, año 1575. *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. XXVIII, y *Colección Navarrete*.

² Fraser Tytler: *Walter Raleigh*.

neamente exhibidos, el desprecio de sus soldados y la befa de la opinión pública'; y tanto daba interés Antonio Pérez á esta circunstancia y á la de la proximidad de los moros, de que podía sacarse partido, que presentaba como preferente el intento de Cádiz al de Lisboa, aunque en la capital portuguesa ayudaran los descontentos y los partidarios del régimen caído, teniendo convencida su elocuencia al Conde de Essex, y el valimiento del favorito dominadas las objeciones de los prudentes como los obstáculos de los temerosos.

Aprestóse en sigilo la armada con elementos que no es fácil poner en claro: tanta es la diversidad de los historiadores que los cuentan. En promedio aparecen de 150 á 160 naaves; de ellas 40 bien artilladas, el resto urcas, pataches y embarcaciones de comercio de 200 toneladas abajo, y 80 lanchas, propias para reconocimientos y desembarco. Los holandeses contribuían con 20 de las naos, urcas y charrúas, y con 1.000 soldados veteranos, los mejores de la infantería, computada en 15.000 hombres en algunas relaciones, al paso que otros comprenden en la cifra á los 10.000 marineros de la flota, oscilando por tanto en esta diferencia las versiones. Llevaban cañones de batir, caballos para arrastrarlos, carros de munición y víveres para tres meses, teniendo el mando de la escuadra el almirante de Inglaterra Lord Charles Howard of Effingham; el del ejército Roberto Devereux, conde de Essex, y á las órdenes de ambos Tomás Howard, conde de Suffolk, Sir Walter Raleigh, Sir Francis Vere, con los subalternos. Puestos á la vela el 1.º de Junio de 1596, recalaron á la boca del Tajo con propósito de reconocerla y tentar el ánimo de los portugueses, que al efecto iba á bordo el hijo de D. Antonio de Crato; mas como fueran apresadas las dos embarcaciones exploradoras, y se vieran dentro de la barra 18 navíos en disposición de defenderla², continuó la

¹ Góngora le había titulado *Dios de los atunes* en un verso satírico, pareciéndole poco significativa la designación común de *gallina*, aplicada por el vulgo. Véase *La Armada Invencible*, t. I.

² Los mandaba D. Diego Brochero, nombrado almirante general del Océano desde el año anterior. *Colección Sans de Barutell*, art. 3.º, núm. 685.

armada navegando hacia el Sur á vista del Algarve, desde cuyas poblaciones fué aviso anticipado á Cádiz ¹.

Surtos en la bahía estaban ocho galeones de armada de la guarda de Indias, las tres fragatas en que trajo Sancho Pardo los caudales de Puerto Rico, la flota de Tierra Firme, lista para darse á la vela, escoltada por capitana y almiranta, que hacían en todo de 43 á 50 naves, y 18 galeras de la escuadra de España, fuerza, en suma, respetable y apta para cualquiera acción de mar ó guerra teniendo jefes para regirla, que era precisamente de lo que estaba falta, ausentes D. Francisco Coloma, general de los galeones; Sancho Pardo, que entregó las fragatas con el tesoro conducido en ellas, y el Adelantado de Castilla, capitán general propietario de las citadas galeras. En estas mandaba interinamente D. Juan Portocarrero; en los galeones, con igual condición, el almirante Diego de Sotomayor; únicamente la flota, lista, según va escrito, para salir del puerto, reunía los jefes naturales y propietarios, general Luis Alfonso Flores y almirante Sebastián de Arancivia, sometidos en cierto modo á la autoridad del presidente de la Casa de Contratación, D. Pedro Gutiérrez Flores, clérigo, presente en el puerto para ultimar el despacho de documentos.

No reconociendo superior jerárquico ninguno de los generales, juntáronse al recibir noticias de aproximación de la armada inglesa, acordando defender la entrada de la bahía con una línea que cerrase la canal, apoyada en el baluarte de

¹ Al salir de Inglaterra imprimieron y publicaron los caudillos un manifiesto, de que he visto traducción, con título de *Declaration des causes qui ont meu la Roynie d'Angleterre a declarer la guerre au Roy d'Espagne*. A París. Iouxté la copie imprimé à Londres, 1596, 6 fojas en 12.º—Roberto, conde de Essex y Carlos Howard, barón de Effingham, como jefes de la armada, hacían saber estar destinada á oponerse contra los preparativos que hacía D. Felipe para invadir los estados de su Señora, prosiguiendo el intento del año 1588, con la mayor armada que jamás se vió, la cual, por la gracia de Dios y el valor y honradez de los ingleses, fué destruida; y considerando que la Reina estaba en buena inteligencia con todos los potentados de la Cristiandad, si no es con el rey de España, que hacía años se hallaba en abierta é injusta enemistad, los referidos jefes habían recibido orden expresa de no molestar más que á sus súbditos y á ios que le asistieran de cualquier modo, y para general inteligencia lo firmaban, sellaban y publicaban.

San Felipe, buen flanco, aunque tenía poca y ruin artillería, sosteniendo el centro el galeón del mismo nombre, bajel armado con 50 piezas y 500 hombres, y cubriendo los claros las naos más fuertes de la flota, artilladas como estaban todas con arreglo á ordenanza. Las galeras se habían de situar avanzadas entre los bajos de las Puercas y el Diamante, y las naos menos fuertes en segunda línea á retaguardia.

El día 30 de Junio, en que se presentaron las naves britanas á la entrada de la bahía, vista la disposición de las líneas, tomaron la vuelta de afuera mostrando indecisión. Se observó que acudían los bateles á la capitana, para celebrar consejo sin duda; que fondeaban en el placer de Rota para pasar la noche; que algo les contrariaba y detenía. Debió juzgarse que no les parecía fácil ó llana la acometida, y ahora es de creer que, á no haber ocurrido cambio, hicieran lo propio que en Lisboa; esto es, alejarse sin arriesgar su fuerza, torciendo el rumbo hacia las islas Azores con objeto de interceptar las flotas, fin primordial de la expedición; mas como la indecisión se significara también entre los españoles, faltos de autoridad y dirección fija, influyó el interés de los armadores de la flota, cuyo cargamento se estimaba en más de cuatro millones, para retirar las naos al Puntal, ó Puntales que ahora se dice, descomponiendo la línea, para reformar la cual siguieron el movimiento los galeones, dejando franca y expedita la bahía. Los ingleses lo interpretaron por indicación temerosa, con que subía su aliento, decidiéndose á entrar por medio de las galeras.

El baluarte de San Felipe los dejó deslizarse sin daño; los galeones los recibieron cual correspondía, con certero fuego secundándolo por retaguardia las galeras, de manera que dos navíos echaron á fondo é incendiaron otro, causando entre las bajas la de Sir Walter Raleigh, herido de astillazo en una pierna. Duró el combate sostenido de cuatro á cinco horas, á cuyo término trataron de dejar el campo los galeones, dando la vela en demanda del caño ó canal del puente de Suazo, de entrada difícil aun en circunstancias favorables de marea y de serenidad, cuanto más en las de precipitación de

la batalla. Sucedió, pues, que vararon en los cantiles, en cuyo momento los abandonaron las tripulaciones; la del *San Felipe* lo incendió previamente; las del *San Mattas* y el *San Andrés* no se entretuvieron en aplicar este recurso destructor, dejando al enemigo apoderarse de los dos vasos, únicos que aprovechó, porque las llamas del primero sirvieron de señal á la imitación en la flota, cuyas naves todas iluminaron con siniestro resplandor las aguas tres noches seguidas antes de consumirse. Quedaban las galeras manteniendo solas el puesto mientras tuvieran esperanza de volver á flote á los galeones con el esfuerzo de los remeros; y no consiguiéndolo, entraron por el caño, y cortando el tramo de madera del puente fuéronse á la mar por la boca de Sancti Petri, dando vuelta á la isla.

En tanto, á favor del desconcierto y confusión, echó en tierra el Conde de Essex 600 hombres de primera barcada, suficientes para franquearle la plaza de guerra; porque si bien halló al desembarcar á su frente 500 infantes y 300 jinetes llegados de Jerez y de otros pueblos, apocados ante el espectáculo de destrucción de la armada, sin cabeza ni dirección como ella, tornaron las espaldas, corriendo á refugiarse en Cádiz.

No pienso que la historia se haya de escribir desfigurando los hechos cuando parezcan vergonzosos, como en algunas de las que tengo á la mano se hace, ni se me alcanza que el rubor se evite volviendo la cara á la pared. Lo que el hecho por sí manifiesta, mal se disimula cubriendo á los actores con velos que han de transparentarse por tupidos que sean. Vergonzoso ciertamente es lo que aconteció en Cádiz; remedio no tiene; sirva de lección al menos.

En vano los fugitivos del Puntal llamaron azorados á las puertas de la ciudad; más temerosos y alborotados que ellos los vecinos, les intimaron el alejamiento, á que no se acomodaron; antes bien, soltando á los caballos, ayudándose de las lanzas y de un montón de escombros que al pie de la muralla había, entraron por encima de ella enseñando el camino á los ingleses, que lo siguieron, no habiendo persona determi-

nada á estorbarlo. Los cañones emplazados, al segundo disparo habían caído á tierra, podridos los montajes; los hombres que tenían arcabuces pedían pólvora y munición, sin encontrar quien se la diera; ¿quién se la había de dar habiéndose encerrado en el castillo el corregidor y capitán á guerra D. Antonio ¹ Girón, guardia de la plaza, abandonando con la honra cuanto estaba á su cargo?

Así se hicieron dueños del pueblo los enemigos sin disparar apenas un mosquete, espantados de su misma fortuna inconcebible, haciendo sufrir los horrores del saqueo á los que lo tenían merecido. Los del castillo, donde no había cosa que comer, se entregaron al día siguiente, admitida la suma de 120.000 ducados que ofrecieron por las vidas y vestidos puestos, respondiendo como rehenes 50 caballeros principales, prebendados de la Iglesia y mercaderes.

Desde Cádiz avanzaron por el Arrecife 2.000 de los invasores hasta el castillo del León, que acabó por rendirse, autorizado el Alcaide para verificarlo por su señor, el Duque de Arcos, no dispuesto á socorrerlo, con lo que fueron los ingleses dueños de la isla y del puente que la pone en comunicación con el interior; y á juzgar por el miedo y los dichos de las gentes del contorno, dueños serían, queriéndolo, del Puerto de Santa María, de Jerez y aun de Sevilla, sin que esto quiera decir que se tuvieran por ovejas mansas, ni faltaran caballeros y hombres buenos que espontáneamente escaramuzaban molestando sin cesar al enemigo. El pavor, como las profecías, engendraba el conocimiento de la autoridad á que estaban sometidos, el Duque de Medina-Sidonia.

Escribió al Rey, cuando avistó las velas inglesas, que ningún efecto harían en Cádiz por estar todo *muy en orden*: volvió á escribir al día siguiente no serle posible acudir á la ciudad por mar ni tierra, ocupados cual estaban los pasos por enemigos, y que á Jerez se iba á formar plaza de armas; guardóse muy bien de comunicar que, habiéndole propuesto, si facilitaba cuatro ó cinco mil hombres, desembarcarlos con

¹ Agustín le nombra Cabrera de Córdoba.

las galeras en sitio adecuado con probabilidad de recuperar la plaza perdida, por saberse con seguridad por los prisioneros y las escaramuzas lo que la tropa del asalto era; que, habiéndole instado para ensayar en la bahía algún medio destructor de las naves, á todo se opuso, á nadie consintió hacer lo que él no hacía. Escribiendo, por último, no quedar armada, flota, ciudad, ni nada, le pareció momento oportuno para representar «lo poco remunerados que habían sido siempre sus servicios ¹».

En Cádiz permanecieron quince días los ingleses, registrado escondrijos, embarcando las mercancías almacenadas, ropas, muebles ú objeto de valor, y á lo último la artillería de los galeones y de la plaza, las campanas, rejas y aun puertas y ventanas. Deliberaron los jefes en consejo si convendría alguna incursión á cualquiera de los pueblos importantes, siendo contrario el acuerdo por entender encontrarían fuerza considerable reunida en los días transcurridos y podían comprometer el éxito alcanzado. Opuesto fué el acuerdo asimismo á la propuesta formulada por el Conde de Essex, de conservar la plaza conquistada, ofreciéndose á quedar en ella con 400 ó 500 soldados que obtendrían mantenimientos de Berbería; la mayoría deseaba poner en cobro el botín estimado en veinte á veintidós millones de ducados, una vez abierta á la reputación del rey Felipe y al poderío de España la herida de que difícilmente había de convalecer.

Esto resuelto, embarcados los rehenes con las tropas, arrimaron la tea á las iglesias y caseríos, ardiendo la ciudad por todos lados é iluminando la bahía cuando la dejaban, antes de amanecer el 16 de Julio. No se molestaron en demoler los muros y baluartes; tales eran ellos; pero se llevaban los dos galeones apresados, que entre los suyos descollaban y se distinguían por la grandeza y hermosura.

Al perderse de vista las velas, entró en Cádiz el Duque de

¹ *Documentos relativos á la toma y saco de Cádiz. Colección de documentos inéditos para la Historia de España, t. XXXVI.*

Medina-Sidonia con acompañamiento de muchas compañías que alojar sobre los escombros ¹.

Las galeras siguieron á distancia la retaguardia sin tomar más que un navío de 120 toneladas, por el orden y cuidado con que navegaban. En cambio Pedro de Zubiaur batió en su crucero del Norte á seis que venían de Inglaterra trayendo á la Armada municiones, apresando á cuatro y echando á fondo las otras dos.

Sobre si habían de desembarcar en Portugal hubo diferencias entre el Almirante y el Conde de Essex, defiriendo esta vez á los deseos del favorito de la Reina. Las naos surgieron en Faro, y desembarcó su gente sin oposición, porque los vecinos, lo mismo que los de San Blas, pueblo tres leguas distante, lo habían abandonado; fué, por tanto, de corto valor lo que hallaron, si no se cuenta la librería de Osorio, que debía de tener notoriedad cuando los historiadores

¹ Conocido es el soneto satírico de Cervantes que acaba diciendo:

«Tronó la tierra, obscurecióse el cielo
Amenazando una total ruina,
Y al cabo en Cádiz, con mesura harta,
Ido ya el Conde, sin ningún recelo,
Triunfando entró el gran Duque de Medina.»

Tratan del suceso relaciones de la época, algunas insertas en la *Colección de documentos* citada: otra que escribió el Corregidor del Puerto de Santa María se conserva manuscrita en la Biblioteca Nacional. Debió conocerlas Fr. Pedro Abreu al redactar su *Historia del saqueo de Cádiz en 1596*, reimpressa en 1866. D. Adolfo de Castro las ha dulcificado en el resumen con que compuso el capítulo 1, libro VI, de la *Historia de Cádiz y su provincia*. (Cádiz, 1858.) El dicho Cervantes se inspiró también en las escenas del saco al discurrir las de la novela *La española inglesa*. Puede agregarse á las narraciones españolas, *Nouveaux Advis envoyez de Madrid et Seville en Espagne: Touchant tout ce qui s'est passé en la prinse de l'isle et ville de Calix en Andalousie, par l'armée naval d'Angleterre et autres confederéz*. Lyon, 1596-8.^o—Item. *Copie d'une missive écrite de Seville en Espagne contenant les executions de l'armée Angloise de 29 & 30 Iuni 1596 en la prise des Haures & ville de Calix en Espagne*. [Viñeta.] A Paris, 1596. 6 fojas 8.^o Según esta relación, el Corregidor de Cádiz, D. Antonio Girón, era mas á propósito para manejar una rueca que una espada. Item. *Novelles de ce qui s'est passé en Espagne depuis la descente de l'armée Angloise á Calix avec autres particularitez de ce qui se passe á Bayonne & en Bretagne*. [Viñeta.] Á Paris, 1596. 7 fol. 8.^o Relación escrita por un partidario del príncipe de Bearne, propalando tantas falsedades como párrafos, entre ellas la toma de Jerez por los ingleses, evacuación de Bretaña y presa de sesenta navíos españoles con muerte de diez mil hombres.

ingleses la mencionan por trofeo entre las reses y hortalizas ¹. Siguiéron desde allí hacia el Norte, aproximándose á la Coruña con objeto de poner en tierra á uno de los caballeros regidores de Cádiz que les servían de rehenes para el pago de los 120.000 ducados convenidos, gravemente enfermo, y dieron motivo para comparaciones poco favorables al distrito gobernado por el Duque de Medina-Sidonia. En cuanto se esparció la alarma, acudieron voluntarios á defender la ciudad 5.000 hombres armados; y como se diera orden para internar á las mujeres, se negaron á ello, alegando haber probado anteriormente que podían ser útiles en las murallas. Mas no hubo necesidad de poner á prueba las voluntades por haberse perdido de vista la armada enemiga con rumbo á Inglaterra.

Sonaba con la hora de su marcha la de averiguación de los culpados en la pérdida de Cádiz, acontecimiento recibido en la opinión por menos desgraciado que ignominioso, abriendo el proceso, por orden del Rey, D. Luis Fajardo y el licenciado Armenteros. Treinta personas fueron diversamente condenadas, y con rigor mayor los jefes de la marina, don Juan Portocarrero, general de las galeras; Luis Alfonso Flores, que lo era de la flota, y Diego de Sotomayor, almirante

¹ En la Biblioteca Nacional, signatura G 51, fol. 205, hay manuscritos *Relação da desembarcação dos Ingreses na cidade de Faro, e de todo o mais successo*. Otra en la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. LXXXVIII, fol. 241, contiene declaraciones de D. Bartolomé de Villavicencio, regidor de Cádiz, que iba en la *Capitana* de Howard, y fué el que por enfermo dejaron en la torre de Hércules. Refiere un incidente curioso de 60 castellanos á caballo que, sin jefe ni mandato de nadie, acudieron á Faro, y hallando á los ingleses posesionados, hicieron alto al otro lado del río y enviaron reto, diciendo llegaban voluntarios á probar las armas tantos á tantos, como los britanos quisieran. Enviaron éstos un hombre solo; salió otro de los españoles, y de una y otra parte presenciaron el combate, en que venció el último. Entonces los ingleses, faltando á lo pactado, se echaron sobre el vencedor, haciéndole pedazos, y los compañeros se alejaron, manteniéndose á la vista hasta la hora del embarco, en que cargaron á la retaguardia, consiguiendo tomar 27 prisioneros. Á éstos cortaron las narices, las orejas y las manos, dejándolos en libertad de irse á las naves; y al verlos el Almirante, declaró indignado que, si averiguaba quiénes fueron los de la traición hecha á los españoles, los ahorcaría. Dijo otro declarante, prisionero de los ingleses en la mar, que lord Howard le interrogó dentro de su cámara, echado en un lecho de brocado, vestido de raso blanco, rodeado de caballeros.

de los galeones ¹. El Duque de Medina-Sidonia acreditó sin duda la bondad de sus providencias ante S. M., pues que las aprobó, agradeciendo el celo ².

La inmediata disposición se encaminó á la salida de don Luis Fajardo, con 36 urcas armadas que había en el río de Sevilla, para asegurar las flotas, orden oportuna por estar situado, como de costumbre anua, el conde de Cumberland en las islas Terceras, y con el encuentro de estas fuerzas hubo de volverse á Inglaterra con 20 muertos y algunas averías ³. En los mismos días se apresaron en la costa de Galicia cuatro corsarios de los menudos, que andaban al merodeo ⁴. Las flotas llegaron sin accidente á Sanlúcar, siendo la plata que conducían lenitivo á los sinsabores.

Doliente, afligido de la gota y de la fiebre como el rey don Felipe estaba, trató de repararse de los golpes dándolos en Irlanda con arreglo al plan formulado por D. Diego Brochero, que consistía en favorecer y ayudar al Conde de Tyrone, jefe de la insurrección contra la reina Isabel, levantando la bandera de independencia de la isla. Con tal objeto se ordenaron aprestos en Cádiz, en Lisboa y en Ferrol, recomendando urgencia que mal se avenía con la falta de recursos, ó más bien con el laberinto administrativo que los anulaba. Marcos de Aramburu, general de 11 galeones y cuatro pataches, salió de Cádiz conduciendo pertrechos para armar otros 11 galeones construídos en Guipúzcoa; mas como los vientos contrarios lo detuvieran, no le esperó el Adelantado de Castilla ⁵, nombrado jefe de la expedición, considerando ser harto

¹ Andrés de León: *Historia del Huérfano*, ms. en la Academia de la Historia, *Colección Muñoz*, t. XLIII.—Cabrera de Córdoba: *Felipe II*, t. IV, pág. 211.

² Real cédula dada en Toledo á 31 de Julio de 1596. *Colección de documentos inéditos*, t. XXXVI, pág. 433. Sin embargo, el juicio de la posteridad, sobre todo el de los militares, no absuelve al principal en el proceso «formado para escarmiento de incapaces y cobardes, pues de ambas cosas, desgraciadamente, se puede acusar á los que no impidieron catástrofe semejante». D. Eduardo de Mariátegui: *El capitán Cristóbal de Rojas, ingeniero militar del siglo XVI*. Madrid, 1880, pág. 48.

³ Barrow, obra citada.

⁴ *Colección Sans de Barutell*, art. 6, núm. 165.

⁵ Don Martín de Padilla y Manrique, adelantado mayor de Castilla, nacido en Calatañazor, empezó á servir militarmente en Flandes en 1558, y diez años des-

tarde ya para navegar hacia el Norte; y tanto era como temía, que, alcanzándole la sacudida equinoccial en el paraje de Viana el 28 de Octubre, dieron al través entre Corcubión y el cabo Finisterre 32 navios, sin contar carabelas ni embarcaciones menores, pereciendo cerca de 2.000 hombres, y salvándose á duras penas los bajeles restantes en diversos puertos del golfo de Cantabria ¹. El general de mar, escribía

pués lo hizo en la marina como cuatralvo. Con este cargo asistió á la batalla de Lepanto, distinguiéndose con la rendición y apresamiento de cuatro galeras turcas, una por cada una de las suyas. En 1585 servía el alto puesto de Capitán general de las galeras de España; hizo bastantes presas á los argelinos, atendió al socorro de los presidios de Berbería, cuidó del orden y organización de su escuadra, dictando bandos é instrucciones. Obtuvo por sus servicios título de primer Conde de Santa Gadea en 24 de Julio de 1587, teniendo por la casa los de Conde de Buendía y grande de España. En 1589 defendió la entrada del Tajo á la armada de Draque, y al retirarse picó su retaguardia, haciéndole presa. Por último, fué nombrado en 1596 capitán general de la Armada del mar Océano.

¹ Con fecha 14 de Diciembre daba cuenta de ocurrencias el Adelantado al Rey, expresando haber sido la pérdida en el cabo de Finisterre menos de lo que se creyó. El tanteo arrojaba los siguientes datos:

Salieron de Lisboa 81 navios; y habiéndose juntado 19 de Sevilla, eran.. 100
Había en Ferrol y otros puertos..... 75

Por manera que faltaban 25
de los cuales 20 conocidamente se habían perdido, y eran los que siguen:

	To- neladas.	Sol- dados.	Ma- rineros.	Gente salvada.	La que falta.
DE SU MAJESTAD.					
<i>Galeón Santiago</i>	900	239	91	23	307
<i>Esperanza</i>	120	48	28	70	6
<i>San Felipe y Santiago</i>	500	140	60	200	»
<i>Galizabra de Portugal</i>	350	120	60	180	»
DE PARTICULARES.					
<i>Nao Anunciada de Portugal</i>	1.000	160	90	7	243
<i>Galeón Capitana de Ivella</i>	1.100	406	118	384	140
<i>Galizabra Santa Cruz</i>	80	30	20	40	10
URCAS.					
<i>Ángel de Jacumbelum</i>	200	122	22	90	54
<i>Morión</i>	300	104	24	124	4
<i>Fondés el grande</i>	300	110	25	25	110
<i>David</i>	400	187	26	50	163
<i>Charrúa de Ocar</i>	80	31	14	21	24

Herrera ¹, ha de ser dichoso, como el médico. Dichoso no era el Adelantado, aunque por tal se considerara recogiendo en el Ferrol las reliquias de la flota puesta á su cargo con propósitos una vez más desbaratados.

No debe pasar sin observación, entre las ocurrencias del año 1596, la actitud ofensiva de las Provincias unidas, ó sea de las rebeladas en los Países Bajos, concurriendo con 20 de sus navíos y un regimiento de soldados veteranos al ataque de Cádiz. Habían combatido á la armada española en los Bajos de Flandes durante la jornada de 1588; habían contribuído también, con ingleses y franceses, al sitio del León, en Brest; mas todo ello entraba y podía considerarse defensa de su territorio, mientras que ahora, por vez primera, se atrevían á romper las hostilidades en las tierras y puertos de su antiguo señor, adonde, por raro que parezca, continuaban viniendo de paz y comerciando sus navíos, lo mismo que si nada hubiera cambiado en el modo de ser de los pueblos

	To- neladas	Sol- dados.	Ma- rineros.	Gente salvada.	La que falta.
<i>Saeta marsellesa</i>	90	40	20	40	20
<i>Ángel</i>	200	85	19	47	57
<i>Sansón el Chico</i>	300	137	25	160	2
<i>Santiago de Pedro Linés</i>	160	137	25	160	2
<i>San Pedro de Sevilla</i>	250	120	20	133	7
<i>Santiago de la Tercera</i>	200	71	15	30	56
<i>Mezmau</i>	200	106	20	12	114
<i>Domingo, irlandés</i>	60	26	14	21	19
CUÉNTANSE POR PERDIDAS.					
<i>Ángel Gabriel</i>	350	150	24	»	174
<i>Urca de Pedro Juan</i>	130	41	14	»	55
<i>Jonás el Chico</i>	80	30	12	»	42
<i>Francés de Olona</i>	50	20	12	»	32
<i>Delfín de Olona</i>	50	22	12	»	32
25.....	7.450	2.603	797	1.694	1.706

Entre los muertos, ocho capitanes, tres caballeros irlandeses y siete oficiales.

Según cuenta posterior, las naves perdidas subieron á 32.

Colección Sans de Barutell, art. 4, números 1.262, 1.267 y 1.263. — *Colección de Jesuitas*, t. LXXXVIII, fol. 242.

¹ *Historia general del mundo*.

desde los tiempos de Carlos de Gante. Venían y comerciaban los bajeles holandeses, favorecidos de los mercaderes castellanos, mediando para ello recomendación é informaciones de Guipúzcoa, Vizcaya, Cuatro Villas, por intermedio del secretario D. Juan Idiáquez ¹. El Rey embargaba ó fletaba naves holandesas y zelandesas, sirviéndose de ellas y de los marineros y artilleros en sus escuadras, verificándolo el mismo año 1596 de la hostilidad, en que no pocas urcas vinieron á embarcar vinos de Canarias con diversas mercancías. Al exponerse á perder la benevolencia con que eran tratados siéndoles tan provechosa, daban señal de la vitalidad adquirida desde los principios de la insurrección; vitalidad á nuestras expensas lograda con el desarrollo de las industrias de mar, la pesca y la navegación. Tenían en la data anotada 70.000 marineros; habían constituido Compañías de armadores que ensayaron expediciones á las Indias orientales y occidentales, sin desanimarse por los primeros infructuosos resultados, y despachaban ya convoyes de 200 velas con cargamento de trigo para el fondo del Mediterráneo ².

Asimismo es de reparar por este tiempo la petición que dirigieron las Cortes al Rey para que se concedieran licencias de armar en corso á particulares y se sacara provecho de un recurso tan ejercitado por los enemigos, origen de la orden general circulada concediendo á cuantos quisieran hacerlo el beneficio del quinto de presas perteneciente á la Corona, que únicamente reservó para sí la artillería de bronce y los prisioneros flamencos.

Dos de las concesiones tenían realmente alguna similitud con las de los grandes señores de Inglaterra: la de D. Tiburcio de Gonzaga para armar dos navíos contra rebeldes ³, y la del bailío Luis Álvarez de Tavora, en que la facultad se extendía á la formación de armada de diez navíos, nombramiento de personas que los gobernara y amplitud del radio

¹ *Colección Vargas Ponce*, leg. 7, núm. 158.

² M. Le Clerc: *Histoire des Provinces-Unies des Pays-Bas*. Amsterdam, 1723.

³ *Colección Sans de Barutell*, art. 4.º, núm. 1.261.

de acción contra todos los enemigos en los mares de Europa é Indias¹; mas en el resultado no podían asemejarse; el aliciente del corso entre los extraños era el tesoro de metales del Nuevo Mundo, entendiendo que la captura de una sola nave resarcía los gastos del armador de escuadra contentando á los tripulantes.

¹ *Colección Sans de Barutell*, art. 2.º, núm. 87.

IX.

CAMBOJA, SIAM, JAPÓN

1593-1598.

Arrogancia de los japoneses.—Embajada de éstos y del Rey de Camboja.—Preparativos contra el Maluco.—Asesinato de Das Mariñas.—Proezas en los reinos de Siam.—Taico-Sama.—Despojo del galeón *San Felipe* y crucifixión de misioneros.—Reconocimiento de la isla Formosa.



ENTRE los chinos establecidos en Manila con barrio especial y casas de banca, sostenedores del comercio activo extendido hasta Nueva España, habíanse introducido algunos japoneses industriosos, que hacían venir de su país harinas y otros artículos á cambio de los productos del suelo. Por gestión de estos mercaderes llegó embajada del Emperador, designado en los escritos de la época con el título de Tayco-Sama, pretendiendo nada menos que el reconocimiento de su autoridad y pago de tributos por los que habitaban en las islas Filipinas. Si se calcula la acogida que tendría el industrial extraño que se apareciera en Albacete con propósito de venta de navajas, podrá formarse idea de la recepción que un Gobernador español del siglo xvi había de hacer á los portadores de comisión que promovía su risa. Dijoles en el acto, con seriedad, que su señor no entendía lo que era pago de tributos, acostumbrado como estaba á cobrarlos; pero se reservó la contestación de la carta, ofreciendo enviarla por manos de em-

bajadores suyos; y desentendiéndose, hábil político, de la insinuación estrafalaria, designó á cuatro frailes de la Orden de San Francisco para devolver la visita, encargándoles afirmar de viva voz la conveniencia mutua que resultaría del establecimiento de relaciones de amistad y comercio, así como de la navegación directa y cambio entre las islas. El Tayco-Sama recibió á los religiosos sin acordarse de los fieros de la carta; consintióles fundar casa y predicar la fe, é hizoles honra, promoviendo desde entonces la comunicación ¹.

Ocurría esto en el año 1593, y casi al mismo tiempo arribaban á Manila también comisarios del rey de Camboja; portugués uno, castellano otro, trayendo de regalo elefantes, los primeros que se vieron en las islas, en gracia de la solicitud de amistad y alianza contra el rey de Siam, su vecino. El gobernador Das Mariñas devolvió los regalos y despachó á los embajadores con buenas esperanzas y propuestas análogas á las del japonés en lo relativo á transacciones mercantiles, que en lo demás no se sentía inclinado á las aventuras, por más que le agradara la opinión divulgada del poderío español.

Más urgente juzgaba, como empresa recomendada por el rey D. Felipe, acudir al remedio del azaroso estado del Maluco, para lo que venía disponiendo recursos y armada, construída expresamente una galera capitana de veintiocho bancos, dispuestas tres más y hasta cien velas entre galeotas, fragatas y embarcaciones del país ², embarcando casi 1.000 españoles, 400 pampangos arcabuceros, 1.000 visayas, aparte de los remeros y gastadores. Nunca se había visto en las aguas de Oriente armamento parecido, capaz de romper cualquier obstáculo. Mas habíase tomado por mira el Ma-

¹ Acaso sean de entonces dos relaciones manuscritas incluidas en la *Colección Navarrete: Descripción del Japón por un español que estuvo allí el siglo XVI*, t. XVIII, número 72; *Discurso sobre la población de las islas Filipinas y su contratación, así con la Nueva España como con la China, Japón y demás islas, sus comarcas*, t. XVIII, número 46.

² Doscientas velas anota Morga, diferenciando á otros historiadores.

luco, como dicho queda, y el Maluco fué siempre para los españoles lugar malhadado, no quedando de él otra memoria grata que la historia que escribió con maestría Bartolomé Leonardo de Argensola.

Das Mariñas dió la vela del puerto de Cavite el 17 de Octubre de 1593, destacando á vanguardia á su hijo D. Luis con orden de esperar en las islas de los Pintados ó Visayas. Había enganchado para remeros de la capitana 200 chinos voluntarios ¹, creyéndolos de más esfuerzo que los indios y confiando en la buena paga y halago que les hacía, por lo que no llevaba más de 40 españoles de guarnición en custodia de su persona y de la caja de caudales. Esta despertó desde el instante la codicia de los celestes, que la marcaron por suya; y como la galera fondeara á la segunda noche en compañía de algunas fragatas, en la hora del sueño se alzaron los chinos y asesinaron al General y compañía, sin que escaparan á la matanza más que dos españoles por no verlos. En el acto dieron la vela, yendo á parar á Cochinchina, donde el Rey les tomó lo que llevaban de valor, así como dos piezas de artillería gruesa y el estandarte, dejando perder el buque en la costa y que los asesinos se dispersaran huyendo por tierra.

La armada, falta de cabeza, volvió á Manila, aguándose la conquista de Terrenate, que se tenía por cierta, mas no sin compensación que pareció providencial, porque á principios del año siguiente de 1594 entraron en la bahía champanes chinos sin mercancía, con mucha gente de guerra y mandarines que, á vista de la armada, procuraron explicar su presencia ante el Gobernador, alegando fútiles pretextos contra presunción de haberlos conducido la noticia de estar las islas desguarnecidas.

También llegó por entonces al puerto una embarcación procedente del reino de Camboja, conducida por Blas Ruiz de Hernán González, aventurero manchego, y por Pantaleón

¹ Doscientos cincuenta según Fr. Gaspar de San Agustín; mas parecen muchos, porque, aun á siete por remo, sumarían 196.

Carnero y Antonio Machado, portugueses, con nueva de discordias y guerras en la región de que habían escapado. Contaban que el rey de Siam había invadido las tierras de su vecino el de Camboja, apoderándose de la capital Chordemuco⁴ y preso á los extranjeros que estaban al servicio de Prauncar Langara y defendían sus intereses, mientras él buscaba refugio en la corte de Laos. Uno de los referidos extranjeros, Diego Belloso, portugués, fué llevado por los vencedores en su regreso á Siam; Blas Ruiz, Carnero y Machado, de que se ha hecho mención, embarcados en un junco de guerra con destino á la ciudad de Odiá, adonde iba lo más rico del botín cogido.

Conociendo la rapacidad de los chinos que formaban parte de la tripulación, les insinuó Ruiz el buen negocio que podrían hacer alzándose con el navío y llevándolo á cualquier puerto del Celeste Imperio; insistió secretamente en la tentación, dando traza y seguridad del resultado si á él y á los dos compañeros soltaban las prisiones; en una palabra, fueron atacados de noche y por sorpresa los siameses, sucumbiendo los más; y como al distribuir la presa estuvieran advertidos los chinos de que tanto mayor sería la parte cuantos menos se la repartieran, vinieron á las manos unos con otros con tal saña, que, muertos muchos, llegaron á hacerse dueños de la embarcación los tres españoles, como desde el principio habían pensado; y alcanzando sin otro accidente la bahía de Manila al mando de Blas Ruiz, les fué adjudicada la presa.

El rey de Siam juzgó por la tardanza que algo siniestro debía haber ocurrido al junco; y como la riqueza que portaba valía la pena de tomar informes, envió á reconocer la costa, buscando persona conocedora de los mares inmediatos. Esta ocasión aprovechó el prisionero Diego Belloso, haciendo valer su pericia marinera, y embarcándose bajo la vigilancia de un mandarín y guardia de confianza; pero también halló expediente para quitar de en medio á los custodios y entrar en Manila dueño del barco.

⁴ *Cho-da-mukha*: significa residencia de mandarines.

Por estas circunstancias volvieron á encontrarse Blas Ruiz y Diego Belloso, compañeros y émulos toda su vida. De acuerdo para inclinar el ánimo del Gobernador accidental, D. Luis Das Mariñas, á disponer una expedición que favoreciera en Camboja al rey destronado Langara, pintando muy fácil la restauración, de que no podría esperarse menos de un buen puerto de escala, cuya posesión serviría de base de operaciones á la conveniencia de España en lo futuro, contra la opinión de personas sensatas de la capital, incluso los capitanes de guerra, alcanzaron la autorización, armando tres bajeles; uno de mediano porte, al mando del sargento mayor D. Juan Juárez Gallinato, jefe superior, y dos menores, gobernados por Ruiz y Belloso, llevando entre todos 120 españoles, algunos japoneses cristianos y pocos indios filipinos.

Hiciéronse á la mar á principios del año 1596, empezando una serie de aventuras y de hazañas que hicieran brillar entre los héroes á los ejecutores á depararles la suerte época distinta y teatro menos lejano al centro de la cultura europea. Tomáranse sus hechos por invención de libros de caballerías si tantos y tan respetables autores no los hubieran recogido, apoyándose en el testimonio de documentos subsistentes en los archivos ¹.

Separados los navíos con temporal, el de Gallinato, en que iba la mayor parte de los españoles, arribó al estrecho de Singapore, donde se detuvo muchos días; el de Blas Ruiz primero, después el de Belloso, alcanzaron con trabajo la costa de Camboja y subieron por el río Mecon ó Mekong, hasta la ciudad de Chordemuco. Allí supieron que los man-

¹ He publicado en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, año 1893, tomo xxxv, pág. 201, compilación de estos sucesos en artículo que lleva por título «Españoles en Camboja y Siam corriendo el siglo xvi». En la *Colección Nava-rrrete* se contienen: *Relación y sumario de lo que ha sucedido y se ha proveído y ordenado en el Gobierno de las islas Filipinas desde que entró en él D. Luis Pérez das Mariñas hasta Junio 1594.* (T. xviii, números 53 y 54.)—*Relación y descripción de los reinos de Champa y Siam, y de otros sus comarcas de la India Oriental, muy circunstanciada, hecha en Manila por Diego Beloso, Blas Ruiz de Fernán González, Gregorio de Vargas Machuca, Francisco de Sagredo, Diego de Chaves Cañizares y Pantaleón Carnero.* Año 1595. (T. xviii, núm. 56.)

darines, alzados contra los invasores siameses, los habían arrojado del país y estaban bajo la férula de uno de ellos, hábil en hacerse proclamar rey sin consentimiento de los otros.

No podían soñar coyuntura mejor los expedicionarios, hallando el reino dividido en tantas fracciones como mandarines pospuestos tenía, en guerra interior y exterior á la vez, revuelto y enconado. Empezando por anunciar á Anacaparán (que así se llamaba el Rey intruso) la próxima llegada de Gallinato con fuerzas formidables, procuraron con ahinco unir contra él á los descontentos, á reserva del mejor derecho de cada cual á suplantarle, propósitos que no se ocultaron al astuto usurpador, por más que contemporizara con los extranjeros, temiendo que interceptaran seis champanes chinos que tenía en el río con valioso cargamento, aunque, á precaución, había reforzado su guarda y marchado á la ciudad de Sistor, distante 27 millas del puerto.

Sea porque los chinos se insolentaran, como los españoles dijeron, ó porque éstos no sufrieran con paciencia la inacción, no tardaron en hacer una sonada, tomando al abordaje los seis champanes, con muerte de mucha gente, alborotando á toda la población de la misma naturaleza, que era muy numerosa, y en la que principalmente se apoyaba Anacaparán. Arrepintiéronse, por consiguiente, de una victoria que les colocaba en situación gravísima á no llegar de seguida Gallinato ó encontrar medio de apaciguar la cólera del Rey.

Blas Ruiz y Diego Belloso, en consulta con el dominico Fr. Alonso Jiménez, decidieron como lo más prudente subir los tres por el río con escolta de 50 hombres, pedir audiencia á Anacaparán y darle cumplida satisfacción de la refriega ocurrida por agresión de los chinos; mas apenas desembarcaron de los bateles les rodeó la multitud armada, negándose sus jefes á escuchar razones, y amenazándoles con la muerte si inmediatamente no devolvían los champanes con el contenido.

Desesperada fuera la situación de aquellos pocos extranjeros á no ser los caudillos de los que aman el peligro. Lejos de desmayar, se mantuvieron en actitud expectante mientras

duró el día; en la obscuridad buscaron sitio á propósito para atravesar un brazo del río que los separaba de la ciudad; entraron sin ser esperados ni sentidos; pusieron fuego al palacio y á los almacenes; sembraron el espanto entre los pobladores, haciendo matanza horrible, que duró hasta muy entrado el día siguiente, y en la que pereció el mismo Rey; mas no por el éxito de tan audaz empresa se hicieron la ilusión de volver sin riesgo á las embarcaciones al emprender la retirada. Por rápida que fuera su marcha, cansados como estaban y faltos de conocimiento del terreno, dieron tiempo á que el enemigo se reuniera y los atacara por la espalda, si bien fué para sufrir nueva derrota con no escasa pérdida. Los españoles, maravilloso parece, no tuvieron un solo muerto, y volvieron á sus bajeles.

Llegó en esto Gallinato, colmando de alegría su vista á los vencedores. Contáronle lo ocurrido, explicando el cambio que en la situación del país iba á producir la muerte del usurpador, toda vez que, animados los mandarines, levantarían la bandera de Langara, el rey legítimo; y, en efecto, muchos cambojanos de suposición llegaron á visitar la escuadra, refiriendo pormenores de la muerte de Anacaparán y confirmando el juicio de Ruiz y Belloso. No obstante, Gallinato no quiso dar crédito á nada de lo que se le decía, ni menos seguir el consejo de empezar la campaña; al contrario, censuró agriamente el proceder de sus subordinados por no haber esperado su llegada, tomó para sí, como en castigo, todo el botín que se había sustraído á los chinos y cambojanos, y sin más dispuso dar la vela para Manila.

Por más que la determinación echara por tierra los planes de nuestros dos aventureros, no admitiendo réplica, ni siendo Gallinato hombre que admitiera reflexiones, no se desanimaron ni desistieron, pensando si algún rodeo les conduciría al fin cuyo camino directo se cerraba, y con idea de ir por tierra á Laos, donde residía el rey destronado de Camboja, propusieron al jefe de la escuadrilla, porque no fuera del todo estéril la expedición, hacer escala en la costa de Cochinchina para reclamar la galera en que fué asesinado el gobernador

anterior de Filipinas, Gómez Pérez Das Mariñas, refugiada en aquel reino, ó por lo menos el estandarte y la artillería.

Accedió Gallinato, no hallando pretexto con que negarse á tan razonable demanda, si bien pensando utilizar en su provecho la terquedad de los subordinados, porque el viaje al interior, que autorizó también, le desembarazaba de dos personas cuyo testimonio, al regresar á Manila, podría dar á su alejamiento de Camboja aspecto muy distinto del que se proponía pintar.

El rey de Tonkín, lejos de acceder á la entrega de los efectos reclamados, trató de apresar la nao de Gallinato, por lo que se salió del puerto, echando á fondo algunas de las embarcaciones que le acometieron.

Ruiz y Belloso, obtenida licencia del rey de Sinna para atravesar sus estados, emprendieron solos el viaje, llegando sin obstáculo á la ciudad de Alanchán ¹, capital de Laos, cuyo soberano les recibió muy bien, pero con tristes nuevas. Prauncar Langara y sus dos hijos mayores habían fallecido, quedando de la familia el joven Prauncar bajo la tutela de mujeres que formaban el Consejo de regencia. Lo que hablaron para persuadir las á marchar sin dilación no es decible, estrellándose su persuasivo razonamiento en el recelo mujerial, que estimaba más seguro el refugio de Laos que la perspectiva de campaña empezada con ejército compuesto de dos hombres, hasta que la llegada del mandarín Acuña Chu con diez paraos bien artillados, y la seguridad que daba de estar el reino más dividido desde la muerte de Anacaparán, resistiendo á Chupinanón, su hijo, reforzó los argumentos de los españoles, acabando su energía por vencer á la vacilación. Belloso y Ruiz emprendieron, por fin, el viaje á Camboja con la familia real.

Nombrados caudillos y directores de la guerra los dos iberos, la empezaron con los de los jefes malayos musulmanes, atraídos al bando, procediendo con tacto político tan acertado, como grande energía y desusada actividad en aquellas

¹ *Lant-chang.*

regiones. Dijérase que tenían sujeta á la fortuna y aliada á la victoria, observando de qué modo progresaron hasta concluir con las resistencias y proclamar rey á Prauncar.

La Regencia significó agradecimiento á los restauradores, nombrándoles *Grandes Chofas*, dando á cada cual una provincia en feudo, con otras mercedes, aunque no tantas como se les había ofrecido en el asilo de Laos, ya porque en Camboja, como en otras partes, exista diferencia entre el dicho y el hecho, ya porque Asia no sea excepcional en el dominio de las pasiones que por acá llamamos envidia y celos. Los jefes malayos no veían de buen talante la influencia de extranjeros de otra raza. Mientras duró la guerra guardaron encerrado el despecho; mas cuando el reino estuvo sosegado dejaron conocer su mala voluntad suscitándoles dificultades de toda especie aun en la misma Corte.

Así las cosas, instigó Blas Ruiz al Rey á firmar carta dirigida al Gobernador de Filipinas pidiendo envío de misioneros, con promesa de completa seguridad para sus personas y las de los cristianos cambojanos. Con ella fué otra de aquel Capitán, dada á 20 de Julio de 1598, relatando los sucesos, guerras, conspiraciones, ejecuciones y asesinatos; tratando de la producción natural del suelo, y refiriendo, por último, la rivalidad de los mandarines. Estimaba que, á ser otro el proceder de Gallinato, pertenecería á España, si no todo, lo más del reino, estando gobernadas por castellanos las provincias, y teniendo en los puntos estratégicos castillos y fortalezas, al paso que la situación era de presente difícil y exigía el envío de una expedición si no se quería perder lo adelantado.

Los asuntos iban, efectivamente, de mal en peor. Un fraile que accidentalmente llegó con 14 españoles aumentó por de pronto el prestigio de Ruiz sin contrarrestar el de los malayos, que aprovechaban la proximidad de su país para engrosar continuamente las filas de sus servidores. Además alcanzaron del rey de Laos un ejército auxiliar de 5 á 6.000 hombres, cuyos jefes quisieron también intervenir en el gobierno: la misma pretensión abrigan ciertos japoneses, apoyados en los buques de guerra en que servían, y, por remate, ha-

biendo llegado un portugués que dejó en tierra algunos hombres de la tripulación, se cansó Beloso del papel secundario que había hecho hasta entonces, queriendo anteponerse á Ruiz en el mando.

El Rey, de carácter débil, se había abandonado al vicio de la embriaguez desde que se vió en el trono, entregándose en manos de las mujeres, que, celosas del español, tejían madeja de intrigas, de que con dificultad conseguía desenredarse. Se concibe que semejante conducta no fuera la más á propósito para sujetar los espíritus turbulentos y mal avenidos que rodeaban á la Corte. Más de una vez vinieron los mandarines á las manos casi en presencia del desprestigiado soberano, alentándose al postre la insurrección vencida, y volviendo á rebelarse á la vez varias provincias.

Blas Ruiz se alió con los japoneses en sostén de los intereses mutuos; pocos eran en número; no obstante, en las revueltas ó batallas formales en que tomaban parte, cuando el Rey en apuro los solicitaba, el triunfo era seguro, manteniendo el prestigio y reputación del Capitán, pero creciendo también sin límites el odio de los demás partidos.

En ocasión de una de las marchas, no habiendo quedado en el cuartel más que los enfermos y heridos, lo atacaron las tropas de Laos y mataron al fraile con algunos otros españoles y japoneses. La venganza fué terrible: á falta de justicia del Rey, se la hicieron por sí mismos; los jefes malayos y los principales mandarines fueron sucesivamente muertos, encerrándose tras esto en su cuartel, sin querer continuar la guerra contra los rebeldes, que se envalentonaron, y ganando una batalla importante, vinieron con el pretendiente á las puertas de la capital. Entonces fueron los ruegos, las promesas del Rey, las lágrimas de las princesas, tan altivas poco antes; entonces pareció poco cuanto la Corte poseía para atraer al hombre de hierro, al español, única esperanza en la fatal extremidad; y entonces Ruiz se hizo valer, retardando la acción porque fuera más señalada, como lo fué, con la destrucción del indisciplinado ejército rebelde y el considerable botín que produjo.

En Manila hicieron escaso efecto las excitaciones de nuestro Capitán; harto tenían que hacer por allí con los moros y piratas de Joló y de Mindanao, lanzados á la ofensiva con daño, y no era terreno lo que hacía falta, al decir de los hombres de arraigo; además, había pintado Gallinato las cosas á su modo, dando fuerza á la argumentación de los enemigos de aventuras. Con todo, fray Alonso Jiménez, que, como es dicho, estuvo en la anterior expedición, tomó á su cargo la cruzada, abogando por otro armamento; y ya que no pudiera obtenerlo del Gobierno, estimuló á D. Luis Das Mariñas, que acababa de dejarlo, á acometer la empresa por su cuenta y riesgo. Pretexto para entrar en armas en el país no había de faltar: no falta nunca al más fuerte. Ibase á consolidar el trono de Prauncar con el favor de la justicia y el derecho. Después, con su permiso, se pasaría al inmediato estado de Champán ¹, de que podía tomarse posesión sin dificultad, toda vez que estaba usurpado, y su reyezuelo insultaba á la cristiandad con una fortaleza en la costa, nido de embarcaciones que, sin distinguir de banderas, desvalijaban á las europeas empleadas en el comercio de China y Japón, cometiendo asesinatos y otros crímenes en la impunidad. Con estos antecedentes, informaron los teólogos y jurisconsultos que la guerra y conquista de aquel país, cuya situación, con respecto á los intereses de España, no era de menos importancia que la de Camboja, estaban justificadas. Don Luis Das Mariñas obtuvo, por tanto, autorización de levantar gente voluntaria y emprender con su bolsillo las operaciones que tuviera por buenas. Armó dos buques medianos y una galeota, embarcando 200 hombres con abundancia de bastimentos, y se hizo á la mar el mismo año de 1598.

La suerte no le fué propicia; luchando con tormentosos tiempos naufragaron los dos barcos mayores en la costa de China, sufriendo muchas vicisitudes ²; únicamente la galeota,

¹ Ó Chiampa: los naturales lo nombran *Xiem-La*.

² Constan en la *Relación de los sucesos de D. Luis Pèrez Das Mariñas, en la jornada que se ofreció hacer á su costa para la empresa de Camboja, en la tierra firme de*

mandada por el alférez Luis Ortiz, conduciendo 25 españoles, llegó á Chordemuco. Así y todo, pareció á Ruiz considerable el refuerzo que le arribaba, aunque con él no sumara su ejército 100 hombres. Dos meses más tarde se le agregó una fragata con el capitán Juan de Mendoza Gamboa y el dominico fray Juan Maldonado, persona de mucha ilustración; y estando por entonces reconciliado con Belloso y su tropa portuguesa, contó más fuerza que nunca.

Sirviéndole de garantía, manifestó al Rey ser llegado el tiempo de recibir la remuneración debida á sus servicios, que fijaba en la concesión de terrenos donde construir una fortaleza. La petición irritó á lo sumo á las princesas de la Regencia, lo mismo que á los malayos, que dilataban la respuesta convocando á conferencias interminables, sistema de la diplomacia oriental, que obligaba á los jefes españoles á separarse del campo atrincherado á orilla del río. En su ausencia hubo más de una riña con los malayos, que de intento iban á provocarlos; empezaban individualmente, pero solían hacerse generales, resultando muertos y heridos de cada parte, dando motivo después á nuevas conferencias y arreglos, consumo inútil de tiempo y preparación del complot que se fraguaba.

El alférez Luis de Villafañe, que solía mandar el campo mientras se hallaban en la ciudad Belloso y Ruiz, se exaltó en una de las riñas en que fué gravemente herido su compañero Luis Ortiz, al extremo de olvidar las instrucciones recibidas y aun los consejos de la prudencia, sin los que entró á degüello y sacamano con los malayos. En vano Ruiz y Fr. Juan Maldonado acudieron á remediar el conflicto; las mujeres levantaron al pueblo en masa, lanzándolo sobre los extranjeros; y como no estuvieran reunidos ni con prevención del peligro, españoles, portugueses y japoneses fueron acorralados por la muchedumbre; y aunque la defensa fuera como es de suponer en tan aguerridos soldados, allí quedaron todos, á excepción de Juan de Mendoza, bien afortunado en dar la

la China. Ms. Colección Navarrete, t. XVIII, núm. 60. En la Biblioteca de S. M. el Rey se conserva otro ms. Carta á fray Diego de Soria, Obispo de Nueva Segovia, sobre el mal suceso de la jornada de Camboja.

vela precipitadamente en el último trance, y escapar de los paraos, que le persiguieron largo espacio.

Blas Ruiz de Hernán González y Diego Beloso terminaron juntos los sobrehumanos hechos de su carrera; sucumbieron como habían vivido, haciendo prodigios de valor y teniendo enfrente miles de enemigos. Con ellos concluyó por entonces la ingerencia de España en aquellas regiones del Asia, si á España es de adjudicar la obra privativa y espontánea de estos sus hijos; y como si fueran sostén del reino de Camboja, después de ellos cayó en la más espantosa anarquía y fraccionamiento, asesinado el Rey por los que habían de disputarse sus despojos, que al fin tuvieron la misma desdichada suerte.

Me he extendido en la exposición de sucesos ocurridos en el Extremo Oriente por ser dignos de recordación y no verlos indicados en las historias generales, siendo así que marcan los pasos dados con objeto de relacionar la entidad vigorosa de los españoles arraigados en las Filipinas con los imperios inmediatos. Con este objeto se cambiaron embajadas con China, alcanzando la concesión del puerto de Pinal, próximo á Cantón, para fundar factorías comerciales en las mismas y mejores condiciones acordadas á los portugueses en la de Macao, aunque ellos procuraron impedirlo usando de toda especie de artes malas y buenas, y llegaron á hacer armas contra las naves de D. Luis Das Mariñas ¹; ellos, súbditos del rey D. Felipe. Hiciéronse á la vez intentos en el Japón, interrumpidos algún espacio por ocurrencia que es de contar ².

En el mes de Julio de 1596 salió de Cavite la nao *San Felipe* con destino á Acapulco, dirigiéndola D. Matías de Landecheo, general de la Carrera. Luchó desde el principio de la navegación con tiempos borrascosos en tan grave estado el buque, que los tripulantes lo creyeron perdido, habiendo

¹ Carta de D. Fernando de los Rios Coronel al Dr. Antonio de Morga, publicada en la obra de éste, *Sucesos de Filipinas*, fol. 55 vto.

² Lo hice con alguna amplitud en *La España Moderna* (Madrid, Mayo de 1894), en artículo encabezado: «Cómo han ido civilizándose los japoneses».

desarbolado de todos los palos y rendido el timón. Muchas veces lo vieron cubierto por las olas, atravesado á sus golpes y casi zozobrado, hasta que pasó el huracán ó vaguío en que estuvo envuelto horas mortales.

Averiguada la situación por observaciones astronómicas, resultó hallarse en 37° de latitud, á seiscientas leguas de las islas Filipinas y á ciento cincuenta de las del Japón. La vuelta á las primeras, sobre ser más larga, ofrecía, con la contrariedad de los vientos reinantes, dificultades casi insuperables, sirviéndose de las *bandolas* ó palos improvisados con las piezas de arboladura de respeto; el camino que conducía al Japón no era tampoco breve; tenía por término costa muy peligrosa, completamente desconocida á los oficiales del *San Felipe*, y dado caso que salvaran los arrecifes, quedaba en duda el recibimiento de los naturales. La Junta de jefes no creyó, por tanto, que debía adoptarse resolución sin meditarla mucho, divididas como andaban las opiniones. Una parte se inclinaba á volver á Manila á todo evento, en la creencia de que los peligros de la mar no eran tanto de temer como la mala fe de los japoneses; mas la mayoría combatió la aserción razonando que las relaciones comerciales de la plaza de Manila con la de Nangasaki y la acogida en esta de misioneros españoles, eran garantías suficientes para contar con buena acogida, y de hecho con los recursos necesarios para reparar las averías y continuar la navegación. Formadas que fueron las *bandolas*, se hizo, pues, rumbo á las islas como consecuencia del acuerdo, avistando al sexto día la costa de una provincia llamada Toza.

Muchos juncos del país se aproximaron inmediatamente al galeón, indicando puerto inmediato que ofrecía completa seguridad para cuanto desearan. La autoridad local ofreció toda especie de servicios al General, que, por prudencia, hizo sondar la entrada de dicho puerto, nombrado Hurando; y como se cerciorara de que, en efecto, era capaz y hondable, aceptó el remolque brindado por las embarcaciones prácticas, sin poder sospechar la perversa intención que realizaron, de embarrancarlo en un bajío dentro del mismo puerto.

Aparentaron los japoneses el mayor sentimiento por el accidente, que achacaban al mucho calado del buque, representando con tal perfección la comedia que tenían estudiada, y que tal vez no ejecutaban por primera vez, que nadie en el galeón dudó de sus propósitos. El ofrecimiento de los auxilios aparecía inteligente y desinteresado: de los mismos prácticos del puerto partió la indicación de alijar el buque sin pérdida de momento para volverlo á flote, y la facilidad de embarcaciones con que verificar la faena, así como de almacenes cercados y seguros, próximos á la ciudad, donde podrían depositarse cargamento y pertrechos con debida custodia.

Todo marchó á maravilla mientras no estuvieron en tierra los efectos: así que se trató de dar principio á las reparaciones del buque cambió la farsa, manifestando el Gobernador que para hacer carenas era de todo punto indispensable la autorización expresa de Taico-Sama, señor del Japón, que residía en su corte de Miaco, á cien leguas del puerto.

El general Landecho, receloso ya de tantas formalidades, no desesperó, sin embargo, de dominar la situación, confiando el resultado á una embajada. Despachó al efecto á uno de los jefes, dos frailes pasajeros y algunos oficiales portadores de un presente para el soberano, compuesto con los objetos de más valor que llevaba el *San Felipe*. Recomendó el General á estos sus mensajeros que se valieran desde luego de los PP. Franciscanos autorizados para residir en Miaco, donde tenían fundaciones de convento y hospital.

Las noticias que Taico-Sama tenía acerca del valor del cargamento y los presentes de la embajada que aceptó, sin recibirla, despertaron su codicia, decidiéndole á apropiárselo todo. En vano procuró evitarlo el prelado de los misioneros, Fr. Pedro Bautista, poniendo en juego las buenas relaciones de la Corte; el Emperador comisionó á uno de sus favoritos para ejecutar el despojo, é hizolo con todo rigor, poniendo presos á los españoles y amenazándoles de muerte si ocultaban el menor objeto, fundando la resolución en ser el *San Felipe* navío naufrago y pertenecerle por las leyes del país.

Intentó todavía el general Landecho algún remedio á la tropelía pasando en persona á la capital, con lo que empeoró la situación, irritando las observaciones de los misioneros en términos de declararlos Taico-Sama peligrosos en su reino, condenarlos á muerte y decretar la persecución de los cristianos que habían doctrinado. Por consecuencia, fueron crucificados en Nangasaki ¹ los religiosos con algunos neófitos ², dejando á los tripulantes del galeón en libertad de embarcarse para Manila en champanes chinos, desnudos, en la mayor miseria.

Sabida en Filipinas la historia lastimosa, se envió al Japón embajada reclamando los cuerpos de los frailes á favor de un presente valioso, y solicitando no sufrieran interrupción, por lo ocurrido, las transacciones, extremos á que defirió Taico-Sama, dando espontáneamente explicación de lo ocurrido en el concepto de haber observado las leyes de sus estados; pero la gestión le hizo formar pobre idea de las autoridades españolas, tomando por humillación el acto, y maduró desde entonces el proyecto de señorear aquellas islas, como de atrás pensaba, teniendo con cuidado á los vecinos hasta acabar su vida (16 de Septiembre de 1598).

Con este motivo hizo D. Juan de Zamudio reconocimiento hidrográfico de la isla Formosa, por si llegaba el caso de tener que ocuparla, extendiendo luego los estudios al puerto del Pinal y río de Cantón en China.

¹ El 5 de Febrero de 1597.

² Canonizados por Su Santidad Pío IX con el nombre de mártires del Japón, el 8 de Junio de 1862.

X.

ISLAS MARQUESAS Y DE SANTA CRUZ.

1595-1598.

Segunda expedición de Álvaro de Mendaña.—Composición de la Armada.—Salida de Paita.—Islas encontradas.—Ceremonias de posesión.—Vista de un volcán.—Zozobra la almiranta.—La bahía *Graciosa*.—Deciden los expedicionarios formar pueblo.—Trabajos, motines, enfermedades.—Muere el Adelantado.—Gobierna la escuadra su viuda.—Condiciones poco comunes en su sexo.—Abandonan la colonia navegando hacia Filipinas.—Viaje penosísimo.—Llegan por maravilla á Manila los menos.—La nao *San Jerónimo* vuelve á Acapulco.—Información de ocurrencias.

NADIE parecía acordarse en el Perú del asiento y capitulación firmada en la Corte por Álvaro de Mendaña el año 1574, ofreciéndose á conquistar y pacificar á su costa las islas de Salomón, descubiertas en la expedición de 1567 con Pedro Sarmiento de Gamboa, á cambio de los títulos de Adelantado, Gobernador y Capitán general de la colonia, con las demás mercedes de costumbre. Fuera porque los muchos descontentos de la jornada crearan atmósfera perjudicial á su concepto de caudillo, ó por mala voluntad del virrey don Francisco de Toledo, á quien la confianza de Sarmiento tenía al tanto de lo que podía esperarse de sus dotes escasas, la empresa tropezó con obstáculos insuperables cada vez que se trató de emprenderla. Transcurridos veinte años desde la fecha del asiento; relevado el Virrey por D. García Hurtado de Mendoza; faltando de Lima los enemigos ó agraviados por

Mendaña y por aquel su piloto y consejero, Hernán Gallego, fué cuando cesaron los inconvenientes, y se dieron al descubridor facilidades para el armamento de navíos y recluta de gente, con cuyo alejamiento ganara la tranquilidad del Perú ¹.

Las naves elegidas eran cuatro: dos nombradas *San Jerónimo* y *Santa Isabel*, de mediano porte, destinadas para capitana y almiranta; una galeota, *San Felipe*, y una fragata, *Santa Catalina*, dispuestas al reconocimiento de puertos y bajos, como embarcaciones de remo de escaso calado. En las cuatro se distribuyeron 378 personas, los 280 hombres de mar y guerra; el resto pobladores casados con sus familias. Obtuvo nombramiento de almirante Lope de Vega, cuñado de Mendaña; el de maestre de campo se dió á Pedro Merino Manrique, hombre de más de sesenta años, de genio arrebatado y de lengua suelta; el de piloto mayor á Pedro Fernández de Quirós, portugués, inteligente en su oficio ².

¹ El propósito político de abrir válvula á la gente ociosa y perjudicial que vagaba en el Perú, fué una de las causas de ésta y otras expediciones; declaróse en cédula inserta por el doctor Suárez de Figueroa entre las dirigidas al Marqués de Cañete, en estos términos: «Al adelantado Álvaro de Mendaña, á quien se encargó el descubrimiento y población de las islas de Salomón, y quedaba de partida para la jornada, decís que se vendió el galeón *San Jerónimo*, que era mío, en ocho mil pesos corrientes, y que se hizo en ello comodidad, con la condición que le ocupase en la dicha jornada, y que asimismo, por su pobreza, y porque arrancase algún golpe de la gente baldía y se consiga el fruto que se espera, sería forzoso ayudarle con algunas piezas de artillería pequeñas, mosquetes, arcabuces, pólvora y municiones; y reservádes de la composición á algunos extranjeros que le ayudaban y iban á servir en aquella jornada, en lo cual habéis hecho bien; y así ayudaréis al dicho Adelantado con las cosas que decís, y con las demás que se pudiere, y avisarme eis si hizo la jornada y lo que della fué sucediendo.»

Para esta nueva aventura no dejaría de atraer la condición natural de aquella gente perulera, á la que era aplicable el pensamiento del licenciado Luis Martínez de la Plaza, procediendo

«Como cuando del viento y mar hinchado,
Rota la tablazón y el árbol roto,
De la tormenta se salvó el piloto
La boca abierta y de nadar cansado,
Que jura con aliento mal cobrado
No verse más entre el furor del Noto,
Mas luego olvida el mal, quebranta el voto,
Pierde el temor, del interés forzado.....»

² Existen tres relaciones de la expedición escritas por Fernández de Quirós: una que insertó D. Antonio de Morga en su obra *Sucesos de Filipinas*; otra que arregló

Salieron del Callao el 9 de Abril de 1595 para proveerse de bastimentos en otros puertos de la costa, donde dieron pruebas del desorden con que empezaba la excursión, por-tándose más como corsarios que como soldados que militaban bajo el estandarte real. Desde Paita, hechas mil y ochocientas botijas de agua, enderezaron el rumbo por la derrota del viaje anterior, tomando los paralelos de 10° á 11° de latitud, para buscar por ellos las islas de Salomón.

Una que avistaron el 21 de Julio llevando excelente viaje, «breve el tiempo, amigo el viento, bueno el pasto y la gente en paz, sana y gustosa», colmó á todos de alegría, creyendo que sería del grupo á que se dirigían, y anunciadora, por tanto, de la hora del desembarco. Las canoas de indios que rodearon á las naves y los ademanes de paz con que les hacían acogida, aumentaban el placer de ver tan pronto cumplidos los deseos generales. La isla parecía tener unas diez leguas de bojeo, de costa limpia, tajada, alta y montuosa en el interior, con puerto hacia la parte del Sur. Eran las condiciones que se apreciaban tan buenas como el aspecto; pero desconocíalas el Adelantado, comparándolas con las que tenían las islas de Salomón, desengañado al fin de ser descubrimiento nuevo.

Á poca distancia de esta isla, designada con nombre de la *Magdalena* por el santo que rezaba el Calendario, se reconocieron otras tres: una á cosa de treinta millas al Noroeste, que apellidaron *San Pedro*, y se calculó tener doce de perímetro: era baja, con arboleda; otra en la misma dirección, nombrada *Dominica*, con llanadas y altos y mucha gente; una tercera que se llamó *Santa Cristina*, de unas treinta millas de circunferencia, como tres distante de la anterior, con canal hondable. A todas cuatro dió el Adelantado nombre general de *Marquesas de Mendoza*, en memoria del Mar-

Cristóbal Suárez de Figueroa entre *Los hechos de D. García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete*, Madrid 1613, y la más extensa, publicada por D. Justo Zaragoza, con título de *Historia del descubrimiento de las regiones australes, hecho por Pedro Fernández de Quirós*, Madrid, 1876-1882; tres tomos en 4.º, que forman parte de la *Biblioteca Hispano Ultramarina*.

qués de Cañete, su patrono, y es de presumir pertenecieran al archipiélago modernamente conocido por *Nuka Hiva*.

Reconocida la de *Santa Cristina*, con desembarco de gente, ceremonias de posesión, actos religiosos y escaramuza con los indios, que en disposición hostil recibieron á los huéspedes, hicieron vela, navegando por cálculo cuatrocientas leguas al Oeste antes de ver otras isletas nombradas de *San Bernardo* en razón á haberlas encontrado el día de este santo, el 20 de Agosto. No se supo si estaban pobladas por no acercarse los navíos, juzgándolas de escasa importancia, ni lo hicieron en otra á que dieron el nombre de *Solitaria* porque, adelantándose la goleta con objeto de cortar leña, informó estar rodeada de bajos peligrosos.

A todo esto no parecían las de Salomón, habiendo caminado más de mil quinientas leguas desde Lima; empezaba á escasear el agua, sin compensar la abundancia de regalos, y había pasado la influencia de la novedad que en aquellos días distrajo á los ánimos.

Se significaban las murmuraciones y quejas de la gente, llamándose á engaño, con síntomas de más grave perturbación, contenidos al avistar el 7 de Septiembre otra isla grande, no de las buscadas, ciertamente, por tener en el interior un volcán en actividad, señal de reconocimiento que no cabía confundir con otra. Viéronla de noche, alumbrada por aquel faro natural de siniestro fulgor para la almiranta, que desapareció al descargar una turbonada con tremendo aguacero. Aquella mañana había comunicado su Maestre que, por llevar poco lastre y estar casi del todo consumida la aguada, iba la nave muy celosa, y á esta causa no sufría vela, por lo cual se juzgó que, sorprendida por alguna ráfaga, había zozobrado, sumergiéndose con 182 personas que tenía á bordo, la mitad de las de la expedición, y lo confirmaron las diligencias que en los días siguientes se hicieron buscándola.

Con el suceso se entristecieron mucho más los ánimos, ya persuadidos de que marchaban al azar, perdidas las huellas de la tierra en que se habían propuesto hacer la instalación. Esta isla nueva, situada en 11° de latitud, al Noroeste de las

Nuevas Hébridas, estaba habitada por gente de color obscuro y cabellos crespos, la piel labrada con rayas de colores, que salían al encuentro de los navíos en canoas apareadas, armados de arcos y flechas, macanas y arpones de hueso. La galeota dió con una bahía á que el Adelantado puso por nombre *Graciosa*, que tal era ella, teniendo circuito de cuatro leguas en la parte occidental de la isla, al Sur del volcán ya dicho. El puerto escogido dentro de la bahía tenía copioso manantial, pueblos de indios, caza de volatería y puercos salvajes, labranzas y frutales, concurriendo con estas circunstancias la de un cacique nombrado Malope, que, mostrando por los advenedizos admiración y afecto amistoso, les proporcionó alimentos abundantes, llevados por los indios.

Bojearon los navíos pequeños la isla, presumiendo tenía más de cien leguas; reconocieron otras dos medianas, tres pequeñas y arrecifes sin fin que corrían al ONO. Hallaron otros puertos, mucha choza en las playas é interior de gente suelta y aguerrida, formando juicio de ser lugar propio para fundar población, aunque no por todos, que ya muchos suspiraban por dar vuelta al Perú, contradiciendo á lo que les estorbara.

Decidida la estancia, mientras marineros y soldados desmontaban el terreno, construían barracas de abrigo y procedían á la fábrica más detenida de fortaleza y casas, dirigiendo los trabajos el Maestre de campo, se estaba á bordo el Adelantado sin mostrar grande interés ni mínima molestia; censurable conducta que, unida á la debilidad de su carácter, provocó inquietudes. De la insubordinación al motín pasaron muy pronto los soldados, desmandándose por la isla, matando por el prurito de hacer mal al buen Malope, al cacique á quien debían tantos beneficios. Desde aquel momento tuvieron á los salvajes en guerra abierta, y les fué preciso procurarse los víveres á fuerza de armas; y como la escasez de aquéllos, la influencia del clima, el trabajo continuado, desarrollaron enfermedad mortífera, careciendo de médicos y de medicinas, la vista aterradora de los moribundos acabó con los resquicios del respeto, sacando al Adelantado de la

pasividad para hacer severa justicia del Maestre de campo y algunos oficiales, no por cierto con las formalidades de que la autoridad debe revestirse, sino acometiéndoles por sorpresa con una banda que los mató á puñaladas.

Pocos días después llegó la hora al mismo Mendaña, atacado de la pestilencia. Hizo testamento, que apenas pudo firmar. Dejó nombrada gobernadora á D.^a Isabel Barreto, su mujer, en virtud de la cédula que tenía para nombrar sucesor á quien bien le pareciera, y á su cuñado Lorenzo designó por Capitán general ¹.

Con el caudillo tenía que acabar la empresa, aunque no le hubiera acompañado seguidamente á la fosa Lorenzo Barreto, herido de flecha en una de las guazárabas á que tenían que acudir todos para proporcionarse mantenimiento, porque (Quirós lo dijo) han sido muy pocas las Didos, Zenobias y Semíramis. D.^a Isabel, intimidada por la actitud de los supervivientes, vióse obligada á disponer su embarque, acordado por los más sensatos hacer rumbo á las islas Filipinas, si bien protestando que llevaría de Manila sacerdotes y gente para volver á la población abandonada y acabar el descubrimiento.

Antes de emprender la travesía, anduvieron los que podían soportar fatigas tomando á los indios semillas, frutas y animales que sirvieran de repuesto; recorrieron los aparejos de la nao, que estaban en malísimo estado, y discutieron si convendría embarcar toda la gente en ésta, mejor que exponer á los que tripulaban la galeota y la fragata á las contingencias del viaje; pero los capitanes y dueños de estas embarcaciones, Felipe Corzo y Alonso de Leyva, por todo pasaban antes que abandonar sus barquichuelos sin cubierta, afirmando que navegarían de conserva, sin necesidad de auxilio, con lo cual, llevado á bordo el féretro de D. Álvaro de

¹ «Murió, al parecer de todos, como de él se esperaba (escribía Quirós). Todos le conocimos muchos deseos de acertar; era persona celosa de la honra de Dios y del servicio del Rey, y á quien las cosas mal hechas no parecían bien. Era muy llano; no largo en razones; él mismo decía que no las esperasen de él, sino obras.» Murió el 18 de Octubre de 1595.

Mendaña, y quedando enterrados en la isla 47 compañeros, los demás, si enfermos casi todos, alegres con la decisión que les parecía término de los trabajos, dieron la vela el 18 de Noviembre, saliendo de la bahía Graciosa los tres navíos, raro ejemplar de escuadra regida por una mujer.

Doña Isabel Barreto, dicho sea en verdad, mostró, en los tres meses empleados en trasponer las novecientas leguas de camino, condiciones poco comunes en su sexo, no tanto por los extremos con que hacía respetar su autoridad y cuidaba del prestigio de su persona, ni tampoco por el desprecio de los peligros, que es de notar, como por la indiferencia con que veía los horribles padecimientos de los dolientes, de las otras mujeres y los niños, estando en su mano mitigarlos.

Cuéntelo el piloto mayor:

«La paz no era mucha, cansada la gente de la mucha enfermedad y poca conformidad. Lo que se veía eran llagas, que las hubo muy grandes en pies y piernas; tristezas, gemidos, hambre, enfermedades y muertos, con lloros de quien les tocaba; que apenas había día que no se echasen á la mar uno y dos, y día hubo de tres y cuatro; y fué de manera, que para sacar los muertos de entre cubiertas no había poca dificultad. Andaban los enfermos con la rabia arrastrados por lodos y suciedades que en la nao había. Nada era oculto. Todo el pío era agua, que unos pedían una sola gota, mostrando la lengua con el dedo, como el rico avariento á Lázaro. Las mujeres, con las criaturas á los pechos, los mostraban y pedían agua, y todos á una se quejaban de mil cosas. Bien se vió aquí el buen amigo, el que era padre ó era hijo, la caridad, la codicia y la paciencia en quien la tuvo, y se vió quien se acomodó con el tiempo y con quien así lo ordenaba.»

Es decir, con D.^a Isabel, que habiendo puesto las llaves de la despensa en manos de un criado de su confianza, lo escatimaba todo más de lo necesario, y era larga en gastar para sí y en lavar con agua dulce la ropa, respondiendo á las observaciones: «¿De mi hacienda no puedo hacer yo lo que quiero?»

«El piloto mayor trató por veces de este pleito, presentando las reclamaciones de los marineros para que les diese de comer y de las botijas de vino, aceite y vinagre que tenía, ó que se las vendiese á trueque de su trabajo, ó que ellos le darían prendas, ó pagarían en Manila, ó la darían otro tanto de lo mismo....., y le dijo que «mucho peor era morir que no »gastar».

»Contestó que más obligación tenía á ella que no á los marineros que hablaban con su favor de él, y que si ahorcase á dos, los demás callarían.»

Interesan todavía las palabras con que Fernández de Quirós describe el estado de la nao:

«Por tener las jarcias y velas podridas, por momentos había que remendar y hacer costuras á cabos; era el mal que no había con qué suplir. Iba el árbol mayor rendido por la carlinga; el dragante, por no ser amordazado, pendió á una banda y llevó consigo al bauprés, que nos daba mucho cuidado. La cebadera, con todos sus aparejos, se fueron á la mar, sin cogerse cosa de ella. El estay mayor se rompió segunda vez: fué necesario del calabrote cortar parte y hacer otro estay, que se puso ayudado con los brandales del árbol mayor, que se quitaron. No hubo verga que no viniese abajo, rompidas trizas, ostagas, y tal vez estuvo tres días la vela tendida en el combés por no haber quien la quisiese ni pudiese izar, y trizas de 33 costuras. Los masteleos y velas de gavia, verga de mesana, las quitamos todas para aparejar y ayudar las dos velas maestras con que sólo se navegaba. Del casco del navío se puede decir con verdad, que sólo la ligazón sustentó la gente, por ser de aquella buena madera de Guayaquil, que se dice Guatchapelí, que parece jamás se envejece. Por las obras muertas estaba tan abierto el navío, que á pipas entraba y salía el agua cuando iba á la bolina.

»Los marineros, por lo mucho que tenían á que acudir, y por sus enfermedades, y por ver la nao tan falta de los remedios, iban ya tan aborridos, que no estimaban la vida en nada; y uno hubo que dijo al piloto mayor que para qué se cansaba y los cansaba; que más valía morir una que mu-

chas veces; que cerrasen todos los ojos y dejasen ir la nao á fondo.

»Los soldados, viendo tan largos tiempos (porque ninguno es corto á quien padece), también decían su poco y mucho; y tal dijo que trocaría la vida por una sentencia de muerte en una cárcel, ó por un lugar de un banco en una galera de turcos, adonde moriría confesado, ó viviría esperando una victoria ó rescate.....

»La *Salve* se rezaba á la tarde, delante de la imagen de Nuestra Señora de la Soledad, que fué todo el consuelo en esta peregrinación.»

Por tan escasas se tenían las probabilidades de que esta nao llegara á salvamento, que la galeota y la fragata la abandonaron hurtando el rumbo de noche. Sin embargo, así y todo, pasó entre las islas de los Ladrones, y recaló al cabo San Agustín en la de Luzón, donde acabaron de alborotarse los expedicionarios, pretendiendo embarrancarla por no emplear algunos días más barloventeando para entrar en la bahía de Manila, y por vengarse de la avaricia de la Gobernadora perdiendo el bajel. Lo impidió un alcalde de la costa, que trajo á bordo refrescos y sirvió de práctico hasta fondear en Cavite el 11 de Febrero de 1596.

La gente de mar fué á visitar la nao como cosa digna de ver, admirada de que hubiese llegado al término del viaje.

Habían fallecido desde la salida de la isla Graciosa 50 personas, cifra que, unida á la de los muertos allá y á la de los desaparecidos, arroja un total de 270, al que hay que agregar las que embarcaron en la fragata, que nunca más pareció. La galeota fué á parar á Mindanao, con extrema necesidad de vitualla.

A pocos días de la llegada á Manila murieron diez de los enfermos; otros cuatro acabaron para el mundo entrando en religión, y dió fin la tragedia como las comedias suelen acabar; pues siendo por entonces pocas las españolas que había en las islas Filipinas, las que llegaban viudas en la nao *San Ferónimo* se volvieron á casar á su gusto con hombres principales, sin excepción de la gobernadora D.^a Isabel Barreto,

que entregó su mano y jurisdicción á D. Fernando de Castro, caballero de Santiago y general de galeones de la Carrera de las islas, al cumplir el año de tocas.

Reparada en tanto la nave *San Jerónimo*, volvió á dar la vela de Cavite el 10 de Agosto de 1597, conduciendo al matrimonio y al piloto mayor Fernández de Quirós, algo tarde ya con relación á los tiempos de la derrota, como lo experimentaron, sufriendo tormentas é incomodidades; mas llegaron sin accidente al puerto de Acapulco el 11 de Diciembre, y antes que se dispersaran los testigos, en 23 de Enero siguiente, se formó en Méjico expediente é información de ocurrencias de la jornada ¹.

¹ Hay copia en la Dirección de Hidrografía, A-1.^a, *Expediciones de 1519 á 1697*, tomo II.

XI.

ÚLTIMOS SUCESOS DEL REINADO.

1597-1598.

Gran armamento en Ferrol.—Escuadras y jefes.—Se adelantan las de Inglaterra.—Atacan á las islas Terceras.—Las burlan las flotas de Indias.—Nueva jornada contra las islas Británicas.—Fracasa como las anteriores.—Causas.—Motín en Bretaña.—Entran los ingleses en Lanzarote y en Puerto Rico.—Recházanlos en Campeche.—Paz de Vervins.—Evacuación de Blavet por consecuencia.—Saqueo de Patrás.—Muerte del rey Felipe II.



HEMOS de llevar á la imaginación en este capítulo de mar en mar, como el delfin que va por todos con la nariz al viento, siguiendo á las escuadras que España é Inglaterra disponían con propósitos de desquitar quebrantos. La primera, nuestra nación, con órdenes apretadas del Rey, restauraba naves restadas al siniestro del año anterior sobre el cabo Finisterre en el día memorable de San Simón y San Judas; fletaba ó embargaba las de extraños y propios, copiaba municiones y juntaba soldados, en monta que traía á la memoria las prevenciones de la «Armada Invencible». Ahora servía la ría de Ferrol de lugar céntrico á los navíos convocados en Guipúzcoa y Vizcaya, en Lisboa, en Andalucía y en Italia, componiendo escuadras mandadas por Aramburu, Antonio de Urquiola, Bertendona, Villaviciosa, Oliste, Zubiaur, bajo la jefatura del Adelantado mayor de Castilla, D. Martín de Padilla, capitán general, y de D. Diego Brochero, almirante.

Debieron estas fuerzas repetir la jornada contra Inglaterra aprovechándose de la ventaja de contar con el puerto de Calés en el Canal de la Mancha, y en Bretaña, no sólo ya el de Blavet, sino también el de la Roca de Primel, sorprendido por unos cuantos soldados que subieron por sitio increíble¹. Debían de paso favorecer al Duque de Mercoeur, cuya situación iba siendo cada vez más apurada; dar la mano á los irlandeses, que pedían incesantemente socorros; reconocer si buenamente se podía recuperar la península del puerto de Brest, y aprovechar para cualquiera de estas empresas la buena estación, activando los preparativos, bastante atrasados, aunque desde el mes de Febrero se contaba con 84 navíos².

¹ Carta de D. Juan del Águila al Rey, fecha á 13 de Mayo de 1596. Paris, Archivo Nacional, K. 1598, pieza 117.

² *Relación de los navios del armada del mar Océano, así de S. M. como de particulares naturales y extranjeros, que se hallan en este puerto de Ferrol el 5 de Febrero de 1597. Colección Sans de Barutell, art. 4.º, núm. 1.273.*

Toneladas.

NAVÍOS DE S. M.

1.200	Galeón <i>San Pablo</i> , capitana real, de la fábrica de D. Juan de Cardona.
1.000	<i>San Pedro</i> , almiranta general.
900	<i>San Bartolomé</i> .
600	<i>San Mateo</i> , de la fábrica nueva de Rentería.
600	<i>San Juan Bautista</i> .
500	<i>San Gregorio</i> .
500	<i>San Marcos</i> .
450	<i>San Lucas</i> .
450	<i>San Agustín</i> .
250	Nave <i>Catalina</i> .
200	» <i>San Rafael</i> .
70	Galizabra <i>Esperanza</i> .
120	Filibote <i>Galga blanca</i> .
200	Urca <i>Paciencia</i> .
305	Galeoncete <i>Espíritu Santo</i> , capitana de Pedro López de Soto.
220	Navío <i>Fe</i> , su almiranta.
96	» <i>Caridad</i> .
400	Galizabra <i>Santiago</i> .
430	» <i>Fe</i> .
80	Patache <i>Santiago</i> , inglés.

8.271 20.

NAVÍOS DE PARTICULARES.

1.200	Galeón <i>Almiranta</i> , de Ivella.
550	» <i>Santiago</i> , de Gulpide.
450	Urca <i>San Juan Bautista</i> .
100	Patache <i>Escocés</i> .
170	<i>Flor de la mar</i> .
100	<i>Enrique</i> .

Los ingleses, por su lado, no se descuidaban, preparando armada de no menor consideración, contadas 120 naves grandes y pequeñas, al mando del Conde de Essex, teniendo por subordinados á los almirantes Tomás Howard y Walter

Toneladas.

NAVIOS DE PARTICULARES.

60	<i>Juliana.</i>
1.000	Galeón <i>Misericordia</i> , capitana, de Portugal.
900	» <i>San Mateo y San Francisco.</i>
200	Navío <i>San Pedro</i> , veneciano,
80	Patache <i>Delfin</i> , de Olona.
80	» <i>Santa Isabel.</i>

4.890 12.

URCAS ALEMANAS.

600	<i>León dorado</i> , capitana de las de Lisboa.
500	<i>Corona</i> , de Lubeque, capitana, de Sevilla.
400	<i>Pelicano.</i>
400	<i>Aguila.</i>
400	<i>Rey David.</i>
400	<i>Grifo.</i>
400	<i>Angel</i> , de Alartgrub.
300	<i>Angel</i> , de Hermán Redes.
150	<i>Angel</i> , de Hermán Vic.
150	<i>Ettor.</i>
300	<i>Unicornio.</i>
400	<i>Rosa dorada.</i>
170	<i>Gallo negro.</i>
300	<i>David</i> , de Auzmonde.
300	<i>Barca</i> , de Lubeque.
300	<i>Cuatro hijos</i> , de Amón.
250	<i>San Forge.</i>
150	<i>Estrella.</i>
200	<i>Jonás.</i>
170	<i>San Daniel.</i>
180	<i>Santa Maria.</i>
300	<i>El moro.</i>
200	<i>Perro del agua.</i>
220	<i>Josué.</i>
140	<i>San Rafael.</i>
200	<i>Presa</i> , de Dinamarca.

7.760 27.

URCAS FLAMENCAS.

400	<i>Sansón.</i>
160	<i>Mar Bermejo.</i>
240	<i>Angel</i> , de Tomás de Ausín.
200	<i>Caballero de la mar.</i>
260	<i>San Juan.</i>
150	<i>Cazador.</i>
80	<i>Moza</i> , de Riga.
150	<i>Fortuna</i> , de Enrique.
150	<i>Fortuna</i> , de Corniele Lesclos.
400	<i>Fortuna mayor.</i>
150	<i>Fortuna</i> , de Juan Jacome.
230	<i>Santiago</i> , de Sevilla.
70	<i>Santiago</i> , de Cornieles.

Raleigh, y al de Holanda, que se incorporó con 25 navíos ¹, y habiendo sido más diligentes, salieron de Plymouth el 9 de Julio con intención de atacar á Ferrol y destruir nuestros bajeles antes de que estuvieran en disposición de hacerles daño; mas una tormenta se lo ocasionó á ellos grave, dispersándolos, y fueron á juntarse en las islas Terceras, en prosecución de la segunda parte del programa, dedicada, como siempre, á las flotas de Indias.

Walter Raleigh, primero en llegar, por no perder el tiempo desembarcó en Fayal, tomando las insignificantes defensas que los naturales tenían, con lo que disgustó mucho á Essex, así por haberlo hecho sin orden suya, como por no esperarle. Era un motivo más que atizaba su rivalidad por los favores de la Reina, y que estuvo á punto de acelerar el desenlace trágico en las islas ². Juntos fueron entonces á la de San Miguel, y acometieron á Villafranca sin formalizar el amago, vistas las mayores probabilidades de perder que de ganar ³.

Toneladas.

URCAS FLAMENCAS.

200	<i>Abraham.</i>
120	<i>Oso.</i>
200	<i>Casador de venados.</i>
200	<i>Paloma azul.</i>
160	<i>Cabeza.</i>
160	<i>Ruiseñor.</i>
300	<i>Sansón.</i>
200	<i>Santa Catalina.</i>
300	<i>Ciervo volante (cometa).</i>
160	<i>Vaca pintada.</i>
200	<i>León rojo.</i>
150	<i>León dorado chico.</i>

4.990 25.

	RESUMEN.	Navíos.	Toneladas.
Del Rey.....		20	8.271
De particulares.....		12	4.890
Alemanas.....		27	7.760
Flamencas.....		25	4.990
		84	25.911

¹ Barrow, Le Clerc, Payne.

² El Conde de Essex fué decapitado en Londres el año siguiente, recobrando Raleigh el valimiento.

³ Hay dos relaciones, escrita la una por el gobernador Gonzalo Vaz Coutiño, con título de *Historia do successo que na ilha de S. Miguel ovve com armada ingresa, que*

Las flotas españolas no estaban en aquellos puertos. Lo que los ingleses pudieron averiguar era que guiándolas el general Juan Gutiérrez de Garibay, el mismo que con D. Bernardino de Avellaneda había batido á los restos de la escuadra de Drake sobre la isla de Pinos, al saber que tantas naves le esperaban, se había refugiado en Angra (isla Tercera), mientras ellos andaban por las otras; había desembarcado el tesoro, poniéndolo en el castillo; montado en la playa baterías con las piezas gruesas de los galeones, y atrincherado los aproches de manera que haría arriesgado y dudoso el ataque. La exactitud de los informes quiso comprobar por sí mismo el Conde de Essex, acercándose á reconocer el surgidero de Angra á tiro de cañón con harta certeza por recibir su capitana, en el corredor de popa y en el timón, dos que la obligaron á tomar distancia, situándose en crucero en el canal, esperando que algún día se determinaran á salir los navíos codiciados.

En ello pensaba Garibay después de reunir en consejo á los capitanes ¹, optando, entre el riesgo de pasar entre 150 bajeles enemigos y el de afrontar los temporales probables de equinoccio en una rada abierta, por el primero, lo que verificó con gran inteligencia y rara fortuna. Encontró en el camino á la escuadra de William Monson, insuficiente para detenerle; y aunque ésta hizo señales y envió avisos á las de su misma bandera, no acudieron á tiempo, logrando Garibay entrar en Sanlúcar con el tesoro, aplaudido de propios y extraños por la acción que le acreditaba de valeroso capitán y buen marinero. Dijeron escritores ingleses haber caído en poder de sus naves tres de las rezagadas españolas que valían

sobre a ditto ilha foy sendo Governador....., fidalgo da casa de S. Magestade, etc., do seu Conselho. Dirigida a Magestade Real de Dom Phelippe Terceiro de Portugal deste nome. Escrita pello mesmo Gonçalo Vaz Coutinho. Com todas as licenças necessarias. En Lisboa. Por Pedro Craesbeeck, Impressor del Rey. La otra más breve es Relaçam do succedido na ilha de Sam Miguel sendo Governador nella Gonçalo Vaz Coutinho, com a armada Real de Inglaterra, General Roberto de Borevs, Conde de Essexia. Anno 1597. En Lisboa, em casa de Alexandre de Siqueira.

¹ Colección Navarrete, t. XIX.—Colección Sans de Barutell, números 1.159, 1.161 y 1.301.

400.000 ducados, sin dejar de reconocer que no se costeaba con tal suma la expedición malograda ¹.

Entretanto, habiendo despachado de Ferrol á Carlos de Amezola con siete galeras y 1.000 infantes destinados á Bretaña, pasó muestra el Adelantado de Castilla á su armada, resultando efectivos en 1.º de Octubre 136 navíos de 34.080 toneladas, 24 carabelas, 8.634 soldados, 4.000 marineros; en todo, 12.634 personas y 300 caballos, debiendo agregarse Marcos de Aramburu con la escuadra de Andalucía, compuesta de 32 navíos, conduciendo dos tercios de infantería de Nápoles y uno de Lombardía ². Todas estas embarcaciones no se encontraban en estado satisfactorio á pesar de haberse empleado un año en prepararlas; estaban muy escasas de víveres y municiones, por lo cual salía la gente de mala gana á la jornada ³; mas las órdenes del Rey no consentían mayor dilación, apremiando á la salida por dos razones de gran fuerza en verdad: la una, el adelanto de la estación otoñal; la otra, la ausencia de las escuadras inglesa y holandesa en la imprudente, y desgraciada para ellas, empresa de las Terceras, que dejaba abierto el canal de la Mancha é indefensas sus costas. Ni se consintió á D. Martín de Padilla que esperase á la escuadra de Aramburu, detenida por vientos contrarios en la costa de Portugal; la grande Armada salió de la Coruña con instrucción de encaminarse á Falmouth, punto de Inglaterra elegido para la invasión.

Puestos á la vela el 19 de Octubre con buen tiempo, llegaron en tres días al canal de Inglaterra, donde se les volvió contraria la voluntad de Bóreas, desatándose con fuerza tan poco ordinaria, que por resistirla á la capa desar-

¹ Traía Garibay de la Habana cuarenta y tres naos cargadas y diez millones de pesos. León Pinelo anotó en el Registro del Consejo de Indias que por este servicio le concedió el Rey, por cédula de 30 de Diciembre, el estandarte que llevaba en la capitana. Entiendo que la merced sería de arbolar aquel estandarte, ó sea insignia de Capitán general en concurrencia de escuadras mandadas por generales más antiguos ó graduados, que era gran distinción. Al decir de Lingard, las presas hechas por los ingleses eran de poca consideración.

² Colección Sans de Barutell, art. 4.º. números 1.291, 1.293 y 1.312.

³ Carta del Adelantado de Castilla; la misma colección y artículo, núm. 1.299.

boló la almiranta de Brochero, con varios navíos grandes y más urcas, barcos poco á propósito para ponerse de orza. Fué preciso ordenar la arribada en dispersión, sin verse unos á otros, ni entender las señales, por lo que algunos se fueron á los puertos de Holanda, otros á los de Normandía y Bre-taña, y todavía siete consiguieron llegar á Inglaterra en salvo. y desembarcaron 400 hombres, parapetándose, hasta que, pa-reciéndoles mucha la tardanza de la Armada, se volvieron ¹,

Perdiéronse durante la corrida (era natural) las pinazas y barcones que iban á remolque, y alguna que otra nave faltó, sin ocurrir el desastre fantaseado por los enemigos de Es-paña, y por algunos historiadores nuestros admitido como hecho. El 21 de Noviembre, sólo en los puertos de la Coruña y Ferrol se contaron al ancla 108 navíos ², sin los de Aram-buru, no llegados todavía. No poco se perdía moralmente con la oportunidad juzgada por uno de los escritores más enemigos de nuestro país ³, crítica al extremo de declarar haber salvado la Providencia á Inglaterra en aquellos días por tercera vez. Y no fué tampoco escaso el desperdicio del enorme armamento, sin otra compensación que una docena de presas de buques sin valor ⁴. Había, en medio de todo, el

¹ Cabrera de Córdoba.

² *Colección Sans de Barutell*, art. 4.º, números 1.308, 1.312 y 1.315.—El historia-dor inglés John Payne escribe que diez y ocho naves perecieron y *otras* se vieron obligadas á entrar en puertos ingleses y á rendirse. Le Clerc no contó más que dos galeones y cinco naves perdidas, entendiendo que las demás sufrieron mucho. La-rey reduce los naufragios á un navío arrojado por el temporal á la costa de Dar-mouth. Lingard supone se perdieron diez y seis naves en el golfo de Cantabria; en Inglaterra no anota ninguna. Levot, *Histoire de la ville de Brest*, refiere con visos de verdad haber entrado en la bahía de Camaret cinco carabelas separadas de la flota. El gobernador Sourdeac las atacó con seis navíos, y haciendo buena defensa se largaron. Otra carabela embarrancó en la costa el día siguiente (7 de Noviem-bre); la tripulación quedó prisionera. De nuestra parte, escribió un fraile en la Coruña, á vuelta de viaje, que se había perdido el galeón *San Lucas*, una urca y otro bajel, y días después el galeón *San Bartolomé*, con toda la gente, y noventa mil ducados, según se decía. En lo que tenía certeza era en llegar la gente muy en-ferma de hambre y trabajo, por lo que había temores de que se desarrollase la pestilencia. (Academia de la Historia. *Colección de Jesuitas*, legajo titulado *Carlos V, Felipe II y Felipe III*.)

³ Larrey.

⁴ *Colección Navarrete*, t. XXXVI.—*Colección Sans de Barutell*, art. 6.º, núm. 171.

consuelo de no contarse la honra entre las partidas fallidas; ninguna ha trascendido al público parecida al proceso incoado en Londres por acusación hecha contra Tomás Howard, conde de Suffolk, el vicealmirante del Conde de Essex, por recibir su mujer dinero del Rey católico ¹.

Hubo en esta campaña una causa influyente mantenida secreta. El sufrimiento, el miserable estado en que se tenía á los soldados de tierra y mar en Bretaña, llegado á término de incitarles á tomar lección en la funesta escuela de Flandes. Una noche del mes de Junio prendieron al Maese de campo, juntamente con los capitanes, declarándose en abierto motín, por no poder sufrir más las *terribles* de D. Juan del Aguila. Escribieron cartas al Rey y al Embajador protestando lealtad y obediencia, salvo en continuar á las órdenes de D. Juan, que antes que esto preferían ser hechos pedazos.

Empezaban las cartas diciendo «no había de tenerse por cosa nueva lo determinado al cabo de tantas miserias padecidas en siete años, desacomodados de comida y ropa, que al cabo de jornada tan larga, para cuatro días de ración razonable habían pasado siete no comiendo, por lo cual habían resuelto gobernarse por sí mismos, teniendo esto por menos malo que consentir se fueran y desampararan el fuerte los soldados que, conjurados, lo querían hacer. El fuerte, por S. M. conservarían y defenderían, esperando el desagravio.....» ².

Con la ocurrencia se agravó lo que no hay que decir la situación de Bretaña, cundiendo por la armada del Adelantado

¹ John Barrow.

² Los documentos relativos al motín, cartas, consultas, despachos del Consejo de Guerra, se guardan en París, Archivo Nacional, K, 1.600 y 1.601. Informaba don Mendo de Ledesma que ningún desmán habían cometido, y que guardaban toda especie de consideraciones á D. Juan del Águila. «Un bellaco, ó dos malos cristianos de los de Blavet, trataron con el enemigo, y los amotinados, como gente de bien, á la hora colgaron al uno de un pie, y á los otros tienen para hacer lo mismo.» Ledesma.—«Un mosquetero dijo: «Mucho se tarda S. M. de dar remedio á lo que le pedimos; si hubiéramos escrito lo que han hecho los de Calés, que era decir que si dentro de un mes no llegaba que entregaríamos la plaza al enemigo.....» Los demás le hicieron información, y otro día, en medio de todos, se le dió garrote.» (Ledesma, K, 1.601, pieza 20.)

el descontento. Hubo que purgarla de elementos dañados, reorganizándola.

En el curso del año mismo 1597 emprendió el Conde de Cumberland la décima y última de las expediciones hechas á las islas Terceras en busca de las flotas de Indias sin dar nunca con ellas. Esta vez llevaba 20 navíos y 2.000 hombres de desembarco con idea de extenderse á las Indias si la suerte seguía siéndole adversa; y como así le sucedió en el crucero, hizo rumbo á las Canarias, desembarcando sin oposición en Lanzarote. La pobreza de los habitantes no proporcionó á sus navíos más que algunas pipas de vino y poco ganado, con que hubo de contentarse, refrescando la provisión que necesitaba para atravesar el Atlántico. Consiguió en Puerto Rico lo que no pudo Drake con mucha mayor fuerza y resolución: apoderarse de la ciudad por no haber ahora en el puerto naves de guerra que lo guardaran; la defensa estaba confiada á los vecinos, que no tenían fortificación donde apoyarla. Cumberland se posesionó en los primeros días de Agosto, sin encontrar en los registros lo que constantemente buscaba, la plata; mas hubieron de agradarle las condiciones de la tierra como á propósito para estación, y pensó crearla sin contar con los efectos del clima, desastrosos en su gente. Las enfermedades se la mermaron en dos terceras partes en poco tiempo, obligándole mal de su grado á dejar el puerto y volver á Inglaterra el 23 de Noviembre, embarcando por mejores trofeos el órgano y las campanas de la iglesia ¹.

Entonces, como había ocurrido en Cádiz, se reconoció la necesidad ó la conveniencia de construir el castillo del Morro en la boca del puerto y de establecer presidio militar, que condujo D. Francisco Coloma ².

¹ Abbad y Lasierra: *Historia de Puerto Rico*, anotada por Acosta. En la Biblioteca Nacional, manuscrito, E. 12, f. 405, cuenta las ocurrencias. *Relación que da un marinero llamado Juan Booquel, natural de la campiña de Bravante, venido de Inglaterra, habiéndose hallado en el último viaje de Indias hecho por el Conde de Cumberland y á su entrada y salida de San Juan de Puerto Rico*. Año 1598. La expedición, dice Barrow, no se costeó.

² Don Francisco Coloma, hijo del primer Conde de Elda, caballero de San Juan de Jerusalén, mandó la escuadra de galeras del estrecho de Gibraltar, y después la de

Probablemente fueron navíos de la armada del Conde de Cumberland los que atacaron á Campeche desembarcando de noche. El pueblo les obligó á retirarse, herido el capitán William Parker, que hacía cabeza, con pérdida de bastante gente y de un patache ¹.

El año 1598 se inició barrantando paces con Francia. El rey D. Felipe, doliente y acabado, las deseaba por no dejar á su sucesor los negocios tan complicados como andaban, y se abrieron las negociaciones en Vervins, presentándose como mayores dificultades las exigencias del Duque de Mercoeur por una parte y por otra las pretensiones del rey de Francia á la entrega del fuerte de Blavet en la disposición en que los españoles lo tenían, con artillería y municiones. Los plenipotenciarios de España insistían en demolerlo y retirar la guarnición y pertrechos, y al fin así quedó acordado, firmándose el convenio el 2 de Mayo, con expresa condición de no publicar la paz en el plazo de un mes, con objeto de ordenar lo necesario para la evacuación de Bretaña y dar garantías á los intereses de su Duque, calurosamente sostenidos por los negociadores de D. Felipe ². Quedó estipulada la devolución de la plaza de Calés con algunas más, y en lo referente á Blavet se cumplieron las condiciones, embarcando en la escuadra ligera de Pedro de Zubiaur artillería, municiones, pertrechos y viveres, sin quedar en Bretaña más que 60 soldados enfermos ³.

la guarda de las Indias. Cruzó en las Terceras con diez galeones, apresó varias naves inglesas y diez holandesas; hizo afortunados viajes con las flotas del tesoro. Hay relaciones de sus campañas en la *Colección Navarrete*, t. XXIII, números 75, 76 y 77, y en la de *Sans de Barutell*, art. 3.º 678, números 680, y art. 4.º, números 1.108, 1.110 y 1.219.

¹ Fr. Diego López Cogolludo: *Historia de Yucatán*.

² Enrico Caterino Davila: *Storia delle guerre civili di Francia*. Relativamente á los manejos del Duque de Mercoeur difieren mucho los juicios: nuestro Antonio Herrera (*Historia general del mundo*) consigna que se fué á Hungría á la guerra contra los turcos, portándose como valeroso caballero y gran soldado; una dama francesa, Mme. Barbé (*La Bretagne, son historie, son pleupe*) refiere que si este *brigante bretón* fué entonces perdonado, mezclándose, andando el tiempo, en el complot de Birón, murió en el patíbulo en la plaza de la Grève.

³ *Carta de Pedro Bravo de Buitrago*, á 4 de Septiembre. París, Archivo Nacional, K, 1601, pieza 25.

Desatendidos con este motivo los cruceros que se habían conservado en aquellas costas, se echaron á la mar muchos corsarios de menudeo, aunque el referido Zubiaur tuvo á las órdenes 40 filipotes ó pataches ¹, é hizo escarmiento en los que vinieron á las costas de Galicia ².

Los holandeses continuaron ensanchando sus operaciones á impulsos de las compañías; este año despacharon ocho naves hacia la India Oriental por el cabo de Buena Esperanza, varias á la costa de África, que intentaron apoderarse de la isla del Príncipe, y hasta el número de 80 en varias direcciones, ensayo de las empresas que habían de acometer muy pronto ³.

La Escuadra real armada este año por el Adelantado de Castilla fué de 60 navíos con 2.000 hombres de mar, 4.000 de guerra y raciones para seis meses ⁴. Parte se ocupó en cruceros que amparasen la llegada de las flotas, con la sensible pérdida en uno de ellos del general Joanes de Villaviciosa, que murió á vista de la isla del Cuervo, en las de Azores; mas las flotas llegaron, batiendo la de D. Luis Fajardo y almirante Sebastián de Arancivia á los corsarios ingleses que la esperaban sobre el cabo de San Vicente ⁵.

Poco hay que referir de lo pasado en el Mediterráneo al cerrar con la cuenta del año las partidas de un período tan fecundo: los corsarios turcos infestaban las costas del reino de Nápoles á pesar de la tregua subsistente, como los berberiscos lo hacían en las de España sin tregua, y era necesario de vez en cuando algún escarmiento que tuviera á raya á unos y á otros. Don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca,

¹ *Relación de la gente embarcada en los navíos del cargo del general Pedro de Zubiaur.* Coruña, 5 de Enero de 1598. *Colección Sans de Barutell*, art. 4.º, núm. 1.316.

² *Presa de siete navíos que andaban haciendo daño en la costa.* Idem íd. Había escrito D. Mendo de Ledesma: «De la Rochela han salido once navíos de 40 á 50 toneladas, y el que va por Capitana de 80, el cual va en nombre de Gabriela, esa mujer que anda tras el de Bearne. Van hacia la costa de España.» (París, Archivo Nacional, K, 1601, pieza 70.)

³ Le Clerc.

⁴ *Colección Sans de Barutell*, art. 4.º, núm. 1.317

⁵ León Pínelo: *Registro del Consejo de Indias.*

general de las galeras de Nápoles, descendiente de D. García, tomó á cargo el de los primeros con desembarco en Morea, en que sorprendió á Patrás y la entró á saco con gran matanza (1595)¹. Á los berberiscos también se los aplicaron las escuadras, haciendo bastantes presas. El Capitán general de la mar, Príncipe de Melfi, anduvo ocupado en cuestiones de preeminencia y etiquetas, á falta de empresa militar que requiriera su dirección y presencia. Pudo lucir tan sólo la galera real en viaje desde Barcelona á Génova (1595) conduciendo al Archiduque Alberto, heredero de los estados de Flandes por acta de abdicación en favor de la infanta Isabel Clara, su futura esposa, que firmó D. Felipe poco después de la paz de Vervins, el 6 de Mayo de 1598, con ciertas condiciones.

Se aproximaba aceleradamente el fin del monarca amado de sus súbditos, temido no menos que execrado por los que habían de reconocer la verdad con que proclamaba «estar á su cargo la defensa de la cristiandad»; del monarca genuinamente católico y español; de *el rey Prudente*, discutido y juzgado según el cristal distinto con que le miran, á medida que los tiempos pasan, creyentes y racionalistas, demócratas y monárquicos sinceros, sintéticos y analíticos. Horrible enfermedad puso á prueba la fortaleza del hombre y la resignación del cristiano hasta el momento de la muerte, ocurrida el 13 de Septiembre en una celdilla de El Escorial. Léase en ella:

En este estrecho recinto
Murió Felipe segundo,
Cuando era pequeño el mundo
Al hijo de Carlos quinto.
Fué tan grande su vivir
Que sólo el alma vivía,
Pues ya ni aun cuerpo tenía
Cuando acabó de morir.

¹ Carta de Juan de Mosquera, de Roma. (Academia de la Historia. *Colección de Jesuitas*. Legajo titulado *Carlos V, Felipe II y Felipe III*.)

XII.

CONSIDERACIONES GENERALES.

1556-1598.

Despego del Rey á la marina.—Consecuencias que tuvo.—Lentitud de los armamentos.—Mala administración.—Decadencia del comercio y de la pesca.—Juicio conforme de los historiadores.—Reclamaciones y lamentos.—Construcción naval.—Naves y galeras.—Artillería.—Equipaje.—Navegación.—Hidrografía.—Escritores de marina.—Sus obras.



MEJOS de tener el rey Felipe II la afición de su padre á los barcos y á la navegación, sentía, por cuanto se refiere á la mar, despego ó antipatía instintiva, originada quizá por el mareo que le hacía sufrir ¹. No era á sus ojos (ya se ha visto) preferente, ni siquiera igual, el servicio que prestaban los hombres en la marina, al de los infantes en los ejércitos de tierra ²; no daba crédito á opiniones tan razonadas y sinceras como las de don García de Toledo al exponerle, tratando del socorro de Malta, que los soldados reclutados en dos días eran mejores para detrás de una buena pared que para hacer muralla de sus cuerpos en las crujías de las galeras ³, ó á las de otros prácticos capitanes asegurándole «que el marinero cuando es

¹ Fernández Duro: *La Conquista de las Azores*, pág. 147. Cartas del Rey á las Infantas, sus hijas, publicadas por Mr. Gachard.

² Tomo II, cap. xxii, pág. 388. Dictamen de Alonso Vázquez.

³ Tomo II, cap. v, pág. 82.

menester sirve de soldado, y el soldado no sabe en ninguna ocasión servir de marinero».

Mientras duró la guerra con los turcos, atendió al sostenimiento de las escuadras de galeras; reparó los desastres sufridos construyendo á la vez hasta 80 vasos; y como mantuvo armados más de 100 que requerían 30.000 hombres de mar y guerra y remo, vino á persuadirse de no ser necesario el cambio de sistema de asientos que halló establecido y continuó con escasa variación, á pesar de los inconvenientes que ofrecía.

Muchas veces pudo observar la celeridad con que así los dichos turcos como los venecianos ponían á punto sus armadas, gracias á los arsenales, almacenes y repuestos con que contaban, mientras que las de España eran las últimas en acudir adonde se hacían necesarias, llegando á ser notoria en Europa su parsimonia por ejemplares tan señalados como fueron los de Malta, los Gelves y los de las jornadas de la Santa Liga. Sin embargo, debió pesar más en su política la idea de tener á devoción y sueldo á Génova, Savoya y Malta, que la del ineficaz concurso que le prestaban con excesivo costo, ya que de todos modos abatió la soberbia otomana acabando con su preponderancia en el Mediterráneo.

Acaso influyó el resultado para que, contra el consejo de los hombres de guerra y de administración, no innovara tampoco las añejas prácticas de asiento, flete y embargo que servían para formar escuadras en el Océano, aunque resultados tuviera al fin muy distintos. Ejemplos y comparaciones tampoco le faltaron. En Inglaterra vió, como consorte de la reina María, que allí no había naves con que asegurar siquiera la navegación del Canal de la Mancha, servicio que por orden suya hubieron de prestar las escuadras españolas, y luego, sin recordarlo, desestimando las indicaciones de los embajadores, lo mismo que las propuestas de los generales, del Duque de Alba, Menéndez de Avilés, D. García de Toledo, don Álvaro de Bazán, sufriendo vejaciones y agravios sin cuenta, dejó nacer, desarrollarse é imponerse á la marina de Inglaterra.

Otro tanto ocurrió con la de Holanda; ni acudir quiso en un principio á reprimir á los mendigos de mar, ni en tiempo alguno los combatió, consintiendo hasta el día de su fallecimiento que comerciaron en los puertos de la Península como en el tiempo en que fueron sus súbditos, extrayendo la sal que fomentó sus pesquerías; el hierro con que forjaron anclas y cañones; las lanas que mantuvieron sus telares; en una palabra, las primeras materias para llegar con su elaboración á ser pueblo marítimo é industrial independiente.

Cuando quedó incorporada la corona de Portugal á las de sus Estados, una escuadra de galeones que se tomó en el Tajo pudo servir de núcleo á la marina real de vela, visto el servicio que prestó en la reducción de las islas Terceras y en los cruceros sucesivos; mas tales galeones, excelentes, no se aumentaron, ni en la organización de naos de la India oriental se fijó la atención; prevaleció la costumbre del embargo general, que privaba de naves al comercio y de brazos á la pesca, á pesar de las quejas de los armadores y mercaderes, que constituían las fuerzas vivas del país; á pesar también de las representaciones del reino en Cortes.

La formación de grandes armadas, una tras otra: en Santander, á cargo de Pero Menéndez; en Lisboa, al del Duque de Medina Sidonia; en Cádiz, al de Flores Valdés; en Ferrol, al del Adelantado de Castilla, nada adelantaban. Tras meses y meses empleados en reunir las, salían todas á la mar sin pan y sin pólvora, delatando al desbarajuste de la Administración.

No sería justo atribuirlo al rey D. Felipe en absoluto; mas no cabe tampoco desconocer que nada hizo por su parte para remediarlo, dando con ello fundamento en sus mismos días y en los que han seguido á juicios severos.

«Falta imperdonable, dijo un historiador enemigo ¹, fué la de Felipe, tan gran político, descuidar la marina, habiendo de luchar con naciones que no podían defenderse ni subsistir más que por el mar. Los holandeses, que nada tenían al empezar la guerra, contaban el año de 1595 con 70.000 marine-

¹ Le Clerc: *Histoire des Provinces des Pays Bas*. Amsterdam, 1733.

ros, y enviaban al Mediterráneo, pasando por las costas de España, convoyes de 200 naves de comercio.»

«Felipe no podía ser grande sin ser señor de los mares. Privado de la dominación marítima, la posesión de Flandes, Nápoles, Sicilia, las Indias, se comprometía por de pronto y se perdía después irrevocablemente. La historia lo ha probado ¹.»

«Si cuando la Corona acometió á los rebeldes por tierra lo hiciera con una escuadra de diez navíos contra sus comercios y pesquerías, y se les hubieran quitado los comercios en España, que algunos más compasivos que buenos estadistas procuraron, estuvieran rendidos ².»

Digna de transcripción, por poco conocida, me parece también otra apreciación más general ³:

«Halláronse frente á frente, dice, el Rey de España y la Reina de Inglaterra, figuras gigantescas, á la cabeza del mundo, dividido en campos enemigos. Por todas partes, en los mares más apartados, combatieron sus naves. La superioridad intelectual favorecía á Isabel, que superaba asimismo á Felipe en energía, voluntad y perseverancia; en la apreciación moral de los dos adversarios, toda la ventaja estaba de parte de Felipe. De tal modo lo evidencia el estado actual de la crítica filosófica, que el protestante más exaltado, el inglés más soberbio, no podrán dejar de reconocerlo.

»Por sincera que fuese la religiosidad de Felipe, estaba, sin duda, influida por el espíritu de violencia de la época. Sin duda también comprometía un tanto á la Iglesia que servía, la solicitud con que aplicaba el manto de la religión á todos sus actos políticos. No cabe excusar la persecución por causa de creencias religiosas discurriendo que otros la prescribieron antes y que después otros la han mantenido; empero la hipocresía que asesinó á una María Stuart, desembarazándose de los instrumentos del crimen; la impudencia que durante

¹ Le Baron Hübner: *Sixte-Quint*. Paris, 1882.

² Memorial del coronel escocés Semple al rey D. Felipe III.—(Academia de la Historia. *Colección de Jesuitas*, t. CIV.)

³ Del doctor alemán Reinhold Baumstark.

la vida entera se engalanó con el sagrado título de la virginidad; la bárbara insania complacida con arrancar lentamente las entrañas de los súbditos más fieles, sólo por ser católicos; esos rasgos, con otros muchos, marcan entre *el Demonio del Mediodía* y *la Furia del Norte* diferencias que no dejan entrever la más remota semblanza. Comparado Felipe con esa mujer espantosa, se siente inclinación, no ya á justificar sus exageraciones, sino á honrarle y estimarle también por imagen de dulzura y de paciencia.

»De paciencia....., nadie como Isabel pudo apreciarla; fué necesaria la más escandalosa violación de los tratados, la piratería inaudita, para decidir al Rey de España á abandonar la calma, defecto funesto de su política, no porque el carácter estuviera en contradicción real con la lentitud de las deliberaciones, antes bien por la manía de querer hacerlo todo por sí mismo, ocupándole lo más trivial. Queriendo soportar el peso de tantos negocios, sucumbía bajo su balumba.

»Positivamente inició Isabel la hostilidad, prestando apoyo á los enemigos declarados ó secretos de Felipe, mucho antes que su desleal proceder con María Stuart obligara al Rey católico á ir al socorro de la reina martirizada, cumpliendo deberes de monarca, de cristiano y de pariente. El odio feroz de Isabel contra el nombre católico databa del día en que la Iglesia, por boca del Santo Padre, había declarado con verdad incontrastable que la hija de Enrique VIII hija era de adulterio, ilegítima é incapacitada por ende para ocupar el trono de Inglaterra. Los calvinistas rebeldes de Francia tuvieron protección constante en ella; cuando la revolución estalló en Flandes, también la dió ayuda efectiva, y por colmo, en plena paz con España, violando el derecho de gentes, se apoderó del tesoro destinado al Duque de Alba, encarcelando al Embajador español porque no creyó deber callarse. Entonces, en 1568, empezó la serie de conflictos que por espacio de veinte años prepararon la guerra.

»En ese largo intervalo de hostilidad encubierta, estaba todavía la ventaja de parte de Isabel. Sus corsarios robaban con atrocidad nunca vista las colonias españolas, demasiado

esparcidas para tener amparo eficaz. La Reina no tuvo escrúpulos en asociarse con los asaltantes.

»Fracasaban en tanto por la circunspección de D. Felipe las tentativas encaminadas á libertar á María Stuart. Don Juan de Austria, su hermano, le parecía aventurado ó temerario ¹.

»Padecía de esa dolencia política que aun hoy aflige al mundo católico; enfermedad de alucinación que conduce á derrochar la savia. Doquiera sostenía la causa con celo insuperable, sin aplicar á parte alguna la energía que le procurara triunfo definitivo. El que quiera contradecir esta verdad, estudie las historias de Francia, Austria y Baviera.

»Hizo Isabel perecer á la cautiva real que tenía martirizada en el invierno de 1587, y en toda Europa resonó el grito de horror que aun á los protestantes hacía enmudecer avergonzados. La catástrofe aceleró la explosión, aunque tuviera entonces D. Felipe muchas razones para diferirla.

»El tiempo que se empleó en el armamento fué para el Rey de trabajo y mortificación indecibles, sin que conociera el error en que incurría dando á la empresa tamañas proporciones. La más vulgar prudencia recomienda no poner en azar cuanto se tiene. Verdad es que experimentó entre las desgracias la de perder al mejor almirante, al Marqués de Santa Cruz. Bien que hubiera alcanzado D. Felipe notable suficiencia en el conocimiento difícil de los hombres, equivocábase á veces, como tantos otros presumidos de penetrar la naturaleza humana. Por cabeza de jornada que requería energía sin aprensión de responsabilidad vino á elegir al Duque de Medina-Sidonia, hombre de espíritu apocado. Todas

¹ No conforman con esta estimación las de sir William Stirling-Maxwell en la vida de Don Juan, publicada en Londres en 1883, por haber hallado en el Archivo de Simancas documentos que copia. En 1575 presentó el Nuncio á D. Felipe un papel en nombre del Papa, instigándole á invadir á Inglaterra. El despacho del embajador D. Juan de Zúñiga y la contestación del Rey, están en dicho Archivo-Estado, Leg. 995. Entabláronse con posterioridad los planes de casar á D. Juan con María Stuart y llevar á cabo la invasión á nombre del Príncipe; el Rey los aceptó, no sin vacilaciones y largas, y dió instrucciones verbales al secretario Escobedo. Estado, Leg. 570.

las desdichas de la Armada se debieron á la incapacidad de su jefe más que á la inclemencia de los tiempos, y mucho más que al valor y al patriotismo de los ingleses.

»El desastre de la Armada engendró al de los Países Bajos; cuando el Duque de Medina-Sidonia navegaba hacia los puertos de España, había cambiado la disposición del mundo. Desde aquel momento era invencible en el Norte el protestantismo, barrido del Mediodía por Felipe. No había conseguido este Rey más que la mitad del objeto constante de su vida, y eso al precio del poderío y de la grandeza de España.

»Uno de los rasgos que sirven para apreciar el natural del monarca, esencialmente noble y cristiano no obstante sus defectos, es aquel por el que no privó de su favor al desdichado Duque de Medina-Sidonia.

»Los ingleses aprovecharon el descalabro estimulando y ayudando á los enemigos de Felipe con mayor empeño. España, por su parte, acometió otras empresas añadiendo hermosos episodios ó hechos aislados á su historia; mas de todos modos perseveró la ventaja por Isabel, y en 1596, cuando Felipe reunió de nuevo sus recursos en esfuerzo supremo de lucha, tomó la delantera su enemiga, dando al mundo el espectáculo del saco de Cádiz y la medida de su arrogancia manifestándose descontenta de la jornada.

»Felipe, debilitado por los reveses y las dolencias, no renunció, sin embargo, á la retribución; la proyectaba al borde del sepulcro, y si hubiera extremado su energía en el auxilio de Irlanda, odiosamente oprimida por los ingleses, diera acaso diferente giro á los acontecimientos.

»Otra armada grande hizo frente á las inglesas en 1597 y trajo á salvo los galeones de la plata; corta satisfacción; en el intento repetido de invadir á Inglaterra, los temporales acabaron con los restos del poderío naval.

»Don Felipe soportó la tribulación suprema como las precedentes; murió bendiciendo á Dios, mientras Isabel gozaba orgullosa de su ventura.»

Las memorias, reclamaciones y lamentos de armadores

mercaderes ó industriales, que abundan, hacen patente no haber sido dentro del reino más lisonjeras las apreciaciones que de la gestión marítima se hacían reinando D. Felipe. Por los años de 1580, decía Tomé Cano ¹, había en España más de mil naos de alto bordo pertenecientes á particulares; de Vizcaya iban más de doscientas todos los años á la pesca de Terranova; de Galicia, Asturias y Montaña, otras doscientas navegaban á Flandes, Francia é Inglaterra con mercaderías, y á todas acabó el continuo embargo para el servicio real y mal pago á sus propietarios y tripulantes.

Había desde Fuenterrabía á San Vicente de la Barquera mil pinazas de hasta 80 y 90 toneladas, que en cada día salían á la pesca con ellas 20.000 hombres ².

Sólo entre Bilbao y Portugalete, que son dos leguas, se contaban 200 naves de gavia con ocho á diez mil marineros; la anteiglesia de Baracaldo tenía por sí sola 400, y toda esta potencia quedó aniquilada ³, porque, «embargados los navios y la gente, al cabo de muchos años nunca se acaban de fene- cer las cuentas, y cuando se les libra y paga sus alcances, es á tiempo que la mayor parte de los hombres son muertos, y todo se consume en costas y salarios de los que solicitan» ⁴.

Contra el embargo de las embarcaciones de pesca; contra las disposiciones que entorpecían las industrias de astillero; contra el impuesto de la sal, altamente inconveniente á las conservas y á la alimentación económica del pueblo, no cesaron de pedir las ciudades y sus procuradores en Cortes, acusando día por día cómo menguaban y se perdían los beneficios del tráfico del Norte y de las pesquerías de Irlanda, asegurados por la industria de los cántabros desde los tiempos del rey D. Pedro de Castilla ⁵; cómo se abandonaban por falta de medios los bancos de Cabo de Aguer, en África,

¹ *Arte para fabricar naos*. Sevilla, 1611.

² Declaración de Diego de Rebouza, ms., año 1574.—*Colección Navarrete*, t. XXVIII, número 23.

³ Memorial impreso. Tomo II, apéndice núm. 7.

⁴ Discurso del capitán Sancho de Achiniega, ms., año 1578.—Tomo II, apéndice núm. 6.

⁵ *Disquisiciones náuticas*, t. VI, y *La Marina de Castilla*.

la extracción del coral en las costas de Tunez, y aun las de perlas en Cubagua, isla Margarita y cabo de la Vela ¹.

Hubo de suplirse la disminución de navios trayéndolos de fuera, comprándolos á los rebeldes flamencos, cuya industria por tal medio indirecto se favorecía más, ó ajustando asientos, como se hizo en Ragusa, para el servicio de una escuadra de doce galeones de veinte á treinta cañones cada uno, que vino con general, almirante, capitanes y gente extranjera levantisca en número de 1.670 hombres ²; contratando marineros genoveses con gravosas y depresivas condiciones que rebajaban la de los nacionales; transigiendo con jefes mimados, por contraste de las faltas de consideración á los Bazanes y á los Sarmientos, que á D. García de Toledo hacían notar irónicamente la diferencia «de nacer en Génova á nacer en Valladolid». En resultado final aparecen para el gran armamento dispuesto el año 1597 en Ferrol á las órdenes del Adelantado de Castilla, 64 naves extranjeras de las 84 que compusieron la escuadra.

Por rarezas del azar se labró el ataúd del rey D. Felipe con madera de un galeón, cual si se hubiera querido simbolizar que con el cuerpo se enterraba la preponderancia marítima de España ³.

¹ Son muchos los memoriales reunidos en las colecciones de manuscritos de marina, singularmente en la de Vargas Ponce. Consta que del puerto de San Vicente de la Barquera iban constantemente á las pesquerías de Irlanda, antes de estallar la guerra con Inglaterra, de 40 á 50 chalupas.

² *Colección Sans de Barutell*, año 1593.

³ Lo refiere D. Diego Ruiz de Ledesma en el *Compendio breve de las cosas memorables de christianísima vida y exemplar muerte del Rey Catholico y Prudente de las Españas y Mundo Nuevo, D. Felipe II*, Barcelona, 1608, 8.º, así:

«Después de muerto le envolvieron el cuerpo en una sábana sin quitarle la camisa que tenía puesta (que aun hasta allí quiso conservar su grande honestidad), y en la mano derecha un decenario de cuentas de una madera de la India que llaman lináloe, de muy grandes indulgencias y perdones, en que de ordinario rezaba, descubierto tan sólo el rostro, puesto un hábito ó escapulario pequeño de fraile Jerónimo y sobre el pecho una cruz de la madera de que era el rosario, de media vara de largo, pendiente de un cordel bramante que le rodeaba el cuello; luego le metieron así en una caja de plomo con su cubierta, y la soldaron y calafatearon con mucho acuerdo, poniéndola en otra de madera incorruptible (por ser tan maciza y pesada que se llama angelín) con su tapador, como funda de la de plomo, y la clavaron y ajustaron perfectamente. Y aunque era negocio olvidado y fuera

Pero juzgando con equidad no tienen aplicación á la persona del Rey cargos que el eminente escritor marino de los Estados Unidos, Mahan, ha generalizado, porque, en verdad, pocos han comprendido y ninguno, hasta estos nuestros días, ha estudiado la influencia de la marina militar en la historia del mundo, en razón á que la mayor parte de los historiadores ha sido ajena á los conocimientos náuticos, y los marineros, viviendo desde remotísimos tiempos casi apartados del consorcio de los demás hombres, no han tenido *profetas* capaces de hacerse entender ¹.

Descendiendo al pormenor de lo que en este reinado progresaron los conocimientos y prácticas marítimas, mucho hay que notar en punto á construcciones, fomentadas por los hijos de D. Álvaro de Bazán (el viejo), por Pero Menéndez de Avilés, Pero Sarmiento de Gamboa y el maestro Francisco de Arriola, ingeniero de oficio. Formadas juntas de peritos inteligentes en Sevilla, en Santander, en Guipúzcoa y en Vizcaya para estudiar las condiciones de la fábrica y

muy posible no hallar tal madera en España, aunque se buscara aposta para el mismo objeto, y andándola buscando é inquiriendo, allí en San Lorenzo, el real trazador y arquitecto mayor de S. M., permitió Dios para mayor ejemplo del dicho tránsito de este aventurado Rey, que se ofreciese á las manos en tal ocasión de qué hacer la dicha caja, que fué un trozo que habia quedado de un árbol de una nave vieja de la India de Portugal llamada *Las Llagas de Cristo*, que se trujo de Lisboa allí, á San Lorenzo, de que se hizo una cruz para ponerse en ella el Christo grande que está ahora en lo alto del retablo del altar mayor de aquella insigne y suntuosa iglesia. Consecutivamente se metió esta caja con su hijuela ó funda en un ataúd de la misma manera, del tamaño de los ordinarios, que estaba cubierto de tela negra y oro, con una cruz roja de brocado que cogía lo ancho y largo dél, guarnecido todo por de fuera con pasamanillos de oro y clavazón dorada, y por de dentro aforrado con raso blanco, y por remate y guarda polvo un paño grande que lo cubría todo, de la misma tela negra, de lo que fué el terno con que se ofició la misa de las honras y entierro.»

En otras relaciones del tiempo se dice, y es más natural, que el ataúd se labró, no del trozo de un árbol, sino del de la quilla del galeón *Cinco Chagas*.

¹ Mahan: *The influence of sea power upon history*. Otro crítico inteligente, el señor Camillo Manfroni, expresa: «La marina da guerra della Spagna fu sempre devolissima, ma non è giusto attribuire a questa sola causa il rapido decadimento del vastissimo dominio. La causa vera doveva ricercarsi nella politica sospettosa, incostante ed egoistica del Gobierno di Madrid, nella irresoluzione degli uomini che furono preposti al comando di quelle squadre, nelle lentezze sistematice, per le quali diventarono tristamente celebri Filippo II ed i suoi successori.»

procurar su enmienda, de forma que se precaviesen tantos daños y naufragios como ocurrían, vinieron á sacar de la rutina á los astilleros, calculando y decidiendo por acuerdo medidas y proporciones, con las que resultaron las naves de mayor solidez y más fácil manejo. En todo ello influyó mucho Cristóbal de Barros, hombre de excepcional competencia, superintendente de fábricas, montes y plantíos que fué en la costa cantábrica. A propuesta suya se modificaron las reglas y costumbres relativas al ejercicio de maestranza, el sueldo de las naves embargadas, el sistema de contratas. Se otorgó exención de alcabalas á la venta de pertrechos, se instituyeron primas y se dictaron buenos preceptos de administración. Con diez millones y medio de maravedís que se habían consignado á su orden fundó lo que hoy llamaríamos Banco Hipotecario para prestar, bajo fianza y sin interés, á los fabricantes de naos á razón de dos ducados ó dos y medio por tonel, según la necesidad, siempre que el buque pasara de 300 toneles y á condición de réintegrar la suma después de vendida la nao. Esto en Vizcaya y Guipúzcoa; para Asturias y Galicia, donde estaba más caída la fábrica por pobreza, extendía *el empréstito* á los que fabricaran naos de 100 toneles para arriba.

Era opuesto á todo género de contratos, por lo que constantemente aconsejó al Rey la construcción de galeones por su cuenta, formando escuadras propias de la Corona, y con varios que dirigió en los astilleros de Guarnizo y de Pasages dió pruebas patentes de la mejor calidad y economía; mas, si no todos sus esfuerzos, en mayor parte los esterilizó la perpetua penuria del erario, y la irregularidad y tardanza de los pagos comprometidos. De todos modos, impulsó la construcción, no solamente en la Península, sino también en los virreinos de América ¹.

En estos tiempos se fué generalizando el aforro interior y se hizo más común el de plomo en los fondos; fortaleciéronse

¹ De los particulares de la construcción he tratado en las *Disquisiciones náuticas*, tomo v, insertando nómina de maestros. El R. P. D. Ricardo Cappa, de la Compañía de Jesús, ha dedicado á la industria naval en Indias los tomos x, xi y xii de sus *Estudios críticos acerca de la dominación española en América*. Madrid, 1894.

las ligazones con curvas y corbatones; mejoróse el aparejo, aumentándole con las vergas de juanete.

Es de señalar la invención y propuesta de espacios estancos aislados que hizo Lorenzo Ferrer Maldonado para los navíos destinados á descubrimientos, diciendo: «Háganse en las naves unos caxones debajo del agua, según la traza que para ello se dará, y con esto se excusa irse á fondo aunque se abra por la parte de abajo, porque solamente se hinche de agua aquel caxón que corresponde á la rotura, y los demás no, por ir todos bien calafateados¹.»

Pedro Menéndez de Avilés fué el primero que ideó alargar la quilla con relación á la manga, construyendo en la isla de Cuba unos que llamó *galeoncetes*, que resultaron muy veleros. Barros y los Bazanes sostuvieron el principio, que no dejaba de tener opositores en los maestros antiguos, por estimar que navío no ajustado á la fórmula de *as, dos y tres*, tendría necesariamente poca estabilidad. Como la práctica desvaneció sus temores, mandó el Rey construir en Vizcaya ocho de tales *galeoncetes*, y al disponerse la armada de Santander ofreció el autor construir 20 bajeles en cuarenta días, de forma que tuvieran 14 bancos con dos hombres por remo; dos cañones á proa de á 30 quintales; cuatro versos dobles de á cinco quintales en los costados; 60 hombres de tripulación, armados de arcabuces y mosquetes de á dos onzas de bala, y con todo se manejarían en la mar á remo y vela mejor que galeras.

Los hermanos Bazán, D. Alvaro y D. Alonso, concibieron los tipos de la *galeaza* y la *galizabra*, bajeles en que se procuraba reunir las condiciones de la galera y la nao, dominando en la primera la fuerza y la ligereza en la segunda. La galeaza de D. Alvaro, distinta de las venecianas que figuraron en la batalla de Lepanto, era magnífico bajel que en teoría navegaba perfectamente á remo y vela, siendo un tercio más largo y ancho que las galeras, sobrepujando al galeón por las 50 piezas de artillería que montaba y causando admiración á

¹ Academia de la Historia.—*Colección Muñoz*, t. XXXVIII, fol. 1.º

la vista por la mole; pero en la práctica acreditaban no sufrir mucha vela, ni aprovecharse de los remos, á no ser en tiempos bonancibles; ser de caro entretenimiento y de escaso provecho real, sirviendo más de buen parecer en los puertos que de desempeño en la mar, por más que se emplearan en la jornada de Inglaterra de 1588, en la del estrecho de Magallanes, de Flores Valdés, y en las de Bretaña, con todos sus inconvenientes.

La última invención, que, por el del Rey, tuvo nombre de *Felipotes* ó *Filibotes*, fué de embarcaciones ligeras sin popa, ó sea de igual forma en ambas extremidades, con capacidad de 120 á 200 toneladas, ocho á doce piezas de artillería, 26 marineros, 24 mosqueteros y seis arcabuceros, 56 hombres de tripulación total, muy útiles para cruceros y avisos de Indias.

Escorchapines se llamaron en el Mediterráneo á otros barcos sutiles de vela latina, que sustituían á las carabelas.

Comprendíalos á todos un tratado de construcción, el primero en que se formularon reglas teóricas, escrito por el capitán Juan Escalante de Mendoza, con dedicatoria á Su Majestad, por los años de 1575. Figuraba en él á un joven que, deseoso de conocer el arte de navegar, embarcaba con el piloto mayor de una armada é iba preguntándole por todo aquello que despertaba su atención. De esta manera, en forma de diálogo, formó compendio de los conocimientos que relativamente á la navegación alcanzaba su época, y aun los excedió; vislumbrando teorías admitidas mucho más adelante sobre vientos, corrientes, meteorología y astronomía náutica. Tituló el libro *Itinerario de navegación de los mares y tierras occidentales*, con perjuicio de sus intereses y de la ciencia, porque entrando en la descripción de las derrotas á las Indias, que por secreto de Estado se mantenían reservadas, no acordó el Consejo de Indias las licencias de impresión y ha permanecido ignorado hasta nuestros días ¹.

El doctor Diego García de Palacio, oidor en Guatemala, pero de familia de marinos de Santander y cursado en la ca-

¹ Lo publiqué por vez primera en las *Disquisiciones náuticas*, t. v.

rrera, siguió los pasos de Escalante y dió á la estampa en Méjico otro tratado general, en parte dedicado á la fábrica y aparejo de las naos ¹.

Lo mismo que su predecesor, lo redactó en diálogo entre un vizcaíno y un montañés, abarcando los principios de la esfera y de las observaciones con el astrolabio y ballestilla, el uso de las cartas, los principios de meteorología, el vocabulario de la gente de mar y las reglas para construcción y aparejo de una nao de 400 toneladas, acabando con las de arqueo, según la orden de Cristóbal de Barros y Pedro Gómez Verdugo.

Ya en estos tratados se definen, deslindan y fijan las atribuciones, cargos y deberes de todos los que embarcan en una escuadra, desde el capitán general hasta el grumete y paje, lo cual, junto con las instrucciones reales, las de la Casa de la Contratación de Sevilla, y las que para cada viaje publicaban á són de bando los capitanes generales, comprendiendo el examen de pilotos, echar punto en la carta y observaciones astronómicas ²; sobre el modo y manera que se había de tener para pelear en la mar ³; manifiestan progreso evidente en que no se olvidaba la higiene, según indicaba la prevención razonada: «Y de no tener con mucha limpieza los navíos de la Armada, suelen suceder algunas enfermedades y muertes, y para excusar esto se tendrá muy particular cuidado en la limpieza dellos ⁴.» No es temerario presumir que en el particular entendieran Cristóbal Pérez de Herrera, médico de D. Alvaro de Bazán, y Gregorio López Madera, que lo fué de D. Juan de Austria, gozando ambos de merecida fama y valimiento ⁵.

¹ *De la Instrucion nauthica para el buen uso y regimiento de las Naos, su traça y gobierno conforme a la altura de Mexico.* Año de 1587. Reproduce también lo que importaba á la materia en las *Disquisiciones náuticas*, t. vi.

² Hállanse manuscritos en la *Colección Navarrete*, t. xxvii.

³ *Idem*, id., t. xxii.

⁴ Instrucciones al general Pedro de Arana, año 1587.—*Idem*, id., t. xxvi. Las mismas, que debían ser generales, se dieron á D. Miguel de Oquendo en 1588.—(*Colección Vargas Ponce*, leg. 15.)

⁵ Cristóbal Pérez de Herrera estudió en la ciudad de Salamanca, donde había acido en 1558, y empezó á servir en la marina á los diez y nueve años de edad,

De la artillería, como arma principal de las naves, trataron especialmente, con más extensión que Escalante de Mendoza y el Dr. Palacios, fijando los principios técnicos, Luis Collado, Diego de Alava, Lázaro de la Isla, cuyos libros impresos vulgarizaron las enseñanzas adquiridas hasta entonces de viva voz ó por ejercicio práctico ¹, objeto que también se

destinado en las galeras de España á las órdenes de D. Álvaro de Bazán; manejaba la espada ó la pluma según las ocasiones, siempre que los deberes de su profesión médica lo consentían. Hizo cosas señaladas por su persona en los combates; fué más de una vez el primero que entró al abordaje en navíos enemigos, ganando por su mano siete banderas, que, con autorización regia, puso por adorno del escudo de sus armas con el mote: *Non armis obstant litteræ*. En la primera jornada de las islas Azores, en 1582, improvisó en la isla de San Miguel un hospital, donde curó á los heridos en la batalla; en la segunda empresa, quedando solo con los que estaban en tierra al retirarse nuestros soldados, como los franceses quisieran rematar á los heridos, los defendió con la espada, recibiendo un arcabuzazo á boca de jarro. Remuneró el Rey sus servicios con el título de protomédico de las galeras de España en 1584, y adelante con el de médico de la Real Casa, que ejerció veintiún años; y por hacer bueno el lema adoptado, una vez depuestas las armas se dedicó con mayor atención á las ciencias y al amparo de los necesitados con ejemplar filantropía, ocupando el tiempo sobrante en obras literarias que dió á la estampa en latín y en castellano, entre ellas un elogio de Felipe II después de su muerte, y los *Proverbios morales y consejos cristianos en verso*. Otras publicó sobre amparo de pobres, reducción de vagabundos, mejora moral de reclusos delincuentes y sustento de niños desamparados, acompañando las teorías con gestiones prácticas, pues fundó en Madrid el *Albergue real*, que posteriormente fué hospital general, gastando 16.000 ducados de su peculio. Estableció tres carnicerías módicas y consiguió del Regimiento una contribución de dos maravedís en las comedias, que importó 2.500 ducados al año, destinados á huérfanos. Hacia el año 1613 imprimió autobiografía con título de *Relación de servicios*, haciendo constar que su abuelo Gonzalo de Herrera, natural de Miengo, en Santander, sirvió á los Reyes Católicos en la guerra de Granada; dos hermanos de su padre, García y Francisco, fueron valientes soldados del Emperador en Alemania, África é Italia, y dos hermanos suyos, Alonso y Francisco, murieron en el servicio real peleando, el uno contra el tirano del Perú, y el segundo con un pirata sobre Puerto Rico. Terminaba pidiendo merced por estar muy necesitado, y hay constancia de haberle concedido 200 ducados de renta por su vida, que se prolongó hasta edad avanzada.

Gregorio López Madera, natural de Madrid y discípulo del insigne Vallés en la Universidad complutense, fué nombrado médico de Cámara del Emperador y designado para servir á D. Juan de Austria en la Armada. Muerto el Príncipe, como señalada muestra del afecto en que le tuvo y del aprecio del rey D. Felipe, recibió la espada bendita dedicada por el Papa San Pio V, después de la batalla de Lepanto, arma que se colocó sobre la sepultura en el santuario de Atocha, cuando falleció, el 3 de Mayo de 1595.

¹ *Plática manual de artillería.....*, por Luis Collado, ingeniero del ejército de Lombardía y Piamonte. Venecia, 1586, y Milán, 1592.

propuso Gaspar González de San Millán, aunque no tuvo la fortuna de los otros de ver en letra de molde su trabajo ¹.

Sentaron, de conformidad estos autores, ser las piezas usadas comúnmente en las naves españolas pedreros, medias culebrinas, sacres, medios cañones, falconetes y esmeriles, que tiraban desde 60 libras á ocho de bala, empleándose las de mayor peso y potencia para crujías de galera, sin que excedieran en las naos de 30 libras. En las de esta clase, que servían de capitanas y almirantas de escuadras y en las galeras, llegaron á montarse hasta 50 piezas en dos cubiertas ó andanas y en la borda, lugar destinado á los falconetes de pinzote.

Para el aprendizaje de artilleros, estimulado con ventajas y preeminencias personales, se creó escuela práctica en Sevilla, con arreglo á bases determinadas en instrucción del año 1576, empezando á dirigirla Andrés de Espinosa, autor de una Cartilla ², muy acreditado en el oficio y cargo, con el que asistió á la expedición al estrecho de Magallanes con Flores Valdés, distinguiéndose en el ataque de Parayva ³.

El perfecto Capitán, instruido en la disciplina militar, y nueva ciencia de la artillería, por D. Diego de Alaba y Viamont. Madrid, 1590.

Breve tratado del Arte de Artillería, geometría y artificios de fuego. Compuesto por Lázaro de la Isla. Madrid, 1595.

¹ Se titula *Tratado de artillería del capitán Gaspar González de San Millán, artillero mayor de la casa de la Contratación de las Indias, de la ciudad de Sevilla*. Hallábase inédito en la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, núm. 110, estante 16, gr. 5, y lo publiqué en las *Disquisiciones náuticas*, t. VI.

² Inserta en las *Disquisiciones náuticas*, t. VI.

³ Juan Peraza decla en el romance descriptivo, copiado en el mismo tomo de las *Disquisiciones náuticas*:

«El General ha llevado
Para aqueste menester
Un Capitán señalado
Que Espinosa era llamado,
Hombre de grande saber.
Y aqueste Andrés de Espinosa,
Por ser persona ingeniosa,
Era artillero mayor,
Y ninguno era mejor
Para hacer esta cosa.»

Á vuelta de viaje dirigió al Rey la siguiente carta, dada á luz en la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, t. xciv, pág. 539:

«Señor—Reçebí El dinero que me dio Juan Ruiz de belasco por la Escopeta y

Ilustraron no poco la materia *de re militari*, ó sea teoría y práctica de la guerra, D. Bernardino de Mendoza, Francisco de Valdés, Cristóbal Mosquera de Figueroa, Diego de Salazar, Bernardino de Escalante, Martín de Eguiluz, Marcos de Isaba, Bernardo de Vargas Machuca, dando á la estampa obras estimables en el periodo de 1577 á 1598, fecundo en toda especie de disciplinas ¹, y es de reparar que no bastó la autoridad de los maestros para torcer el cauce de las opiniones, arraigadas con la persistencia de las guerras de turcos y argelinos, por las que, desdeñada la artillería, considerábase tan sólo como preliminar del combate mano á mano, único decisivo; error trascendental aprovechado primeramente por los holandeses, y después, á su ejemplo, por los britanos, aprendiendo á combatir con las escuadras españolas de lejos, usando de los cañones con rapidez y certeza incomparables. Para ellos, que no para los nuestros, parecía haber escrito el mencionado González de San Millán: «El manejo del artillería en la mar requiere que el artillero sea también marinero, pues no siéndolo, sin conocimiento de los balances y movimientos de la nao, no podría hacer la puntería ni los efectos

bineme a mi casa sin bolber á madril y poliqué Entre los artilleros que v. mag. les abiya congedigo las libertades que tienen los de los presidios de España y con esta fama se an alistado mas de trenta. Suplico a v. mag. no caya yo En falta con Ellos pues son neçesarios En todas las armadas—En lo que toca al cobre que ay En Esta ciudad quiere antonio de gubara allallo sin dineros Entieranlo por no dallo libre v. mag. dinero que no faltara metal que con lo que ay aqui y berna de fuera se ara buena fundicion—aqui esta vn onbre pratico de las minas de cobre que a Estado En Santiago de cuba se obliga a dar cantidad de cobre El memorial ba con esta llamase alonso Ernandez y otros dos onbres se obligan a sacar 47 pieças de bronce a quatro ducados el quintal El memorial ba con Esta firmado de mi mano y por otra parte E inbiado otros porque bayan a mano de v. mag. y lo mande probeer con brebedad por ser berano—no tengo de cansar a v. mag. pues soy corto de bentura E serbido y sirbo y Estoy para serbir diego flores me pide El buen duque me inbio a llamar desde lisboa para algo me quieren todos diçen que merezco y no me dan nada despues que bine de magallanes no abido para mi ayuda de costa ni acrecentamiento de sueldo como los demas a mi muger y hijos mejor les fuera ser comisario de antonio de gebara que capitan de v. mag. porque siendo comisario comieran y siendo capitan no se como lo pasan nuestro señor dios guarde a v. mag. con acrecentamiento de mas Reynos y señorios de sevilla y de junio a 5 deste año 1588—criado de v. mag.—Andres despinoza.»

¹ Constan los títulos en la *Biblioteca marítima* de Navarrete y en la *Científica española* de Picatoste.

que convienen.» Lo mismo que Andrés de Espinosa al recomendar en su cartilla «se hiciese antes el tiro bajo que alto, porque el primero, si no hace efecto al golpe, lo hace al salto».

No hay que decir que los artilleros todos admitían las piezas de hierro fundido únicamente á falta de las de bronce, que eran las de confianza y resistencia, sobrepujando estas condiciones á las de mayor peso. Juan de Escalante de Mendoza conceptuaba tipo del bajel de guerra á la nao que no pasara de 500 toneladas, armada con 30 piezas de bronce de calibre que disminuyera en las andanas.

Las galeras, que influyeron tanto en la transformación y progreso de las naves desde el momento en que el Océano vino á ser campo general de las guerras, experimentaron durante el reinado de Felipe II alternativas y cambios, habiendo llegado al apogeo de la significación en las jornadas de la Liga, en las cuales, gracias á la dirección de D. García de Toledo, superaron las españolas por todos conceptos á las de genoveses, venecianos, turcos y argelinos. Consistió la modificación más notable en el cambio de los remos, que en cada banco habían manejado singularmente de uno á tres hombres y raramente cuatro ó cinco, por remos únicos, servidos en cada banco por dos á siete hombres, y á veces más, remos enormes relativamente á los primitivos, que se llamaron de *galocha*, haciéndose general el uso en todas las marinas por los años de 1560 á 1564, no obstante la oposición que suelen encontrar siempre las mudanzas radicales ¹.

En el vaso se significaron los adelantos alcanzados por la arquitectura naval, alterando las dimensiones y mejorando, con la solidez y la capacidad, todas las condiciones. Citábase

¹ De *scalozzio* y *galozza* los denominaban en Italia; de *galocha* se nombraban en cartas del Rey á D. García de Toledo del año 1564. (*Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. xxvii, pág. 400.) Las galeras de Malta hicieron el cambio para la jornada de los Gelves; en la del Peñón llevaba la capitana de don Sancho de Leyva á cinco hombres por banco y remo. Juan Andrea Doria fué uno de los jefes que más se opusieron á la adopción de los remos de *galocha*, razonando las ventajas que encontraba en los antiguos.

por ejemplar la capitana que dió Solimán á Piali para la empresa de Malta, galera de 35 bancos, 11 más que las ordinarias. Era la mayor que se había visto; tenía la popa soberbiamente esculpida y dorada al modo oriental; el tendal de brocado de seda; en el calcés, como veleta, una plancha de plata de 10 pies cuadrados, con la media luna, y arriba poma dorada. Bogaban seis hombres cada remo. Otra galera de 26 bancos mandó disponer para el general de tierra Mustafá, que resultó ligerísima por ser labrada con madera de higuera.

Don García de Toledo montaba en esta misma jornada de 1565 una excelente capitana de 27 bancos, con mucha escultura pero sin dorado alguno, y en modestia más aparentó la de la escuadra pontificia al hacer la campaña de la Liga, toda vez que Marco Antonio Colonna, por luto de una hija, la hizo pintar de negro en Mesina, casco, remos, árboles y entenas. El caso era excepcional y no hace regla; antes bien había impuesto la costumbre ostentación en los adornos artísticos en vidrieras, fanales, estandartes, tendales, pavesadas y cortinajes de cámara con exceso, que procuró corregir el Rey consignando, entre las instrucciones dadas á su hermano D. Juan de Austria para ejercer el cargo de Capitán general de la mar, la prevención de hacer visitas á las atarazanas de Nápoles, Sevilla y Barcelona, y de corregir el exceso que se notaba en esculturas, adornos y banderas.

Poco se acortó, no obstante, el uso, que sostenían como debido al decoro los Capitanes generales, lo mismo que el de llevar á bordo músicos y ministriles: el de servirse en vajilla de plata, y el de vestir de raso y terciopelo, con cintillos, cadenas y plumas, ó con arneses riquísimamente grabados, en su caso.

Amenguada la importancia de estas escuadras después de las treguas con Turquía, no por ello dejó de ser codiciado el mando, aunque prefirieran los agraciados con él seguir figurando en la Cámara real y ostentar en la corte su título, que ir con él tras las galeotas corsarias en cruceros monótonos, implantándose el abuso en términos de hacer necesaria orden

circular apretada para que los Capitanes generales de galeras navegaran siempre en ellas ¹.

Galeras fueron á la empresa de las islas Terceras y á la de invasión de Inglaterra con desdichada suerte en la última. También se ensayó su servicio en las Indias, yendo desde España dos á Santo Domingo, cuatro á Cartagena, dos á la Habana, y en el virreinato del Perú se construyeron especiales adecuadas á las necesidades de sus puertos, sin que el resultado correspondiera á la esperanza de reprimir con ellas el corso y el contrabando ². Quedaron á lo último circunscritas al Mediterráneo, habiendo trasplantado á las naos el lujo de la decoración y vanidad de músicas, vajillas y trajes de los generales y capitanes, en contraste con el porte de marineros y soldados, el más tiempo sin paga, á veces sin ración, vistiendo á su capricho como podían, ya que la uniformidad en el traje no estaba impuesta.

Esos lujos de plata en la mesa, música en la cubierta y brocado en la cama se vieron en las naves piráticas de Drake, Cavendish y Grenville; más á fe que no les costaba mucho parodiarlos ³.

¹ Colección Sans de Barutel, año 1594.

² Varios documentos sobre el particular hay en la Colección Navarrete, t. xxvii, y en la de Sans de Barutell, art. 4.º, y de los abusos á que dieron origen se puede formar idea por el Memorial del pleito, esto es, por la causa formada á Sancho de Arce, general de las que fueron á Cartagena de Indias en 1586, por haberse alzado y perdido la Patrona. Guárdase en la Biblioteca Nacional, Sala de varios, el cuaderno impreso en 102 hojas folio.

³ Me parece oportuno el relato del licenciado Juan Méndez Nieto (en los *Discursos medicinales* que anteriormente he citado), y me facilitó el Sr. Jiménez de la Espada, del fin que tuvo D. Juan de Velasco de Berrio, general de galeones desde el año de 1563 al de 1578, según el registro del Consejo de Indias.

«Estando en Cartagena de Indias (dice en el lib. III, disc. 16) prohibiales que de ninguna manera gustasen vino todo el tiempo que allí estuviesen, que para efecto de no enfermar en aquella tierra es el mayor remedio y más secreto que tiene el mundo y ningún otro su igual.

«Duro pareció el precepto á muchos dellos, mayormente al general Juan de Velasco, que no sabía beber agua, y no se contentaba con beber vino á la española, sino que bebía al modo de Flandes, en una taza de asiento, muy alta de pie, que puesta en el suelo, llegaba arriba del brazo de la silla en que estaba sentado, haciendo por vaso una pileta como de agua bendita, que tenía de porte largo dos azumbres, y hinchíendosela al principio de la comida, abajaba la cabeza y metía el hocico como buey cuando quería beber, y desta manera ibale dando jaques hasta

Es de apuntar, en lo tocante á personal, el ensayo hecho el año 1590 recogiendo y embarcando muchachos vagabundos con idea de formar marineros y sustituir á los que se habían consumido ¹. Fracasó como proyecto que requería consignación ordenada y perseverante.

Mas de cincuenta tratados se escribieron condensando el avance conseguido en los conocimientos de astronomía y náutica, navegación, hidrografía, meteorología, viajes ², haciéndose notar los de Andrés García de Céspedes, Jerónimo de Girava, Hernando de los Ríos Coronel, Juan Bautista Lavaña y Rodrigo Zamorano. En los más se intentaba resolver satisfactoriamente el problema de la determinación de la longitud en la mar, reconociendo que ninguno de los métodos ensayados satisfacía. «Diferentes opiniones hay en situación, decía Fr. Juan González de Mendoza ³, por navegarse Leste á Hueste, cuyos grados nunca ha habido quien los haya sabido mensurar.»

Algunos cosmógrafos, por los pasos de Alonso de Santa Cruz y de Juan Alonso, se fijaron en la idea de construir relojes con que se tuviera á bordo la hora del primer meridiano, lo que aun no podía conseguir la mecánica industrial, y por ello se obstinaban los más en discurrir instrumentos especiales para observación del sol y de la variación de la

que del todo le daba mate; y lo peor era que comía muy poco, y para poder acabar la taza se estaba una hora royendo avellanas hasta que le daba fin. Y hallándonos un día á verlo comer, D. Francisco de Leyva, proveedor del armada y yo, me preguntó qué me parecía de la manera de comer del Sr. General. Y yo le respondí en alta voz para que lo oyesen el mismo General y los que con él estaban, que si por aquel orden procediese todo el tiempo que allí había de estar, que ternían General hasta la Habana, y que no sería poca ventura si llegase allá. A lo que respondió el Sr. General, que si no sabía más de echar calzas á pollos que de aquello, que no sabía mucho, porque aquel era su natural y lo con que se había criado. No se habló más en ello, y él pasó adelante con su dieta, y por no hacerme mentiroso acabó en la Habana de unas recias calenturas que el dios Baco le había fabricado, y le salieron al camino y le saltaron.»

¹ Cabrera en Córdoba, t. III, pág. 356.

² Constan los títulos en las Bibliotecas de Navarrete y Picatoste, citadas, y en el discurso de recepción en la Academia de Ciencias leído por D. Acisclo Fernández Vallín.

³ *Historia de las cosas más notables del gran reino de la China*. Amberes, 1596.

aguja simultáneamente. Alonso Alvarez de Toledo, Pero Menéndez de Avilés, Diego Ruiz, Juan de Herrera, Domingo de Villarroel y Bernardo Pérez de Vargas obtuvieron privilegios de invención por lo que sucesivamente fueron experimentando, buenos tan sólo para recuerdo histórico de las tentativas.

Hubieron de atenerse los pilotos á la estima, y en tierra á la observación de los eclipses de luna, para lo cual circuló el Consejo de Indias instrucciones bien entendidas. Se obtuvieron de este modo situaciones geográficas bastante aproximadas de Lima, Panamá, Méjico, Cebú, en Filipinas, y algunos más lugares principales, á los que se fueron relacionando los otros antes de fijarlos en el Padrón real de la Carta, constantemente corregido y aumentado por los catedráticos y pilotos mayores de la Casa de la Contratación, constructores á la vez de las cartas particulares de navegación y de los instrumentos náuticos. Pedro Ambrosio Ondérez, uno de ellos, cosmógrafo mayor desde 1591, perfeccionó los astrolabios y cuadrantes con graduación que apreciaba de medio en medio grado; escribió de matemáticas y del uso de los globos. Sancho Gutiérrez fué especial en la imantación; Juan Martínez, Bartolomé Oliva, Mateo Prunes, Francisco Oliva, Francisco Domínguez, Jacobo Ruso, continuaron las tradiciones en las cartas iluminadas sobre pergamino ¹.

El dicho Alonso de Santa Cruz, juzgado por Nicolás Antonio *mathematicarum omnium artium peritissimus*, y enaltecido posteriormente por Navarrete, Jiménez de la Espada y cuantos estudian la historia de la náutica y de la geografía, trazó por lo menos veinticuatro cartas universales ó *mapa-mundi*, que figuran en el inventario formado después de su muerte, ocurrida en Sevilla en 1572. Uno hizo en 1542 sirviéndose de proyección semejante á la que años después empleó Antonio Floriani, y conservado en la Biblioteca Real de Estokolmo; ha salido á luz en *facsimile* en 1892 con su título primitivo, *Nova verior et integra totius orbis descriptio nunc primum*

¹ *Disquisiciones náuticas*, t. IV y VI.

in lucem, edita per Alfonsum de Santa Cruz Cæsaris Caroli V archicosmographum. A. D. MD. XL. II ¹.

Juan López de Velasco, cosmógrafo y cronista mayor del Consejo de Indias, sucesor de Santa Cruz, redactó las mencionadas *Instrucciones para la observación de los eclipses de luna.... y verificar por ellos las alturas y longitudes*, así como el interrogatorio circulado al mismo tiempo con las órdenes para hacer la descripción de los dominios españoles, pensamiento colosal de D. Juan de Ovando, presidente del Consejo. Juan López de Velasco, digo, sirviéndose entre los datos acopiados de las que fuéronse nombrando *Relaciones geográficas de Indias* ², recopilólas en los años 1571 á 1574, formando el *Libro de la descripción de las Indias* para consulta reservada del Consejo mismo ³.

Regian la enseñanza universitaria, no técnica, estatutos redactados por el Licdo. D. Juan de Zúñiga y confirmados por Real cédula de 29 de Octubre de 1594, en que son de notar estos preceptos ⁴:

«..... El segundo año se ha de leer sola la Astronomía, comenzando por el *Almagesto*, de Ptolomeo, y habiendo pasado el primer libro, léase el tratado de *Signis rectis*, el de *Triangulis rectilineis et spheris*, por Christophoro Clavio ú otro moderno. Después de leído el libro segundo, se han de enseñar á hacer las tablas del primer móvil, como son las de las direcciones de Juan de Monte Regio (Regiomontanus) ó de Reynaldo Erasmo. Después, la teoría del sol, por Purbachio; luego todo el tercer libro del *Almagesto*, con el uso de esto por las tablas del rey D. Alfonso..... El segundo cua-

¹ Publicóse simultáneamente elegantísima descripción del original y noticias del autor, en opúsculo escrito en inglés por E. W. Dhalgren, *Stockholm, Royal printing office. P. A. Norstedt, etc. Söner*, 1892, 4.^o.

² Dos tomos se han publicado por el Ministerio de Fomento en 1881-1885 con magistral introducción escrita por D. Marcos Jiménez de la Espada.

³ Ha permanecido inédito hasta el año 1894, en que lo sacó á luz D. Justo Zaragoza valiéndose de una copia que perteneció al cardenal Lorenzana. En el *Boletín de la Academia de la Historia*, t. xxvi, hay informe mio relativo.

⁴ *Constituciones apostólicas y estatutos de la insigne Universidad de Salamanca, recopiladas por Fr. Antonio de Ledesma y el Dr. Martín López de Hontiveros. Salamanca, 1625, folio.*

drienio léase á Nicolao Copérnico..... En la sustitución, la Gnomónica. En el tercer año léase Geografía de Ptolomeo y la Cosmographia de Pedro Apiano y *Arte de hacer mapas*; el Astrolabio, el Planisferio de D. Juan de Rojas; el Radio astronómico, la Arte de navegar. En la sustitución, la Arte militar. El cuarto año, la Esfera y la Astrología judiciaria..... En la sustitución, Teórica de planetas.....»

El maestro Pedro de Medina, tratando de estas escuelas, noticiaba ¹ que había en Salamanca una capilla muy rica en bóveda. En lo alto de ella, que era de color azul muy fino, estaban pintadas y labradas de oro las 48 imágenes de la octava esfera, los vientos y «casi toda la fábrica y cosas de astrología»..... Había en la misma capilla un reloj de ingeniosa maquinaria, por la que la luna, por sus puntos, hacía movimiento, creciendo ó menguando, «donde se veía muy al propio de como ella parece cada día en el cielo».

Todo cooperaba entonces á facilitar la navegación, aun por los mares más apartados ó peligrosos, objeto exclusivo y desinteresado que tuvieron las exploraciones de Gaspar de Párraga en la laguna de Maracaibo y ríos afluentes el año 1588 ²; de Juan de Tejada por la costa contigua, en 1585; de Tomás Bernardo en los canales y bajos de Bahama, en 1594; de Sebastián Rodríguez Cermeño por California, en 1596; del estrecho de Magallanes por Pedro Sarmiento de Gamboa, y en la inmensa extensión del Pacífico por muchos, continuando los descubrimientos de Urdaneta, con los resultados de hacer viaje desde Lima á Manila en sesenta y cuatro días ³ y de volver con barcos apenas suficientes para el cabotaje ⁴.

¹ *Grandezas de España*.

² *Colección de documentos de Indias*, t. iv, pág. 489, y Academia de la Historia, *Colección Muñoz*, t. LXXXVIII, fol. 237.

³ *Relación del viaje de D. Juan de Mendoza en la nao Nuestra Señora de la Cinta*, año 1583. Academia de la Historia, *Colección Salazar*, F. 18, fol. 88.

⁴ *Relación del viaje y descubrimiento que hizo el capitán Pedro de Unamunu desde los puertos de Macán y Cantín hasta el de Acapulco, en la fragata «Nuestra Señora de la Esperanza»*, año 1587.—Academia de la Historia, *Colección Muñoz*, t. XXXVIII, folio 56.

Don Felipe, con buen consejo, dictó determinación que recuerda la del Parlamento inglés en la Edad Media, cuando naos castellanas apresaron la capitana, nombrada *Christofle de Hull*¹.

Fué el caso que, cerca del cabo de San Vicente, se encontraron seis naves inglesas con cinco guipuzcoanas que venían hacia Cádiz. La capitana y almiranta pelearon ocho horas y se perdieron por haberlas desamparado las otras tres, faltando á la obligación y escritura otorgada antes de salir del puerto de Pasajes, por la que todas se comprometían á navegar de conserva y no se apartar, so pena de 3.000 ducados. Examinados los hechos, mandó el Rey que fueran castigados los capitanes «para que á otros sea de ejemplo y entiendan que se han de ayudar unos á otros». Ordenó al mismo tiempo que les fueran secuestrados los bienes, aplicando los 3.000 ducados en que se obligaron «é la demás hacienda en que fueran condenados, á los dueños de las naves que se perdieron»².

Como quiera que por rareza faltaba en cualquiera de las expediciones algún soldado de aquellos que por servir para todo manejaban con soltura la pluma, dando muestras de la cultura general de la nación, poco apreciada todavía, por más que los españoles de aquel tiempo más amigos fueran de acometer empresas que de referirlas, solían hacer relación en prosa ó verso de las más señaladas, prósperas ó adversas; y en este reinado enriquecieron la historia y la literatura naval con muchas obras, algunas de las cuales no desdicen de las magistrales firmadas por Ercilla, Lope de Vega, Góngora, Alcázar, Rufo y Herrera. De algunas especiales haré indicación, supliendo al silencio de las bibliografías:

Primera. *Los libros que mandó escribir y demostrar el catholico Rei D. Felipe Segundo á su Ingeniero mayor Iuanelo.*

¹ Año 1395. Véase *La marina de Castilla*, cap. x, pág. 154.

² Carta del Rey al Duque de Medina-Sidonia, fecha en El Pardo á 26 de Noviembre de 1596. *Colección Navarrete*, t. xxxi.

Manuscritos é inéditos han quedado en la Biblioteca Nacional, y el quinto (signatura L. 140) importa á nuestro objeto por ser la materia «los edificios de mar y cómo se han de hacer y acomodar en diversas maneras», comprendiendo á los puertos y sus defensas, dársenas, diques, escolleras y otras cosas tocantes al agua, ilustrándolas dibujos de barcas, naos y galeras hechos á la pluma con soltura.

Segunda. *Libro del Infante don Pedro de Portugal, El qual anduuo las quatro partidas del mundo. Con licencia. Año MDLxiiij.*

Opúsculo en 20 fojas en 4.º, caracteres góticos, según dice al final, *Impreso en Burgos en casa de Philippe de Junta. Año MDLxiiij.*

Al folio primero, después del prólogo, se lee:

«Aquí comienza el libro del infante don Pedro de Portugal, etc., compuesto por Gómez de San Esteban, uno de los doce que anduvieron con el dicho Infante á las ver.»

Paréceme de gran curiosidad, porque el viaje simulado sirve de motivo á la enumeración concisa de pueblos, ríos y montes, constituyendo compendio de Geografía y nomenclátor análogo al *Libro del conocimiento de todos los reinos é tierras e señorios que son por el mundo*, sacado á luz por D. Marcos Jiménez de la Espada en 1877 ¹.

Hay aun entre los no vulgares una *Suma de los tratos y contratos: compuesta por el muy Rdo. Padre Fray Thomas de Mercado, de la orden de los Predicadores, Maestro en Santa Theologia. Dividida en seis libros. Añadidas á la primera addicion muchas nuevas resoluciones: y dos libros enteros, como parece en la página siguiente. Con licencia y Privilegio: en Sevilla, en casa de Hernando Díaz, 1575*, de importancia por las indicaciones de prosperidad que alcanzó el comercio de Indias en Sevilla.

«El trato de mercaderes, dice, como el día de hoy se hace, especial en estas gradas, cierto me admira, con no solerme espantar cosas comunes y vulgares. Es tan grande y univer-

¹ *La marina de Castilla*, cap. xvi, pág. 251.

sal, que es necesario juicio y gran entendimiento para ejercitarlo y aun para considerarlo. Solían tener este modo de vivir en tiempos de nuestros mayores hombres bajos; mas ahora está en el punto, que es menester no ser nada agrestes ni rudos para poder menearlo. Tiene, lo primero, contratación en todas las partes de la Christiandad, y aun en Berbería. A Flandes cargan lanas, aceites y bastardos: de allí traen todo género de mercería, tapicería y librería. A Florencia envían cochinilla, cueros; traen oro hilado, brocados, perlas, y de todas aquellas partes gran multitud de lienzo. En Cabo Verde tienen el trato de los negros, negocio de gran caudal y mucho interés. A todas las Indias envían grandes cargazones de toda suerte de ropas; traen de ellas oro, plata, perlas, grana y cueros en grandísima cantidad. Item; para asegurar lo que cargan (que son millones de valor) tienen necesidad de asegurar en Lisboa, en Burgos, en León de Francia, Flandes, porque es tan gran cantidad la que cargan que no bastan los de Sevilla ni de veinte Sevillas á asegurarlo. Los de Burgos tienen aquí sus factores que, ó cargan en su nombre, ó aseguran á los cargadores, ó reciben ó venden lo que de Flandes les traen. Los de Italia también han menester á los de aquí para los mismos efectos. De modo que cualquiera mercader caudaloso trata el día de hoy en todas partes del mundo y tiene personas que en todas ellas le correspondan, den crédito y fe á sus letras y las paguen, porque han menester dineros en todas ellas. En Caboverde para los negocios; en Flandes para la mercería; en Florencia para las rajadas; en Toledo y Segovia para los paños; en Lisboa para las cosas de Calicut. Los de Florencia y los de Burgos tienen necesidad de ellos aquí, ó para seguros que hicieron y se perdieron, ó de cobranzas de la ropa que enviaron, ó cambios que en otras partes tomaron recibidos aquí. Todos penden unos de otros, y todo casi tira y tiene respecto el día de hoy á las Indias, Santo Domingo, Santamarta, Tierra Firme y México, como á partes do va todo lo más grueso de ropa y do viene toda la riqueza del mundo.»

«Alcanzó tales vuelos el comercio, dice otro literato mo-

dero ¹, y tan evidente era el lucro, que llegó á tentar la codicia de muchos nobles, graves y encopetados hidalgos, hasta olvidarse de añejas preocupaciones, para acrecentar la hacienda con encubierto tráfico, ó á las claras y ostensiblemente como mercaderes de profesión, soportando las puyas y sátiras de poetas maleantes ó las desdeñosas reconvenciones de los apegados á lo antiguo, compensando tales mortificaciones con el acrecentamiento de la fortuna y aumento de ducados, que luego servíanles para mayor lustre y esplendor de la casa solariega al crear pingües mayorazgos y lustrosas fundaciones que perpetuaran la alcurnia y linaje de los patronos; y en cuanto á extranjeros, fueron muchos los que tomaron carta de naturaleza en Sevilla al olor del comercio con las Américas, especialmente de los Países Bajos y de Italia, muchos de Génova, no sólo del estado llano sino de noble clase, cuidando éstos de venir bien provistos de ejecutorias, títulos é informaciones de nobleza que acreditaran su prosapia, enlazándose en el transcurso del tiempo con principales casas de Sevilla, que dieron muy ilustres y renombrados hijos á esta ciudad.»

Final: enseña los efectos del cambio cosmopolita la citación del mismo escritor á la pintura que hacía Luis de Pezara en 1552.

«Las vestiduras de los hombres son de paño que cuestan dos y tres ducados la vara; usan comúnmente en los jubones, sayos, calzas y zapatos, terciopelo carmesí, raso, tafetán, camelote, fustedas y estameñas, sedas sobre sedas cortadas, con trenzas y pasamanos, con caireles, vivos, ribetes, y algunos usan de torzal; y porque estándose holgando en Sevilla gocen en común de lo que en cada reino se aprecia particular, traen ropetas italianas, chamarras saonesas, capas lombardas con collares altos, ropetas inglesas, sayos sin pliegues de Ungría, ropetas cerradas que se visten por el ruedo, llamadas *salta en barca*, tomadas de las que se traen en la mar; usan

¹ Don Manuel Gómez Imaz: *Inventario de los cuadros sustraídos por el Gobierno intruso en Sevilla el año de 1810*. Sevilla, 1896; opúsculo de que he tomado la anterior referencia.

capeteles, que son sombreros chicos y hondos; chamarras angostas y largas hasta el suelo, que es á vista de turcos; calzas de muy gran primor, enteras, á la española, picadas, á la flamenca, y cortadas á la alemana; mas son todas forradas en terciopelo carmesí, rasos y tafetanes de todo color; sobre las calzas traen gran costa y muy gran primor, porque hay algunas que cuestan cuarenta y cincuenta ducados, y las que menos cinco ó seis; traen zapatos y zaragüelles á la morisca; las gorras son comunes, y las plumas en ellas al lado izquierdo, porque los franceses las traen á la mano derecha; y por parecer soldados, traen sobre los jubones y calzas picadas, cuerras, para mostrarse más feroces, y es hábito que les da gentil parecer.»

Inédito, y firmado por el capitán Jerónimo de Contreras en 30 de Agosto de 1570, existe en la Biblioteca de El Escorial, el *Vergel de varios triunfos*, escrito en prosa y verso con dedicatoria al Rey y en el que sobresale la narración del que obtuvo D. Juan de Austria en Lepanto. Dice de uno de sus capitanes:

«Y en aquella galera despalmada
á quien siguen las siete á gran porfia,
viene el sabio y valiente Gil de Andrada
de mostrar su potencia y valentía
en el antiguo reino de Granada,
á la parte del mar, junto Almería,
en el cual ha mostrado muy de veras
su bondad y el valer de sus galeras.»

XIII.

PRINCIPIOS DEL REINADO DE FELIPE III.—OFENSIVA DE LOS HOLANDESES.

1598-1601.

Viaje de la Corte al litoral mediterráneo.—Llegan á Valencia, desde Génova, doña Margarita de Austria y el archiduque Alberto.—Casamientos y fiestas reales.—Recompensas.—El Duque de Lerma dispensador.—Vuelve el Archiduque á Flandes.—Cortes de Barcelona.—Prestigio del Duque de Medina-Sidonia en asuntos de marina.—Escuadra holandesa en Canarias é Indias.—Síguela el Adelantado de Castilla.—Su mala estrella.—Federico Spínola lleva galeras á los Países Bajos.—Causa daño considerable al enemigo.—Salva á las flotas de Indias D. Diego Brochero.—Acción de D. Luis Fajardo contra ingleses y holandeses juntos.



No más de veinte años (que suelen ser pocos en la edad de los hombres para el desempeño de negocios graves) contaba el príncipe D. Felipe al ser proclamado Rey de España y de las Indias, ó Rey de las Españas, en expresión vulgar, como tercero del nombre ¹, entrando en posesión de los vastísimos dominios regidos hasta entonces por su padre.

Afable, morigerado, pacífico, ejemplar en prácticas que le valieron renombre de *Piadoso*, hízose al mismo tiempo merecedor del de *Indolente* por el despego con que desde el momento de la coronación dejó al cuidado ajeno, así las riendas del gobierno como cuanto á su cuidadosa autoridad incumbía.

El Marqués de Denia, D. Francisco de Sandoval, después

¹ Nació el 14 de Abril de 1578; fué reconocido y aclamado el 13 de Septiembre de 1598.

Duque de Lerma, fué el que recibió el encargo, nada fácil, de dirigir en su nombre la nave del Estado, debiendo, en el común sentir, procurarla adobio y reposo en la oportunidad de paz con Francia y dejación de las provincias de Flandes, fortaleciéndola poco á poco á favor de medidas restrictivas de orden económico con que se compensase ó corrigiese el sacrificio de hombres y dinero hecho en las prolongadas guerras anteriores al esplendor y á la preponderancia; empero el gobernante nuevo, con otra opinión, mantuvo la corriente de gastos enormes dentro y fuera del reino, acreciéndola desde el principio con la idea de un viaje de la Corte al litoral, motivo de fiestas suntuosas y de prodigalidades repetidas desde entonces por sistema, que le parecería bueno en lo que halagaba la vanidad y distraía la atención pública.

Don Felipe el segundo dejó antes de morir concertados los casamientos de su hijo con la archiduquesa Margarita de Austria y de la infanta Isabel Clara con el archiduque Alberto, y éste, acompañando á la futura reina de España, había emprendido el camino desde Bruselas hacia Milán y Génova. Llegados á Ferrara, donde se hallaba el Papa, Su Santidad bendijo el doble matrimonio, verificado por poderes, donó á doña Margarita la rosa de oro, y pasados en regocijos algunos días, continuó la comitiva el viaje al puerto donde esperaban las escuadras de galeras al mando del príncipe Juan Andrea Doria, teniendo el de las de España el Adelantado de Castilla D. Martín de Padilla; el de las de Nápoles, D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca; el de las de Sicilia, D. Pedro de Leyva. En todo eran cuarenta; la Real, magníficamente dispuesta para alojamiento de la Reina ¹.

Salió la armada de Génova el 18 de Febrero de 1589, haciendo escalas en Saona, Niza, Santa Margarita, Tolón, Marsella, Cadaqués, Rosas, Palamós, Barcelona y Alfaques; navegaba únicamente de día, á fin de disminuir la molestia de la Señora y de la Archiduquesa, su madre, poco familiariza-

¹ *Viajes regios*, pág. 229.

das con la vivienda náutica. Así emplearon nada menos de cuarenta días en llegar á Vinaroz, punto del desembarco.

En el interin, obtenido por el Rey en Cortes un subsidio extraordinario, partió de Madrid con la Infanta, su hermana, y gran cortejo para recibir á los desposados en Valencia, donde hicieron la entrada solemne el 18 de Abril. El mismo día se ratificaron los matrimonios, dando principio á las galas y alegrías con que se daba á conocer el desenfado del valido en la distribución de las mercedes ó gracias de ocasión, como de los cargos palatinos, puestos de importancia, encomiendas, hábitos de las Órdenes militares, agrados ó esperanzas de medrar ¹. A Juan Andrea Doria se acordaron 30.000 ducados de ayuda de costa, amén de otros 20.000 que le dió el Rey difunto para servir en la jornada de venida de la Reina; á su hijo Joanetin, una abadía en Sicilia, con doble renta sobre el arzobispado de Toledo; el mando de la escuadra de galeras de Génova, al Duque de Tursi; pensión decente al Marqués de Torrilla, con otras menores al resto de familia del Capitán general de la mar. Dióse á D. Martín de Padilla grandeza de España, negándola á D. Pedro de Toledo, que de mal talante quiso dejar las galeras de Nápoles, y aun se extendió la benevolencia á los marineros y soldados, figuras decorativas en la parada, declarándoles exentos de las pragmáticas obligatorias, de usar almidón en los cuellos y lechuguillas de determinada dimensión y autorizándoles para llevar bandas y vestidos á su gusto ².

Del principal dispensador comenzó á *rugirse* que no quedaba corto ni empachado en engrandecer á sus deudos, para los que reservaba dignidades, honores y riquezas, mordiéndole los maldicientes, no tanto por ello ó por el título de Duque de Lerma, que debió personalmente á la solemne fiesta nupcial, como por las sumas de cincuenta y de cien mil du-

¹ «Hanse dado más hábitos después que S. M. heredó, que no se dieron en diez años en vida del Rey, su padre, porque dicen pasan de cincuenta personas á los que se han dado, y que los más lo han alcanzado con poca diligencia.»—(Cabrera de Córdoba: *Relaciones*.)

² Idem idem.

cados recibidas del Rey á título de albricias por el trabajo de noticiarle la llegada de las flotas de Indias siempre deseadas y en peligro siempre de temporales y asechanzas.

En esto, lo mismo que en la visita de los bajeles, se significaba el reinado con tinte marítimo, navegando los Reyes desde Valencia á Barcelona con la lucida armada de cuarenta y cinco galeras. Llevábales el doble objeto de celebrar Cortes y despedir á los soberanos de los Países Bajos, Alberto é Isabel Clara, que con la armada misma siguieron hasta Génova el 7 de Julio.

Aprovechando la estancia de la Corte se marcó también en las deliberaciones de los diputados aquel tinte, porfiando por la autorización para armar por su cuenta diez galeras con destino á la defensa de la costa y daño de los moros. A esta pretensión racional, hecha en Cortes anteriores varias veces, siempre se había opuesto resistencia por la Corona, prevaleciendo la antigua prevención de D. Fernando el Católico por el ejercicio del corso contra el corso, que acabó con la gloriosa marina catalana y con sus prácticas celebradas ¹. Ahora la mantuvo el de Denia, prefiriendo acordar peticiones de menos conveniencia; con todo, á última hora, fuera por la pertinacia de los procuradores ó por el obsequio personal de diez mil ducados que no se sabe á qué título le hicieron, mudó de parecer y la autorización se concedió reduciéndola á ocho galeras, desde cuatro con que se comenzara el servicio por ensayo, habiendo de proponer los diputados cuatro caballeros del reino, de los que elegiría el Rey uno por general, para gobernarlas.

Casi al mismo tiempo vino á decidirse otra novedad: el empleo de las galeras en los mares del Norte por iniciativa de Federico Spínola, noble y acaudalado caballero de Génova que llevaba años de militar voluntariamente en los Países Bajos instado de la emulación. Comprendiendo que con

¹ «Si para naves exceden los vizcainos, para galeras ninguno iguala con catalanes y mallorquines; por donde resulta el refrán *que si en galera se hace cosa buena, el capitán ha de ser catalán.*»—(Viciana: *Crónica de Valencia*. Valencia, 1564, folio 122 vuelto.)

aquellos bajeles, cuyo servicio le era familiar ¹, sería posible interrumpir, ó molestar cuando menos, el tráfico de los rebeldes, transportar las tropas reales, cuidar de su comunicación y socorrer con oportunidad los lugares amenazados, propuso la organización de escuadra especial, ofreciéndose á conducirla y manejarla. El asunto se había consultado al Consejo de Guerra, andando en papeles desde Bruselas á Madrid; aquí principalmente, donde el juicio del Rey difunto, opuesto á las galeras, como hizo saber al Duque de Alba y á D. Luis de Requesens cuando con instancia las pidieron, pesaba todavía; ahora, las circunstancias que reunían en Barcelona al Rey y al archiduque Alberto dieron á Spínola la facilidad de hacerles oír de viva voz las razones en que fundaba el proyecto; y como á la más grave dificultad respondía su desprendimiento (lo mismo que el de los catalanes), brindándose á sostenerlas, se cerró el negocio haciendo asiento y capitulación, con complemento de cédulas en virtud de las cuales había de regir las seis galeras que sirvieron en Bretaña y de momento estaban en Santander á cargo de Carlos de Amézola.

Por rareza no tuvo que intervenir en el asunto D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, duque de Medina-Sidonia, el desdichado caudillo de la Armada en la expedición de 1588 contra Inglaterra, y no más feliz defensa de Cádiz en 1596, pues había conseguido la confianza absoluta del Rey, por el conducto de su privado, á favor de una «relación del estado en que se hallan las cosas de estos reinos y fuera de ellos de la obediencia de Su Majestad, y del peligro y riesgo en que al presente están», escrito con que enviaba el de homenaje ², y por el cual sin motivo se formó en la Cámara altísimo concepto de la capacidad del Duque. Confirmado, pues, en los cargos de Capitán general del mar Océano y de la costa de Andalucía, que venía sirviendo, fuéronsele ampliando las atribuciones; de forma que, no solamente entendió como antes

¹ Había servido en los del Mediterráneo.

² Copia en la correspondencia del Duque de Medina-Sidonia, Dirección de Hidrogr. fia. *Colec. ión Navarrete*, t. XXXI.

en la provisión de los presidios de Berbería y cuidado de las plazas andaluzas, sino también en el despacho de las flotas, armamento de escuadras de su guarda, acopios y organización general. Él proponía nombres para capitanes, almirantes y generales, iniciaba jornadas, redactaba instrucciones, y nada se hacía sin consultarle con mayores consideraciones de las que mereció á D. Felipe II, significándole á cada paso el aplauso y alabanzas del Rey por el celo, la prudencia, la previsión con que á todo acudía ¹. Agotados los términos usuales de cancillería, «teniendo en consideración los servicios y cualidad de su casa, y porque quedara en ella, como es justo, señal de la gratificación que merecía el amor y celo, y lo bien y honradamente que había empleado la persona en tantos y cualificados negocios como se le encomendaron», por título del año 1602, repetido en el de 1612, se nombró á su primogénito, D. Manuel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, conde de Niebla, Capitán general del mar Océano para después de los días de su padre, «teniéndolo desde luego por suyo y tomando la posesión para que desde luego también pudiera servirle y sirviera de coadjutor en el dicho cargo» ², y con ello y la agregación de altos funcionarios á sus órdenes, dispuso el Duque desde la residencia de Sanlúcar de cuanto incumbe al ramo de marina; fué, en realidad, Ministro sin el nombre ni la responsabilidad material, casi en todo el curso de la vida de Felipe III ³.

Desde Barcelona, donde dejamos á la Corte, marchó por tierra á Tarragona. En este puerto embarcó de nuevo, haciendo los Reyes agradable travesía hasta el Grao de Valencia, con objeto de disfrutar del espectáculo de un simulacro naval, de paseos y meriendas á bordo, juntamente con lances de atunes en las almadrabas de Jávea ⁴. De Valencia, por Za-

¹ Cartas contenidas en el dicho volumen y otras de los secretarios del despacho en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. LXXXI.

² Copias en la *Colección Navarrete*, t. XXXI y t. III, núm. 56.

³ Hasta 1619. En carta de D. Manuel Alonso, fecha en 1620, se hacen referencias de su muerte. *Colección Navarrete*, t. XXXI.

⁴ De una relación que se titula *Jornada de Su Majestad Felipe III y Alteza la In-*

ragoza, regresaron á Madrid al cabo de un año casi de festejos. Y tuvieron digno coronamiento al hacer la entrada oficial, para la que se derribaron manzanas enteras de casas ensanchando la vía de la comitiva y engalanándola sin reparo en costo, como si se encontrara el país en la opulencia y no

santa Doña Isabel, desde Madrid, á casarse, el Rey con la Reina Margarita y su Alteza con el Archiduque Alberto, manuscrito en la Biblioteca Nacional, H. 48, copio lo relativo á marina:

«A 22 de Hebrero fué Su Majestad á la mar (en Denia) y se embarcó con Su Alteza en un bergantín muy galán, con los remeros vestidos de casacas de tafetán carmesi, y se hizo á la vela á ver una cueva que llaman Falda, que está á la orilla de la mar..... antes de anochecer se hizo un poco á la vela la mar adentro, y le acompañaron un piloto flamenco y otras barcas de la tierra, y tiraron mucha artillería y justaron unas barcas con otras, cayendo los justadores á la mar.

»Sábado 26 de Marzo fué Su Majestad al Grao (de Valencia) á ver un navío grande.

»Martes á 27 de Abril vinieron al Grao siete galeras de las que habian venido con la Reina, y entre ellas la capitana del Duque de Saboya, toda negra; fué el Rey y el de Denia, el de Velada y Juan Andrea á verlas.

»Jueves 17 de Junio, á las ocho de la noche, haciendo buena luna, se embarcó en el puerto de Barcelona la señora infanta Doña Isabel con su marido el archiduque Alberto y la Archiduquesa madre de la Reina. Salió Juan Andrea de la galera Real con dos esquifes juntos uno con otro, y en ellos cinco sillas para los Reyes; entraron en ellos y desembarcaron en la Real; despidiéronse muy tiernamente, y dió la vuelta á tierra el Rey y Reina en el mismo esquife, junto con Juan Andrea, que en él se volvió á la Real, que estaba aderezada ricamente de brocado y telas. A la primera hora de la misma noche salieron del puerto con buen tiempo.

»Desde Barcelona á Tarragona vinieron once galeras haciendo guarda por la costa, dando fondo donde paraban los Reyes enfrente de los lugares: á 21 de Julio se embarcó Su Majestad en las galeras y á 22 se desembarcó en Denia, donde le recibieron con gran salva de artillería, y allí fué á pescar los atunes. El tiempo que estuvo en Denia hubo una batalla naval de las galeras de Nápoles y Génova haciéndose á la mar cosa de una legua, y todas las circunstancias que podían tener siendo enemigos; pelearon más de una hora disparando brava artillería, y cuando fué hora disparó el castillo, dándolos por buenos y poniéndolos en paz.

»El día siguiente por la mañana se tornó Su Majestad á embarcar en el filibote flamenco y merendó manteca y otras cosas que le dieron. A la tarde se combatió un castillo que habian hecho aposta en la marina y dentro habia cosa de 200 hombres vestidos de moros; el castillo se defendió muy bien y al cabo le entraron, y los moros fingidos dieron á huir á la mar, donde tenían barcos para ellos.

»El día siguiente se embarcó Su Majestad y fué á pescar con su Alteza, donde se holgó mucho, y á la noche hubo comedia, y al fin della tocaron un rebato falso, que á las damas, y á quien no lo sabia, dió harta pena, porque decian habia en la costa de Denia catorce galiotas de moros. A 16 salió Su Majestad de Denia, y en el camino estaban emboscados cosa de cien hombres vestidos de moros y empezaron á tirar, y luego los jinetes cercaron, y no faltó damas á quien, pensando era de veras, se les quitó el color.

en la situación expuesta por el Soberano ante las Cortes, «de no poder sustentar su persona y dignidad real porque no había heredado sino el nombre y las cargas de Rey, vendidas la mayor parte de las rentas fijas del real patrimonio y empeñadas por muchos años las que habían quedado»¹.

Durante la estancia en Barcelona se supo cómo el 11 de Junio habían aparecido ante la Coruña 60 velas, que fondearon por la banda de Santa Cruz lejos del fuerte, y que al recibir algún proyectil de pieza larga se pusieron á la vela sin hostilizar, haciendo rumbo hacia el cabo de Finisterre. Pareciendo armada insuficiente para expugnar á cualquiera de las plazas fuertes, se juzgó fuera una de tantas despachadas cada año á las Azores y cabo de San Vicente al tiento de las flotas, sin concederle atención. Justamente había partido para las Antillas el general D. Francisco Coloma con 12 galeones; en Sevilla aprestaba Pedro de Zubiaur otra escuadra que juntar con las de Lisboa y de Ferrol para cualquier evento; en el puerto de Santa María se reunían 22 galeras y al pie de 5.000 hombres.

Poco tardó en llegar aviso de que las naves espantadas de la Coruña, con agregación de otras, hasta el número de 74, pertenecían á los rebeldes de Flandes, ó sea á las que se nombraban á sí propias Provincias Unidas de los Países Bajos, y que venían en abierta ofensiva, mandadas por el almirante Pedro Vander Dous. Aparecieron el 26 de Junio ante la ciudad de Las Palmas, en Gran Canaria, amagando desde luego desembarco de gente por la caleta de Santa Catalina, donde tenían trincheras los vecinos, y verificándolo con lanchas por el puerto de la Luz con fuerza de 4.000 soldados y daño de los defensores, que no pudieron resistir á cuerpo descubierto.

Herido mortalmente retiraron al gobernador Alonso de

¹ Sin embargo, por las *Relaciones* de Cabrera de Córdoba, gastó en la jornada 950.000 ducados desde el 21 de Enero que salió de Madrid hasta el 10 de Octubre que llegó á Barajas. El Marqués de Denia por sí solo desembolsó 300.000 ducados, sin contar las joyas regaladas á la comitiva de la Reina y del Archiduque; el gasto de los grandes y señores de Castilla pasó de tres millones.

Alvarado, el mismo que contrarrestó bizarramente las tentativas de Drake años atrás; herido también el sargento mayor Antonio de Heredia, cedieron el campo los isleños encerrándose en la ciudad, mientras los holandeses cercaban al castillo de la Luz, cuyo Gobernador no resistió lo que pudiera. Con la artillería de esta fortaleza hicieron los asaltantes batería contra la de Santa Ana, tirando tres días hasta que las brechas de la cerca les dieron entrada. Faltos de munición en Las Palmas, se salió la gente, situándose en los riscos inmediatos, desde donde continuó la escaramuza con ventaja, utilizando la disposición del terreno, y allí, cuando los enemigos se internaron, aunque con precaución avanzaban por columnas, les causaron considerable merma, haciéndoles volver á la playa.

Propusieron los invasores el rescate de los edificios por 400.000 ducados en el acto, reconocimiento del señorío de las Provincias y tributo anual de 10.000, con amenaza de incendiar por completo la ciudad; y como se respondiera al parlamento dignamente que hicieran lo que pudiesen, al iniciar el reembarco arrimaron las teas. Gracias á la celeridad con que picaran á la retaguardia consiguieron los canarios evitar la destrucción. Solamente ardieron los conventos de San Francisco y Santo Domingo con unas doce casas. Desmantelaron, por supuesto, los holandeses los dos castillos del puerto de Santa Ana y el de la Luz; se llevaron la artillería juntamente con las campanas de las iglesias y algunas pipas de vino, escaso botín pagado con la vida de 900 hombres.

Vander Dous supo en los días de la ocupación que estaban prevenidas las islas de Tenerife y Palma, é hizo rumbo á la Gomera, que no podía resistir á su armada; destruyó la torre defensiva de la villa; llevóse, como en Las Palmas, los cañones y objetos de la iglesia parroquial; quemó la ermita de Santiago, mostrando en el proceder, tanto como en las exigencias, tener bien aprendida la lección de los ingleses, maestros en sacar provecho de los armamentos ¹. Y como

¹ *Relación de lo que ha sucedido á la armada del enemigo en la isla de Canarias.*—

más no podía prometerse de las Canarias, dividió la fuerza, destacando al vicealmirante Juan Gerbrantsen con 35 naves á las Terceras, al aguardo de las flotas de Indias; tiempo y trabajo perdido, porque, avisadas de la novedad, invernaron en la Habana.

Esto, que en España tampoco se sabía, instó al Gobierno á despachar al Adelantado de Castilla desde la Coruña con 50 navíos y 8.000 hombres, algo tarde ya, por lo que hubo de luchar con temporales, que se pensara desataba en cada expedición su mala estrella. Los experimentó tremendos sobre la isla de Flores á fines de Setiembre, dispersa la poderosa escuadra que llevaba. Los más de los navíos salieron del paso sin mástiles, velas ni jarcias, habiendo arrojado al agua artillería y pertrechos. Dos aportaron medio deshechos á Galicia; de otros dos no volvió á saberse; el general surgió en Cádiz con 13, tan descalabrados que no eran de servicio sin reparación, esperando á la cual se vino el Adelantado á la corte ¹.

Mientras volvía descontento á Holanda Gerbrantsen, no sin descalabro, aunque no tanto, navegaba hacia las Indias Vander Dous con el resto de la armada; 36 navíos de los mayores y mejor pertrechados, dispuesto á resarcirse á costa de las poblaciones indefensas. Empezó saqueando á la isla de Santo Tomé; incendiándolo todo, matando bastante gente, cargando de sal las bodegas á falta de mercancía más valiosa.

Cabrera de Córdoba, *Relaciones*.—Viera y Clavijo, *Historia de las islas Canarias*.—Dirección de Hidrografía, *Colección Sans de Barutell*, art. 6.º, números 180 y 181.—Relaciones impresas en Sevilla.

¹ Consérvase en la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. CIV, fol. 114, una carta de 30 de Diciembre de 1599 con noticia de ocurrencias. Comentando las del Adelantado de Castilla, habla de sus repetidas desgracias por mar y tierra, diciendo sabía España lo que por nuestros pecados había salido perdidosa encomendando en manos de tal capitán su fortuna, «con tanta mengua de vidas, de ejércitos, de flotas, de millones de ducados, de navíos, de galeras, de bastimentos, de artillería, de municiones, de reputación, de honra, de ocasiones». Cuenta que, hallándose en la antecámara real, insinuó el Conde de Fuentes frases que mortificaron mucho al Adelantado y al Duque de Lerma, su amigo y consuegro; mas como sin duda tales frases eran eco de la opinión pública, aunque Martín de Padilla se querrelló al Rey, recibió mandato de marchar al puerto de Santa María á servir su cargo de Capitán general de las galeras de España.

El clima intertropical, contrario á la complexión sanguínea de su gente, no le consintió emprender otras cosas, atento á curar de la enfermedad á las tripulaciones atacadas. Tocóle á su vez sentir los efectos, de que murió, volviendo las naves sin cabeza á las costas de donde salieron, exceptuadas siete que iban á buscar suerte en el Brasil ¹.

Esta primera de las expediciones militares holandesas, acometida por sí solos y con propios recursos, anunciaba que los pescadores de arenques, los mendigos de mar menospreciados en los primeros momentos de la rebelión, habían constituido y componían ya nación marítima capaz de hacer frente á la que les dió entidad y vida, cuando la española era todavía respetada y temida en todo el mundo. Mientras Felipe II existió, pesaba sin duda su influencia sobre los que nacieron súbditos de Carlos de Gante; verdad es que, como tales, dicho queda, tuvieron abiertos los puertos de la madre patria hasta el fin de la vida del Monarca, alimentando con ellos mucha parte de su comercio y de la industria. Quizá comen-zaran á volar naturalmente porque sintieron el vigor necesario en las alas, mas ello coincidió con el fallecimiento del Rey, á quien habían conocido, y con la clausura de los mercados á que acudían por costumbre y ganancia.

Debieron de ofrecerse á la imaginación de los marineros elegidos por gobernantes, juntamente con la exigencia de la necesidad, el ejemplo de sus vecinos y aliados, los ingleses, en el ataque de las flotas indianas, el conocimiento adquirido de la disposición de las colonias y de los colonos españoles, aliciente de los audaces, y más que todo la conveniencia de adquirir autoridad y reputación á los ojos extraños. Esta primera vez tuvieron que anotar entre las partidas arriesgadas á interés futuro las pérdidas de material y de hombres, sin considerar fallida la cuenta de la empresa, por lo que, tomada osadamente la ofensiva contra España, habían causado daños de consideración, alcanzado trofeos, recogido prendas, sin descalabro de sus armas. Abrían para los suyos senda de

¹ Le Clerc, *Histoire des Provinces Unies des Pays-Bas*.

esperanzas, dando á entender á los adversarios que en lo sucesivo no los encontrarían abrigados tras los bajíos de Flandes; habíanlos de ver por todas partes, por las más lejanas, enemigos de mar acuciosos.

Como menos se creía respondieron á la disposición y actitud de las otras provincias de los Países Bajos esperanzadas de ver el fin de los disturbios y guerras desde el acto de abdicación de la soberanía en favor de los Archiduques; la política, la batalla, la intervención de las armas españolas iban á continuar por allá sin alteración sensible.

He aquí explicada la facilidad en la estipulación para llevar galeras al mar del Norte, así como la diligencia puesta en ejecutarla. Federico Spínola partió satisfecho de Barcelona en Junio de 1599 ¹, al tiempo en que Vander Dous atacaba á las Canarias, dejando libre el canal de la Mancha. Pudo hacer, por consiguiente, la travesía desde Santander al puerto de la Esclusa, donde estableció su apostadero como punto estratégico.

Desde el principio causó imponderable extorsión con tan reducida fuerza, atacando á las flotillas de pesca, á los convoyes del comercio, al cabotaje y á los puertos. El Gobierno de las Provincias Unidas tuvo que hacer gastos impensados, distraer las fuerzas navales en escoltas sin evitar los asaltos y sorpresas, con que iba llenándose la Esclusa de buques capturados antes de dar con el remedio, que fué construir y armar galeras de mayor poder que las españolas, á fin de que los holandeses «las perdieran el miedo» ².

Visto el resultado del ensayo, no hubo embarazos en la corte para ensanchar los capítulos del asiento con otros, aumentando el número de vasos que proponía Spínola; pendía

¹ «La semana pasada partió de aquí para Santander Federico Spínola..... Dicen se le seguirá muy grande interese (de las presas), que es el que le ha hecho procurar de tomar este asiento con S. M. y el Archiduque, en que gastará de presente, según dicen, 400.000 ducados, y no le ha de correr el sueldo ni la paga que le ha de hacer S. M. hasta pasados dos años. Tiénese por cosa muy necesaria para el beneficio de aquellos Estados.» (Cabrera de Córdoba, *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*, pág. 32.)

² Le Clerc, *Histoire des Provinces Unies*.

únicamente la resolución de la venida á Madrid, con objeto de especificar las condiciones y de desembarazar costas y cabos de cruceros ingleses y holandeses en acecho.

Con unós y otros había encuentros frecuentes, siendo de notar el de ocho galeones britanos, situados en el estrecho de Gibraltar á fin de amparar el paso de sus mercantes, con cinco de nuestra armada del mar Océano, que, siendo inferiores, salieron malparados de la refriega (1600). Otras dos naos, envalentonadas por la circunstancia de conducir soldados desde Ferrol á Cádiz, se atrevieron á combatir á un convoy de 25 mercantes, quedando, para escarmiento de temerarios, á fondo la una, y la otra desmantelada. El lucimiento tocó á D. Diego Brochero, dos veces enviado á las Terceras con 15 naos á esperar á las flotas de las Indias de Oriente y Occidente, pues trajo á salvo á unas y otras á vista del enemigo, y la de Nueva España, desde allá escoltada por los galeones de D. Francisco Coloma, conducía el tesoro de dos años.

Igual servicio, con mérito más subido, prestó el año siguiente (1601) librando la plata de las escuadras de Sir Richard Lewson y de Willians Monson, unidas para el ataque¹, y casi al mismo tiempo sostuvo el crédito de las armas don Luis Fajardo en combate de 20 navíos ingleses y holandeses con los siete galeones de su mando, consiguiendo maltratar á la capitana enemiga y hacer presa de la almiranta y de un patache, á costa de 200 bajas en muertos y heridos².

¹ John Barrow, *Memoirs of the naval worthies of Queen Elizabeth's reign*. London, 1845.—John Payne, *The naval history of Great Britain*. London, 1793.—El último expresa que consiguieron los ingleses tomar una carraca portuguesa que valía un millón de ducados.

² Cabrera de Córdoba, *Relaciones*.—Le Clerc, *Histoire des Provinces Unies*, anota eran ocho las naves holandesas, de á 600 toneladas, y 13 las españolas: en la acción, dice, unas y otras se hicieron daño, apartándose sin resultado decisivo.

XIV.

EN INGLATERRA Y EN FLANDES.

1601-1607.

Jornada de Irlanda.—Desembarco, batalla y capitulación.—Nuevo asiento para la invasión de Inglaterra.—Travesías de Spinola.—Combates.—Muerte heroica.—Paz con Inglaterra.—Pérdida de las galeras de Flandes.—Proyectos reformistas.—Generales con mando.—Fuerzas de los holandeses.—Creación del Almirantazgo de Flandes.—Combate en el Canal.—Muerte de Zubiaur.—Bloqueo de la costa de España.—Fajardo derrota al enemigo sobre el cabo de San Vicente.—Escuadra del estrecho de Gibraltar.—Presas que hace.—Combátenla los holandeses en el puerto y la destruyen.—Crueldad con los prisioneros.—Quedan dueños del mar.—Gestión del Duque de Medina-Sidonia.



REFIERE el apolagético y enrevesado historiador, cuya obra se atribuye diversamente á Bernabé de Vivanco y á Matías de Novoa, al empezar las memorias del tiempo, que la reina Isabel de Inglaterra, anciana y apretada gravemente de la melancolía, desmayaba en la expedición de corsarios, amedrentándola tantas armadas como oía decir que iban sobre sus costas, que, si bien las tormentas de aquel canal no las habían dejado surtir efecto, temía que alguna vez de tal manera se medirían los nortes con nuestra fortuna que pusiese en contingencia su corona. Refiere más: que el nuevo rey de España, discurriendo largamente por el estado de las cosas del mundo, mandó armar y proveer las escuadras para correr los mares, «poniendo á los enemigos de ambas sectas en terror y asombro, sin que quedara corsario ni ladrón del Norte que

se atreviera á salir de sus puertos». Item, que despachó 50 galeones, y haciendo Capitán general de ellos á D. Martín de Padilla, Adelantado mayor de Castilla y Capitán general de las galeras de España, mandó fuera sobre Inglaterra en prosecución de las enemistades contraídas con el rey don Felipe II, su padre ¹.

Importa recordar la especie, en todas sus partes inexacta, á fin de prevenir el juicio contra las que relativamente á materias náuticas recogió el ayuda de cámara, entusiasta admirador del Duque de Lerma, por más que, á fuer de raras, hayan sido acogidas y transcritas por historiadores sucesivos. Vivanco, ó sea Novoa, no es siempre de fiar en las noticias de sucesos marítimos, ya porque las oyó desfiguradas, ó más racionalmente por escapársele, ajenas á su competencia.

En realidad instaban al Rey y á su valido, con los antecedentes políticos de Felipe II, el dictamen de los consejeros antiguos, conforme con el de capitanes y marineros acreditados, en que la rebelión de los Países Bajos tenía las raíces y la savia en Inglaterra. Solicitaban la piadosa intención real agentes activísimos de los católicos isleños, de los de Irlanda sobre todo, después que fracasaron las pláticas de paz tenidas en Boulogne (1600). Movíala luego el avance de Mauricio de Nassau al sitio de Nieuport, la rota del archiduque Alberto, el interés de conservar los contados fondeaderos que en Flandes quedaban por España, á la vez que la opinión la labraba con presupuestos optimistas de alzamiento general tan luego como los súbditos vejados de Isabel tuvieran armas y apoyo ².

Decidida con semejante presión nueva jornada, se pensó en encomendar el gobierno de las armas á D. Juan del Aguila, el caudillo de Bretaña, sacándole de la prisión en que estaba por haberse aprovechado de la hacienda del Rey más de lo

¹ *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, t. LX, páginas 52 y 55.

² *Causas divinas y humanas que obligan á amparar á Irlanda*. Memoria del veedor Pedro López de Soto. Ms. Academia de la Historia. *Colección Salazar*, L. 24, fol. 61.

que fuera justo ¹, que en lo demás, hombre era para cualquiera empresa de atrevimiento. Los soldados se hicieron en Galicia, la armada en Ferrol y en Lisboa, ordenándola don Diego Brochero. Reconocieron la costa y puertos de Irlanda navíos ligeros en inteligencia con los Condes de Tyrone y O'Donnell, jefes del movimiento de insurrección en la isla, y estando á punto, salió la expedición á principios de Septiembre de 1601 con el primer cuerpo de ejército, cosa de 4.000 hombres. Las relaciones no consienten apreciar exactamente el número, escasas y deficientes como son. Sábese que don Juan del Aguila desembarcó en el puerto de Kinsale el 8 de Octubre y dió un manifiesto al pueblo explicando la causa de su llegada. El virrey inglés Lord Mountjoy acudió inmediatamente á estrecharle por tierra con 8 á 9.000 hombres, temiendo el alzamiento general del país, mientras por mar le bloqueaba Sir Richard Levison; pero aunque los más de los naturales fueran católicos y afectos á los españoles, pareciendo pequeño el ejército, se mantuvieron á la expectativa.

A poco llegaron á Baltimore los navíos que se habían separado en el primer viaje y arribaron á la Coruña, conduciendo al lugarteniente Alonso Docampo con el complemento de la fuerza, 2.000 hombres más. El Conde Tyrone se le unió con 4.000 de sus partidarios, formando el segundo grupo de consideración; sin embargo, los irlandeses, rehacios en acudir al llamamiento del General español, se hicieron también sordos á las proclamas de sus propios caudillos incitándoles á sacudir el yugo de la dependencia herética. Ni las remesas de armas, vestidos y municiones que fueron llevando las naves de Pedro de Zubiaur, ni el ejemplo de algunas compañías irlandesas organizadas en los Países Bajos les sacaron del retraimiento, haciéndose patente la falacia de sus ofertas.

Decidieron Docampo y Tyrone juntarse con las fuerzas de D. Juan, rompiendo el cerco de los ingleses, y pusieron en

¹ Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, pág. 70.

marcha con mala suerte: interceptadas las cartas en que comunicaban el plan, les salió al encuentro el Virrey, ocupando posiciones ventajosas. Cuando Tyrone vió al ejército sajón, abandonándole el ánimo, se metió en un pantano, huyendo su gente dispersa. Los españoles pelearon desesperadamente solos, abrumándoles el número. Doscientos murieron en el encuentro; Docampo cayó prisionero con varios oficiales; el resto retrocedió á encerrarse en Baltimore ¹.

El conocimiento del suceso y de la cobardía de los campesinos convenció á Aguila de que habían engañado á su Rey informándole de la posibilidad de separar á Irlanda de Inglaterra sin esfuerzo. Vió que nada debía esperar de los naturales, y que, por considerables que fueran los auxilios que la Hacienda de España consintiera, no podría luchar con los recursos de la Gran Bretaña. En esta persuasión, haciendo uso de su ascendiente, se espontaneó con Lord Mountjoy, ofreciendo la entrega de las plazas guarnecidas por su tropa si le facilitaba naves (toda vez que no estaban allí las españolas) para retirarse con los honores de la guerra, artillería, municiones y bagajes, y daba garantía de indemnidad para los vecinos de las plazas que le habían acogido. A esta proposición, razonada extensamente en todos sus motivos, añadía la declaración de defenderse hasta el extremo en caso de no ser aceptada.

Lord Mountjoy respetó la actitud del caudillo español y aceptó sin vacilar todas las condiciones ante la perspectiva de un sitio contra gente tan brava y determinada. Kinsale, Baltimore, con otros pueblos de menor importancia, fueron entregados, y en navíos ingleses embarcaron soldados y efectos ².

¹ Robert Watson (*The History of the reing of Philip the Third*. London, 1783) pone en la batalla 2.000 españoles y 4.000 irlandeses, que se desbandaron. Otros autores ingleses, por realzar el triunfo, quieren que fueran los españoles 4.000 y los suyos 6.000 veteranos. Se distingue Bacon (*A War with Spain*) por las consideraciones poco benévolas para los vencidos.

² Lingard consigna que los consejeros hicieron presente á la Reina era la política nueva de los españoles, calcada sobre la suya, el entretener el fuego de la rebelión en Irlanda, obligándola á distraer un ejército de 20.000 hombres, que costaba 300.000 libras anuales.

Así volvió la expedición á la Coruña en Abril de 1602, mermada en 600 hombres por enfermedades más que por heridas, á recibirlas de lenguas murmuradoras; descontentos acá muchos de que no se prolongara la resistencia dando tiempo con el pie en la tierra al envío de socorros, y tan apresuradamente, sin aviso ni consulta, se abandonara lo ganado; descontentos allá de quedar sin plazas los que se hacían la ilusión de transformar todavía á los infelices montaraques irlandeses ¹.

Precisamente ocurría la dejación á tiempo en que estaba concluído el nuevo asiento con Federico Spínola, considerados los brillantes servicios de su escuadra de galeras después de la batalla de las Dunas, picando la retaguardia del convoy de Mauricio de Nassau, apretando el sitio de Ostende y aprehendiendo á la capitana de la flota de Rotterdam. Habíase obligado á levantar por su cuenta 4.000 infantes y 1.000 jinetes con artillería, municiones, vitualla, é ir personalmente á Inglaterra «para ganar uno, dos ó más puertos de aquel reino y los fortificar y defender y hacer pie en ellos, para desde allí proseguir y hacer la guerra y toda la ofensa y daño á la Reina y todos los herejes y rebeldes á la Santa Sede Apostólica, y recibir debajo la protección y amparo de Su Majestad á los fieles y católicos cristianos, y los favorecer y defender de la opresión y tiranía con que la dicha Reina y sus Ministros los tenían forzada y violentamente sujetos á seguir sus cismáticas y supersticiosas sectas», y venido á Madrid en Marzo de 1601, amplió la oferta á otros 5.000 infantes y 1.000 caballos, siempre que se le dieran ocho galeras más y se acometiera en este año la empresa ².

Retrasado en el despacho por las prácticas inveteradas de armamento, salió Spínola del Puerto de Santa María con las

¹ Don Juan del Aguila, mal visto desde entonces, se retiró á Barraco, pueblo de su naturaleza, en la provincia de Ávila, donde murió.

² D. Antonio Rodríguez Villa, *Ambrosio Spínola. Discurso leído ante la Real Academia de la Historia en su recepción pública*. Madrid, 1893.—*Lo que se ha tratado con Federico Spínola y el estado en que está la ejecución de ello*. Archivo de Simancas, Estado, leg. 621. Copia en poder del mismo Sr. Rodríguez Villa, fecha á 21 de Febrero de 1602.

ocho galeras conduciendo al tercio de infantería del maestre de campo D. Juan de Meneses. Al paso de la costa de Portugal tropezó con siete navíos de la Armada inglesa de Sir William Monson, en ocasión en que atacaban á un galeón de la India Oriental fondeado en Secimbra, cerca de Lisboa, por venir averiado, con falta de 400 personas muertas en viaje larguísimo. Trató de defenderlo Federico ayudando á tres galeras más del Marqués de Santa Cruz, sin poder hacer cara á la fuerza superior enemiga, que contaba 60 naves grandes y pequeñas; y no sólo se apoderó del galeón, sino de otras dos naos del Brasil con carga de azúcar, tras lo cual hizo desembarco en el Algarve merodeando. Solamente un patache cayó en manos de los españoles por tenue compensación de dos galeras perdidas. Siguió la travesía Spínola desde Lisboa con seis, tocando en la Coruña, Ferrol y Santander con harta lentitud, debida al embarque de soldados para completar el tercio. Era entrado el mes de Octubre al embocar el canal de la Mancha, donde le esperaba escuadra anglo-holandesa ¹ que le cañoneó, teniendo, sobre la ventaja del número, la de la mar gruesa, nociva á la estabilidad de las galeras. Las nombradas *Lucero* y *San Felipe* fueron sumergidas con la mayor parte de la gente; la *Padilla*, que se refugió en Calés, habiendo pedido la seguridad de asilo, sufrió detención por malquerencia de las autoridades francesas, resueltas á dar libertad á los remeros forzados. Consiguió entrar en Dunquerque la capitana *San Luis*, y en Nieuport dos más, que á poco espacio, en noches de calma, alcanzaron la estación de las antiguas en la Esclusa.

Entretanto había llegado por tierra á Flandes Ambrosio Spínola, hermano de Federico, capitaneando los dos tercios escogidos que se obligó á levantar por el asiento, y presentó al Archiduque cédula real encargando le dejara «pasar libremente con los 9.000 italianos que lleva á su cargo, donde quisiera, sin detenerle una hora, pues donde irá las tendrá

¹ De 80 naves, en relación sin duda errónea ó exagerada. *Colección Navarrete*, tomo v, núm. 12.

muy cerca V. A. y dará tanto cuidado á los enemigos que será de mayor efecto que tenerlos V. A. consigo; y sobre esta gente va fundado el designio que lleva; y si los detuviese V. A., le desharía, dejando de gozar de la mayor ocasión que se pueda ofrecer y dádola á mayores daños»¹.

Detúvolo con todo alegando la situación apurada del sitio de Ostende, y el Rey aprobó el paréntesis por el momento; pero á fines del año, descubriendo el secreto al Archiduque con el fin de que proveyese á los Spínolas de tren completo de artillería, bagajes y municiones, auxiliándoles para completar con levas un cuerpo de 20.000 infantes y 2.000 caballos, reiteró las órdenes precisas de expedición á Inglaterra en ayuda de los católicos de aquel reino².

Como esta operación de la leva que iba á hacerse en Alemania es de suyo pesada, trató de utilizar el tiempo Federico saliendo de la Esclusa el 24 de Mayo de 1603 con las ocho galeras, en que embarcó por refuerzo 1.130 hombres de infantería española³, haciendo rumbo á la isla de Walcherem, y al encuentro del almirante de Zelanda, Justo le More, que por allí andaba con dos galeras nuevas, tres naves gruesas y otras menores. La calma reinante le consintió abordar á la capitana enemiga con mucha ventaja, tanto que la tuvo casi rendida, y la tomara á no entrar brisa del mar, con la que acudieron los navíos á batirla por ambas bandas muy cerca. Una bala le llevó la mano derecha, y con la propia mano, la guarnición y trozos de la espada le deshizo completamente el rostro; otro proyectil le dió en el estómago; vivió, no obstante, cerca de una hora. La galera logró desasirse, reuniéndose con las compañeras, y todas volvieron á la Esclusa llevando 414

¹ Carta del Rey al Archiduque Alberto, San Lorenzo 11 de Junio de 1602. Archivo de Simancas, Estado, leg. 2.224, sacada á luz por el Sr. Rodríguez Villa, discurso citado, pág. 19.

² El mismo *Discurso*.

³ Eran *Capitana*, capitán Aurelio Spínola; *Patrona*, capitán D. Cristóbal de Valenzuela; *Española*, Pedro Ordóñez, natural de Tordesillas; *Fama*, Juan Martínez de Gendola, de Bilbao; *Ventura*, Bartolomé Ripoll, de Valencia; *San Juan*, Hernando de Vargas, de Marbella; *Santa Margavita*, Losa de la Rocha, de Badajoz; *Doncella*, Cristóbal de Monguía, de Valladolid.

muerdos y muchos heridos. Los holandeses perdieron 720 hombres y un bajel á fondo, baja no corta; pero centuplicada no diera satisfacción al campo español, entristecido con la falta de su bizarro y simpático general de mar.

Quizá sin ella, de cualquier manera se hubiera desistido de la jornada de Inglaterra, entorpecida y dilatada de día en día por el Archiduque, á cuyas miras no cuadraba la merma del ejército. Habiendo fallecido por entonces la perpetua enemiga del catolicismo, la reina Isabel, y sucedido Jacobo I, evidentemente amigo de temperamentos conciliadores, lo natural fuera dejarse de aventuras; la opinión, sin embargo, señaló por causa primordial de olvido en la proyectada á la ausencia de Federico Spínola, su iniciador y estimulante, «que murió valerosamente hecho pedazos de un tiro de artillería, con que cesó la ejecución de una grande empresa del bien común de la cristiandad que se le había encomendado»¹.

Pérdida fué considerable, y que la sintió, como era razón, toda la tropa de Flandes, malográndose las esperanzas que de sus altos pensamientos y ardiente espíritu de guerrear se prometieron los más atentos á sus acciones. Pérdida que llevó tras sí la de la escuadra de galeras al rendirse la plaza de la Esclusa; mas porque no hay mal de que no resulte algún provecho, la milicia ganó en Ambrosio Spínola, disgustado de las naves, un capitán terrestre grande entre los de su siglo; el que había de rendir á Ostende tras el sitio memorable de tres años, en que se acabaron de una y otra parte más de 100.000 hombres².

¹ Declaración hecha en el título de Marqués de los Balbases, concedido á Ambrosio Spínola. Rodríguez Villa, *Discurso* citado, páginas 21 y 89.

² Del combate y muerte de Federico Spínola tratan extensamente los historiadores de las guerras de Flandes; hay relación particular inédita en la *Colección Navarrete*, t. v, núm. 12, y referencias curiosas en Van Loon, *Histoire métallique des Provinces des Pays-Bas*, y en Olivieri, *Monete e medaglie degli Spinola*. Don Francisco de Quevedo le dedicó elegante epitafio aludiendo á la singular herida que recibió:

Blandamente descansan, caminante,
Debajo de estos mármoles helados,
Los huesos, en ceniza desatados,
Del Marte genovés siempre triunfante.



Ambrosio Spínola.

Hasta el último día de la Tudor enérgica, no tuvieron punto de reposo sus navíos en acechar á los vinientes del Perú, Nueva España, Brasil y Calcuta, con escuadras crecidas. Brochero y Zubiaur una vez más las alejaron, apresando á ocho corsarios de los escoteros ¹. Al fin cesaron estos cuidados, abiertas negociaciones de paz, para las que fué á Londres el Condestable de Castilla, D. Juan Fernández de Velasco, en la escuadra de Dunquerque con solemne embajada de caballeros representantes de los Archiduques.

Una dificultad grave se ofreció á las negociaciones; los plenipotenciarios españoles pretendían que las naves inglesas dejaran de navegar á las Indias reconociendo el derecho exclusivo que á ellas tenían los reyes de Castilla, punto discutido por los otros, alegando que de cuarenta años atrás tenían morada en las tierras del Labrador y en otras del Nuevo Mundo ². La cuestión presentó desde un principio aspecto suficientemente intrincado para resolverla, faltando muy poco para que, lo mismo que en Boulogne, quedara en pie rompiéndose las pláticas. Llegóse á transacción cediendo, naturalmente, una de las partes, que fué la de España, con el subterfugio de que en el tratado no se hiciera mención de tales Indias ³, estipulando solamente la renuncia de liga ó confederación en perjuicio de los contratantes; libre comercio entre los súbditos de ambas Coronas, con más cláusulas dedicadas á las relaciones en los Países Bajos ⁴.

No los pises, no pases adelante,
Que es profanar despojos respetados,
Cuando no de la muerte, de los hados,
Que obligan á la fama que los cante.

El rayo artificioso de la guerra,
Emula de virtud la diestra airada,
En esta piedra á Federico encierra;

Que la muerte en el plomo disfrazada,
No se la pudo dar, en mar ni en tierra,
Sin favor de su mano y de su espada.

¹ Monson y Lewson, escribe Barrow, fueron el año 1602 á la espera de las flotas, pero al verlas no se consideraron con fuerza suficiente para el ataque. La escolta era respetable.

² Consulta dirigida al Rey por D. Juan de Velasco.—(Academia de la Historia, Colección Salazar, K. 9, fol. 372.)

³ Watson, *The History of the reign of Philip the Third*, citada.

⁴ Gil González Davila.—Rymer, *Foedera*.—*Traslado y relación de lo sucedido en la*

Porque en adelante no habría de pensarse más que en acabar la guerra de aquellas provincias pareció oportuna la reorganización en los medios de ofensa y defensa, llamando á la Corte y al Consejo de guerra á D. Diego Brochero, autor de una Memoria ó discurso dirigido al Rey en que daba

celebración de las paces entre el rey católico de España, D. Felipe III, y el Srmo. Jacobo, rey de Escocia é Inglaterra, por medio de Juan Fernández de Velasco, condestable de Castilla. Impresa en Amberes, año de 1603.

Dícese en ésta que asistió desde Dunquerque el almirante Guillermo Monzón con cuatro galeones y otros bajeles de menos porte. En devolución de la embajada trajo á España otra extraordinaria el Almirante de Inglaterra. Otra relación, impresa en Valladolid por Juan Godinez de Millis, refiere los siguientes pormenores:

«Á 17 de Abril llegaron al puerto de la Coruña cuatro navios, que en las banderas que traían se conocieron ser ingleses, los cuales, antes de dar fondo, hicieron salva, y se les respondió muy bien del castillo y de la ciudad; salieron á tierra ocho ó diez caballeros, que dijeron ser del Almirante de Inglaterra, que llegaría presto.....

»Lunes 26 de Abril, por la tarde, entró en el puerto el Almirante de Inglaterra, con cuatro buenos galeones y un patage, y su capitana y almiranta desarbolaron sus estandartes al de las armas Reales de Castilla y de León, que estaba en el castillo de San Antón, y la ciudad y el fuerte de Santa Cruz le hicieron salvas, y la capitana y demás navios ingleses respondieron con toda su artillería, y el Conde de Caracena, en una falúa bien adornada y equipada, fué á visitar al Almirante, y el Almirante se salió á recibir á la escala del navio, y porque era tarde no desembarcó, quedando acordado que el otro día lo haría, y á la despedida del Conde, todos los navios hicieron salva, y aquella noche le invió un gran salmón y otros pescados, muchos empanados, pavos, perdices, frutas, confituras, pan fresco y vino regalado.

»Otro día fueron D. Juan Pacheco y D. Luis Carrillo, hijo del Conde, á la capitana por el Almirante, y en la puente (muélle provisional), que estaba con muchas banderolas de diversos colores, le recibió el Conde de Caracena con el Audiencia, capitanes y entretenidos. Y al desembarcar, fueron grandes las salvas de la ciudad, del castillo y fuerte, y de la armada, y de la gente de guerra que estaba en la muralla. Llegado á la puente, pasaron grandes cortesías entre el Almirante y el Conde..... Encamináronse á la casa del Conde con mucha música de menestriles, que con el ruido de las cajas y trompeta parecía bien, yendo muy galanes todos los caballeros ingleses, y en la plaza estaba hecho un escuadrón de infantería, que en abatiendo las banderas diestramente, se abrió é hizo calle para que pasase el acompañamiento, y luego hizo su salva de mosquetería y arcabucería. Aposentado el Almirante en casa del Conde de Caracena, á la noche fué el Sargento mayor á pedirle el nombre, y aunque hubo réplicas, le hubo de dar el Almirante, y la cena fué muy regalada y cumplida, con músicas de flautas y bihuelas de arco y otras, y cada día fué así, en la cual hubo pasados de setenta caballeros, y dijo el Almirante que vinieron tantos por la comida del pasaje, y que los ingleses son naturalmente tan amigos de ver, que si se detuviera se despoblara Inglaterra; y después hubo otras dos mesas de toda la gente del Almirante, porque este gasto se hacía por

á conocer ser entendido en disciplinas tanto como en las prácticas probadas de sus campañas, por el estudio y consideración del estado de la marina de guerra, que desarrollaba el paralelo con las de otras naciones, la designación de bueno y malo en cada una y la manera de regenerar la propia acudiendo al remedio de las dolencias que, una vez diagnosticadas, pueden ponerse en el camino de la cura ¹. Se procuró ante todo prevenir la susceptibilidad del influyente Duque de Medina-Sidonia consultándole los puntos más graves; aquellos en que hacía hincapié Brochero denunciando el mal tratamiento, inconsideración y menosprecio del marinero entre las causas de los malos sucesos; el defectuoso armamento de los bajeles, «no habiendo quien los supiera manejar ni escuela donde aprenderlo»; *los hurtos*, llamando por su verdadero nombre á los enjuagues de bastimentos, jarcias y municiones, entre tantas corruptelas practicadas á la capa del atraso constante de pagas.

Cédulas no se economizaron, haciendo cambio de personas como de procedimientos. A D. Francisco Coloma, general de los galeones de la carrera de Indias, difunto ², sustituyó D. Luis de Córdoba, hermano del Marqués de Ayamonte; á D. Luis Fajardo se encargó la escuadra dejada por Brochero; á D. Alonso de Bazán, injustamente arrinçonado

orden de S. M. El día siguiente, el Almirante pidió licencia para poner á la puerta de su aposento un escudo de sus armas, y graciosamente lo tuvo por bien, debajo de las cuales había el letrero siguiente: «El Ilmo. Sr. D. Carlos Hovard, Conde de Hotinghan, Barón Huibrard Delfinghan, gran Almirante de Ingalaterra, Irlanda, Normandía, Gascuña y Aquitania, Capitán general de todos los castillos y fortalezas marítimas, y de las armadas de los dichos reinos, Justicia mayor de las florestas, cotos y parques de Ingalaterra, Gobernador de las provincias de Susex, y su Rey, Caballero de la Jarretera y del Consejo Supremo, Embajador del rey de la Gran Bretaña é Irlanda, defensor de la fe, á la Magestad de D. Felipe III, rey de las Españas. Año de 1605.....»

Hizo desde Santander viaje á Valladolid, llevando 600 criados; la relación sigue describiendo su persona, trajes, recibimiento, grandes fiestas, etc.

¹ Consérvase copia de este importante documento en la Dirección de Hidrografía, *Colección Vargas Ponce*, leg. xi, núm. 6.—Don Javier de Salas publicó en extracto lo esencial, elogiándolo, en su *Marina española. Discurso histórico*. Madrid, 1865, páginas 38 y 47.

² Murió á principios de 1601.

de tiempo atrás, nombróse Capitán general de la del mar Océano, que era la superior y preferente en insignia y categoría; se puso en la presidencia de la Casa de la Contratación á D. Bernardino Delgadillo de Avellaneda, robusteciendo su autoridad con la de Asistente de Sevilla. A poco, finado Bazán (1604), se dió su puesto á Fajardo, y á todos ellos órdenes estimulando al celo, recomendándoles la inspección de naves, flotas y puertos.

Por otro lado, á la vez que al Duque de Medina-Sidonia se encargaba, como lo hizo en los últimos tiempos Felipe II, la guarda del estrecho de Gibraltar, que por doble concepto le correspondía, corrieron provisiones encaminadas á la organización de tres escuadras permanentes con carácter regional de guardacostas y nombres de Vizcaya, Portugal y Andalucía, para que, en caso de necesidad, se unieran á la del Océano, componiendo cifra de 100 galeones y los pataches correspondientes.

Excelente intención, por más que fuera irrealizable sin mudar radicalmente el sistema de embargos, internadas, levas forzosas, desconcierto y trabas administrativas. Brochero no había dicho en su discurso que bastara la designación de generales, por aptos que se conceptuaran, para formar armada permanente; indicaba la necesidad de corregir de arriba abajo y de abajo arriba prácticas desacreditadas por la experimentación; mostraba el resultado de las ejemplares, encareciendo la conveniencia de tener en la memoria y estudiar con madurez las de cualquier pueblo marineró: de ingleses, turcos, venecianos, holandeses; de los antiguos ó recientes, prósperos ó rebajados. Frescas había noticias oportunas, historiando el asombroso desarrollo de la navegación é industria en el que afrontaba por el Norte al soberano de los dos mundos, asentada la paz con Inglaterra.

Los rebeldes contaban en 1605 con ingreso de 38 millones de florines por la mar ¹: su estadística apuntaba empleadas en

¹ *Discurso, avisos y advertencias tocantes á la navegación y pesquerías de Flandes, año 1605.* Academia de la Historia. *Colección Salazar*, B. 4, fol. 253.

la pesca 5.800 barcas con 57.300 hombres; en el comercio, 8.800 navíos tripulados por otros 75.300; construían anualmente sobre 3.000 vasos, dando ocupación á 18.000 operarios de oficio vario, y sumaban para la percepción de derechos 22.300 navíos y 240.800 marineros. Para la guarda y convoy sólo tenían 80 naves de guerra permanentemente armadas con promedio de 20 cañones cada una; pero estaban bien organizadas, inteligentemente distribuídas en crucero, con buenos ó malos tiempos, vigilando los estrechos y ensanchando los mercados ya extendidos por el Mediterráneo, por Moscovia, Noruega, Berbería, Guinea, y ensayados en las Indias. Aun á los puertos de España venían mercantes, no obstante la prohibición y la guerra, valiéndose de bandera y pasaportes de Dinamarca y de Alemania, legítimos ó falsificados.

Contra estos enemigos daba muy buen ejemplo la escuadra real, estacionada en el puerto de Dunquerque. Se componía ordinariamente de cuatro navíos de mediano porte nada más, pero les prestaban apoyo muchos corsarios de particulares, apostados en la estrechura del paso de Calés. Almirante, capitanes, pilotos, marineros, todos los tripulantes eran del país, conociendo, lo mismo que la lengua, las costumbres y las necesidades; vestían ellos sin diferencia, y ninguna hacían los navíos en casco y velas, pareciendo uno de tantos entre los zelandeses y holandeses, por lo que, sin llamar la atención, entraban ó salían de los canales dando golpes tan ciertos como inesperados. Así eran aborrecidos y hechos pedazos sin conmiseración los presos, y así, por lo mismo, peleaban hasta morir antes que rendirse. Fué por todo ello medida política plausible la de favorecerles adoptando, entre las providencias reformistas, la de creación del almirantazgo de Flandes, consignando en la cédula ¹ tenía por objeto facilitar al comercio de las provincias obedientes con las de la Península, y apresar, tomar y confiscar las embarcaciones, mercaderías y efectos de los países rebeldes y enemigos.

Había de ser regido el Almirantazgo por siete personas, se-

¹ Fecha á 4 de Octubre de 1604.



gún las ordenanzas que tuviera por conveniente redactar, una vez aprobadas, sobre las bases de jurisdicción civil y criminal cual la ejercía la Casa de la Contratación de Sevilla; privilegios de antelación y exenciones en la carga y despacho de naves; obligación de sostener de ordinario á su costa 24 navíos de porte total de 6 á 7.000 toneladas, armados en guerra; facultad de proponer en terna á personas naturales de Flandes para el nombramiento real de almirantes y vicealmirantes; de utilizar marineros de cualquier nación, «aunque fuera de las provincias rebeldes, siendo católicos»; juicio y distribución de las presas, recompensas por años de servicio, etc. ¹

Pronto se ofreció motivo á los de Dunquerque para servir á la Corona por destino á su puerto del tercio de Pedro Sarmiento, fuerte de 2.400 soldados viejos. Salió de Lisboa Pedro de Zubiaur el 24 de Mayo de 1605, conduciéndolos en ocho naves gruesas y dos fragatas, y en el canal de la Mancha le cortaron el camino no menos de 80 bajeles del almirante holandés Hautain. La escuadra de Dunquerque se puso á la vela acudiendo á los nuestros, aun con el refuerzo, empeñados en combate muy desigual. Zubiaur, con su capitana y otra nave, sufrió el embate de 18 enemigas hasta morir con la bizarría que siempre le distinguió; perdiéronse dos navíos, seis capitanes y 400 soldados. Los demás viéronse obligados á entrar en Dover, donde la artillería inglesa los protegió. La mayor desgracia pesó sobre la provincia de Guipúzcoa, castigada además poco antes con el incendio y pérdida total de 11 naos en el puerto de Pasajes, por la imprudencia de calentar á bordo de una el caldero de brea ².

¹ *Documentos relativos á la creación del Almirantazgo*. Manuscritos, Biblioteca particular de S. M. el Rey. *Colección Miscelánea*, t. xxv, fol. 1.—Dirección de Hidrografía. *Colección Zalvide*, art. 1.º, núm. 2.

² Son escasas las referencias del combate del canal y muerte del valiente general guipuzcoano. Cabrera de Córdoba compone su escuadra de seis naos; los documentos de la *Colección Vargas Ponce* (leg. xv), de ocho y dos fragatas; los de Flandes indican que salieron cuatro de Dunquerque y se encontraron ser en todo 12 contra 80. (Academia de la Historia. *Colección Salazar*, B. 4, fol. 253.) Le Clerc, en su *Historia holandesa*, consigna se componía la armada de Zubiaur de buques embargados de todas las naciones; que uno de Hamburgo embarrancó en la costa; otro escocés lo hizo á la boca de Dover; dos se apresaron, y el resto se refugió en

Acabada la función vino la escuadra holandesa de Hautain á tomar los puestos antiguos de los cruceros ingleses en las islas Azores y en la costa de Portugal, desde Lisboa al cabo de San Vicente, sin encontrar obstáculos. Faltaba al Gobierno de D. Felipe dinero, que es como decir que le faltaba todo, para formar las escuadras proyectadas, y no es mucho si se considera el extremo á que llegaba la penuria después de cesar muchas de las grandes atenciones que la nación había de cubrir ¹. Con el bloqueo quedó interrumpido el comercio; no pudieron despacharse las carracas de la India oriental ni las flotas de la Casa de la Contratación; las flotas de Nueva España y de Tierra Firme, objeto de todas las conversaciones y de incontables comentarios, de incertidumbres, de esperanzas, de alegrías, como que traían á la vuelta de ordinario, sin los géneros valiosos, millones de pesos en barras, bien venidos siempre, aunque de antes estaban descontados y consumidos. Cuesta trabajo descender á pormenores, temiendo parezcan hiperbólicos no llevando aparejados testimonios como el del escritor citado.

«Los enemigos, decía ², están desde Lisboa al Algarve con más de 70 navíos de armada, esperando á los galeones de la plata, y hay tan poca resistencia que podrían saquear la costa si quisiesen.....; hacen notable daño á los que vienen á aquel puerto, y afirman que importan más de millón y medio las rapiñas que han hecho.»

Naturalmente, interceptaban toda embarcación de travesía ó cabotaje, como sucedió á las de Juanes Amezqueta, tres bien armadas, con que se arriesgó á navegar desde Pasajes á Cádiz y á combatir en su camino. Dos de ellas vieron obli-

el puerto. Sábese que uno de los apresados fué el *San Juan*, de Dunquerque, teniendo 100 muertos, y que los holandeses, según costumbre, arrojaron al agua á los heridos y á los vivos. No ofrecen mayor claridad las noticias recogidas en la *Historia Pontifical*, t. v, lib. I, cap. II; en el *Historial de Guipúzcoa*, de López de Isasti, y en la *Historia de Irún*, de Gainza.

¹ «Su Majestad, escribía Cabrera de Córdoba, no tiene de presente con qué pagar los gajes de sus criados, ni se les da ración, ni aun para el servicio de su mesa hay con qué proveerse, sino trayéndolo fiado, lo cual nunca se ha visto antes de agora en la casa real.»

² *Relaciones*, páginas 276 á 279.

gadas á embarrancar en la costa; la tercera pudo entrar en Peniche, teniendo cinco muertos, veinticinco heridos y mucha avería ¹.

El 16 de Junio de 1606 desembocó el Tajo D. Luis Fajardo, habiendo conseguido, con todo género de esfuerzos, alistar 20 galeones ó naos de las que se hallaban en el río y salir en busca de las enemigas. Tardó poco en descubrirlas, y no más en romper el fuego de cañón, generalizando el combate, corto en el tiempo y afortunado en el éxito; voló á la almiranta holandesa, apresó dos navíos y persiguió á los otros, echándolos de aquellos mares. Por los datos de nuestra gente alcanzó esta victoria Fajardo teniendo cuatro navíos menos; por los de la contraria, al empezar la función sobre el cabo de San Vicente, se habían separado del almirante Hautain seis de los suyos mejores, y no tenía consigo más que 13 y un bergantín. La partida le pareció desigual, y trató de ponerse á barlovento sin conseguirlo.

Hermosean la muerte del vicealmirante Reniero Classen, asegurando haber incendiado la santabárbara por no rendirse á los españoles, y censuran la conducta de otros capitanes. Désele razón á quien la tenga; de cualquier modo es evidente que la escuadra formada á trompicones, con gente bisoña, acabada de salir del puerto, derrotó y lanzó á su país á la de marineros veteranos amaestrados en dos años de crucero, resultado muy honroso, para Fajardo especialmente.

El Duque de Medina-Sidonia se envanecía de haber pasado por tantos, si no más apuros, que el general de la Armada del Océano, para poner á la vela 10 galeones ó naves que constituían la del Estrecho, al mando de Juan Alvarez de Avilés ²,

¹ La resistencia de estas naves comerciantes alabó López de Isasti en su *Historial*, y Vargas Ponce en los documentos, conservando los nombres de los capitanes Joanes de Amezqueta, Vicente de la Torre y San Juan de Portu. Anota Le Clerc que los cruceros recibían útiles avisos de las naves inglesas neutrales; que echaban al agua á los prisioneros españoles y dejaban con vida á los moros.

² Natural de Avilés, buen marinero; nóbranse algunos historiadores nuestros, de Ávila y Dávila; los holandeses Davilla. Correspondencia del Duque de Medina-Sidonia, *Colección Navarrete*, t. XXXI, y *Documentos inéditos para la historia de España*, t. LXXXI.

y empezaron á cruzar en Marzo de 1607, si no como se deseaba por la rotura de masteleros con Levante duro, no con mala suerte, habiendo capturado ó destruído 14 navíos holandeses del comercio, batiendo á los de escolta. Habíanse entrado en Gibraltar con parte de las presas de ciertos navíos alemanes de Emden, detenidos por sospecha en la legitimidad de los documentos, cuando recibió Alvarez despachos del Duque avisando haber pasado por el cabo de San Vicente 34 naves de Holanda, las 26 gruesas, las cuatro transportes. De orden del Rey le mandaba amarrar los galeones lo más cerca de tierra que consintiera el calado, disponiendo la defensa de manera que la reforzaran los cañones de la plaza.

Reunido el consejo de guerra de la escuadra, opinó el almirante Tomás Guerrero de la Fuente, malagueño, y con él varios capitanes, que era arriesgada la disposición, porque, en el caso de abordar, los baluartes harían tanto daño á los amigos como á los enemigos. Preferían correr la suerte del combate en la mar, contando con la probabilidad de la retirada y dispersion en caso adverso, en lo que no parece anduvieron acertados; el almirante Vilamarí primeramente, y luego Andrea Doria, habían enseñado durante las guerras de Italia hasta qué punto una armada con baterías en tierra, utilizando los recursos marineros para impedir el acceso directo del enemigo, puede resistir y rechazar á fuerzas incomparablemente superiores. De cualquier manera, siendo terminantes las prevenciones de esperar al ancla, las cumplieron, formando una primera línea con los cinco galeones mayores, y acoderando los otros cinco detrás, en la misma disposición adoptada en Cádiz el año 1596, cuando los ingleses forzaron al puerto. Idéntico fué el resultado.

Entraron los holandeses por la bahía la tarde del 25 de Abril, navegando en popa con brisa del Oeste y sin disparar pieza ni vacilar en los movimientos, como de antemano decididos, fuéronse derechos á la línea exterior, abordando á nuestra capitana cuatro, otros tantos á la almiranta; igual número al galeón *Madre de Dios*, tres á cada uno de los

nombrados *Portuguesa* y *Campechana*, haciendo poco caso de los de segunda línea, observados por la reserva, que quedó á distancia, y á su tiempo les fué de gran auxilio.

A la vez rompieron el fuego de artillería y mosquetería ambas escuadras estando aferradas, y, como se había supuesto, nada pudieron hacer los castillos, siendo la gente de la plaza espectadora del volcán, que cosa así parecía el grupo envuelto en llamas y humo denso.

La acción en semejantes condiciones debía de ser mortífera y breve, aunque no viniera la noche á concluirla. En las capitanas pasó la gente varias veces de una á otra cubierta, oscilando las acometidas á pesar de la fuerza cuádruple del holandés, refrescada con la reserva. Cuando los enemigos tomaron el estandarte real después de anochecer, habían muerto el General, el Gobernador de la infantería Diego de Aguilar y Castro, el sargento mayor Pedro Alvarez de Herrera y todos los oficiales.

En la almiranta, cuantas veces asaltaron los cuatro navíos que la tenían aferrada, fueron rechazados; visto lo cual arrojaron sobre ella artificios de fuego con que se abrasó, pereciendo Guerrero con su valiente tripulación; sólo 11 soldados se salvaron nadando. Quemáronse los otros tres galeones grandes del mismo modo; los de la segunda línea evitaron las llamas picando las amarras y varando en el muelle sin que los holandeses se determinaran á seguirlos allí por la arcabucería con que desde tierra los amparaban; ni aun á la capitana vencida se llevaron, porque varó también. Apartáronse para fondear fuera del tiro de cañón.

Al día siguiente pusieron los nuestros fuego á la capitana y á las cinco presas que había en el puerto porque no las recobrarán los enemigos, que lo procuraron enviando las embarcaciones menores arrojadamente, tanto que uno de sus pataches fué rendido cerca del muelle.

Tras el intento, habiendo reparado los desperfectos de la arboladura, dieron la vela hacia la costa de Berbería, no sin echar antes al agua á los prisioneros, atadas las manos; ¡ellos, que tachaban de crueles á los españoles!

El Rey mandó al Duque de Medina-Sidonia abrir información, de que resultó haberse conducido en la pelea todos como debían. Eran diez, según va dicho, los navíos de la escuadra, el mayor, capitana, de 400 toneladas; tenían 800 hombres de mar y 1.000 de guerra, de cuyo total desaparecieron 350, muertos, ahogados ó prisioneros, y en el hospital se recogieron 110 heridos. Los cuerpos destrozados del general Juan Alvarez de Avilés y del gobernador Diego de Aguilar recibieron sepultura en el monasterio de San Francisco; de los otros, casi carbonizados, no pudieron identificarse más que los de los capitanes Terrero, Granillo y Gutiérrez de Sandoval, pariente del Duque de Lerma. Por último, pusiéronse á flote cinco de las naves y se sacó la artillería de las incendiadas.

La composición de la armada holandesa no es conocida; sus historiadores no cuentan más de 26 navíos, haciendo caso omiso de los menores y de los transportes con víveres y almacén, que elevaban la suma á los 34 vistos. Murió el general Jaques de Heemskerck de bala de cañón y se calcularon á bulto las demás bajas, con aviso de que habían enterrado unos 200 cuerpos en Tetuán. En último término: el almirante Pedro Vander Hoef, que se hizo cargo de la escuadra, quedó por dueño de los mares de España ¹.

¹ No faltan relaciones particulares del combate de Gibraltar, aparte de la correspondencia del Duque de Medina-Sidonia, antes citada. Se conservan cartas del corregidor de la plaza y del cura de la iglesia mayor, entre varias de la *Colección Navarrete*, t. XII, núm. 3; de la de *Jesuitas* de la Academia de la Historia, t. CXXXII, número 19, y la de *Salazar*, N. 14. Cabrera de Córdoba insertó algunas en sus *Relaciones*, páginas 301, 304; mas D. Luis García Martín, en su estudio histórico de Gibraltar, publicado en la *Revista científico militar*, t. VI, Barcelona, 1883. Los escritores de Holanda reconocen haber sido realmente feroz el tratamiento de los prisioneros, excusándolo en el concepto de que la ferocidad ha producido grandes acciones en la mar, y las de españoles y holandeses, que por entonces no daban cuartel, hubieran causado admiración aun á los romanos. Por dicha, dejó oírse la voz de la humanidad al tratar de la suspensión de armas este año de 1607, y por ello, tomando la iniciativa Vander Hoef, se canjeó á Juan Alvarez, capitán de la capitana, hijo del general, con algunos otros prisioneros, por los que estaban en la plaza de Gibraltar. El cadáver de Heemskerck fué llevado á Holanda en una pinaza y enterrado honrosamente en Amsterdam. Sus compatriotas, muy dados á la conmemoración artística, acuñaron medallas representando el combate y poniendo en el reverso una nave desarbolada con lema *Servat vigilantia concors*. Otra leyenda latina explicaba que «por la voluntad de Dios, grande y bueno, bajo los auspicios

Culpaba el vulgo del mal suceso al Duque de Medina-Sidonia, porque ya se sabe cuán distinto era el juicio que merecía á la opinión pública ¹ del formado en la corte; mas desde ésta se le repetían los elogios, y no sabiendo qué determinar, temiendo mayores males, encargábasele con encarecimiento hiciese cuanto le pareciera para crear otra escuadra y defender la costa, deteniendo la salida de las flotas, acudiendo al concurso de las ciudades; en una palabra, se le erigía en árbitro de la marina, «encomendándolo todo á su celo, prudencia y experiencia». Y en esto Vander Hoef,

«El holandés pirata,
Gato de nuestra plata,
Que infesta las marinas» ²,

ibase á ver si la atrapaba por las islas Azores, seguro de no dejar cuidados á la espalda.

de los ilustres Estados generales de las Provincias Unidas de los Países Bajos, el héroe Jacobo de Heemskerck, en el estrecho de las columnas de Hércules, á vista de la ciudad de Gibraltar venció, quemó y destruyó completamente los navios españoles *que hasta entonces se creyeron invencibles*, sin haber perdido más que muy pocos hombres, que murieron gloriosamente con él en 25 de Abril de 1607.

Más que los directamente interesados exageraron las circunstancias y las consecuencias de la función oficiosos corresponsales extranjeros vecindados en España, entre ellos uno francés anunciando haber entrado Heemskerck en Cádiz (después de muerto) y haber colgado de las entenas á los agentes de la Inquisición. Su curiosa misiva se titula: *Discours de la rencontre de deux armées navales d'Espagne et de Hollande, et des succès de leur combat, fait au destroit de Gibraltar le 7 May 1607 (sic)*, à Paris, chez Jeremie Perier. Pero en el particular nada iguala al desenfado de nuestro historiador Matias de Novoa, mencionado al principio de este capítulo, que escribía (*Documentos inéditos para la historia de España*, t. LX, pág. 363): «Procedíase con tibieza en los Estados, si bien los holandeses, por no dejar de seguir el curso de robar en el Océano, enviaron algunos bajeles de guerra á molestar las costas de España, que en número de 32, y desbaratados, arrojó á las costas de África, con sólo 10 navios, el almirante D. Juan Alvarez de Avila, soldado de envejecida experiencia y militar consejo.» ¡Qué sandez!

En el Museo de Pinturas de Amsterdam se colocó un lienzo de H. C. Vroom representando el combate de Gibraltar y muerte del almirante Heemskerck.

¹ *La Armada Invencible*, t. I. Ahora, recordando el modo con que trataba á los que estaban á sus órdenes, se fijaban en la frase *de ser tenido por traidor* escrita en el mandato al general Alvarez de Avilés para amarrar la escuadra en Gibraltar, como se hizo.

² Lope de Vega, *La Gatomaquia*.

XV.

EN EL MEDITERRÁNEO.

1601-1607.

Continuación del curso de turcos y argelinos.—Las Cortes de Cataluña y de Valencia piden autorización para armar escuadras regionales en defensa propia.—Bate el Adelantado de Castilla á nueve navíos enemigos.—Hostilidades en Grecia.—Jornada contra Argel.—Proceder censurable del Capitán general, Doria.—Renuncia el cargo.—Liga con Persia y con el rey de Cuco.—Segundo fracaso en Berbería.—Nombramiento de generales mozos.—Tercer intento estéril en África.—El rey D. Felipe en Valencia.—Se divierte.—Correrías en Levante.—Sorpresa de la ciudad de Durazo.—Muere el príncipe Juan Andrea Doria.—Junta de generales.—Situación grave en que se encuentran.—Carencia de recursos.—La suspensión de hostilidades con las Provincias Unidas les saca de apuros.



ASTA la consideración de los sucesos en el Océano, donde se ventilaban las cuestiones más graves de la política, mediando la guerra con las islas Británicas y las de los Países Bajos, para estimar el decremento del poder naval con que antes había España aventajado á las demás naciones, sin necesidad de comprobarlo con lo ocurrido en el mar clásico de los antiguos, donde ya el Turco no daba cuidado despachando una tras otra armadas invasoras, ni había en Argel cabezas de la capacidad de los Barbarrojas, que tuvieran en vilo á los guardacostas. Los pueblos del litoral, en España como en Sicilia y en Calabria, no por ello habían mejorado; nube de salteadores seguía viviendo á sus expensas, descollando un *Mulata-*

*rráez*¹, que se guarecía en Argel ó en Larache, según pensara dar sobre las villas ponentinas ó sobre las naves rezagadas de Indias, y no pocos ingleses y holandeses, haciendo causa común con los moros, se abrigaban en sus mismas madrigueras. La petición de las Cortes de Cataluña para armar y costear galeras, y la que en el mismo sentido hicieron posteriormente los diputados valencianos, imponiéndose el sacrificio de 100.000 escudos de una vez y de 60.000 ducados de renta perpetua á fin de sostener otras cuatro para defensa de su distrito², bien daban á entender la poca confianza que les merecían las escuadras reales. Su jefe, D. Martín de Padilla, el Adelantado de Castilla, explicaba la que podían ofrecer, declarando no haber á su lado más que «hambre y desnudez»³.

A no ser para viajes de personas reales ó de cuenta, ó bien con objeto de conducir tropas á Italia y á los presidios, en cuyas ocasiones se las proveía, por rareza salían de los apostaderos faltas de lo más necesario, por lo que los generales se venían á ruar con su título en la corte, eludiendo las órdenes repetidas de servir el cargo.

Ocurrió en la fiesta de Navidad de 1601, que, saliendo de la Herradura Padilla con seis de su escuadra, halló fondeados en los llanos de Almería nueve navíos que no respondieron á la intimación de reconocimiento, obligándole al ataque, para el que le favorecía calma completa de mar y viento. Empezando el fuego á las nueve de la mañana, á las tres, después de mediodía, tenía á dos sumergidos y á siete apresados, averiguando entonces ser cuatro holandeses, cuatro franceses y uno escocés, iguales en la defensa, no acabada sin causar á la escuadra del Adelantado 56 muertos y 119 heridos, entre ellos algunos capitanes y caballeros de cuenta. Informó el Consejo de guerra á Su Majestad haber sido acción importante «porque las galeras recuperaron la reputación y nombre que habían perdido en otras ocasio-

¹ Designación popular; Murat ó Amurat, Arráez, y también Morat Agá, en mejores referencias.

² Carta del Duque de Lerma.—(Biblioteca Nacional, ms., X. 14, fol. 243.)

³ Dirección de Hidrografía.—(Colección Sans de Barutell, art. 4.º, núm. 1.351.)

nes»¹; penosa confidencia, quizá escrita con vista del parte de campaña de D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, que hostilizó en la isla de Chipre con 12 de la escuadra de Nápoles y cinco de Malta²; quizá escrita, digo, con intención de carambola, calculando en el golpe el efecto de la crítica general, así como la excitación grandísima del pueblo.

Durante la primavera se había notado movimiento de tropas y de buques, acopios, entrada y salida de correos ó emisarios, corriendo la voz de prepararse jornada á Levante, para la que se reunirían en Mesina con las españolas, las galeras de Su Santidad, de Florencia, de Savoya, de Malta, los galeones de Ragusa y 40.000 mil infantes; una armada fuerte como las de la Liga, que rigiera el Capitán general de la mar, Juan Andrea Doria, con propósitos análogos contra Turquía. En realidad, se proyectaba un golpe de mano sobre Argel á favor de inteligencias de los judíos de Orán acusando el estado de abandono y desgobierno en que estaba la plaza; y mientras D. Pedro de Toledo navegaba hacia Grecia dando pábulo á la creencia vulgar, Doria partía en el mes de Agosto con 70 galeras y 10.000 soldados españoles é italianos gobernados por Manuel de Vega Cabeza de Vaca, maestre de campo general que había sido en Flandes³. Abiertos en la mar los pliegos secretos, hicieron felicísima travesía á Mallorca, y de allí, sin detenerse, hasta la costa, recalando el 1.º de Septiembre al anochecer sin que nadie tuviera sospecha de su aparición. El puerto estaba vacío de naves; la ciudad, con su vecindad sedentaria. Un Pedro Navarro hubiera entrado por ella sin hacer ruido; mas ya se sabe que Doria no se le parecía. Aplazó el desembarco para el amanecer, mandando que estuvieran dispuestos los esquifes; amaneció con neblina, que juzgó inconveniente; más tarde entró la virazón, produciendo naturalmente marejada; se informó de los prác-

¹ Consulta del Consejo.—(*Colección Sans de Barutell*, art. 4.º, núm. 1.350.)

² Relación impresa en Sevilla.—(*Colección Navarrete*, t. XII, núm. 1.)

³ Fernández Duro, *Hernán Tello Portocarrero y Manuel de Vega Cabeza de Vaca. Bosquejo leído ante la Real Academia de la Historia en la junta pública celebrada el día 19 de Mayo de 1895*.—Madrid, 1895, 4.º, 70 páginas.

ticos acerca de la probabilidad de continuar el tiempo un cuarto de luna, y sin más diligencia volvió á Mallorca y despidió las escuadras dando por concluída la expedición, como si á tanto costo se hubiera hecho con objeto de pasearla.

De aquí la mala impresión y agrias censuras tan luego como se supo lo ocurrido, no sirviendo los despachos enviados por el Capitán general de la mar, desde Barcelona, más que para excitar á los mirados.

«Hay diversos pareceres, escribía Cabrera de Córdoba ¹, si se pudiera haber hecho la jornada tornando á ella desde Mallorca, y tomándola con las veras que era razón, ó si es bastante disculpa el temporal que sobrevino para no volver; porque allende de esto dicen que tenía orden de ir sobre Bujía si no se podía hacer la empresa de Argel, ó inviar una banda de galeras en busca de Mulatarráez, que había ido á esperar la flota de Nueva España al cabo de San Vicente; y dicen responde que S. M. no tiene Capitán general para tomar aldeas ni ir en busca de cosarios. Generalmente, los más se inclinan á echalle culpa de no haber sucedido como se esperaba la jornada, y aun dicen que S. M. y el Duque, que tomaba esta empresa por propia, han quedado muy descontentos de no haberse hecho en ella lo que se esperaba.»

Por estas frases se trasluce el alcance que tenía la mencionada consulta del Consejo de guerra, pensando en las exageraciones á que llegarían las hablillas. Saldría á plaza, seguramente, la historia completa del magnate genovés, comentándose lo que hizo y lo que dejó de hacer en los Gelves, en la empresa de Marco Antonio Colonna, en Lepanto, en la Goleta; le colgarían de nuevo el fanal de Zenobia y la lámpara votiva de oro del monasterio de Guadalupe ², como las jac-

¹ *Relaciones*, pág. 115.

² Del fanal menciona los epigramas el cap. x, t. II, pág. 162 de esta obra. De la lámpara hay noticia en la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, t. XXVI, pág. 77. Es de presumir que no dejara de murmurarse de la medalla acuñada para perpetuar la memoria del caudillo de esta jornada de Argel, medalla que presenta en el anverso su busto con leyenda: «IO. AND. AUR. COMES. LODANI. 1600.» En el reverso una galera con tres fanales, estandarte real y letra: «DEL. ET. REGIS. MVNERE.»

tancias de maestro en marinería, preguntando si por capitán general le tenía el Rey católico para alojar á príncipes y suscitar eternas cuestiones de precedencia y etiquetas. Muy densa debió de ponerse la atmósfera cuando el interesado se creyó en el caso de hacer renuncia del cargo de la mar, previniendo una destitución sonada, y cuando la licencia de retirarse á casa se le otorgó y publicó de seguida, sin merced ni recuerdo de anteriores servicios ¹. Pretendía sucederle el Adelantado de Castilla, moviendo gestiones que pudieran servir de clave también á la referida consulta del Consejo, dado el deudo que tenía el aspirante con el Duque de Lerma; pero acabaron con su vida, quedando la plaza sin proveerse ².

Una embajada del shah de Persia que llegó á la corte en Valladolid proponiendo liga contra el Turco afirmó los planes del valido, lisonjeándole la idea de llevar á cabo el pensamiento constante de Felipe II, poniendo la bandera de España en los Baños de Argel, poblados de cautivos cristianos. Los embajadores de Ispahán hallaron, por tanto, cordial acogida, volviendo á su país con palabra empeñada de guerra al Sultán por Europa y por Africa, mientras los persas le hostigaban por Asia ³.

¹ Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, pág. 128.

² Garma, en el *Teatro universal de España*, t. IV, pág. 73, noticia haberle sobrevenido un accidente en el Puerto de Santa María el 20 de Mayo de 1602, sin preceder indisposición. Mandáronle sangrar los médicos y se quedó muerto. Cabrera de Córdoba conforma en las circunstancias. *Relaciones*, pág. 143.

³ Con título de *Relaciones de D. Juan de Persia* se dió á la estampa en Valladolid, año 1604, un libro escrito por uno de los caballeros de esta embajada, que recibió el bautismo, y ennoblecido, se avecindó en España. La embajada fué devuelta en 1618; constan pormenores en la

Relatione breve dell' Ambasciata & Presente che la Maestà del Rè Don Filippo III, Rè delle Spagne & Imperatore del nuouo Mondo fece a Xaabay Rè di Persia chiarissimo; la qual' Ambasciata diede Don Garcia di Silua & Figueroa suo Ambasciatore l' anno passato 1618. Fatta per Fra Hernando Moraga Custode della Prouincia di San Gregorio delle Filippine; che si trouò presente alla Corte del Persiano & vide a far la detta Ambasciata & Presenti; essendò venuto da Manila a Malaca, Azilan, Ormuz, Persia, Babilonia & passato per il deserto d' Arabia, Assiria, Tripoli & d' iui a Cipro, Candia, Malta, Francia. Et arriuò a questa Corte questo anno presente 1619 a 30 di Genario & fu ben riceuuto da Sua Maestà; per cui commandamento fece questa Relatione & altra del suo viaggio. Cosa merauigliosa & degna da sapersi. Con privilegio. In Milano. Appreso Girolamo Bordoni Libraro. MDCXIX. 51, pág. 40.

Al punto se quiso iniciarla enmendando los desaciertos de Doria; es decir, disponiendo segunda jornada, por más que fueran grandes las dificultades opuestas por el Erario á la junta de elementos, y se pusieron los ojos en D. Juan de Cardona, sacándole del virreinato de Navarra, en la inteligencia de que con el nombramiento de Consejero de Estado y el título de Capitán general de mar y tierra aliviaría el peso de los años revestido de suficiente autoridad. Iban á coadyuvar muchos moros malcontentos súbditos del rey de Cuco, uno de tantos en la costa de Berbería, que envió dos hijos á Valencia en concepto doble de embajadores y rehenes, asegurando por beneficio de su confederación el ataque por tierra de las plazas á que se dirigiera la armada: Argel, Bujía ó cualquiera otra.

Los aprestos comenzaron embargando navíos en Sevilla, levantando compañías, trayendo las de Italia y alistándose muchos caballeros voluntarios con licencia del Rey, como en los buenos tiempos. Allí fueron las escuadras de Nápoles y de Sicilia á ponerse bajo el estandarte arbolado por Cardona. En Cádiz se unieron las de Génova, mandadas por el Duque de Tursi, hijo de Juan Andrea Doria, y salieron de la bahía todas juntas el 3 de Septiembre de 1602 para correr la costa con escalas desde Gibraltar á Cartagena, á fin de ir embar-

El presente consistía en

- 1.º La espada con la que el Rey se casó: llevábala un paje.
 - 2.º Veintidós cadenas de oro ricamente labradas con joyas de esmeraldas.
 - 3.º Una copa de oro conteniendo varios anillos.
 - 4.º Un brasero grande de plata: llevábanlo ocho personas.
 - 5.º Un bufete de plata: llevábanlo seis.
 - 6.º Un baúl dorado conteniendo servicio completo de mesa de plata.
 - 7.º Otro baúl con herramientas variadas é instrumentos de acero.
 - 8.º Una caja de cristal con columnas de oro. El Rey de Persia había mandado hacer este objeto en Italia á un funcionario suyo que escapó, empeñándolo en cinco ó seis mil ducados. Sabiéndolo el rey D. Felipe, lo mandó desempeñar y se lo remitió. Lo agradeció mucho.
 - 9.º Piezas de púrpura y terciopelo, petos de Milán, morriones, arcabuces, todo muy rico.
 10. Un perro mastin.
 11. Trescientos camellos cargados de especiería.
- Estos objetos fueron llevados en procesión por criados con rica librea.

cando infantería y pólvora. Acababa de hacer por allí Murat Arráez una de las suyas, desembarcando 600 hombres, quemando una torre, destruyendo las almadrabas y llevándose cautivos á los huertanos, y pudo retirarse con la presa á la vista de la armada sin que ésta le diera alcance.

Una vez completa la tropa, embarcados los embajadores del rey de Cuco, siguieron las galeras, en número de 52, á Mallorca, desde cuyo puerto despacharon á Berbería bergantines exploradores. Los informes que recogieron nada de satisfactorios tenían: Argel y Bujía estaban apercebidas con guarnición de turcos superior al ejército expedicionario, y los moros aliados en situación crítica. El Consejo de guerra de generales de la armada opinó, con rara conformidad, no ser prudente la empresa á que se dirigían con presupuesto muy distinto, de contar con escasa resistencia en los fuertes y cuerpo auxiliar de 20.000 hombres en tierra. Estando además entrado el mes de Noviembre, sería inútil esperar cambio de circunstancias.

Resultado: volvió la armada á Cartagena y se deshizo para invernar, sin más utilidad que el año anterior. Don Juan de Cardona no era ya el Comandante de la vanguardia de la Liga en Lepanto; más de veinte años llevaba retirado de la mar; pero difícilmente hubiera procedido de otra manera aunque conservara de lleno sus facultades en el estado en que estaban ahora las galeras y con la mala disposición de ánimo de los generales, sobre los que habían dejado de pesar la autoridad indiscutible de Andrea Doria, la inquebrantable energía de D. García de Toledo y el respeto y el amor de D. Juan de Austria.

Cardona dió cuenta de la jornada ¹, en que murieron 200 hombres, siendo muy crecido el número de enfermos por mala calidad de los víveres y del agua salobre; y no teniendo qué hacer, pidió venia para volver á Pamplona á concluir su honrosa carrera ².

¹ La carta se halla en la *Colección Sans de Barutell*, art. 4.º, núm. 1353. Más circunstanciada relación escribió su secretario Jaime Brunon. Copia en la Academia de la Historia, *Colección Salazar*, L. 24, fol. 313.

² Murió en 1609, cumplidos noventa años de edad.

Si no miente el adagio, á la tercera va la vencida. El Duque de Lerma fiaba en su verdad, no apocándole los gastos considerables esterilizados en los dos intentos, puesto que en pro de la insistencia abogaban mudanzas imprevistas. Murió Muley-Ahmed, dejando dividido el reino entre sus hijos Muley-Abu-Fer y Muley-Cidán, desheredado el mayor, Muley-Xeque. Este solicitó amparo de España, decidido á sostener sus derechos de primogenitura, poniendo en revolución á los bereberes fraccionados en tantas banderías. Buena ocasión para sentar la planta en las playas adonde el rey de Cuco seguía llamando á los españoles. Se había ensayado la dirección de los autoritarios y de los experimentados; tocaba la vez á los alientos de la juventud.

El almirante francés, Jurien de la Gravière, censurando el sistema actual de ascensos por escala de antigüedad, pensaba, y dejó escrito, que los adelantos de la marina inglesa en mucha parte son debidos á la elección de almirantes de buena edad cuando se han ofrecido ocasiones anormales en que emplearlos. Cita ejemplos que abonan su criterio, sin ser necesarios. ¿Quién desconocerá el entusiasta arranque de los jóvenes, su generosidad, su abnegación, el ánimo para resistir fatigas ó para soportar el peso desconocido de la responsabilidad? La fortuna y la gloria, hembras al fin, suelen acariciar y preferir la lozanía de los capitanes; pero ejemplos no faltan de aventajar al ímpetu fogoso la sangre fría experimentada. Ejemplos, para todo se encuentran bien buscados. Si con pocos años se resolvieran los problemas arduos, ¿los habría?

En Valladolid, á 28 de Febrero de 1603, se expidió título de Capitán general de las galeras de España á favor de D. Manuel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, conde de Niebla. Dábasele el primero y más ambicionado puesto de la marina sin haber pasado por los inferiores; ¿acaso le hacía falta condición que excediera á la de ser hijo del Duque de Medina-Sidonia y yerno del Duque de Lerma? Casi al mismo tiempo se nombraron: Capitán general de la escuadra de Sicilia á D. Juan de Padilla Manrique de Acuña, conde

de Santa Gadea, Adelantado mayor de Castilla, hijo del difunto D. Martín; de la escuadra de Nápoles, á D. Álvaro de Bazán, segundo Marqués de Santa Cruz; de la de Portugal, á D. Pedro Antonio Coloma, segundo Conde de Elda, acompañándoles instrucciones copiosas para el desempeño de los cargos y orden de concentración, con el fin de servir en la jornada de Berbería. Todos eran bien mozos¹, mas no les deslumbró la distinción á juzgar por la conducta. Padilla y Bazán representaron que, siendo grandes de España, no podían estar á las órdenes de un general que no lo era; el Duque de Tursi, no teniendo esta excusa, buscó la de enfermedad, á fin de no estar tampoco subordinado á persona que en la vida vió orientar un trinquete de galera, siendo bien halladas todas, pues reunidas 38, quedáronse en tierra los jefes principales.

Partió el Conde de Niebla de Cartagena el 13 de Agosto, guiándolas asesorado del consejo de prácticos y de las instrucciones en que se le mandaba ir á Mallorca. Desde el puerto había de destacar fragatas y seguir hasta Argel, preparado á incendiar los bajeles al ancla; si no recibía seguridades no intentaría otra cosa; lo esencial era socorrer al rey de Cuco y presentar el aparato de fuerza, del que se esperaba sirviera por sí solo para que levantaran los argelinos el cerco en que le tenían estrechado².

Nada de esto tuvo que ensayar: en Mallorca supo estaba ya decercado y libre el moro amigo, con lo cual desandó el camino de Cartagena á principios de Septiembre, sin dejar á los cronistas trabajo en relatar otra cosa que los agravios del reyezuelo, significados en carta, lamentándose de que llevara tan poca armada, haciéndole mala obra con los vecinos, cuando tenía á Bujía apretada en términos de esperar entrarla en breve, y acababa de desbaratar al Bey de Argel, matándole más de 400 genizaros. Lo que hubiera de verdad en las quejas iba enderezado á solicitar todavía otra expedición el año entrante; así que no dejaba de acertar el pueblo, de-

¹ Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, pág. 176.

² Correspondencia del Duque de Medina-Sidonia. *Colección Navarrete*, t. XXXI.

nominando al pedigüeno *el rey cuco* ¹; hiciéralo maliciosamente ó confundiendo de buena fe el nombre del lugar con el de la persona.

Tuvo el Conde de Niebla la satisfacción de lucir su escuadra ante los señores de la Corte, al regreso, con motivo de las Cortes de Valencia, á que concurrió S. M., y honró á la capitana dando un paseo desde el Grao á Jávea, con marejada envidiosa del agrado, que hizo preferible la vuelta en caballerías ².

Lo de Argel quedó por entonces aplazado y reducido el auxilio al envío de artillería, municiones y dinero al Cuco con embarcaciones ligeras, no sin quebranto; murieron en uno de los alijos el maestre de campo Martín López de Ibar y 80 soldados. Lo demás encalmado siguiera sin la iniciativa de los generales nuevos de las escuadras de Nápoles y de Sicilia.

Ambos fueron separadamente al archipiélago griego durante el verano de 1604 é hicieron desembarcos y botín en Pathmos, Zante y otros lugares, señalándose el Marqués de Santa Cruz por ataque nocturno y sorpresa en la isla Longo. La correría demostraba la escasa significación de la armada del Turco. Repitiéndola el año siguiente, trató D. Álvaro de Bazán de castigar á los corsarios de Durazo, en Albania, que

¹ Correspondencia con el rey de Cuco. Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, Loyola, leg. 1, núm. 35.

² Una anécdota ridícula recogió Cabrera de Córdoba, dando idea con ella de la seguridad del litoral:

«Fué S. M. á Denia para entretenerse algunos días, y el Duque de Turis, que estaba con sus galeras en aquella costa, quiso hacer con que se entretuviese S. M. en el camino, haciéndole saber primero que pornía una galeota cerca de la costa, por donde había de pasar, para que de ella saliesen soldados en hábitos de moros á los cortesanos que pasasen cerca de la mar; y sucedió que D. Luis Henriquez, el mayordomo, iba en una litera con sus criados, y como llegó cerca donde estaba la galeota, y viese salir la gente que se encaminaba para él, pensando que eran moros, se dió prisa á salir de la litera, y subió sobre uno de los machos que la llevaban, y fuese corriendo y sus criados tras él, hacia donde estaba S. M., que, como lo vió mudado de color y sabía lo que era, riyó mucho de la burla y los que con él iban, quedando muy corrido D. Luis con sus criados; aunque dicen que de una torrecilla cerca de allí bajaron los que la guardaban y dieron en los moros fingidos, de los cuales hirieron dos ó tres, no sabiendo el efecto para que habían salido.»

eran los que molestaban en Calabria, para lo que, partiendo de Otranto con 14 galeras y tropa de infantería, desembarcó en la noche del 3 de Agosto y acometió de madrugada á la ciudad. Un petardo aplicado á la puerta le dió acceso, corriendo tras los turcos que trataban de encerrarse en el castillo, sin darles tiempo para levantar el puente levadizo. El saco fué de importancia: embarcó 40 piezas gruesas de artillería, muchas armas, cautivos, caballos, ganado vacuno, é incendió las casas ¹.

Eran muy de alabar tales correrías, faltas como estaban las galeras de lo más preciso con que sustentarse ², razón que algo pesaría para hacer dejación de las de España el acariado Conde de Niebla. En su ausencia habíanse abocado con un pirata inglés que se atrevió á cañonearlas, causando 30 muertos é hiriendo al Conde de Elda con varios más, sin contar con la ventaja que les daba la calma. Las galeras eran tres, y se satisficieron colgando al capitán de una antena y poniendo al remo á los ingleses prisioneros.

¿Querría el Duque de Lerma que S. M. tuviera presentes á sus servidores en la mar proporcionándole el esparcimiento náutico ³?

Ocurrencia de notar por entonces se consideró el fallecimiento del príncipe Juan Andrea Doria, no porque produjera sentimiento, sino por los sucesos del reinado anterior que representaba ⁴. El Rey, sin embargo, dirigió sentida carta de pésame al Duque de Tursi, su hijo ⁵, empeñando palabra

¹ *Relación de la toma y destrucción del puerto y plaza de Durazo, en Albania, por el Marqués de Santa Cruz, el 4 de Agosto.* Manuscrita. Colección Navarrete, t. v, número 14.—Otra relación impresa en Sevilla.

² Carta del Marqués de Santa Cruz. Colección Sans de Barutell, art. 4.º, núm. 1.365.

³ «En lo que dicen que se ocupan los Reyes en Lerma ahora, es en oír comedias y en andar por el río en cierta galerilla que echaron el día de San Pedro.... Y sucedió que entrando el Conde de Lemos en el barco donde iba S. M., sin mirar lo que hacía el que lo guiaba, con el hierro que tenía al cabo de un palo le hirió sobre el ojo, de manera que si acertara un poco más abajo le hubiera hecho mucho daño.» (Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, páginas 254 á 256.)

⁴ I condottieri marinari spengonsi con Giannandrea D' Oriá. A. V. Vecchi, *Storia generale della Marina militare*, sec. edic., 1895, t. II, pág. 24.

⁵ Colección Sans de Barutell, art. 4, núm. 1.364.

de mejorarle en la encomienda de Alcántara cuando otra superior vacara; al hermano mayor concedió el Toisón de oro y tratamiento de grande, y al Cardenal 2.000 ducados de pensión en obispados de Italia, con lo que ninguno de ellos quedó contento ¹.

Entonces, por consecuencia de los cambios de destino, ó más bien por el desastre de Gibraltar, se expidió título de las galeras de España á D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, duque de Fernandina, encomendándole con encarecimiento que en junta con el Duque de Medina-Sidonia, don Luis Fajardo y el Duque de Tursi, trataran y acordaran lo que sería bien emprender con la armada y galeras, según los avisos que se recibieran del enemigo, en la inteligencia de que al de Medina correspondería decidir y á los demás obedecer, esperándose acudirían todos al servicio de S. M. en esta ocasión, «la más apretada y de mayor congoja que se había ofrecido de muchos años atrás, pues el enemigo poseía la mar en el tiempo en que había de venir por ella el remedio de estos reinos» ².

Tarea dificultosa: empezando porque la cabeza de la Junta más era á propósito para entorpecer que para otra cosa en opinión de los componentes, tocaban éstos con la carencia de recursos. No había naves, ni marineros, ni artillería, ni pólvora. Proponer el llamamiento al patriotismo de los armadores estando arruinados, era ilusorio; indicaron por medidas extremas embargar los navíos ingleses, franceses y alemanes que se hallaran en los puertos; servirse de los de Emden detenidos por sospechosos; habilitarlos con sus mismos marineros, adoptando la precaución de no fiarles el timón ni los puestos de confianza, que se reservarían á los naturales tomados de los barcos de cabotaje; adquirir artillería de bronce en Dinamarca, árboles y jarcia en Alemania; armar de cualquier modo escuadras y despacharlas á las Azores y al cabo de San Vicente, saliendo para éste las galeras en el estado en que estuvieran.

¹ Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, pág. 285.

² Real cédula, dada á 14 de Julio de 1607.—Correspondencia de D. Pedro de Toledo. *Colección Navarrete*, t. XXXVI.

En tal forma dió la vela Fajardo con 30 naves en seguimiento de las holandesas de Vander Hoef, y los generales de galeras movilizaron las suyas con utilidad, toda vez que la capitana de Tursi batió á dos galeotas argelinas y rindió á la mayor con 150 moros, teniendo de su parte 30 muertos y heridos, y la de D. Pedro de Toledo apresó un navío zelandés. Pero como los galeones de la plata y flotas de Indias llegaron en salvamento, dióse orden de retirada á esta fuerza de aparato, con la fortuna de no ser preciso ponerla á prueba, porque, iniciadas en los Países Bajos negociaciones de suspensión de armas por ocho meses, se llevaron á término declarando los Archidukes, con aprobación del Rey, que trataban con las Provincias Unidas como con Estados libres sobre los que no tenían pretensión alguna. Primera humillación á que muchas habían de seguir; mas, sobre el particular, Matías de Novoa pensaba cuerdamente. «Ellos tomaron las armas sobre su libertad; claro está que no han de querer hacer la paz ó la tregua sin ella; quien los pudiere reducir á la obediencia, no admita el tratado; empero, si no, ajústese á la necesidad.»

XVI

EN LAS INDIAS

1600-1607.

Las flotas.—Habilidad de sus generales.—Naufragio en la Guadalupe.—Desórdenes.—Comercio de los ingleses.—Saco de Portobelo.—La salina de Araya.—Manejos de los holandeses.—Sorpréndelos Fajardo y los deshace.—Combate en que perece el Almirante Juan Álvarez.—Otro en el puerto de Santo Tomás.—Desastrosa expedición de la escuadra holandesa de Mahú al mar del Sur.—Jactancia retribuida.—Viaje de Van Noort.—Le ahuyenta de Manila un Oidor.—Vuelve á su país con ocho hombres.—Escribe relación fabulosa de proeza.



STANDO el despacho de las flotas y de los galeones de la plata á cargo de la Casa de la Contratación de Sevilla, que cubría los gastos con la recaudación y fondo de *habérias*; esto es, con la contribución proporcional exigida á los armadores y mercaderes, no pasaron por estrechez tan grande como las escuadras de la marina real, salvo en contados años en que, por la necesidad de invernar en la Habana las naves, no llegaban los caudales y se aplazaba, por consiguiente, la recaudación. Aun en casos tales, por vía de empréstito ó anticipo, se procuraba lo preciso á fin de que las flotas no dejaran de salir á su tiempo y pudieran regresar en el calculado, que era lo importante; empero no eran, no podían ser excepción estas agrupaciones de navios en lo tocante al régimen general de la armada, y de los mismos achaques adolecían.

Si en gran parte los sobrellevaban, debíase á la elección de los generales, casi siempre acertada, por mediar indicación

ó propuesta de la referida Casa de la Contratación y de los mismos mercaderes, como interesados, atentos á investigar la competencia de personas en cuyas manos habían de poner la hacienda. Y en verdad, notable debe considerarse la navegación de los convoyes, compuestos ordinariamente de 40 á 70 navíos pesadísimos por exceso de carga, sin dar contento á los enemigos apostados en los puntos de recalada con fuerzas superiores, por remontarse unas veces en altas latitudes, por bajar otras más de lo creíble y hasta por adelantar navíos de aviso con falsos despachos que, interceptados, conducían á los ingleses por cierto rumbo, mientras iban las flotas por el suyo. Así, á veces, esperándolas confiados sobre el cabo de Santa María, se entraron en la Coruña ó en Lisboa, burlándolos cuando no contaban con lo que fuera menester para afrontarlos. Marcos de Aramburu, D. Francisco del Corral, Alonso de Chaves Galindo, D. Luis de Córdoba, D. Jerónimo de Portugal, se distinguieron dirigiéndolas, no menos que D. Alonso de Bazán, Diego Brochero, Pedro de Zubiaur, saliendo á su encuentro, escoltándolas y protegiéndolas, ó en ambas cosas, como á D. Luis Fajardo tocó hacer con fortuna ¹.

Una de las faltas á que no suplía la habilidad de los generales era la de buenos marineros, sustituida con gente de todas procedencias, que tomaba las plazas como medio de pasar y quedarse en las Indias, poniendo á cada paso á las naves en compromiso si era necesaria maniobra con malos tiempos. Por esta causa, sin las demás, eran muy frecuentes los naufragios, tomando á veces proporciones desastrosas. En la entrada de Veracruz, por ejemplo, se perdieron de una vez con repentino temporal del Norte, allí muy violento, 14 naos

¹ Refiere Cascales en los *Discursos históricos de Murcia*, en razón á ser hijo de Murcia D. Luis Fajardo, que en diversas veces trajo de Indias 70.000.000 de pesos en oro y plata. Consigna al mismo tiempo otras noticias biográficas incompletas, toda vez que no comprenden los servicios del general en el reinado de Felipe II; las navegaciones que hizo como veedor; la intormación y proceso de que fué encargado en 1596 cuando los ingleses entraron en Cádiz; pero son de interés las noticias de ser hijo segundo de D. Luis, marqués de los Vélez y Molina, Adelantado de Murcia, caballero de Calatrava, comendador del Moral (Almuradiel ?), Gentilhombre de la boca.

de la flota de D. Pedro Escobar Melgarejo, pereciendo más de 1.000 hombres y mercancías por valor de dos millones ¹. Cuatro se hicieron pedazos en el bajo de la Serranilla, sumergiéndose otros tantos millones, y lo que fué más sensible, el general D. Luis de Córdoba y 1.300 hombres ²; dos en la barra del Tajo con 300 personas ³. De navíos sueltos, perdidos ó desmantelados, no se diga, aunque sea de consignar la muerte del almirante Juan de Urdaire ⁴, y la del general Sancho Pardo Osorio ⁵, ahogados tristemente en la costa de Portugal.

Ocurrió caso de complicación por el que se forma juicio del orden y disciplina de las flotas. La de Nueva España, que salió de Cádiz en Junio de 1603 con 30 naves, tocó en la isla de Guadalupe el 1.º de Agosto con objeto de renovar la aguada, como hacían todas. Con el ansia de pisar la tierra que sienten los pasajeros, bajaron muchos á recrearse ó á lavar la ropa, sin precaución de ninguna especie. Asaltáronlos algunos indios caribes, atemorizándolos de modo que, no siendo ellos más de 40, mataron á 20 expedicionarios é hirieron malamente á 30. Durante la refriega refrescó la brisa, y preparándose las naos á dar la vela, se abordaron unas con otras, varando de resultas la capitana con otras dos de las mayores. La presencia del general D. Fulgencio de Meneses, y la del Virrey, marqués de Montesclaros, que con su familia iba para Méjico, no bastó para refrenar á la marinería aturrida y desbandada, ni aun para obligarla á descargar las mercancías una vez que se abrieron los cascós. De todo hicieron abandono, poniendo fuego en las bodegas por esquivar el trabajo ⁶. El General murió en Veracruz á poco de llegar con los demás navíos ⁷.

¹ Año 1601. Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, pág. 99.

² Ídem id., pág. 292. Pónelo en el año 1605. León Pinelo en 1604, y no menciona la muerte del general.

³ Ídem id., año 1606, pág. 289.

⁴ Año 1603. *Colección Vargas Ponce*, leg. 5.º Era natural de Orio.

⁵ Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, año 1607, pág. 318. Pereció con 600 hombres.

⁶ Relación escrita por Juan de Salazar. *Colección de documentos inéditos*, t. LII, página 459.

⁷ Academia de la Historia. León Pinelo, *Registro del Consejo de Indias*.

Se comprende, pues, la razón con que solicitaban los almirantes medidas represivas, así como la de los mercaderes, denunciando la progresión descendente de los negocios, entorpecidos en otros conceptos por la concurrencia de los contrabandistas, á los que se habían ya unido naves genovesas y venecianas ¹.

Relativamente á esta plaga, seguían siendo los encomenderos y propietarios de fincas en el litoral los que sostenían y amparaban navíos extranjeros, como se vió por la presa de un corsario inglés que hizo la galera guardacostas de Cartagena, ocupando cartas de relación é inteligencia con muchos hacendados de las islas y del continente ², lo mismo que en cuatro navíos sorprendidos en el acto de desembarcar efectos en la parte Norte de Santo Domingo.

Habían disminuído, en cambio, las empresas hostiles de los ingleses después de la retirada de Puerto Rico, no viéndose por el mar de las Antillas más que las pocas naves de William Parker operando con varia fortuna, porque en la isla de Cozumel fueron rechazadas ³. En Cubagua les mataron 26 hombres ⁴, y no lograron mejor suerte hasta sorprender á Portobelo.

Parker tenía dos galeones, dos pinazas, dos lanchas y tres embarcaciones menores apresadas. A media noche, el 16 de Febrero de 1601, entró en el puerto con las lanchas, contestando al requerimiento de los centinelas del castillo ser españolas con carga de materiales de construcción. En el acto se dirigió al muelle y desembarcó unos 100 hombres, llegando calladamente á las casas reales, donde había un cuerpo de guardia. Despertaron al oír los tiros los vecinos, con el aturdimiento natural, que les hizo pensar fuera grande el número

¹ El tomo XXIII de la *Colección Navarrete* reúne las cartas, representaciones, propuestas de reforma de los generales de las flotas desde el año 1600, y los memoriales de los mercaderes, declarando el mal orden de las flotas entre las causas de decadencia del comercio.

² Año 1601. *Colección Navarrete*, t. XXIII, núm. 18. Carta del Gobernador de Cartagena.

³ Fray Diego López Cogolludo, *Historia de Yucatán*.

⁴ Carta del Gobernador. *Colección Navarrete*, t. XXVII, núm. 35.

de los asaltantes, y dieron á huir poniendo en salvo á las familias y dejando desocupada y sin defensa la ciudad. Fácilmente la señorearon, por tanto, los ingleses, llegando á reforzarlos sus naves. Saquearon las casas á placer, y habiendo estado en ellas todo el día, volviéronse á la mar la noche siguiente, pasando bajo los fuegos del castillo sin recibir el menor daño de sus cañones.

Como suele acontecer, vinieron á la corte relaciones con agrias censuras del Gobernador ¹, hechas quizá por quien quisiera ocultar que todos en Cartagena, gobernador y gobernados, dormían tranquilamente, sin idea del brusco despertar que les amagaba. Parker, el jefe enemigo, escribió posteriormente al de la plaza relatando el suceso en términos que no hay por qué juzgar apasionados; y si bien hacía burla de la puntería de los artilleros, que no acertaron al bulto de sus naves, declaraba que por haber peleado el capitán Meléndez como valeroso soldado y servidor de su Rey, lo hizo curar por su cirujano y sacado de la casa en que fué herido, teniendo propósito de quemarlas todas; pero informado por los prisioneros del trato humanitario que él (D. Pedro de Acuña) hacía á los extranjeros, principalmente á sus compatriotas los ingleses, había desistido de incendiar á la ciudad, «aunque halló muy poca hacienda» ², y ponía en libertad al referido capitán Meléndez, al de su misma clase Rolón, al factor del Rey, Funes, y á los soldados y vecinos que tenía prisioneros, queriendo que agradecieran á su Señoría la resolución y le quedaran obligados por lo que la ciudad y sus vidas valieran ³.

Esta fué la última de las empresas de alguna importancia acometidas por los ingleses ⁴ antes de asentar la paz y de de-

¹ Colección Navarrete, t. xxvii, números 35 y 71.

² Las relaciones citadas dicen se llevó por valor de 660.000 pesos.

³ Fechada la carta abordó de la nave, 28 de Febrero de 1601, estilo inglés. La publicó Leonardo de Argensola en su *Conquista de las islas Malucas*, pág. 266, por el original en poder de D. Pedro de Acuña, capitán general de Filipinas posteriormente.

⁴ Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, pág. 184, anota que por navío de aviso de Nueva España, con cartas del mes de Marzo de 1603, se supo que siete navíos de ingleses habían tomado la capitana y almiranta de los que iban de Honduras á jun-

jar el campo abierto á la actividad de sus vecinos y aprendices los holandeses, tan diestros ya en los negocios comerciales marítimos de su especial aptitud, que en las liquidaciones de los armadores asociados repartieron á 400 por 100 después de amortizar el capital ¹, multiplicando por consecuencia los viajes y decidiéndose á constituir juntos la Gran Compañía de las Indias, potentísima entidad, modelo de las que, andando el tiempo, se formaron en otras naciones.

Los holandeses habían encontrado en la salina de Araya, criadero natural inagotable de la costa de Cumaná, un artículo que les era indispensable para la conserva y comercio de sus pesquerías, y les preocupaba desde que se veían privados de la extracción de España y Portugal, á que acudieron, hasta ocurrir el fallecimiento de Felipe II. Iban, pues, á Araya con urcas hasta de 600 toneladas, haciendo incesantemente viajes de ida y vuelta por grupos de ocho y diez, bien armadas. Tenían hasta 1.000 hombres empleados en las operaciones de carga, con material de barcas chatas, carretones y planchas, y únicamente á la llegada al mar de las Antillas de las armadas de galeones, con oportuno aviso de sus bajeles avanzados, evacuaban el lugar por lo que pudiera acontecer, esperando á que las flotas regresaran á España. La sola contrariedad que sentían era la falta de agua potable, teniendo que acudir en un principio á tomarla en el río Bordones, donde los caribes se la defendieron en un principio; mas no tardaron en entenderse muy bien con ellos, dándoles armas de fuego y municiones para la guerra con los españoles, brindándoles además con artículos de necesidad, á cambio de los cuales fueron estableciéndose en diversos lugares de Guayana. Desde el Ancón de Refriegas, fondeadero de Araya, tenían en efectivo bloqueo á la costa de Cumaná y á la isla Margarita; ni consentían la pesca ordinaria de perlas,

tarse con la flota, cargados de cochinilla, añil y otras mercaderías; y aunque pelearon, como eran más los enemigos, lós rindieron. La noticia no tiene comprobación en el Registro del Consejo de Indias, y no he hallado ningún documento en que se contenga.

¹ Año 1600. Le Clerc, Historia citada.

ni pasaba embarcación que no capturaran ¹. Tratando de aplicar algún remedio, fueron comisionados desde España el capitán Pedro Suárez Coronel y el ingeniero Juan Bautista Antonelli para reconocer la localidad juntamente con don Diego Suárez de Amaya, gobernador de Cumaná, y hallaron muy difícil y costosa una fortificación destinada á impedir el acceso de la salina, y más difícil todavía anegar, cegar ó destruir de algún modo el criadero natural de la sal, que en un palo, en un objeto cualquiera sumergido, cristalizaba en muy breve espacio de tiempo ².

Pareció lo más expeditivo hacer un escarmiento, á cuyo fin salió de Lisboa D. Luis Fajardo con 14 galeones el 11 de Septiembre de 1605, corriendo voz de ir á Flandes; en realidad se dirigió á Cumaná y cogió de improviso á 19 urcas cargando; las apresó é incendió sin escapar una, degollando seguidamente á los prisioneros por ley de represalias, con excepción de los de nacionalidad inglesa y francesa, que trajo á España, y de un individuo que se titulaba *Príncipe de las Salinas*, colgado de una entena para distinguirlo de sus súbditos ³. Y no paró en esto la expedición, pues el almirante de Fajardo, Juan Alvarez, destacado con cinco naos, encontró á 17 de las contrabandistas holandesas sobre Manzanilla y las atacó sin considerar el número. Aferrado con la capitana enemiga, se volaron juntas, pero quedaron en poder de las nuestras dos, y dos se anegaron; de modo que perdieron cinco los holandeses ⁴. En compensación, una de las naos, separada de la flota de Nueva España, peleó sobre la isla Dominica con varias enemigas y se hundió con toda su gente por el choque de abordaje ⁵; y otro siniestro ocurrió, con-

¹ Cartas del Gobernador de Cumaná. Año 1600, *Colección Navarrete*, t. XXVII, números 35 y 36.

² Año 1603. Academia de la Historia. León Pinelo, *Registro del Consejo de Indias*. El informe de Antonelli, *Colección Navarrete*, t. VIII, núm. 34.

³ González Dávila, Novoa, Cabrera de Córdoba, Le Clerc. Hay relación del suceso impresa en Málaga, año 1606.

⁴ Sólo en el incendio y pérdida de las capitanas conforman los documentos; en lo demás varían. Carta del Gobernador de Guatemala, *Colección Navarrete*, t. XXIII, núm. 30. Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, pág. 264.—Le Clerc, Historia citada.

⁵ *Colección Navarrete*, t. XXIII, núm. 29.

tado por caso raro. Estando para entrar en el puerto de Trujillo la almiranta de Honduras, buque de 250 toneladas, procedente de Sanlúcar, se fué al fondo instantáneamente por efecto de un rayo, ahogándose 90 personas, de ellas mujeres y niños ¹.

Al cabo de un año (1606), trataron de apoderarse precisamente de las dos naves de Honduras los holandeses, teniendo noticia de estar cargadas y á punto de dar la vela en el puerto de Santo Tomás de Castilla, nuevamente poblado. Dos navíos de á 250 toneladas, un patache de 60 y cuatro lanchas las atacaron por ambos costados, sin éxito; las defendió bien su comandante, Juan de Vergara. Pasados ocho días, volvieron con nuevos bríos á recibir segundo desengaño; tuvieron que salir á la mar á remolque de las lanchas, maltratados en cascos y aparejos, y, al parecer, murió su jefe ú otra persona de cuenta, pues abatieron las banderas en señal de duelo ².

Las compañías de armadores, que buscaban mercados y ganancias por todas partes, ensayaron, al mismo tiempo que en las Antillas, camino nuevo por el estrecho de Magallanes, despachando la primera expedición á cargo del almirante Jacques Mahu. Salió de Rotterdam el 27 de Junio de 1598 con cinco naves: la capitana, de 600 toneladas, armada con 40 cañones; dos de á 400 toneladas y 26 piezas; otra, de 250 toneladas, con 20, y un patache de 80 y 19 cañones. Las tripulaciones ascendían á 547 hombres. Llevaban mercaderías, armas de fuego y blancas, y de público iban á comerciar en la India Oriental, aunque el embarque de pilotos que habían navegado con Cavendish dió á sospechar otra cosa.

Fueron, sin otra escala, á las islas de Cabo Verde ³, fondeando en el puerto de Santa María, que es en la de Santiago; y como les hicieran fuego desde un fuertecillo que montaba tres piezas, desembarcaron 200 mosqueteros y lo

¹ *Colección Navarrete*, t. XXIII, núm. 29. Cabrera de Córdoba, pág. 275.

² Cartas del Gobernador de Guatemala, *Colección Navarrete*, t. XXIII, números 30 á 34.

³ *Recueil des voyages qui ont servi à l'établissement et aux progrès de la Compagnie des Indes Orientales*.

tomaron con baja de cuatro muertos y nueve heridos. Se las hacía más numerosas el escorbuto, de que vino á morir su general Mahu; no conseguían víveres frescos con que remediarlo, y sin más que una ó dos embarcaciones de cabotaje apresadas en el fondeadero, nombrado almirante Simón de Cordes ó Cordis, corrieron la costa de Africa hasta Cabo López, tocaron en la isla de Annobón, y desde ella atravesaron el Atlántico, alarmados con la mortandad que les causaba el contagio.

Una de las embarcaciones grandes penetró por el río de la Plata hasta Buenos Aires, osando el Capitán presentarse al Gobernador y pedirle licencia para comprar provisiones y vender mercancías, como nave perteneciente á súbditos fieles de S. M. en los Estados de Flandes; pero no pudiendo probarlo á falta de documentos, trató de obtener los víveres por fuerza en fondeadero inmediato, donde los españoles detuvieron al batel declarando prisioneros al capitán, piloto, condestable, barbero y carpintero, volviéndose á la mar el buque con muy pocos brazos ¹.

Virtuoso y enérgico era, sin duda, el gobernador Diego Rodríguez de Valdés, rechazando mercaderías necesarias por cumplir con las órdenes de generalidad. «Habían transcurrido varios años sin que hubiese arribado de España una sola nave. Los pobladores tenían abundancia de pan, carne y ciertos vegetales, careciendo, empero, de lo indispensable á la vida civilizada. Muchos de ellos andaban como los indios, cubiertos de pieles, y las mujeres hilando la lana de las ovejas (que felizmente comenzaban á abundar) se tejían con ella sus zagalejos ó polleras. En lo espiritual se pasaban una vida semisalvaje por la falta de sacerdotes. La defensa de la ciudad, aunque la población había aumentado, era muy débil por el deterioro en el armamento y la escasez casi completa de pólvora. Causas eran éstas de que, á pesar de las Reales cédulas, se hubiese tolerado que entraran como veinte negros del Brasil y Guinea por el principal interés que había

¹ Año 1599. *Colección Navarrete*, t. xxv, núm. 69.

en las mercaderías que también traían; esclavos y mercaderías que se permutaban por trigo, lana, cueros y sebo ¹.»

Los navíos compañeros del holandés hicieron rumbo directo al estrecho de Magallanes, embocándolo el 6 de Abril; y estando en la bahía grande, que llamaron de *Cordes*, murió uno de los capitanes, Jorge Bocolth, siguiéndole á otra vida 120 hombres, por escasez de alimentos y sobra de frío y de trabajo. Los patagones mataron é hirieron algunos más de los que bajaron á tierra, á pesar de lo que resistieron cinco meses con buen ánimo; prueba, la idea de fundar en aquellos desiertos lugares una orden de Caballería «para perpetuar la memoria de un viaje tan extraordinario y peligroso en un estrecho que ninguna otra nación había intentado pasar con tantos y tan grandes bajeles»; y una de las obligaciones impuestas á los caballeros era «exponer la vida y hacer todo linaje de esfuerzos para que las armas holandesas triunfaran en el país de donde el Rey de España sacaba tantos tesoros, empleados en hacer la guerra y oprimir á los Países Bajos». La orden tenía por nombre *El León desencadenado*.

Cuando abonanzó el tiempo, entablándose vientos del Este, pudieron desembocar en el mar del Sur, no todos; el navío nombrado *La Fe* se volvió al mar del Norte, regresando á Holanda al cabo de veinticinco meses, con mil riesgos y pocos

¹ Don Eduardo Madero, *Historia del puerto de Buenos Aires*, 1892, pág. 287. Adelante refiere que en 1599 llegó una flota de siete carabelas y pataches conduciendo á este Gobernador; y habiendo la población perdido la costumbre de ver naves españolas, las creyeron enemigas. Escribió seguidamente al Rey: «Fuera del trigo y maíz que aquí cogen, y de carnes, que hay bastantemente, falta todo lo necesario para el vivir humano; de suerte que ha valido ogaño aquí una arroba de vino 20 pesos, y todas las demás cosas necesarias á 800 por 100 y á 1.000 por 100 de lo que valen en España..... No entrando mercancías por este puerto, es imposible venillas de ninguna parte, porque las que vienen por Panamá al Perú, cuando llegan aquí no hay plata con que comprarlas.....»

Seguía informando estar la plaza sin defensa porque las cajas no tenían un real; que el fuerte era un corral cuadrado de tapia con terraplén á la banda del mar que se había hundido, y en él, hundidas también, una pieza de bronce y dos de hierro; pólvora había 37 libras, y plomo 48 y media. La guarnición se componía de 50 soldados.

Iba á cumplirse un año de la muerte de Felipe II cuando llegó la noticia á Buenos Aires (el 2 de Septiembre de 1599) por carta del fiscal de la Audiencia de Charcas.

hombres. Quedaban dos de los mayores y el patache, que un temporal esparció, rompiendo al último el bauprés y mastelero.

Señalada como punto de reunión la isla de Santa María, en la costa de Chile, allí llegaron las dos naos, siendo reconocidas por las embarcaciones ligeras del país en el acto de remediar las averías y de abrir las portas que habían calafateado para pasar el Estrecho, echando la artillería entre el lastre. El almirante Cordes escribió al Gobernador de Chile, como lo había hecho al de Buenos Aires, anunciándose como comisionado de mercaderes vasallos del Rey Católico, y mientras recibía contestación desembarcó en la costa, trabando con los indios escaramuza, en la que murió, juntamente con 27 de sus marineros.

El patache, denominado *Ciervo bermejo*, teniendo gruesas averías y no más de 24 hombres, enfermos casi todos, no pudo acudir al lugar de la cita, decidiéndose el capitán á entrar en Santiago y entregar el buque voluntariamente á las autoridades españolas. Dijo llamarse Rodrigo Girardo, y prestó declaración¹, en la que si había parte de verdad refiriendo las ocurrencias del viaje y el objeto á que obedecían, es de presumir que parte habría de fantasía, procurándose asiento en que no entendiera la Inquisición, porque era judío portugués, ó descendiente de tales, por lo menos, y espía en la India Oriental. Lo que dijo, y consta en autos, es que la Compañía armadora de Rotterdam aspiraba á fundar establecimiento en el litoral de Chile, creyendo no fuera empresa difícil, así por el abandono en que lo tenían los españoles, como por la condición de los indios araucanos, cuya hostilidad contra los dominadores se podría utilizar dándoles armas de fuego, pólvora y auxilio material, entablando amistosas relaciones que trajeran consigo el comercio en el país. Se dejaba la elección del lugar de asiento al arbitrio del General, recomendándole la isla de Santa María y el puerto de Valdivia con preferencia. De no verificar la ocupación, había de

¹ Consta en la *Colección Navarrete*, t. xxvi, núm. 40.

procurar el cambio de las mercancías por oro, ya fuera pacíficamente, ya de otro modo; y, en último caso, resarcir los gastos de la expedición tomando en mar ó tierra lo que se proporcionara.

Con los avisos corridos desde la vista del primer navío de tres gavias en la isla de Santa María cundió la alarma por la costa, procediendo los vecinos á levantar é internar los mantenimientos, según la prevención de las autoridades para tales casos; y viéndose con poca gente y amagados, los dos bajeles hicieron rumbo á Occidente. Uno cayó en manos de los portugueses en las islas Molucas; el otro, vagando sin rumbo fijo ni conocimiento de las tierras, fué á parar al Japón en tan malas condiciones, que los 14 hombres que lo llevaban hicieron abandono, dando desastroso fin á la empresa y á la orden flamante de *El León desencadenado*.

Gobernaba por entonces el virreinato del Perú D. Luis de Velasco, aleccionado con las expediciones de los ingleses, lo que quiere decir que no vivía en la perfecta tranquilidad de sus predecesores. Había recibido, además, aviso anticipado de la salida de la escuadra de Mahu, y de que otra la seguiría, por lo que, sin las vacilaciones de otras veces, procedió al armamento de dos escuadrillas: una compuesta de dos galeones y un patache al mando de D. Gabriel de Castilla, llevando por almirante á D. Fernando de Córdoba, al capitán y piloto práctico Hernando Lamero, y con varios caballeros voluntarios 300 hombres de guerra. La otra de cuatro galeones y un patache, regida por D. Juan de Velasco, general de la mar del Sur, almirante Pedro Sorel de Ulloa y 700 hombres.

La primera iba á cruzar sobre la costa de Chile; la mayor á situarse en el cabo de San Gallán, á barlovento del Callao de Lima ¹. No estaban, como se ve, en la acepción de pacíficas las aguas de aquel mar al aparecer la segunda flota de los holandeses, altamente considerada en sus historias.

Se organizó lo mismo que la anterior, en Rotterdam en

¹ Títulos, instrucciones, avisos, incidencias, en la *Colección Navarrete*, t. xxvi, números 37 á 45.

1598, con especiales circunstancias; pues esperanzado por entonces el Consejo de Almirantazgo de conseguir la paz, exigió que los capitanes prestaran juramento de observar las instrucciones redactadas con sanción del príncipe Mauricio, debiendo limitarse á hacer comercio de contrabando sin cometer hostilidad. Las naves eran cuatro: dos grandes, *Mauricio* y *Henry Frederick*; dos menores, *Concordia* y *Esperanza*, tripuladas en total con 248 hombres. Oliverio van Noort embarcó en la primera con nombramiento de almirante, jefe superior¹; por vicealmirante iba en la segunda Jacques Claasz; el mando de las menores se confió á Pedro de Lint y Juan Huidecooper. Dieron la vela el 13 de Septiembre, haciendo escala en Plymouth con objeto de tomar á bordo al piloto Melis, que habia hecho la campaña con Tomás Cavendish.

Por primera escala tocaron en la isla del Príncipe, teniendo altercado con los portugueses, que mataron á un piloto, al hermano del General y algunos marineros. Si-

¹ Nort, Noort, Noest, marino de Utrecht que habia alcanzado reputación en nuestra guerra de los Países Bajos, escribió relación de la campaña; y aunque exageró sus merecimientos y no fué tan amigo de la verdad como cumple á un hombre honrado, por lo que halagaba á la naciente república su libro tuvo gran aceptación y popularidad, juzgando por las ediciones que se imprimieron, los grabados con que se ilustraron y el precio abonado por ejemplares de las primitivas. Titulábase una *Description du pénible voyage fait autour de l'univers ou globe terrestre par Sr. Olivier de Nort d'Utrecht, général de quatre navires.....* Imprime à Amsterdam, chez Cornille Claesz, l'an 1602; fol. con grabados. La *Mémoire bibliographique sur les voyages des navigateurs néerlandais*, de Tiele, Amsterdam, 1867, cita catorce ediciones holandesas de 1601 á 1764. La obra *Recueil des voyages*, ya citada, contiene la relación completa del viaje de Noort, de la cual se hicieron aparte otras dos ediciones francesas en 1602 y 1610. Una alemana forma apéndice en la obra de Teodoro de Bry, *Quinta parte de América*, impresa en Francfort en 1601: por ejemplar de ella se han pagado 15.000 francos. En inglés se escribieron extractos en la *Complete collection of voyages*, de John Hamilton Moor, y en los *Voyages* de Robert Kerr. En español historió parte esencial el Dr. D. Antonio de Morga, como testigo de vista, insertando documentos oficiales de interés en el libro titulado *Sucesos de las islas Filipinas*. México, 1609. D. José de Vargas Ponce consignó lo principal en la *Relación del último viaje al Estrecho de Magallanes*, Madrid, 1788; y tenemos manuscritas, inéditas, dos relaciones en la *Colección Navarrete*, t. XVIII, números 62 y 63, dirigida la última al Conde Monterrey, virrey de Nueva España. Con vista de todas inserté artículo sucinto en *La España Moderna*, revista de Madrid, en 1890.

guiendo á Río Janeiro, no hallaron la hospitalidad que se prometían; tuvieron que salir del puerto sin los refrescos de que necesitaban, que arribar á la isla inhabitada de Santa Clara y desembarcar los enfermos de escorbuto. Incendiaron el navío *Concordia*, que hacía agua; cambiaron este nombre al *Esperanza*; recorrieron los aparejos, haciendo tiempo para embocar el estrecho de Magallanes, y al salir condenaron á dos artilleros á quedar abandonados en la isla.

Por unas ú otras causas llevaban perdidos cerca de cien hombres en catorce meses antes de llegar á puerto Deseado, donde, si bien hicieron provisión grande de pájaros niños, con el aumento de penalidades se significó la indisciplina, encabezándola el almirante Claasz con síntomas de gravedad, que corrigió la energía de Noort, aplicando su favorita sentencia. El 24 de Enero de 1600 fué desembarcado el rebelde en la playa del Estrecho, dejándole algunas galletas que sirvieran á la prolongación de su agonía si antes no era víctima de los salvajes, que ya habían atacado á los botes, matando á dos marineros.

Sin otra ocurrencia notable, no refiriendo los sufrimientos de la navegación, desatabocaron los tres buques en el mar del Sur á los ochenta y cinco días, ó sea el 29 de Febrero, dirigiéndose á la costa de Chile, conocida del piloto inglés, con intención de desquitar lo pasado, pues, como ha de verse, van Noort no tenía en gran cosa la santidad del juramento.

El 14 de Marzo se perdió de vista entre la niebla el *Henry*, sin que jamás se haya sabido su paradero; los camaradas creían esta separación momentánea; de modo que, al descubrir una vela pocos días después, se dirigieron confiados hacia ella, hasta que muy cerca reconocieron ser bajel costero español. Sin vacilar lo atacaron, gozando con alegría sin tasa de las provisiones que componían su cargamento. Llamábase el costero *Buen Jesús*, de porte de 60 toneladas; el patrón Francisco de Ibarra y su gente quedaron en libertad de irse á tierra; pero retenidos el piloto Juan de Sanaval para utilizar sus servicios, dos negros esclavos

vos y dos muchachos mulatos, que habían de reforzar, de grado ó por fuerza, á la tripulación, cuyas bajas naturales crecían por ejecuciones como la del marinero Dircksz, arcabuceado en aquellos días por hurtar algunas galletas en la despensa.

Acercándose los buques al puerto de Valparaíso, entró van Noort por sorpresa con los bateles; tomó sin resistencia un barco que resultó estar cargado de sebo; y como no podía aprovecharle semejante mercancía, lo incendió juntamente con otros dos de cabotaje descargados, prosiguiendo la navegación hacia el Norte en espera de mejores presas. Júzguese cuál sería la emoción del holandés cuando vino á su bordo el oficial encargado del *Buen Jesús* á participarle, con referencia á uno de los negros detenidos, que ese barquito miserable conducía barriles con oro, que el patrón Ibarra había arrojado al mar viéndose perseguido porque no lo consiguieran los enemigos. Maldiciendo á la suerte, hizo en seguida dar tormento al piloto y al otro negro, hasta que el dolor les arrancó la confesión: el *Buen Jesús* había embarcado realmente 52 cajas pequeñas, conteniendo cada una cuatro arrobas de oro acuñado y además 500 barras de este metal, con peso de 10.200 libras. Aunque asegurasen haber cuidado el patrón de que no quedara sin lanzarse al agua una sola barra, hizo van Noort practicar escrupuloso registro, y todavía pareció en la litera del piloto una esportilla con una libra justa de la codiciada materia, cuya vista acabó de exasperar á los flemáticos burlados, acordándoles el apólogo de la zorra. Y no era esto todo; pues declarando el piloto en el tormento que era sabido en el Perú el paso del Estrecho por los holandeses, y debían de haber salido del Callao navíos de guerra á su encuentro, se desvanecía la probabilidad de sorprender á otras embarcaciones ó puertos, que era á lo que iban, y podía resultarles cara la especulación comercial encomendada por la Compañía de armadores. Adoptaron, por tanto, la determinación que en igual caso tomaron Drake y Cavendish, esperando que, como ellos, hallarían al paso algún galeón de Filipinas, empezando

por desembarazarse del *Buen Jesús*, que hacía mucha agua, y del pobre piloto, víctima inmolada al despecho en el momento en que no era ya de servicio. La justificada causa de su muerte se consigna en el diario de Noort en estos términos, dignos de conocimiento:

«El 30 de Junio, el General y su Consejo de guerra sentenciaron al piloto español á ser arrojado al mar porque, comiendo en la cámara y siendo muy bien tratado, se atrevió á decir en presencia de alguno de la tripulación que le habían dado veneno porque se sentía doliente. Tuvo además la impudencia de sostener semejante impostura delante de los oficiales, y no sólo había pensado escaparse, sino aconsejado á los negros y á los muchachos que lo hicieran.»

La ingenuidad de la declaración excusa comentarios: ejecutada fué la sentencia, alejándose en seguida los dos navíos con rumbo á las islas de Poniente.

Don Juan de Velasco los estuvo esperando en crucero sobre la costa de California hasta la estación invernal, sufriendo sus efectos. Un furioso temporal dispersó á la escuadra el 21 de Septiembre. La almiranta perdió el palo mesana y el castillo de popa, que destrozó la mar, averiando de paso el timón, y eso que era la nave más fuerte, la inglesa que se tomó á Richard Hawkins. El galeón que mandaba Juan Peraza de Polanco perdió los cuatro árboles y entró trabajosamente en Acapulco. Escapó mejor el patache gobernado por Juan Bernardo Carreño, y desapareció la capitana, pasando mucho tiempo sin descubrir vestigios en los nuevos cruceros hechos por el almirante Hernando de Lugones, hasta adquirir certidumbre de que había perecido con cuantos la tripulaban ¹.

Van Noort descubrió el 14 de Octubre una tierra desconocida, cerca de la cual fondeó largando bandera española y

¹ Hizose información en la ciudad de los Reyes, uniendo copia del testamento del General, en que declaraba ser natural de Valladolid, hijo bastardo de D. Juan de Velasco y de D.^a Ana de la Vega, haber ido muchacho al Perú y servido de capitán y de general en el mar del Sur. Academia de la Historia, *Colección Salazar*, M. 166.

poniendo á popa un marinero vestido de fraile. Al reclamo de la primera acudió una canoa con vecinos, á los que dijo el intruso que los navíos eran franceses con comisión del rey de España para Manila, y que habiendo tenido navegación larga, con muerte del piloto, habían arribado á aquel paraje, tanto con el objeto de reconocerlo, como con el de proveerse de víveres, casi agotados. Contestó el recién llegado que se hallaban algo al Norte del estrecho de San Bernardino, y que procuraría que los indios del país le llevaran arroz, aves y puercos, como así lo hicieron, si bien solicitando el pago, pretensión que maravillaba á los supuestos comisionados de Su Majestad.

El día siguiente fué á bordo un español, á quien refirieron la misma historia, y porque confiadamente enviara más viatalla bajó á tierra con él un marinero ladino en lengua castellana, cosa no rara entonces en Flandes; mas ved aquí que, sin pensarlo, se presentó el capitán Rodrigo Arias Girón, que mandaba el distrito, y, dándose á conocer, pidió con la mayor delicadeza y cumplido al general exhibiera sus despachos. Van Noort mostró los que tenía del príncipe Mauricio; y no habiendo medio de prolongar el disimulo, notificó al capitán se considerara prisionero hasta tanto que se le devolviera el hombre que había bajado á tierra.

Desde el Estrecho, detenida una embarcación, que incendió después de trasbordar el arroz de carga y de retener dos indios para guías, fué á fondear al Oeste de la isla de Capul, en una bahía arenosa en que se veía población; pero los habitantes la abandonaron, y aunque desembarcó la gente, no halló cosa de provecho; antes, por pérdida, desapareció un marinero inglés, que se supuso prisionero, y se tiraron al agua, huyendo, los dos indios. Por mayor contrariedad, tomó de noche el batel, que estaba amarrado á popa, uno de los negros cautivados en el *Buen Jesús*, y también escapó; con lo cual, «persuadido el General de la ingratitud de estas gentes, para las que nada significaba el buen tratamiento, mandó se le saltaran los sesos al otro negro» ¹. Disparó á seguida los

¹ Textual en la relación de van Noort.

cañones sobre las casas del pueblo, volvió á desembarcar para incendiarlas, sin encontrar á los desertores ni procurarse comestibles.

Visto que nada agenciaban por aquel sitio dieron la vela, hallando mejor suerte en la mar con la presa de un barco chino de 120 toneladas, de los llamados champanes. El patrón hablaba portugués, y les hizo servicio informando no haber en el puerto de Cavite naves de guerra, cañones ni soldados, por haber salido las fuerzas en expedición contra los moros de Joló. Dijoles, entre otras cosas, que cada año iban de China á Manila unas 400 embarcaciones con sedería, que cambiaban por plata acuñada; que en el mes corriente se esperaban dos barcos del Japón con harina y provisiones, y que de Nueva España debía llegar el galeón con moneda. Por último, que á la entrada de la bahía se hallaba una isla (la del Corregidor), donde podría fondear sin temor.

Con nuevas que la imaginación traducía por henchimiento de la bodega con poco trabajo, resuelto á piratear y pensando acaso entrar en Amsterdam con las velas forradas de seda, como lo había hecho Cavendish, y buen lastre de pesos duros, se situó de aposadero, interceptando diariamente las embarcaciones que iban á Manila con frutos. Tanto era el contento en que vivían, que van Noort tuvo la insolencia de escribir al Gobernador anunciándole el honor de su visita. No todo sucedía, sin embargo, á medida del deseo. Una noche faltó la amarra con que estaba por la popa el champán chino apresado, desapareciendo con los cinco holandeses que le custodiaban. Consigna el diario que los chinos que se hallaban en el *Mauricio* hicieron mucho ruido protestando ser ajenos á la jugarreta de sus compañeros, mas no dice qué determinación se adoptó con ellos, aunque no es necesario, conocidos los procederes de van Noort con los *ingratos* tan bien tratados.

Mientras guardaba el acecho, fueron conducidos á Manila el marinero inglés prisionero y el negro escapado, averiguándose por ellos la verdadera historia de los piratas desde que salieron de Holanda: que la *Capitana*, barco sólido, armado

con 24 cañones de bronce, tenía al presente 100 hombres, y el otro, mandado por el capitán Lambert Viesmann, montaba 10 piezas y le quedaban 40 tripulantes.

Sabido es que la previsión no es de las condiciones sobresalientes en el carácter de los españoles, y que, en punto á defensas y socorros, ha llegado á ser tradicional su parsimonia; pero, aun dentro de lo ordinario, nunca se había hallado la capital del archipiélago filipino tan desprovista de recursos, empleados como estaban todos en atender á lo de Joló y de Mindanao.

El gobernador D. Francisco Tello convocó á junta de autoridades, pintando el estado de la situación, irremediable si con generoso impulso no acudía el vecindario; y como fuera evidente que de no alejar al enemigo cumpliría su designio arruinando el comercio, nadie se hizo sordo al llamamiento, y se arbitraron fondos con que fortificar el puerto de Cavite, resguardando de un golpe de mano los almacenes y pertrechos navales existentes, y armar, si era posible, algún barco mercante.

Lo de Cavite se encomendó á D. Antonio de Morga, oidor de la Audiencia y hombre de letras más que de armas, pero de respetabilidad y buena opinión; así, como Dios le dió á entender, reunió 150 hombres armados con mosquetes ó alabardas, hizo trincheras con tablas y tierra, situó en la playa 12 cañones de bronce de mediano calibre, y en la boca del puerto dos culebrinas de mucho alcance, concentrando tras estas defensas las embarcaciones que había en la bahía, salvo algunas barcas ó canoas ligeras destinadas á permanecer á la vista del enemigo y dar cuenta de cualquier movimiento. Entre dichas embarcaciones, ninguna se halló susceptible de armamento; las dos mejores eran una galizabra empezada á construir, y un patache de Cebú que, varado en el astillero, se carenaba. En cualquiera otra ocasión nadie hubiera pensado en ellas; ahora en lo que no se pensaba era en inconvenientes, y era de ver al pueblo entero trabajando día y noche, arrancando las rejas de las casas para forjar herrajes, cosiendo velas, arreglando picas y acopiando víveres. Con tal activi-

dad se anduvo, que á los treinta días estaban en el agua los dos barcos, y se montaban á cada uno 11 cañones de pequeño calibre.

Todo este tiempo se aguantaron pacientemente los holandeses en la isla del Corregidor, en espera del suspirado galeón: interceptaban las canoas ó embarcaciones pequeñas de otras islas, que, ignorando su presencia, entraban en la bahía; mas como á ninguna se consentía salir, llegaron á sospechar que el puerto estaba defendido, y por ello no se aproximaron; no les ocurrió remotamente que hubieran de improvisarse naves de combate.

Cuando los preparativos tocaban el fin ocurrieron los mayores tropiezos, porque no habiendo quien estuviera á sueldo del Rey, los vecinos, y aun algunos capitanes particulares, no se prestaban voluntariamente á una empresa en que nada se iba á ganar, si no fuera algún agujero en el pellejo, y los últimos, sobre todo, no ofrecían sus servicios hasta saber quién era el jefe de la escuadra, considerándose cada cual con méritos superiores para serlo. Sabíalo el Gobernador, y titubeaba en la elección, ya que no podía ir en persona como fuera su deseo, hasta que le ocurrió resolver la cuestión dejando iguales á los capitanes en la pretensión y valimiento, con la designación de general y jefe superior del oidor D. Antonio de Morga, significado ya con los trabajos de fortificación; pues si bien, como era de esperar, se excusó alegando su carácter civil, obedeció al requerimiento presentado en forma por el Secretario de Gobierno, ordenándole en nombre de S. M., y por su mejor servicio, que embarcara inmediatamente, procediendo á combatir los navíos holandeses.

Hecho público el nombramiento, según la presunción, acudieron sin reparo muchas personas principales á ofrecerse como soldados ó aventureros, y contando con los de la guardia personal que el Gobernador puso á disposición del general, con el capitán real D. Agustín de Urdiales, en ocho días se alistaron cerca de 200 hombres, distribuídos en los dos buques. Morga eligió por capitana el patache llamado *San Antonio*, por ofrecer mayor comodidad de alojamiento al estado

mayor, que se componía de D. Pedro Tello, sargento mayor; D. Juan Tello y Aguirre, capitán, ambos parientes del Gobernador, y Alonso Gómez, piloto mayor. Almirante fué nombrado D. Juan de Alcega, soldado viejo muy conocedor del archipiélago, y embarcó en la galizabra *San Bartolomé*.

Después de confesar y comulgar solemnemente desde el General al último grumete, dieron la vela de Cavite los dos bajeles el 12 de Diciembre de 1600, yendo á fondear en la costa de Mariveles en espera de noticias exactas de la posición del enemigo, que habían de llevar las canoas. Mientras tanto se formó el plan de combate, señalando puesto y obligación á cada individuo; se preparó la artillería, distribuyeron las armas, hicieron batayolas ó reparos, y el General puso por escrito las instrucciones del Almirante, encargándole la unión y fijándose con preferencia en el propósito de abordar ambos buques por un mismo costado el mayor de los holandeses, sin cuidarse del otro.

Poco después de media noche del 13 dieron la vela los buques, sabiendo que los enemigos se hallaban fondeados en punta Balaitegui, calculando amanecer á barlovento suyo. El viento era fresco del Nordeste, y á la primera claridad largaron las banderas de combate, desdeñando el ardid de aproximarse inesperados.

Justo es, habiendo censurado la imprevisión y abandono del carácter nacional, que ensalce otras condiciones por ningún otro pueblo excedidas. Arrojar á batir uno de los bajeles más poderosos de aquel tiempo, dotado con marineros excelentes por naturaleza y curtidos en campaña de tres años, con pequeñas y endebles embarcaciones de comercio, montadas por comerciantes, trajineros é indios, y dirigidas por un letrado de oficio; atacar de frente sin temor ni cautela, son acciones de españoles, que no apreciará en todo su valor quien desconozca el arte náutico, aunque cualquiera entienda que se salen de lo vulgar.

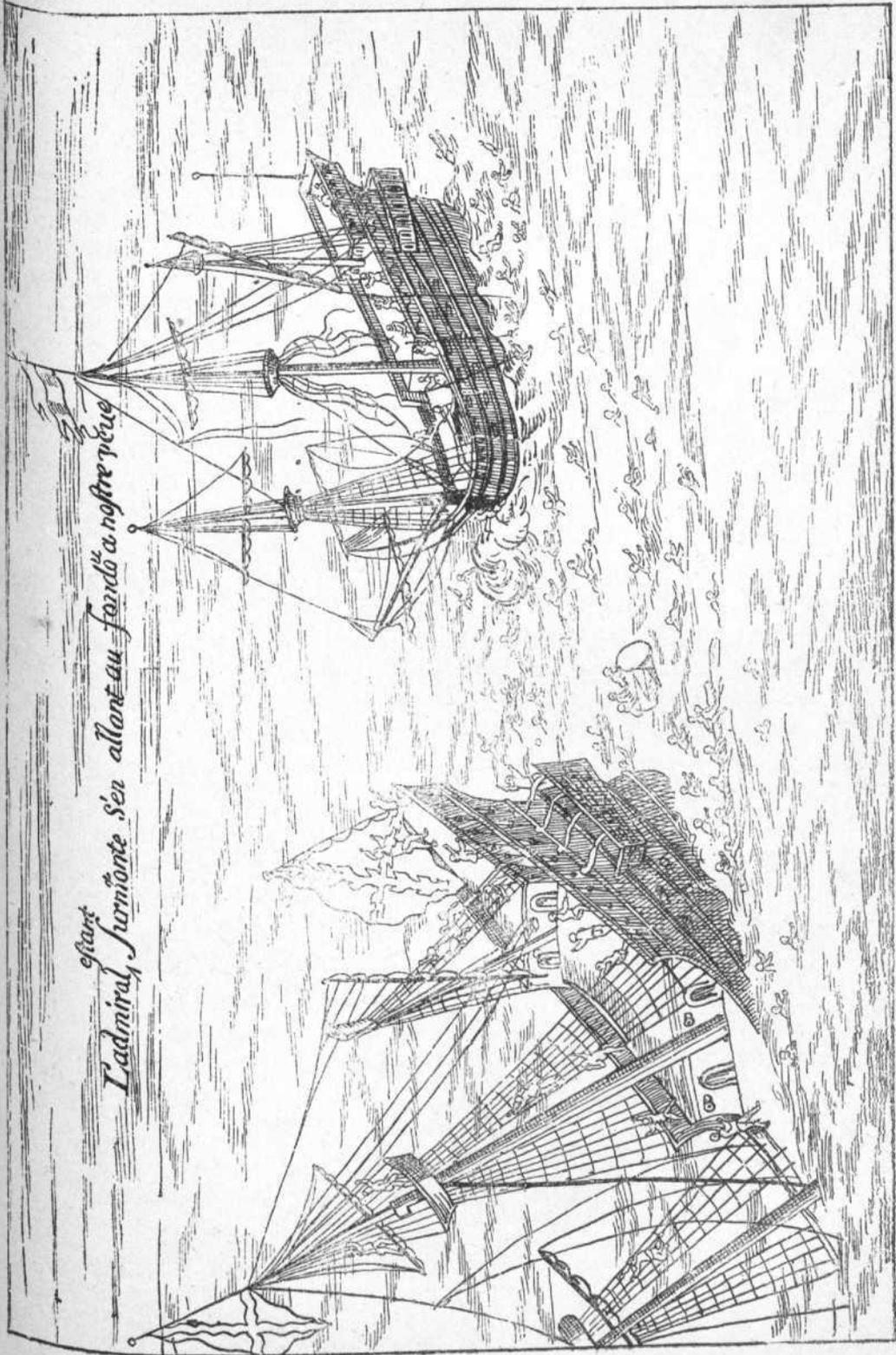
Pudiendo reconocer los holandeses á los asaltantes á más de tres millas de distancia, no por la sorpresa de la vista dejaron de apercibirse á toda prisa, cortando las amarras, po-

niéndose á la vela, pasando al *Mauricio* una parte de la gente del *Concordia*, y rompiendo el fuego con los cañones de largo alcance. El *San Antonio*, sin contestar hasta el momento de estar al costado, abordó por estribor al primero, barriendo su cubierta con una descarga de mosquetes y arcabuces, é inmediatamente saltó un abanderado con 30 hombres, los primeros en posesionarse de la popa y castillo; acobardados los holandeses, se metieron en el entrepuente y bajo la proa, y el mismo van Noort pidió capitulación, dejando que arriba le tomasen la bandera y el estandarte del príncipe Mauricio, blanco, azul y naranjado, que tenía en el asta. A este tiempo el almirante Alcega, que había de abordar simultáneamente, creyendo rendido el principal enemigo, pasó de largo á toda vela en persecución del otro, con lo que hizo van Noort caso omiso de la palabra, y animó la gente á proseguir la resistencia, disparando desde abajo cañones y mosquetes y guardando con picas las escotillas. Llevaba, sin embargo, la peor parte, y no debía de prolongarse la defensa más de las seis horas que duraba, cuando, saliendo por la popa llamas que se elevaban hasta el palo mesana, ordenó el General la retirada de la bandera y gente, sin advertir en el calor de la refriega que, siendo su propio buque tan sencillo, se habían abierto las costuras con el estruendo de la artillería y se iba anegando. Bien lo vió un padre jesuíta que iba á bordo, y saliendo con un crucifijo en la mano, gritaba: «Vamos á ver, españoles, cuál es vuestro valor; mirad que ésta es la causa de Dios; morid como soldados de Cristo, y no seáis pasto de los peces; mirad que entre los peligros que nos cercan, el menor es el enemigo; que si perdemos un navío ganamos otro¹.» A esta exhortación volvieron algunos al holandés, mas la orden del General y el pánico que las llamas causaban ahogaron la resolución, desatracándose las embarcaciones.

Van Noort aprovechó el respiro en sofocar el incendio y largar las velas de proa, únicas que no le habían inutilizado, y en tanto se fué á fondo el *San Antonio* tan rápidamente.

¹ Textual.

*estant
L'admiral Surmonte s'en allant au fondo a nostre périe*



Combate del patache San Antonio con la nao de Van Noort.

que ni aun dió tiempo á que los soldados se desembarazaran de las armas. Algunos tomaron el esquife que iba por la popa é instaron al General que se embarcara con ellos; pero, penetrado de sus nuevos deberes militares, no quiso dejar el bajel hasta el último extremo; lo que hizo á ruegos de un criado fué desnudarse, y al tirarse al agua llevó su bandera y el estandarte tomado á los holandeses, apoyado en una colchoneta que el mismo criado le proporcionó, por estar henchida de materia flotante. Nadando cuatro horas alcanzó el islote Fortún, que distaba seis millas, adonde tuvieron la suerte de llegar algunos más. Los que no eran hábiles nadadores acudieron como más cercano al buque holandés pidiendo socorro; pero desde la borda los herían con picas, como sucedió al capitán Gómez de Molina, que recibió un lanzazo, y aun con él ganó la tierra, muriendo por la pérdida de sangre.

Ascendieron las bajas por combate y naufragio á 50 hombres, muertos los más ahogados. De los principales fueron los capitanes D. Francisco de Mendoza, Gregorio de Vargas, Francisco Rodriguez y Gaspar de los Ríos, que sucumbieron en el abordaje, y en el agua Juan de Zamudio, Agustín de Urdiales, Pedro Tello, Gabriel Maldonado, Cristóbal de Heredia, Luis de Belver, Alonso Lozano, Domingo de Arrieta, Melchor de Figueroa, el piloto mayor Alonso Gómez, el P. Fr. Diego de Santiago y el padre jesuíta.

El General reunió en el islote de Fortún la barca de su buque, la del holandés y una banca de indios; en las tres acomodó los heridos, saliendo por la noche para la costa, que tomó en la provincia de Balayán, á treinta leguas de Manila.

Alcega, causante involuntario del desastre por afán de gloria, dió cara al *Concordia*, abordándole con resolución y rindiéndolo, sin más pérdidas que un hombre muerto de arcabuzazo, otro que cayó al agua al saltar y algunos heridos. Pasó después á corta distancia del *Mauricio* sin molestarlo ni tratar de saber lo que había sido de su General, y llegó á Manila con la presa, en que se encontraron vivos el capitán Viesmann y 25 hombres más, que sufrieron la pena

de garrote por piratas. El almirante fué arrestado, aunque no por el tiempo que mereciera su inobediencia.

Véase en lo que difiere la versión escrita por van Noort:

«En la madrugada del 14 de Diciembre, dice, se avistaron dos buques que en un principio parecieron fragatas, si bien al aproximarse se reconoció que eran bajeles grandes en són de combate; entonces se izaron las gavias y se preparó la artillería. Venía á vanguardia el general de Manila, que, disparando la andanada, abordó al *Mauricio*, saltando parte de su gente en la cubierta con corazas, rodela y toda suerte de armas, gritando: *jamaina, perros, amaina!* Los holandeses se metieron bajo cubierta, dejándoles dueños del buque, como que venían seis ó siete contra uno, defendiéndose con picas y mosquetes. También venía encima el almirante español; pero debió presumir que sus compatriotas habían ganado la batalla, y dió caza al *Concordia*.

»Todo el día estuvieron abordados los jefes; los españoles disparaban sus cañones y no se descuidaban los holandeses en responder, aunque cada vez menos por estar muchos heridos. Entonces bajó van Noort y amenazó con pegar fuego á *Santa Bárbara* si no combatían, animándoles de modo que hasta los heridos volvieron á subir. Al fin se apartaron los españoles, y á poco empezó á hundirse su buque, desapareciendo en un cerrar de ojos palos y todo. Se veía á los hombres tratando de prolongar la vida nadando y pidiendo misericordia; había lo menos 200, sin contar los que ya habían muerto. *Cuando descubrían la cabeza les pegaban los holandeses en ella y hundían cuantos podían.* En la cubierta quedaron dos cadáveres, uno de los cuales tenía un relicario de plata con papelitos de oraciones para obtener la protección de los santos. Se vió á lo lejos al *Concordia*, dándolo por rendido, pues era un buque endeble, no tenía más que 25 hombres, al paso que el español debía de pasar de 600 toneladas; como que los dos eran de los que hacen la navegación de Manila á Méjico, y estaban armados con diez cañones y 500 hombres perfectamente instruidos en el manejo del mosquete y otras armas (*sic*).

»Viéndose desembarazados los del *Mauricio*, orientaron el trinquete, puesto que la jarcia y maniobra del palo mayor había sido cortada; lo que más les alarmaba era el fuego que las continuas descargas habían inflamado en el combés, amenazando invadirlo todo. Consiguieron, sin embargo, apagarlo, y dieron gracias á Dios que les había librado de tantos peligros con el valor del General y de su gente. Hicieron rumbo á la isla de Borneo por reparar el buque, que no estaba en disposición de sostener otro ataque, contando siete muertos y 26 heridos. El 5 de Enero de 1601 salieron de esta isla; pasaron entre Java y Baly el 10 de Febrero; el cabo de Buena Esperanza el 24 de Abril, y fondearon en Rotterdam el 26 de Agosto, al cabo de tres años de viaje.»

Blumentritt ¹ escribe: «Habían ganado una victoria, es verdad, ¡pero á costa de cuántos sacrificios! 109 españoles y 150 indios y negros se habían ahogado ó muerto en el combate (*sic*): también se hundieron para siempre con la embarcación muchas piezas de grueso calibre y cuantiosas municiones. No obstante, la batalla se celebró como una gloriosa victoria; los españoles se creyeron indemnizados de sus pérdidas con la toma del segundo navío holandés, de cuya tripulación habían caído vivos en sus manos 25 hombres, entre ellos el capitán Viesmann.

»Como prueba de especial valor ostentó el Dr. Morga la bandera de la almiranta de Noort, de la que se habían apoderado los españoles durante el abordaje. Los prisioneros holandeses fueron ahorcados en Manila como ladrones y piratas.»

Por otros conductos se sabe que Noort volvió á su país con las manos vacías y ocho hombres muy trabajados, llevando el buque por única amarra el ancla de madera que tomó á un barco japonés, y que por recuerdo colgó á la puerta de su casa.

Entre las láminas de su obra puso la que representa el acto

¹ *Filipinas.—Ataques de los holandeses en los siglos XVI, XVII y XVIII; bosquejo histórico, traducido por D. Enrique Ruppert. Madrid, 1882.*

de hundir á los españoles que luchaban con las olas. Tan benemérita á la humanidad, tan útil á la ciencia y gloriosa á las armas de Holanda fué la campaña toda de su circunnavegación.

Ni el entusiasta historiador Le Clerc la ensalzó mucho, limitando su juicio á expresar que volvió á Holanda van Noort, habiendo hecho daño; pero no llevó nada y sufrió mucho.
